

FERNANDO ALMIRON

CAMPO SANTO

LOS ASESINATOS DEL EJERCITO EN CAMPO DE MAYO

TESTIMONIOS DEL EX-SARGENTO VICTOR IBAÑEZ



SUCIA-GUERRA.BLOGSPOT.COM.AR

COLECCION **Editorial** POLITICA

Fernando Almirón es periodista. Se inició en la profesión en 1978 como redactor de la revista Siete días, en Editorial Abril. Entre 1982 y 1985 se desempeñó sucesivamente como secretario y jefe de redacción de la revista El porteño. En 1986, junto con Enrique Symn y Manuel Quiñoy, fundó Ediciones Continente, que editó la revista Cerdos y peces y otras publicaciones. Trabajó en el diario Tiempo argentino entre J 1985 y 1986. Fue director periodístico de varias publicaciones, como La gaceta porteña, Liberarte revista y Como yo. Sus colaboraciones fueron publicadas por el diario La Razón y las revistas El Periodista, Uno mismo, Primera plana y El nuevo porteño, entre otras. En 1994 y

1995 estuvo a cargo de las notas de investigación periodística del diario La Prensa. Realizó tres trabajos documentales cinematográficos:

Artesanas de Sierra Colorada (1981), filmado en la línea sur de la provincia de Río Negro; La puerta abierta (1982), medimetro rodado en el interior del Hospital Neuropsiquiátrico de Carmen de Patagones, y Los tabicados (1983), medimetro sobre la violación de los derechos humanos en la Argentina entre 1976 y 1983. Trabajó en comunicación publicitaria y fue asesor en estrategias comunicacionales para distintos organismos y empresas.

Es docente e investigador. Coordina talleres de periodismo desde 1984 y dictó seminarios y conferencias en varias universidades y centros de estudio del país. Actualmente se desempeña como redactor de la sección Política del diario Página/12. Tiene en preparación dos nuevos libros: una investigación sobre la Iglesia del tercer mundo y otro referido a los funcionarios del gobierno menemista.

Nació en Buenos Aires el 28 de octubre de 1954.

CAMPO SANTO

FERNANDO ALMIRON

Producción periodística Raquel San Martín

A mi padre, David Almirón, mi amigo, mi compañero, mi maestro.

*A mi madre, María Dolores Méndez, cuya presencia aún me sigue acariciando más
allá de las fronteras de la maldita muerte.*

A la madre de Iñaki, la mujer que amo.

Este libro fue posible gracias a la colaboración de Alejandra Pérez Arzeno, Manuel Arias, Hernán Ruiz Moreno, José Stella, Alejandro Elías, Edgardo Soares, El "Gringo" Albioni, María Vives, Carlos Bianco, Horacio Haimovich, Natalia Otazúa, David Almirón, Cristina, del CELS, y Enrique Gaucher

Lucas

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

"Empezó mi primer día en el campo. Lucas era un prisionero que un grupo de hombres dejó de golpear recién cuando estuvimos a unos pocos pasos de ellos. Ahí se dieron cuenta de nuestra presencia, se acercaron y se hicieron las presentaciones del caso.

Yo era recién llegado y todos tenían que conocerme. Después me pidieron que vigilara a Lucas mientras ellos se tomaban un descanso. Yo miré al pobre tipo, que no se podía ni mover; estaba tirado en el suelo, contra unos alambres en los fondos del campo, un sector donde se amontonaban bolsas, herramientas viejas y la leña para la caldera."

"A la hora, más o menos, volvieron los de la patota. Uno de ellos me dijo al pasar que este Lucas no era ningún nene de pecho, que tenía un grado de teniente o algo así en la organización Montoneros, porque ellos también tenían grados, jerarquías. 'Es un pesado', me dijo el tipo."

"Mientras tanto, otro del grupo ya le estaba preguntando a Lucas: '¿No te moriste todavía?' El le respondió con un hilo de voz: 'Todavía no', y pidió una hora más para morirse solo. 'No me peguen más', le dijo. 'Ya te dimos una hora y no te moriste', le contestaron los otros. 'En una hora más me muero solo, se los prometo. Ya no me peguen más', insistió Lucas. Me pregunté si sería verdad lo que estaba pasando."

"La hora que Lucas pidió se la respetaron, pero la siguiente no. Lo mataron a golpes."

Introducción

Este es el libro que nadie hubiera deseado escribir.

El ex sargento Víctor Ibañez fue parte del aparato exterminador que, después de una meticulosa planificación, la dictadura militar puso en marcha en marzo de 1976. Se calcula que unas 30.000 personas fueron víctimas de esa estrategia de eliminación.

Ibañez, un cabo talabartero, estuvo a cargo de las tareas de logística y la atención de prisioneros alojados en el centro de detención caldestino que funcionó en Campo de Mayo entre 1976 y 1980.

Este libro cuenta la historia de un testigo que pudo observar desde su lugar entre los genocidas lo que sucedió en El Campito, de principio a fin, a lo largo del paso de más de cuatro mil secuestrados por los Grupos de Tareas del Ejército, y que hoy figuran como desaparecidos.

De ese campo nadie salió vivo. No existen testimonios certeros sobre su funcionamiento y fatídica magnitud. Salvo el de Ibañez. El fue quien rompió el silencio detrás del cual se ocultaba la tremenda participación del Ejército en la represión ilegal que enlutó la década del 70. Su primer testimonio, recogido por el autor de este libro y publicado en el diario La Prensa el 25 de abril de 1995, generó una inmediata respuesta de esa fuerza.

Apenas 24 horas después de la aparición de la nota, el Comandante en Jefe del Ejército, general Martín Balza, se presentó repentinamente en el programa televisivo del periodista Bernardo Neustadt, quien le cedió todo un bloque que el militar aprovechó para reconocer, por primera vez públicamente, la participación del Ejército en la represión ilegal, pedir perdón por los crímenes cometidos y disponer que nunca más los hombres de esa arma deberán cumplir órdenes que impliquen cometer un delito.

Un ex sargento perejil y medio mitómano, el menos pensado, el peor de todos, se convirtió sin querer en el factor que originó una secuencia de arrepentimientos inesperados.

La Armada, la Aeronáutica, fuerzas de seguridad y policiales también

reconocieron, después de las declaraciones de Balza, su participación en la represión ilegal y pidieron perdón, en mayor o menor medida, por la atrocidad de sus actos.

Por primera vez el protagonista que revela la historia del genocidio proviene del lado de los genocidas.

Hay ocasiones en que un libro deja de ser maravilloso: cuando contiene una historia maldita, una historia narrada mediante fragmentos conservados en la memoria de un hombre patético. Una historia despojada de toda sospecha de virtud, irreductible, miserable y tremenda.

Pero inevitablemente real y reveladora, que sucedió, tal como este libro debía suceder

PARTE I

Capítulo I. Recuerdos del olvido

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

"Nací en un lugar del que no me acuerdo y al que nunca volví, en Tucumán. Soy, como quien dice, hijo natural. No conocí al que fue mi padre. A lo mejor alguna vez lo vi, me lo crucé cuando mi vieja iba de compras al pueblo conmigo en brazos, en una de esas él me vio a mí. Pero no me reconoció. Yo soy Ibañez de apellido por mi vieja, que fue madre soltera."

"Tuve una hermana mayor que falleció poco tiempo después de mi nacimiento. Yo no la recuerdo, era muy chico. Pero sé que tuve una hermana por lo que cuenta mi vieja, cada vez que se acuerda de María Elvira."

"Se podría decir que nunca viví en Tucumán. Antes de mi primer cumpleaños y por razones que ignoro, mi madre juntó unos pocos bultos, me cargó a mí y a las valijas que se había armado -mi vieja es chiquitita pero de esas mujeres fuertes- y se fue a la estación para tomarse el tren a Buenos Aires."

"Le habían dado una recomendación para trabajar como mucama en la casa de una familia acomodada de la Capital, con cama adentro para ella y para su hijo; es decir yo. En esa época había más tolerancia que ahora. Porque hoy ¿quién le va a dar trabajo a una sirvienta que anda arrastrando a un guacho de un lado para el otro, eh? Nadie."

"Mi mamá trabajó en unas cuantas casas. Fuimos de una a otra hasta que llegamos a la de los Coria. Ahí yo fui el niño mimado, me trataban como si fuera un hijo más de la familia. Incluso el patrón, que era director del hospital Rawson, aceptó ser mi padrino de confirmación. Se lo había pedido mi vieja porque ella

quería que alguien importante como el patrón se hiciera cargo de mí por si a ella le llegaba a pasar algo."

"En esa casa vivimos muchos años como si fuéramos parte de la familia. El doctor Coria era la mejor persona que podíamos haber conocido. Para mí fue un maestro, en cierto sentido el padre que no tuve. Y eso que él tenía a su hijo verdadero que hoy es abogado y tiene un estudio en la calle Talcahuano, cerca de Tribunales. Es unos cuantos años mayor que yo, ahora debe andar por los sesenta. Pero no era como su padre, a él le gustaba mantener las distancias. En cambio el doctor siempre me dio un lugar, se ocupaba de mí; prácticamente me crió. Puedo decir que tengo las mejores cosas, las más honestas, las más importantes gracias al doctor Coria."

"Todo fue bien hasta que un día le dijeron a mi vieja que ya no me podían seguir teniendo con ellos. Que ya había crecido y no podía seguir viviendo en la casa. Que mantenerme con ellos sería un problema. Esto es lo que le dijeron a mi mamá: o me buscaba un lugar fuera de la casa donde ubicarme, o ella debería irse conmigo. 'Ya no podemos seguir alojándola a usted y a su hijo', le dijeron. Y mi mamá me internó como pupilo en el Roca, un hogar para hijos de familias indigentes, que quedaba en Alvarez Junte y Seguro. Ahí estuve más de diez años, como hasta los catorce."

II

GENESIS DE LA UTOPIA

(Informe de situación)

La década del 60 fue un tiempo en el que la gente creía que los cambios eran posibles. Al menos, el éxito de la revolución comunista en Cuba, la cultural en la China de Mao, el movimiento estudiantil en París y la nueva tendencia social de la Iglesia así parecían indicarlo.

Fue un decenio de contrastes. Por un lado la guerra en Vietnam, los asesinatos de Martin Luther King y John Kennedy, la captura y muerte del Che Guevara en la selva boliviana, las prolongadas dictaduras y el férreo control ideológico imperante en muchos países latinoamericanos. Por el otro, el auge del pacifismo de los hippies, el surgimiento del movimiento ecologista, la liberación sexual, el rock, la opción de la Iglesia por los pobres, la hazaña del hombre en la Luna, entre otros episodios.

La sociedad y la cultura mundial vivieron durante estos diez años en un estado permanente de ebullición, que dejaría sus marcas en las décadas siguientes: la flexibilización de los roles sociales y sexuales, la apertura a las disciplinas espirituales, el comienzo del feminismo y el de los movimientos por los derechos de los homosexuales, el cuestionamiento a la impunidad de los líderes políticos, la legitimación de la protesta social y la actividad política por medio de una militancia no tradicional para buscar alternativas de cambio.

Los jóvenes protagonistas

Los jóvenes fueron los protagonistas de los 60. La historia le puso nombre a este movimiento cultural, social, artístico y político. Lo llamó "contracultura". Bajo la nueva forma de ver el mundo, todos los valores convencionales entraron en discusión: la familia, la política, la sociedad de consumo, los roles sexuales.

Los hippies, término que comienza a utilizarse en 1966, representaron parte de esta nueva filosofía de vida. Se identificaron por el pelo largo y la barba en los hombres,

las ropas amplias y los adornos de tipo oriental para las mujeres, por su aspecto en general descuidado y los dedos en V aludiendo a la paz. No se trataba de una mera imagen. Ellos eran el reflejo de una opción de vida que privilegiaba valores tales como la libertad de elegir una forma de vida distinta, y la búsqueda natural del placer a través del sexo, las drogas, la música y la convivencia pacífica. Proponían salvar el amor a través del amor, y aseguraban que para amar a todos había que terminar con el materialismo, la guerra, las trabas y los tabúes sociales.

El núcleo originario de los hippies se formó en un suburbio de la ciudad norteamericana de San Francisco, llamado Haight Ashbury, dentro de una comunidad en la que casi no existía la propiedad privada y abundaban el sexo y el ácido lisérgico (LSD).

El movimiento tuvo una naturaleza cuasi-religiosa que despertó interés por su audacia y las características místicas que lo rodeaban. El hippismo no disimulaba su tendencia por las filosofías orientales tales como el yoga, el budismo tibetano y zen, y también por la adivinación encerrada en el I Ching. Otros se inclinaron por modalidades occidentales, como la astrología y el tarot. En este contexto, el consumo de drogas como la marihuana, el LSD y el haschish, eran vividas como parte del camino hacia la liberación espiritual y al desarrollo de la creatividad. Timothy Leary, un profesor de psicología clínica de la Universidad de Harvard, de la que fue expulsado, se presentaba vestido con ropas blancas, como un verdadero profeta, mientras realizaba un show de estética psicodélica en el que recomendaba la experiencia mística del LSD.

Sin embargo, cuando se generalizó la difusión de los ideales hippies, sobre todo por televisión, comenzó una paulatina banalización de sus principios. Hacia finales de la década, muchos jóvenes de clase media tomaron convenientemente de ellos la vestimenta, la música y el consumo de sustancias alucinógenas, pero se olvidaron del sustento ideológico que había dado origen al movimiento.

Por la igualdad

En los 60 comenzaron a tomar forma los movimientos civiles. La lucha de los afroamericanos por sus derechos dominó parte de la década. En los Estados Unidos había dos posturas. Por un lado la sostenida por Martin Luther King, el pastor bautista que predicaba en favor de una sociedad multirracial y pacífica. Por el otro Malcolm X, que rechazaba la idea de la integración y propugnaba la separación total de negros y blancos mediante la lucha armada. Ambos líderes fueron asesinados: Malcolm X en 1965 y Luther King en 1968.

Las mujeres también impulsaron un movimiento a favor de la igualdad sus derechos en una sociedad monopolizada por los hombres. En 1963, Betty Friedan publicó "The feminine mystique", un libro en el que presentaba la idea básica del reclamo feminista: las mujeres occidentales estaban sometidas a un conjunto de presiones comerciales e intelectuales, y para resolverlas era necesaria una revolución cultural y política.

En 1966, se formó una agrupación para imponer los derechos femeninos. NOW (National Organization for Women), con Betty Friedan a la cabeza, pretendía usar la Constitución y las leyes para defender casos individuales de discriminación y educar al público sobre el nuevo rol de las mujeres. Un año después, la organización reclamó el derecho legal de las mujeres a someterse a un aborto.

Intelectuales del tercer mundo

Tras el éxito de la Revolución Cubana en 1959, América Latina se convirtió en el escenario de un movimiento político, social y cultural novedoso: el tercermundismo. Esto significó para muchos un retomo al nacionalismo, una renovada voluntad por rescatar las culturas propias, y la oportunidad de reconstruir a partir de ellas la identidad real de cada pueblo.

El movimiento consiguió desarrollarse, en gran parte, gracias a los intelectuales. Durante la década del 60, los intelectuales latinoamericanos de izquierda gozaron de una popularidad que no volverían a recuperar. Una de sus temáticas preferidas fue la oposición entre la cultura real y la que denominaron cultura de masas. Esta última era entendida como el instrumento utilizado por las estructuras del poder para impedir el desarrollo del pensamiento libre de los pueblos, y así evitar que fueran cuestionados los modelos de opresión de los que la gente era objeto. Para ellos, la televisión era el medio que representaba cabalmente la cultura de masas destinada a preservar el estado de dominación imperante.

En los 60, el intelectual se entendía a sí mismo como un verdadero gestor de los cambios sociales y políticos. La mayoría de ellos se nutrieron del ideario marxista. Fue el tiempo de la Escuela de Frankfurt y su teoría crítica, con Theodor Adorno y Herbert Marcuse a la cabeza. Del estructuralismo francés de Levi-Strauss, Roland Barthes, Abraham Moles y Emile Benveniste, con el surgimiento de la semiología.

La literatura latinoamericana comenzó a tener tiradas masivas. Las editoriales cambiaron sus gustos por la literatura norteamericana y europea y se lanzaron a los libros de autores que hasta entonces eran ignotos. En la Argentina batieron

records de venta: *Rayuelo* (Julio Cortázar, 1963) y *Cien años de soledad* (Gabriel García Márquez, 1967). Ambas obras fueron la vanguardia de una nueva modalidad de consumo cultural, la que también incluyó a Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Miguel Angel Asturias, Jorge Luis Borges, Haroldo Conti. Juan Rulfo, Pablo Neruda, Augusto Roa Bastos y Alejo Carpentier, entre otros.

Era el auge del realismo mágico, la corriente literaria latinoamericana por excelencia, dedicada a relatar la fantasía a partir del naturalismo cotidiano, la violación de las leyes de la naturaleza y el regionalismo pintoresco.

Los 60 fueron también la época de auge de las revistas literarias. Entre ellas: *Hoy en la cultura* (David Viñas y Pedro Orgambide), *La Rosa Blindada* (Estela Canto, Juana Bignozzi, Carlos Brocato), *El Escarabajo de Oro* (Abelardo Castillo, Amoldo Liberman), y *Eco Contemporáneo* (Miguel Grinberg, Antonio Dal Masetto).

Identidad de protesta

Durante los años 60, el rock fue el lenguaje a través del cual se expresó parte de la utopía. La música juvenil por excelencia ya no era el rock and roll de los 50; pasó a llamarse sólo rock. Quienes lo interpre-

taban ya no eran orquestas con gran instrumentación, sus músicos comenzaron a introducir los sonidos electrónicos y se consagraron en pequeñas bandas. Las canciones ya no repetían letras inocentes. Por el contrario, estaban cargadas de compromiso político, denuncias sociales y apología del consumo de drogas.

Los Beatles tuvieron su momento de apogeo en esta década. En 1964, los cinco primeros puestos del ranking norteamericano estaban ocupados por temas del grupo inglés, cuya popularidad se globalizó en forma sorprendente y desató la histeria de las adolescentes de todo el mundo, aunque aún formaban parte de un mundo ingenuo. En 1962 surgió la agrupación que representaría la otra tendencia, más acorde con los nuevos tiempos. Los Rolling Stones impactaron con su *rhyt & blues*. Una música que reflejaba la prescindencia total del mundo adulto, del que Los Beatles nunca se habían independizado totalmente. Los Rolling exageraban todo lo que a sus padres les resultaba escandaloso.

En los Estados Unidos, mientras tanto, crecía un ritmo menos electrónico. Joan Baez y Bob Dylan dotan al folk de renovada vigencia mediante las letras de sus canciones, las que fueron conocidas como de *protesta*.

Pero la gran liturgia de los 60 en los Estados Unidos fue el festival de Woodstock.

Durante tres días (15, 16 y 17 de agosto de 1969), más de 400.000 personas se reunieron en una granja en el estado de Nueva York donde, en un clima de libertad, sexo libre y drogas, presenciaron el mítico recital de Joan Baez, Joe Cocker, Santana, Crosby y Jimi Hendrix, entre otros.

En la Argentina, el rock también tuvo a sus representantes. Moris, Los Beatniks, Los Gatos, Miguel Abuelo, Miguel Cantilo, Luis Alberto Spinetta, Billy Bond, Tanguito y Vox Dei, se sumaron al nuevo movimiento que supo tener sus templos: La Cueva, los bares de la calle Corrientes y La Perla del Once.

Provocación por el arte

En la década del 60 se produjo un fenómeno artístico que se convertiría en su símbolo más definitivo: *el happening*.

La intención era elaborar obras tridimensionales utilizando materiales en desuso como restos de papeles y de comida, escombros, ropa destrozada, construcciones en madera, figuras en papel maché y decorados de cartón. Así se constituían escenarios en movimiento en los que se sucedían hechos inesperados, sin guión previo, los que iban formando un collage sin lógica. En algunos de los más célebres *happenings* se arrojó agua a los espectadores, se los amenazó con antorchas o se los introdujo en habitaciones colmadas de gente desesperada. Se cambió el sentido de la obra de arte, hasta ese momento estática y formal.

En la Argentina, el Instituto Di Tella se encargó de la versión local de los *happenings*. Marta Minujin, Oscar Masotta y Federico Manuel Peralta Ramos fueron sus principales protagonistas.

Entre mayo y junio de 1965 presentaron La Menesunda: los espectadores ingresaban en grupos de ocho en túneles iluminados con lámparas de neón. A su paso, se encontraban con cuartos donde se veía a personas en diversas poses sobre las camas, rostros que eran maquillados en ese momento, y televisores encendidos a través de los que se podía ver una programación fraguada. Fue un escándalo.

Los movimientos artísticos de los '60 incluyeron el surrealismo, el arte *kitsch*, el *pop-art* de Andy Warhol, el teatro de la acción de Antonin Artaud y el cine del pensamiento de Jean-Luc Godard.

Sin embargo, la protagonista absoluta de la década fue la televisión, pese a los intentos de los intelectuales tercermundistas. El televisor se convirtió en el principal medio de información y entretenimiento de los hogares. En la Argentina,

fue la época del surgimiento de los programas juveniles: *El club del clan*; *La escala musical*; *La cantina*; *Ritmo, amor y juventud*, y *La ola intermedia*.

Aparecieron además los programas de larga duración, como *Sábados Circulares*, con Pipo Mancera, o *Sábados Continuados*, con Antonio Carrizo a cargo de la conducción. También comenzó el auge de los noticieros, con Mónica Cahen D'Anvers, Tomás Eloy Martínez y Andrés Percivale al frente de *Telenoche*, el primer informativo de gran audiencia, en 1966.

Capítulo III. Remedio para meones

La vida en el internado

"La disciplina en el Instituto Roca era recta. Lo manejaban monjas muy estrictas, bravas. En esa época las monjas eran muy ortodoxas, duras... Todo lo que hacíamos mal en el día se pagaba con castigo a la noche. Un castigo corporal. Era muy común que nos hundieran la cabeza en la bañera llena de agua... y todas esas cosas."

"Yo tenía ocho años. Viste que muchos chicos se llueven en la cama (1). Bueno, yo lloví colchones hasta los quince años. Y cobraba y cobraba por eso. No sé por qué no podía retener. Incluso hasta llegaron a atarme. Eramos tres o cuatro chicos que teníamos ese problema, nunca me olvido: Domínguez, Sánchez, yo... Andábamos con un tremendo olor a meo encima; nadie se nos arrimaba."

"Entonces, como te decía, nos ataban. Pero antes sacaban el colchón de la cama. Nos ataban al elástico de pies y manos. Y así nos tenían todo el día. Ibamos a la escuela y nos ataban en el recreo. Volvíamos de la escuela y mientras los demás chicos jugaban, nosotros nos quedábamos atados en el pabellón. Era para que no nos meáramos más. Tampoco nos daban agua con la comida de la noche; el que quería tomar agua se las tenía que aguantar. Decían que tomar agua en la noche producía movimientos de vejiga."

"En el pabellón éramos más de cien chicos. Yo fui pasando por todos los pabellones, menos el de lactantes. Hice preescolar, antes el de jardín de infantes. Después todos los demás. Así hasta el último; de doce, trece años. Cuando cumplías los quince, como lo padres no nos retiraban, nos llevaban a otro colegio, al otro instituto para chicos más grandes."

"En el Roca teníamos un uniforme. Nos daban unos zapatones horribles tipo borceguí, pero sin caña. Me acuerdo que nos cagábamos a patadas con esos zapatos. No usábamos guardapolvos, sino un jardinerito gris, de color gris. Así como los que usan los chicos ahora, los que están tan de moda. Una tricota, una camisa. La tricota marrón, creo que era marrón."

"Nos despertaban a las seis, cuando todavía era de noche. Venía la serena, nos despertaba con un silbato y nos mandaba a bañar. Los baños eran comunes, nos duchábamos todos juntos." "Después nos subían al micro que nos llevaba a la escuela, que estaba afuera del Instituto, sobre la calle Camarones, por Floresta. Todavía funciona.

Después nos pasaron a otro colegio. A varios colegios. Lo que pasaba es que yo era medio indisciplinado y me echaban de todas las escuelas. Siempre fui rebelde de chiquito. Medio quilombero. Un pendejo bravo. Las monjas se la agarraban con mi vieja cuando venía a visitarme. Le pasaban el parte de toda mi mala conducta apenas entraba al Instituto. Entonces ella ya llegaba caliente y me sacudía peor. En vez de defenderme me mataba. Pobre vieja...

Celadoras guardiacárceles

"En el Instituto había momentos en que se extralimitaban con la disciplina. Tenían un sistema de rigor como el de los reformatorios. Había celadoras que realmente no eran celadoras, sino directamente guardiacárceles. Nos manejaban con amenazas. Ellas se quedaban con la comida de las visitas y nosotros no podíamos tocar nada. No podíamos decirle nada a nadie de lo que pasaba ahí adentro. Teníamos que chuparles todo el tiempo las medias porque los castigos eran terribles, como cuando llegaba el momento del baño. Desde afuera escuchábamos como la bañera se iba llenando y hasta sentíamos el olor a agua con cloro; era una tortura ya antes de entrar. Hasta hoy recuerdo el sonido de las canillas cuando las abrían y el chorro de agua llenando la bañera. En la puerta siempre estábamos yo, Sánchez, Domínguez; todos en fila para ser zambullidos de cabeza en el agua fría."

"Eso lo hacían las celadoras con el apoyo de las monjas, aunque las monjas también lo hacían. Yo me acuerdo de una monjita, la hermana Antonieta. Era bravísima. Te metía dos sopapos y no querías más. Era terrible cuando se juntaba con la hermana Angélica. Angélica era una monja que daba clases de moral y buenas costumbres en la televisión, por el que en esa época era Canal 7. Era muy amiga del padre Gardela, un cura capellán de la Policía Federal que los fines de semana nos pasaba películas. Daba clases de moral la hermana Angélica, y todos teníamos que ver su programa. Pero la bribona bien que nos recagaba a palos. Era española, gallega."

"Había que avisarle cuando estaban los cantores flamencos por televisión, porque ella venía y se ponía contenta. Había que ser forro de las monjas y de las

celadoras. En una palabra, tenías que forrearlas para pasarla bien. Yo nunca lo hice, y por eso la ligaba siempre; igual que Domínguez, Morel, Sánchez, Alvarez. Me acuerdo de los pibes que éramos más rebeldes."

Cumpleaños feliz

"Que yo me acuerde, en los institutos de las monjas no se le festejaba el cumpleaños a nadie. En mi caso alguna vez fue distinto. Yo cumplo el 5 de noviembre, y mi vieja llegaba al Roca con el cajón de Coca-cola y los sánwiches de miga para todos los chicos. A decir verdad, primero pasaba por las celadoras, les dejaba la coima: una bandejita de masas y gaseosas también para ellas. Yo nunca me voy a olvidar de eso, esas injusticias quedaron grabadas en mi mente; qué injusta que es la coima, me decía."

"Pero mi cumpleaños, para que me lo festejaran, tenía que caer en domingo; porque entre semana no se podían hacer visitas. Entonces, si ella llegaba, mis compañeros bajaban al patio porque sabían que mi vieja traía comida para todos. Si caía en un día de semana sonábamos, no había nada. Para que me dejen ver con mi vieja en un día de semana ella tenía que mandar, si las celadoras fumaban, cigarrillos; o yerba, azúcar, plata. Recién ahí me dejaban ver a mi vieja que me esperaba sentada en la antesala de la Dirección, chiquitita, hundida en esos sillones grandes de cuero marrón."

"El sistema era el mismo para todos los chicos. Si a mí me dejaban comida, frutas o golosinas, yo no veía nada, obviamente. Trataba de comerme todo mientras caminaba desde la Dirección hasta llegar al pabellón. Todo lo que podía me lo comía rápido para salvar algo. Porque si yo le decía a la celadora: 'Señorita, me lo guarda', nunca más se te podía ocurrir pedirselo porque te agarraban bronca para toda la vida."

"Las celadoras hacían mucha ganancia los sábados y domingos, cuando venían las visitas. Ahí no faltaba ninguna, Sabían que los padres, los tíos, los abuelos dejaban comida, ropa, juguetes, plata. Y los chicos sabían qué iba a pasar con todo eso. Estaba prohibido decir que las celadoras se quedaban con todo. Entre nosotros mirábamos con tristeza porque lo mejor de lo que nos regalaban ya sabíamos que se lo iban a llevar ellas. Cuando se terminaba la visita, los chicos directamente subíamos las escaleras y les entregábamos las cosas a las celadoras que decían que nos las iban a 'cuidar', así era de triste. Y esas cosas eran de siempre, las vi ahí, la vi afuera y las sigo viendo hoy en la actualidad en muchos órdenes de la vida."

(1) Se refiere a orinarse.

IV LA FRONTERA A LA VUELTA DE LA ESQUINA

(Informe de situación)

La Segunda Guerra Mundial dejó como saldo dos gigantescos bloques militares que partieron el mundo por la mitad. Los Estados Unidos y la Unión Soviética no le dieron tregua a la paz y declararon de inmediato una nueva guerra: la fría.

Ajeno y lejano, el resto del mundo se vio involucrado en esta nueva confrontación, y de pronto estuvo obligado a tomar partido por el comunismo o el occidentalismo, uno de los dos fragmentos en los que el planeta fue dividido a principios de la década del 50.

Este reparto interesado y simplista del globo redujo a la nada todas las hipótesis de conflicto existentes hasta ese momento en las fuerzas armadas latinoamericanas. Todo lo previsto en cuanto a la defensa de la soberanía en términos militares perdió gran parte de su sentido.

El poderío de los arsenales atómicos que los Estados Unidos y la Unión Soviética acumulaban, alejaba cada vez más la posibilidad de un tercer enfrentamiento armado. La confrontación, a partir de ese momento, se desplazaría hacia batallas menos cinematográficas. La disputa por la hegemonía del mundo entre las dos potencias se dirimía mediante escaramuzas diplomáticas, la participación en guerras ajenas, y la puja por capitalizar el legítimo imaginario de las personas y los pueblos.

El enemigo entre nosotros

En América Latina, bajo el influjo norteamericano se llegó a considerar "enemigo" a todo aquel que representara la ideología del bloque opuesto al occidental, incluidos los que debido a sus ideas o acciones independientes, favorecieran el avance del marxismo, o al menos así fuera interpretado por sus detractores.

El campo de batalla se materializó por lo tanto bajo las banderas identificatorias de qué clase de mundo se pretendía construir. Desapareció el enemigo exterior; las fronteras concretas se diluyeron para transformarse en límites intangibles, que se revelaban sólo en por las diferencias ideológicas.

La nueva organización del mundo recibió un nombre en este lado del planeta: Doctrina de la Seguridad Nacional.

Por un lado, la teoría definía como “amigo” al territorio continental americano enrolado en una alianza con el Estado hegemónico, los Estados Unidos. Luego, instalaba al “enemigo” dentro de este mismo territorio, el de cada país. Disponía así la ubicación de las “fronteras intemas”. Ya no se trataba de combatir la invasión de un enemigo exterior, sino de establecer líneas divisorias detrás de las cuales se agazapaba el enemigo interno, el compatriota que pretendía imponer o expresar las ideas del enemigo mayor, la Unión Soviética, y su versión americana, el castrismo.

La idea tradicional de un Ejército concebido como brazo armado de la Nación para su defensa frente a una hipotética agresión externa, fue cediendo paso a la percepción de un enemigo mucho más peligroso, que habitaba en el mismo suelo. Era además un enemigo común a todas las fuerzas armadas latinoamericanas, cuyo accionar debía en consecuencia responder del mismo modo: mediante una “guerra total y permanente”.¹

En los países latinoamericanos, la Doctrina de la Seguridad Nacional representó la transformación de todos los principios de defensa conocidos, políticos y castrenses, en la clase militar. Se abandonó el carácter nacionalista en su sentido real y se produjo un vuelco hacia la batalla contra los compatriotas. Y se transformaron todos los criterios operacionales existentes.

Para asegurarse la comprensión absoluta de la nueva teoría y entrenar a los militares latinoamericanos en su puesta en práctica, los Estados Unidos les abrieron las aulas de sus escuelas militares.

Donde los integrantes de las fuerzas armadas del continente se sumaron disciplinadamente a la nueva hipótesis de conflicto.

Una sola estrategia

Según indica el coronel español Prudencio García², la Doctrina de la Seguridad Nacional estaba basada en cuatro principios:

-De acuerdo con la concepción geopolítica adoptada como estrategia por los Estados Unidos, todo Estado que pretendiera ser una potencia necesitaba disponer de influencia y control sobre espacios físicos y políticos no limitados forzosamente por las fronteras de su propia nación. De este modo, todo el continente americano formaba parte de un espacio geopolítico “occidental”, bajo el liderazgo de los Estados Unidos, y su defensa contra el enemigo debía plantearse de manera conjunta de todos los ejércitos del continente.

-El enemigo común a todas las fuerzas armadas latinoamericanas se identificaba como “subversivo” e “interior”, y por eso se establecían doctrinas de reacción comunes en todo el continente.

-Al descartar una confrontación militar directa entre ambas super- potencias (Estados Unidos y la Unión Soviética), la Doctrina de la Seguridad Nacional afirmaba que la actividad izquierdista era una forma sutil de presión del bloque soviético para preparar el terreno y acceder a la toma del poder en los países latinoamericanos. La Revolución Comunista en Cuba era el argumento utilizado para apoyar esta teoría.

-El enemigo interno, además, era “insurgente”. En este punto, la doctrina se asemejaba a la de la “guerra contra la insurgencia” creada a partir de la experiencia militar francesa en las guerras coloniales de Indochina y Argelia. Se trataba de asimilar las técnicas de lucha en ese terreno, pese a la condena internacional que mereció el accionar francés sobre la población de esas naciones.

La preocupación no era nueva, ya en 1947, por iniciativa del presidente norteamericano Harry Truman, se había logrado la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), cuyo objetivo era crear entre los países de América Latina un sistema de defensa conjunta y solidaria ante agresiones externas. Sin mencionarlo, ya se pensaba en una confrontación entre bloques, lo que más tarde se denominaría Este-Oeste.

En 1962, el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert McNamara difundió un informe en el que se refería a las posibilidades de una revolución de tendencia comunista al estilo cubano en otros países de América Latina. En el documento, señalaba la relación que existía entre los estallidos de violencia y la realidad económica que soportaba la región. El funcionario proponía entonces ayudar a proveer seguridad a las naciones en vías de desarrollo. En concreto, la ayuda consistiría en reforzar los aparatos militares latinoamericanos adaptándolos para la lucha contra la subversión intema, por un lado; y por el otro formar una

élite militar capaz de asumir la dirección política de los países donde la crisis social amenazaba con desembocar en situaciones revolucionarias.

Inspiración francesa

La clase militar argentina resultó un campo sumamente fértil para la asimilación y desarrollo de la Doctrina de la Seguridad Nacional, ya que, paralelamente, incorporó a su pensamiento las tendencias católicas integristas formuladas por un grupo de teólogos ultraconservadores en Francia.

En 1959 un nutrido grupo católico argentino, de fuerte tendencia conservadora, constituyó en Buenos Aires las organizaciones Verbo y Ciudad Católica, según el modelo de sus homólogas Verbe y Cité Catholique, fundadas en Francia en 1946 e inspiradas en los teólogos integristas Jean Madiran y, más tarde, Michel Crouzet y Georges Grasset.

Este movimiento caló hondo en muchos miembros de las Fuerzas Armadas. Crouzet aportaría sus conceptos sobre “corporaciones”, “sistema corporativo”, “cuerpos sociales” y demás fórmulas que cobraron notoriedad en el discurso político argentino durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía, a partir de 1966.

Pero quien más influencia ejerció en los hombres de armas argentinos fue Georges Grasset. Capellán de las tropas francesas en Argelia y “guía espiritual” de la OAS (Organización del Ejército Secreto), integrada por colonos y militares franceses que llevó a cabo la “guerra sucia” en aquel país, quien llegó a la Argentina en 1962 para asumir la dirección de la revista “Verbo”.

Otro de los pensadores integristas de peso en las Fuerzas Armadas fue el doctor Carlos A. Disandro, obsesionado por lo que él llamaba “la herejía judeo-cristiana”. Según afirmaba, la lucha debería dirigirse contra “los enemigos de la Iglesia y de la Patria: los revolucionarios, los comunistas, los masones, los judíos, los liberales y esa perversión llamada democracia”.

Por último, hay que mencionar a Julio Meinvielle, quien gravitó profundamente en los sectores de la derecha nacionalista argentina.

“Meinvielle fue el nexo entre muchos generales, coroneles y brigadieres nacionalistas y las organizaciones juveniles de derecha. Los militantes de Tacuara (MNT) primero, y de la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN) después, se

vincularon por su intermedio a la mayor parte de los alzamientos y planes conspirativos que se produjeron desde 1965 hasta 1972".³

En su obra "El comunismo en su revolución anticristiana", Meinvielle escribe: "Las universidades oficiales argentinas, que por naturaleza constituyen la matriz donde se generan nuestras clases dirigentes, están entregadas lisa y llanamente al comunismo soviético. La sociedad argentina dedica sumas fabulosas del erario público a la perversión sistemática de las inteligencias de lo que debería ser su mejor juventud y a las clases dirigentes del mañana"⁴.

Buenos alumnos

Los conceptos fundamentales de la Doctrina de la Seguridad Nacional y la guerra contrarrevolucionaria llegaron a las Fuerzas Armadas latinoamericanas por medio de los programas de enseñanza dictados por funcionarios norteamericanos en cada uno de sus países. Pero, además, un gran número de jefes y oficiales castrenses asistió a los cursos que sobre el tema se desarrollaban en diversos centros de formación militar dentro de los Estados Unidos.

Fue el caso de la Escuela de Ayuda Militar John F. Kennedy (Fort Bragg, Carolina del Norte), la Escuela de Infantería y Rangers del Ejército (Fort Benning, Georgia), la Escuela de Asuntos Civiles y Gobierno Militar (Fort Gordon, Georgia), el Colegio del Mando y Estado Mayor (Fort Leavenworth, Kansas) y el Colegio Interamericano de Defensa (Washington DC).

Según datos proporcionados por Eduardo Luis Duhalde⁵, entre 1950 y 1975 fueron adiestrados por instructores norteamericanos un total de 3.676 militares argentinos. De ellos, 2.766 concurren a escuelas y centros situados en esa nación, mientras que 910 recibieron entrenamiento en bases militares de los Estados Unidos en otros países.

En cuanto a estos últimos, el centro de entrenamiento más importante fue la USARSA (United States Army School of the Americas), la Escuela de las Americas, situada en Fort Gulik, zona norteamericana del Canal de Panamá, por la que pasaron más de 600 argentinos.

Allí se impartían conocimientos sobre "Operaciones de contrainsurgencia", "Contrainsurgencia urbana", "Operaciones en el monte", y contenidos para orientar la tarea de los "oficiales de inteligencia militar sin mando", "suboficiales de inteligencia militar" e "interrogadores militares".

Entre los oficiales adoctrinados en las teorías gestadas por el Pentágono, se destaca un grupo que luego sería protagonista de la historia de sus respectivas naciones: Hugo Banzer (Bolivia), Augusto Pinochet (Chile), Ernesto Geisel (Brasil), Alfredo Stroessner (Paraguay) y Jorge Rafael Videla (Argentina).

1 García, Alicia S.: "La Doctrina da la Seguridad Nacional", Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

2 García, Prudencio; "El drama de la autonomía militar", Alianza Editorial, Barcelona, 1995.

3Citado por Jassen, Raúl: "Seineldín: el Ejército traicionado, la Patria vencida", Editorial Verum et Militia, Buenos Aires, 1989.

4 Citado por García, Prudencio: op. cit.

5 Duhalde, Eduardo Luis: "El Estado terrorista argentino", Argos Vergara, Barcelona, 1983.

Capítulo V. La vida por televisión

Los reyes son las monjas

"Durante los primeros años de internación en el Roca, mi mamá no podía sacarme del Instituto, porque así era el reglamento. Podía visitarme, pero nada más. No la autorizaban a llevarme con ella si no hacía antes unos trámites: ver al director y pedirle permiso no sé a quién en otro lugar. Como ella trabajaba, no podía cumplir con toda esa burocracia. Después, no sé cómo, mi vieja ya pudo sacarme para que pasemos un día juntos afuera del Roca."

"En una bolsita me traía toda la ropa para la salida, y yo me vestía mientras ella les daba una propina a las celadoras, que se le quejaban más de la cuenta por mi mala conducta para sacarle un peso más. Mi vieja me compraba ropa de la más alta calidad. Zapatos de charol, pantalón de cashemire. Me acuerdo que cuando salía así vestido parecía una foto."

"Casi siempre me llevaba a la casa de sus patrones de entonces, la familia Peña. Ahí me mimaban mucho. Otras veces íbamos de visita a lo de mi padrino, el doctor Coria. Yo siempre volvía con juguetes. Eran de última generación, con luces y esos chiches. Juguetes que no tenía nadie. Pero como había un lugar para todos en el pabellón donde los tenía que dejar guardados, los agarraban y rompían otros chicos, que los usaban cuando yo salía con mi mamá."

"A esos chicos nunca los iban a visitar; parecía que directamente no tenían padres, que eran huérfanos; había otros que estaban a disposición del juez de menores. Ese lugar era como un depósito de chicos pobres. A veces mi vieja, cuando podía, me retiraba a mí con dos o tres más que nunca salían porque no tenían quién los fuera a buscar, por ejemplo en Navidad."

"Pero no eran los de mi barra. Morel tenía papá, Sánchez a su mamá, el 'Loco' Alvarez también tenía familia, Domínguez igual. Eran otros los chicos que mi mamá se llevaba conmigo en Navidad. Se buscaba que no quedara ninguno ahí adentro para las fiestas, entonces los padres se ponían de acuerdo y cada uno se llevaba a un grupito por esa noche, bajo su responsabilidad. Porque era feo

quedarse ahí solo en Navidad. Yo me quedé una vez, cuando la operaron a mi vieja. Estuve mal, muy mal; nos quedamos con otro chico."

"Eramos dos, no había nadie más en todo el Instituto. A los otros sin familia se los habían llevado a Córdoba o a Necochea, no me acuerdo. Como el caso nuestro fue de último momento, cuando ya había salido la excursión, nos quedamos en el pabellón largo, vacío, sin nadie. Todos los colchones estaban enroscados sobre los catres. A nosotros nos pusieron en las dos camas que estaban más cerca de la puerta. Era una noche de Reyes y yo tenía el problema de que me orinaba en la cama y el otro también. Los dos nos habíamos 'llovido' en el colchón cuando a eso de las doce nos despiertan los serenos diciéndonos que habían llegado los Reyes; y nosotros, de tan meados que estábamos no nos podíamos levantar."

"Esa vez se portaron bien. Estuvieron como una hora en el pabellón, nos dejaron un montón de juguetes de chirimbolo. Nos cantaron un par de canciones y se fueron. Hasta nos vino a saludar el director del Instituto y la monja Angélica, haciéndose la buena."

Los buenos

"A la Angélica no la quería nadie. Pero había dos celadoras piolas: Delia y Celia. Eran buenas con nosotros. Es por ellas que me hice hinchita de Racing. Porque jugaban muy bien a la pelota, ¡qué bien que jugaban!. A mí, que dominaba la 'fulvence' -una pelota de tiento más que de cuero inflado- me cagaban a baile. Ellas eran muy liberales. No le daban bola a las monjas. Tenían otra mentalidad, no sé que hacían ahí. A nosotros siempre nos defendieron mucho. Una de ellas se jubiló trabajando en un hospital, eso me contaron después. Cuando me sentía mal, triste, yo las buscaba. A la Delia o a la Celia. Entre mis compañeros con el que más hablaba era con Alberto Morel."

"También había un cura, el padre Bruno, que era muy famoso en esa época. La otra vez lo vi cantando en televisión. Tenía su parroquia cerquita del Roca, la Santa Rita se llamaba. Ese curita nos trataba bien. Había puesto un proyector de cine en la iglesia, y los sábados y domingos nos venía a buscar para llevarnos al salón parroquial donde nos pasaba las películas. El padre Bruno es el que hizo esa canción que el otro día pasaron por la tele: 'Dios hizo la vaca y también la leche'. La estrenó con nosotros. Decía: 'Dios hizo la vaca / y también la leche / hizo el dulce de leche / todo lo hizo bien / por eso hay que cantar / aleluya, aleluya, aleluya'."

"Cuando lo vi me dije: '¡Uy! Mira al padre Bruno, está viejo y sigue cantando el mismo tema'. Con él hablábamos mucho, después que nos pasaba las películas."

El motín del capitán Minerva

Una vez nos amotinamos, porque en esa época por Canal 7 había un programa de televisión que a todos nos gustaba, que se llamaba el Capitán Minerva. En el Roca había un solo televisor. Los días de semana a la tarde daban el Capitán Minerva y después venía el Capitán Piluso. Hasta ese momento, eran los dos únicos programas para chicos que había. Pero empezaron a dar otro, que se llamaba 'Tatín y su perro Bernardo', por otro canal. A las monjas se les ocurrió que no podíamos seguir viendo el programa que promocionaba el jugo de limón Minerva, que por eso se llamaba así, Capitán Minerva; porque el personaje era un espadachín que siempre se estaba peleando. Dijeron que era un ejemplo violento. Y nos pusieron a mirar Tatín. Entonces nos amotinamos."

"No fue la única vez. Cuando nos amotinábamos nos poníamos jodidísimos. Eramos como setenta, ochenta, cien chicos entre diez y doce años con bronca por los que nos pasaba. Nos refugiábamos en los pabellones y tirábamos los colchones por las escaleras, por las ventanas. Cómo en las cárceles, ¿viste? Pero nosotros no los prendíamos fuego. A las celadoras que querían entrar las hacíamos retroceder a almohadazos, golpeándolas con esas almohadas de antes, duras, de pura lana. Cuando los vecinos del Instituto escuchaban los gritos y veían como tirábamos los colchones y las sábanas a la calle llamaban a la policía, pero los canas nunca entraron. Se quedaban mirando desde afuera."

"Para terminar con el motín nos mandaban a las celadoras más bravas. La mandaban a Carmen Fontana, la gorda que tenía una fuerza y unos músculos bárbaros. La mandaban a una de apellido Lorenzo, una gallega que parecía boxeador por como pegaba. También se venía la monja Antonieta que era especial para cagarnos a palos. Y por las dudas traían a dos o tres tipos que trabajaban de ordenanzas o en mantenimiento, que se encargaban de agarrar a los más bravos. Y nos mataban. Hasta que no nos calmábamos nos mataban a sopapos, a patadas, con empujones que nos tiraban al piso. Nos daban con todo."

"Pero les costaba entrar, de verdad que les costaba dominarnos.. y se lo hicimos varias veces. Más de un motín les hicimos; y después nos la aguantábamos."

Campeón de letanías

Nos sacaron al Capitán Minerva pero a Piluso lo seguimos viendo. Después de Piluso venía 'Colt 45' , 'El Llanero Solitario', y todas esas series famosas de la época. La tele estaba en medio de un cuarto. De un lado en esa larga habitación, en el piso y cruzados de piernas, se sentaban los chicos que la podían mirar. Del otro lado ubicaban a los castigados, detrás de la tele. Desde ese lugar de la sala podíamos escuchar pero no llegábamos a ver la pantalla. Ahí nos mandaban siempre a nosotros: 'Ibañez atrás, Morel atrás, Domínguez atrás'; siempre estábamos en la lista de los que no podíamos ver televisión."

"Un día se nos ocurrió traer un espejito y se lo dimos a un pibe que estaba sentado frente al televisor. El enfocaba el espejo a la pantalla así nosotros, que estábamos castigados, también la podíamos ver. Pero siempre había una celadora que nos controlaba a todos y nos agarró justo cuando estábamos mirando el espejo. ¡Para qué!, ¿Sabés como nos dio?"

"Era una época brava. Había una celadora que se llamaba Berta, Berta Bonanducci. Era de cuidar la vieja esa. Disimulada como nadie para la maldad. Te pegaba discretamente, andaba con una bola de billar en el bolsillo, se arrimaba y te daba un bolazo por la cabeza. Yo tenía la cabeza así...Te hacía un toque, nada más. Y con eso ya te despabilaba. A la Berta le hacíamos contar cuentos, era buena para contar cuentos. Ella no lo sabía, pero era su mejor manera de apaciguarnos."

"Generalmente nos los contaba a la tarde, cuando ya no podíamos ver la televisión. Y los hacía largos. No eran cuentos comunes, ahora con el tiempo a mí me parece que los inventaba. La vieja en el fondo tenía buen corazón, las bestias éramos nosotros."

"Yo era medio contestador, come ya te dije, medio rebelde. Pero un día me hice un rosario. Yo tengo ganados premios por rezar los mejores rosarios con letanías; yo me rezaba el rosario de los quince misterios, porque el verdadero tiene quince, no cinco. Lo que pasa es que lo rezan de a cinco para no hacerlo largo, y yo me sabía de memoria los quince misterios, las letanías todas en latín, y... tengo tres medallas. Un día -no sé si había sido castigado- estaba solo y empecé a fabricar un rosario con el hilo canchero que usábamos para hacer los barriletes. Empecé a sacar alquitrán del piso con un palito (masticábamos los alquitranes para limpiarnos los dientes) y me fabriqué un rosario con las bolitas y el hilo con todos los misterios y le hice la cruz. Ese rosario se lo mandaron después al obispo."

REPORTES

1966

Junio:

Argentina, 28. Las Fuerzas Armadas derrocan al presidente constitucional Arturo Illia. La Junta Militar asume el poder y nombra presidente de la Nación al general (RE) Juan Carlos Onganía. La autodenominada "Revolución Argentina" disuelve el Congreso y los partidos políticos, adopta un modelo económico neoliberal y pone en marcha una política de control ideológico sobre todos los ámbitos proclives a la adhesión de pensamientos izquierdistas, particularmente en el campo educativo.

Inglaterra. Los ingleses ganan por primera vez la Copa Mundial de Fútbol. Es el último mundial que los argentinos viven por radio. Desde el siguiente (México '70), los partidos se venían por televisión.

Julio:

Argentina, 29. La Noche de los Bastones Largos. La guardia de infantería de la Policía Federal desaloja violentamente la ocupación iniciada horas antes por docentes y alumnos de las facultades dependientes de la Universidad de Buenos Aires. Sus aulas habían sido tomadas en protesta por una ley del gobierno de facto que ponía fin a la autonomía universitaria y trasladaba el control de las casas de estudio a la órbita del Ministerio de Educación. Los incidentes dejan un saldo de por lo menos treinta heridos y unos 400 detenidos. Prestigiosos docentes e investigadores se ven obligados a emigrar hacia los Estados Unidos y Europa, debido a la persecución de la que son objeto por parte del régimen militar.

Estados Unidos. Se multiplican las manifestaciones en contra de la guerra de Vietnam.

Argentina. Moris graba con Los Beatniks la canción Rebelde, para muchos la primera pieza del rock nacional.

China. El gobierno proclama el inicio de la Revolución Cultural.

Francia. Jacques Lacan vende cinco mil ejemplares de su obra "Escritos" antes de que la prensa lo reseñe.

Estados Unidos. El actor Ronald Reagan es elegido gobernador de California. Después iniciará una carrera política que lo llevará a la presidencia de ese país en 1980.

Diciembre:

Estados Unidos, 16. Muere Walt Disney. Su cuerpo es congelado y depositado en una cápsula; creen que algún día se lo podrá hacer resucitar.

1967

Junio:

Estados Unidos. Se realiza el primer festival hippie masivo: Monterrey Pop. Durante un fin de semana, unos 70.000 jóvenes asisten a las presentaciones gratuitas de Janis Joplin, Jimi Hendrix, The Mamas and The Papas y The Who, entre otros.

Julio:

Argentina, 19. Llega Albert Sabin, el creador de la actual vacuna antipoliomielítica.

Argentina. La CGT presenta un plan de lucha que exige un programa de pleno empleo y de defensa del mercado interno. El gobierno congela los salarios, suspende la personería gremial de diecisiete organizaciones y controla los fondos de otros veinticinco bloqueando así los recursos económicos de los sindicalistas.

Octubre:

Bolivia, 10. Es capturado y asesinado el argentino héroe de la Revolución Cubana, Ernesto "Che" Guevara.

Uruguay. Se detectan las primeras operaciones de la organización guerrillera Tupamaros.

El mundo. Se publica la primera edición internacional de Cien años de soledad, la novela de Gabriel García Márquez.

Medio Oriente. Estalla la Guerra de los Seis Días, que enfrenta a árabes e israelíes.

Argentina. Una resolución de la Secretaría de Comunicaciones establece nuevas pautas para la programación de Radio Nacional: el 70% de los espacios deben ser musicales, de acuerdo con este orden: 40% clásica, 34% ligera, 5% nativa y 11% popular.

Estados Unidos. La revista "Rolling Stone" publica su primer número.

Argentina. La actriz Mirtha Legrand comienza con sus almuerzos en un estudio de televisión.

Estados Unidos. Nace la televisión en colores.

VI TIERRA NUEVA, CIELO NUEVO

(Informe de situación)

En enero de 1959, el Papa Juan XXIII anunció la convocatoria a un nuevo concilio de la Iglesia Católica. Tres años después, un 8 de diciembre, se inició el Concilio Vaticano II, que al difundir sus conclusiones modificó el rumbo histórico de la Iglesia y llegó a influir particularmente en el destino de algunas naciones del Tercer Mundo.

En la Basílica de San Pedro, entre 1962 y 1965 participaron de las deliberaciones organizadas mediante un sistema de comisiones temáticas 2.700 religiosos. Entre ellos cardenales, arzobispos y obispos, prelados, abades de congregaciones monásticas y superiores generales de congregaciones clericales no dependientes de los obispos. También fueron invitados los miembros de iglesias separadas, teólogos y laicos. Como novedad, asistieron por primera vez representantes no europeos, lo que no resultó un dato menor a la hora de definir la dirección de los debates.

A fines de la década del 50, el catolicismo enfrentaba una notoria disminución de fieles en sus templos. Desde ciertos sectores se adjudicaba la crisis de convocatoria a la ambigua posición sostenida por el Vaticano durante la Segunda Guerra Mundial respecto del régimen nazi.

Roma reconoció la necesidad imperiosa de adaptarse a los nuevos tiempos y recuperar el protagonismo de la fe católica ante el avance del comunismo y el materialismo económico. Pero el necesario cambio no podía imponerse desde los despachos papales: hacía falta una acción más contundente, generar una confluencia de ideas, instalar a la Iglesia en estado deliberativo. El Concilio Vaticano II fue el instrumento de la renovación.

Desde el comienzo, aun en los debates de las sesiones preliminares, las deliberaciones fueron escenario de los constantes enfrentamientos entre los grupos conservadores y los renovadores. Los desacuerdos se reducían a dos temas vitales: la posición de la Iglesia ante los poderes temporales y la posibilidad de que sus

fieles tuvieran libertad en las elecciones políticas, incluida la opción por el socialismo.

El Concilio, una frontera

Las conclusiones del Concilio, contenidas en la Constitución Pastoral "Gaudium et spes", representan uno de los antecedentes fundamentales para comprender los hechos que se sucederían, especialmente en la Argentina y en otros países latinoamericanos.

El documento elaborado por el sínodo desarticuló buena parte de los principios sobre los cuales se apoyaba el Vaticano hasta entonces, y anunció la aparición de una nueva propuesta pastoral. Sus conclusiones reformularon la relación de la Iglesia con el mundo y la involucraron con su realidad terrenal.

En lo interno, el Concilio modificó la severa verticalidad imperante entre los miembros de la Iglesia y horizontalizó su funcionamiento con cierta dosis de democracia, al otorgarle mayor libertad e iniciativa a sus pastores.

Estos son algunos de los pasajes más reveladores de "Gaudium et spes"¹:

"El género humano nunca ha disfrutado de tantas riquezas, capacidades y poder económico, y, sin embargo, una gran parte de los habitantes del mundo todavía padecen hambre y miseria (...) Nunca como hoy los hombres han tenido un sentido tan vivido de la libertad, mientras surgen a su vez nuevas servidumbres psicológicas y sociales."

"Las naciones en vías de desarrollo, así como las que han obtenido recién su independencia, ansian participar de los bienes de la civilización actual tanto en el campo político cuanto en el económico y desempeñar su papel libremente en el mundo, mientras, sin embargo, aumenta cada día la distancia y también a menudo la dependencia económica respecto de las naciones más ricas. Los pueblos oprimidos por el hambre interpelan a los pueblos opulentos."

"Mientras una enorme multitud carece todavía de las cosas absolutamente necesarias, algunos, aun en las regiones menos adelantadas, viven en la opulencia y derrochan los bienes. El lujo y la miseria existen a la par."

"Entre los derechos fundamentales de la persona humana se cuenta también el derecho para los trabajadores de fundar libremente asociaciones, que sean verdaderamente representativas y contribuyan aun directo orden en la vida

económica, así como el derecho de participar con la misma libertad y sin temor a represalias en la actividad de dichas asociaciones.”

“Cuando la autoridad pública, excediendo su competencia, oprime a los ciudadanos, éstos no deben negarse a lo que es objetivamente exigido por el bien común; pero les es lícito defender sus derechos y los de sus conciudadanos contra el abuso de la autoridad, respetando los límites que indican la ley natural y evangélica (...) Es inhumano que la autoridad política llegue a formas totalitarias o dictatoriales lesivas de los derechos personales o sociales.”

“La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce meramente a establecer el equilibrio de las fuerzas contrapuestas, ni procede de un predominio despótico, sino con razón se proclama fruto de la justicia.”

Con el Concilio Vaticano II, la Iglesia supo advertir a tiempo que el panorama que se avecinaba era tan preocupante como su presente. A la creciente deserción de feligreses, se sumaba el abismo que la separaba de las nuevas generaciones de jóvenes formados en una nueva sociedad -científica, industrial, enmarcada en la guerra fría que exigían fundamentos en vez de liturgias.

Así, reafirmó el sentido social de la Iglesia, la defensa de los derechos elementales del hombre, su condena a toda forma de tiranía, el derecho de los trabajadores a protestar y rebelarse contra la opresión. En esta línea, la Iglesia llegaría poco tiempo después a disputarle al marxismo la propiedad del socialismo, un sistema que consideraba más moral, justo y humano que el capitalismo occidental.

La revolución del Vaticano

La encíclica “*Populorum Progressio*”, que el Papa Paulo VI difundió el 26 de marzo de 1967, representó la consagración por escrito del espíritu que había predominado durante el Concilio Vaticano II.

Su contenido originó una sucesión de desconciertos que excedió el universo católico. Por primera vez, era el jefe de la Iglesia el que cuestionaba el sistema capitalista, menospreciaba la propiedad privada, reconocía el trabajo como medio y no como fin, diferenciaba pueblos ricos y pobres, y advertía sobre la injusticia de la hegemonía política y económica de las potencias centrales. Era el propio Papa el que justificaba la insurrección, la vía del alzamiento popular en defensa de los derechos del hombre.

El tema central del documento es el desarrollo de los pueblos, en especial los oprimidos, en situación de miseria o subdesarrollados. A partir de esa temática, el texto se sumerge en un análisis puntual de la situación geopolítica, económica y social y manifiesta sus reservas en cuanto a la condición cristiana del sistema capitalista en auge.

El mensaje papal, de cuyo contenido se incluyen aquí algunos fragmentos, impactó de lleno en América latina, y en la sociedad argentina en particular:

“Hay que reconocer que las potencias coloniales con frecuencia han perseguido su propio interés, su poder o su gloria, y que al retirarse han dejado una situación económica vulnerable. Esto conduce a la disparidad de los niveles de vida: los pueblos ricos gozan de un rápido crecimiento, mientras los pobres se desarrollan lentamente.”

“La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario.”

“Ya se sabe, la insurrección revolucionaria -salvo en caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país- engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas.”

“Hemos querido recordar la amplitud del drama y la urgencia de la obra que hay que llevar a cabo. La hora de la acción ha sonado ya: la supervivencia de tantos niños inocentes, el acceso a una condición humana de tantas familias desgraciadas, la paz del mundo, el porvenir de la civilización, están en juego. Todos los hombres y todos los pueblos deben asumir sus responsabilidades.”

Con esta postura, la Iglesia Católica se instalaba en la vanguardia de las críticas. Lo religioso dejaba de ser tema excluyente y la realidad tomaba su lugar en el atrio de los templos.

La hora de la acción

En septiembre de 1968 se reunió en la ciudad colombiana de Medellín la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Sólo un año atrás, la encíclica “*Populorum Progressio*” había legitimado la denuncia de la desigualdad social y económica y la lucha contra la opresión de los

pueblos. Amparados en este renovado mensaje pastoral, que llegaba directamente de su jerarquía, los obispos y arzobispos latinoamericanos continuaron desarrollando esa línea.

Los debates de Medellín representaron el intento de aplicar la nueva visión de la Iglesia a la realidad del continente. Sus conclusiones fueron un llamado de atención a todos los sectores de la sociedad y son reveladoras para comprender buena parte de los últimos treinta años de historia del continente.

El documento de Medellín comienza con una descripción del momento político y social de América Latina y denuncia con claridad el subdesarrollo. Pero no se queda en la declaración. Los pastores latinoamericanos entendían que la transformación era urgente y, para ponerla en marcha, abordaron tres caminos: la promoción del hombre y los pueblos hacia la justicia y la paz; la adaptación de la evangelización y la catequesis a los nuevos tiempos; la renovación de la figura y acción concreta de los pastores en sus comunidades.

Como lo había hecho Pablo VI en "Populorum Progressio", el documento de Medellín propone superar la sola reflexión y ponerse en marcha. "No ha dejado de ser esta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con dramática urgencia, la hora de la acción (...) Esta asamblea fue invitada a tomar decisiones y establecer proyectos solamente si estamos dispuestos a ejecutarlos como compromiso personal nuestro, aun a costa de sacrificio".

Los siguientes son los pasajes más relevantes del documento de Medellín²:

"América Latina parece vivir aún bajo el signo trágico del subdesarrollo, que no sólo aparta a nuestros hermanos del goce de los bienes materiales, sino de su misma realización humana. Pese a los esfuerzos que se efectúan, se conjugan el hambre y la miseria, las enfermedades de tipo masivo y la mortalidad infantil, el analfabetismo y la marginalidad. Profundas desigualdades en los ingresos y tensiones sociales, brotes de violencia y escasa participación del pueblo en la gestión del bien común."

"La Iglesia latinoamericana tiene un mensaje para todos los hombres que, en este continente, tienen hambre y sed de justicia (...) Es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su Hijo para que, hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a las que los tiene sujetos el pecado, la ignorancia, la miseria, el hambre y la opresión..."

“El sistema liberal capitalista y la tentación del sistema marxista parecieran agotar en nuestro continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas alentan contra la dignidad de la persona humana...”

“Ante la necesidad de un cambio global en las estructuras latinoamericanas, juzgamos que dicho cambio tiene como requisito la reforma política. El ejercicio de la autoridad política y sus decisiones tienen como única finalidad el bien común. En Latinoamérica tal ejercicio y decisiones aparecen apoyando sistemas que atenían contra el bien común o favorecen a grupos privilegiados.”

“Si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, el subdesarrollo latinoamericano es una injusta situación promotora de tensiones que conspiran contra la paz.”

“La paz en América Latina no es la simple ausencia de violencias y derramamientos de sangre. La opresión ejercida por grupos de poder puede dar la impresión de mantener la paz y el orden, pero en realidad no es sino el germen continuo e inevitable de rebeliones y guerras.” “Líneas pastorales: Defender, según el mandato evangélico, los derechos de pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social: injusticias, inercia, venalidad, insensibilidad; denunciar enérgicamente los abusos y las injusticias consecuencias de las desigualdades excesivas entre ricos y pobres; alentar y favorecer los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación de sus derechos y la búsqueda de la justicia; la lucha contra la miseria es la verdadera guerra que deben afrontar nuestras naciones.” “La juventud, particularmente sensible a los problemas sociales, reclama cambios profundos y rápidos que garanticen una sociedad más justa, reclamos que a menudo se siente tentada de expresar por medio de la violencia. Es un hecho comprobable que el excesivo idealismo de los jóvenes los expone fácilmente a la acción de grupos de diversas tendencias extremistas.”

“Que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.”

El diagnóstico era claro. Las recomendaciones no dejaban lugar a dudas. Era la hora de actuar, y los pastores latinoamericanos tenían la obligación de hacerlo. En la Argentina, un grupo de sacerdotes había escuchado el mensaje y se preparaba para ponerlo en práctica.

1 Constitución Pastoral "Gaudium et Spes", Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1975.

2 Documentos finales de Medellín, II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1972.

Capítulo VII. Entrenamiento tumbero

"Cuando cumplí los catorce años me sacaron del Roca y me internaron en el Tucso Bonifacio. Ese lugar todavía existe. Está en Juan B. Justo y Víctor Hugo, en el barrio de Villa Luro. Era un instituto municipal al que llamaban 'Hogar para convalecientes'. Yo no convalecía de nada pero igual estuve ahí hasta los dieciocho años."

"En ese lugar también había gente enferma, ancianos y personas indigentes que no tenían dónde vivir. Pero estaban separados de nosotros, los más chicos. En pabellones diferentes."

"En el Bonifacio había chicos que venían de otros internados, algunos con problemas de conducta, que habían pasado por reformatorios. Además, nosotros ya éramos más grandes. Y por eso la disciplina también era más dura. Y con mala suerte."

"Justo cuando a mí y a Alberto Morell nos pasan al preventorio, también se va a trabar ahí una de las celadoras más jodidas del Roca, que se llamaba Angélica Béliz. Un día que se armó quilombo mientras mirábamos televisión porque yo me quería sentar en las primeras filas y los demás no me dejaban pasar. Como yo no me volví al fondo como me lo había ordenado ella, se sacó el cinto de cuero y me tiró un golpe a la cara con la parte de la hebilla, una de esas de metal grueso. Me pegó en el ojo, no me dejó tuerto de casualidad."

"Pero Angélica no era la peor. Había un celador de nombre Alberto Vaginés. Ese sí que te pegaba. Era un tipo joven. De día andaba siempre con una Biblia en la mano, y se chupaba como cuatro litros de vino a la noche. El servicio militar lo había dejado medio milico. Nos obligaba hacer cuerpo a tierra, saltos de rana, giros militares, y carrera march. A la hora de castigarnos usaba un cable grueso que cuando te pegaba dolía más que si te hubieran dado con un palo. Con el tiempo notamos que nos miraba mucho, y ahí nos damos cuenta que era medio bufa (1). Después nos enteramos que todas las noches se llevaba a un par de pibes a su pieza para toquetearlos. Justo él, que tenía todas las imágenes de los santos y día, cuando encontraron a un chico masturbándose mientras miraba televisión, le quemó la mano con un cable electrificado."

"A este tipo lo hicimos echar, armamos quilombo y le mostramos al director del instituto las botellas vacías que Vaginés tenía debajo de la cama. Pero lo reemplazó otro que era peor, un verdadero sádico no se iba a dormir sin antes fajar a uno de nosotros."

"La que también me daba coscorriones era mi vieja por que yo no podía levantar las notas en la escuela, de donde le mandaban quejas porque yo era muy indisciplinado. Ella me decía que yo tenía un buen coeficiente intelectual, que no lo desperdiciara. Y tenía razón. Pero yo en ese momento estaba en otra."

"Además, en el preventivo había conocido a chicos que venían de otros institutos, algunos de ellos estaban bajo custodia del juez de menores por haber cometido delitos. Eran más bravos que nosotros, que nos habíamos pasado la vida metidos adentro del Roca. Y así fue como nos cagaron a trompas el primer día que llegamos al pabellón, para que quede en claro que los que mandaban eran ellos. Eran chicos que ya habían vivido la vida, que conocían la calle, que ya habían debutado."

"En cambio yo, el día que salí del Bonifacio, a los dieciocho años, me di cuenta que nunca había cruzado una calle solo."

1. De tendencias homosexuales

Capítulo VIII LA INSURGENCIA

(Informe de situación)

El 5 de abril de 1969 se produjo la primera acción de un grupo guerrillero urbano en la Argentina. Un comando de las autodenominadas Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) atacó esa tarde las instalaciones del Regimiento 10 de Infantería Motorizada Patricios, en Campo de Mayo. El grupo insurgente, vestido con uniforme militar, redujo mediante una rápida operación al personal de guardia destacado en la Puerta 4 de la guarnición, y se apoderó de dos fusiles FAL y de algunas pistolas calibre 45 que portaban los efectivos a cargo del puesto.

Fue el primer dato emergente que dio cuenta del movimiento de organizaciones revolucionarias, que se venía gestando en el país desde hacía ya unos años.

El triunfo de las fuerzas de Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara en Cuba, en 1959, instaló un ambiente de enfervorizado optimismo que estimuló la formación de diversos frentes guerrilleros en América Latina.

En la Argentina, su desarrollo comenzó justamente entre fines de los años 50 y principios de los 60. Tanto desde la Resistencia Peronista como desde el trotskismo, se comenzó sostener la necesidad de iniciar pequeños núcleos de resistencia armada como respuesta a la prolongada dictadura militar que gobernaba el país por esos años. Consideraron que estos focos deberían instalarse en un principio en zonas rurales, y desde ahí colaborar en la toma de conciencia que hacía falta consumir entre la población urbana para crear un movimiento revolucionario exitoso de alcance nacional.

En la Argentina, el desarrollo de las organizaciones guerrilleras reconoce dos vertientes: una relacionada con el peronismo, que tuvo como emergente principal a la organización Montoneros; y otra más cercana al marxismo y al trotskismo, la que fue representada por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).¹

Cuando la resistencia era peronista

La guerrilla peronista y sus organizaciones más importantes -Montoneros, FAP y FAR reconocen como parte de su origen el accionar de la Resistencia Peronista, una organización clandestina que aglutinó a miles de activistas después del golpe militar que destituyó a Juan Domingo Perón del gobierno en 1955. Se trataba de un movimiento del que participaron dirigentes barriales y fabriles, e incluso militares, dispuestos a enfrentarse al gobierno de facto que por entonces presidía el general Pedro Eugenio Aramburu.

Decididos a combatir la proscripción de la que era objeto el peronismo por parte de las autoridades de la Libertadora, sufrieron una implacable persecución. El gobierno llegó incluso a disponer el fusilamiento sumarial de un grupo de seguidores del ex presidente Perón que se alzaron contra el régimen militar, el cual se concretó el 9 de junio de 1956 contra un paredón en la localidad de José León Suárez, donde fue fusilado el general Juan José Valle.

Después de esos episodios, y a partir del triunfo de la Revolución Cubana, la Resistencia Peronista incorporó el decisivo impulso de John William Cooke. Cooke había sido un cercano colaborador de Evita² durante el primer gobierno justicialista, ex diputado nacional durante ese período y amigo de Fidel Castro. El fue quien sirvió como enlace entre Juan Domingo Perón y las corrientes revolucionarias que comenzaron a surgir a mediados de la década del 60. Fue el responsable de elaborar el argumento teórico que unía al marxismo con el peronismo que Perón decía, en esos años, que todavía hacía faltaba implementar en el país.

Cooke murió el 19 de septiembre de 1968. Su tarea dejó una huella fundamental; la que le abrió el camino a la izquierda peronista y alentó sus sueños revolucionarios. Tal como sucedió, por ejemplo, con la aparición en 1959 de una ignota y efímera formación guerrillera rural, los Uturuncos. Dirigida por Enrique Mena, quien desde la izquierda del peronismo había participado de las protestas por el asesinato de un obrero en Tucumán, fracasó en su intento.

De derecha a izquierda

Entre los antecedentes de las organizaciones guerrilleras en la Argentina también se encuentra el Movimiento Nacionalista Tacuara, en el otro extremo de su pensamiento político posterior. Estaba integrado por jóvenes que militaban en la derecha católica, bajo el liderazgo de Alberto Ezcurra.

En 1962, este grupo se dividió en dos debido a sus curiosos desacuerdos ideológicos. La ruptura dio lugar al surgimiento del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), un sector que se identificaba como antiimperialista y que posteriormente se acercó a sindicatos y organizaciones juveniles de izquierda. Entre sus dirigentes se encontraban José Luis Nell y Joe Baxter. En 1964 el grupo se desintegró definitivamente para sumarse a las que luego serian las grandes organizaciones del peronismo revolucionario. Su presencia en estas nuevas expresiones alimentó la línea de pensamiento que iría adquiriendo creciente importancia dentro del movimiento peronista, la que se planteaba la oposición frontal y violenta a la dictadura militar, sin ocultar su adhesión a los principios del socialismo desde una concepción nacionalista.

Fueron los integrantes de la Juventud Peronista los que expusieron con mayor claridad su adhesión a las nuevas propuestas, quienes paulatinamente fueron dando lugar a la formación de inesperadas expresiones políticas: Movimiento Revolucionario Peronista; Juventud Revolucionaria Peronista, de Gustavo Rearte; Acción Revolucionaria Peronista, fundada por John William Cooke; Frente Peronista de Liberación; Organización Peronista 17 de Octubre.

La renovada Iglesia Católica de ese entonces fue otra de las vertientes por medio de la cual se incorporó a muchos jóvenes de la clase media a las filas del peronismo revolucionario.

La guerrilla no era sueño

Fueron varias las agrupaciones que tomaron la posta del peronismo revolucionario y se convirtieron en las claves desencadenantes de la década posterior.

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP): Su primera operación fue en 1967. Entre sus jefes se encontraban Envar El Kadri, Carlos Cande y Arturo Gadea. El grupo reivindicaba la figura de Perón y se consideraban herederos de la Resistencia Peronista. Sostenían la opción de la guerra de guerrillas como método de presión sobre la dictadura militar para lograr la apertura democrática.

La mayoría de sus integrantes provenían del grupo Acción Revolucionaria Peronista, liderado por John William Cooke, o del Movimiento Tacuara. También llegaron a la agrupación -definida como político-militar militantes sindicales o que integraban las filas de la Juventud Peronista y sus expresiones universitarias.

Las FAP concretaron, en 1968, uno de los hechos más relevantes en los comienzos del peronismo revolucionario insurgente: instalaron un foco guerrillero rural en Taco Ralo, provincia de Tucumán. La intentona fue derrotada de inmediato. El grupo, formado por trece hombres y una mujer, resultó capturado por las fuerzas de seguridad el mismo día en que se conoció la muerte de John William Cooke, el 19 de septiembre.

Tras ese intento infructuoso, las FAP optaron por las acciones de guerrilla urbana. Así, el 6 de abril de 1970 tomaron la guardia de un destacamento policial en Villa Piolín. Capturaron su armamento y, antes de retirarse, distribuyeron entre los chicos de la zona el contenido de un camión cargado de juguetes que habían robado horas antes.

Cuando a partir de 1971 comenzó el crecimiento de los Montoneros, las FAP difundieron un documento en el que dejaron en claro las diferencias políticas que distanciaban a ambas organizaciones. En él plantearon como objetivo de su lucha la creación de una alternativa independiente centrada en la autonomía de la clase obrera y en el pueblo peronista, la que se caracterizaba por la prescindencia de las estructuras partidarias y sindicales vigentes hasta ese momento. Criticaron frontalmente a los dirigentes políticos y sindicales del peronismo, y calificaron a muchos como traidores. A raíz de esta toma de posición, considerada como sectaria, un importante grupo de sus militantes abandonó las filas de las FAP y se incorporó a las de Montoneros.

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR): Se originaron por la confluencia de un conjunto de sectores provenientes de la izquierda. Lideradas por Carlos Olmedo y Roberto Quieto, las FAR adherían al movimiento revolucionario cubano, y creían que la unión entre la clase obrera y el pueblo, concretada en un movimiento peronista revolucionario, era el camino para llegar al socialismo.

“Esta posición política consiste en la convicción de que se trata de poner en marcha una guerra del pueblo, de construir un ejército del pueblo que obtenga para el pueblo el poder y asuma la construcción de una sociedad distinta (...) una sociedad donde los derechos y las igualdades no estén en la Constitución, sino en la vida”.³

Su primer comunicado como organización está fechado el 30 de julio de 1970. A partir de entonces, se irán acercando a Montoneros, con quienes terminarán fusionándose en 1973.

Fuerzas Armadas de Liberación (FAL): Adherían al marxismo-leninismo. Se formó en 1968 a partir de una confluencia de militantes del Partido Comunista y del Partido Comunista Revolucionario. Las FAL planteaban la necesidad de organizar la lucha armada para “golpear la superestructura política e ideológica del Estado y conducir a la masa a un proceso de liberación”.

Para ellos, “la masa no es exclusivamente una fuente de reclutamiento, sino creemos que allí existe un trabajo específico, fundamentalmente en la clase obrera, el movimiento estudiantil y los sectores populares de las villas miseria”.⁴

Con el tiempo, las FAL sufrirían sucesivas atomizaciones. La mayoría de sus integrantes terminaron sumándose al ERP.

Montoneros: Fue la mayor organización guerrillera urbana de la Argentina. Tuvo su origen en la fusión de tres pequeños grupos de jóvenes provenientes del nacionalismo católico. Por un lado el de Córdoba, conducido por el ex liceísta militar Emilio Ángel Maza. Por el otro, el que Fernando Abal Medina representaba en la Capital Federal, quien tras su paso por Tacuara y la Juventud Estudiantil Católica, había conformado junto con su esposa, Norma Arrostito, y sus compañeros del Colegio Nacional Buenos Aires -Gustavo Ramus y Mario Firmenich- denominado Comando Camilo Torres. Por último, contaba con el grupo Santa Fe, el que estaba bajo la conducción del ingeniero químico y dirigente estudiantil Fred Mario Emst.

La organización Montoneros estableció como parte de su estrategia: “la guerra popular, que debe ser total, nacional y prolongada. Es total porque supone la destrucción del Estado capitalista y de su ejército como pasos previos a la toma del poder por el pueblo (...) Es nacionalista porque su sentido es la emancipación del dominio extranjero (...). La calificamos de prolongada porque hay que formar al Ejército Popular, lo que implica tiempo para desarrollarlo...”,⁵

Su primera acción pública se produjo el 29 de mayo de 1970, con el secuestro, enjuiciamiento y asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, una figura emblemática del antiperonismo.

Sin embargo, los Montoneros recién concretaron su primera aparición pública y desembozada el 1 ° de julio de ese año, cuando un comando de la organización ocupó militarmente la localidad cordobesa de La Calera. El operativo consistió en un asalto simultáneo en los que fueron tomados el Correo, el banco, la Municipalidad y la comisaria.

Entre 1971 y 1972 comienza a notarse un crecimiento inesperado de militantes en las diversas expresiones políticas que respondían a la conducción de Montoneros. La organización había proclamado una política de absoluto acatamiento a la estrategia que Juan Perón tenía diseñada para su retomo al país desde su exilio en Madrid. Y se presentó como parte vital y activa a la hora de lograr la consumación del proceso electoral al que se vieron forzados a convocar los militares, acorralados por una situación que ya estaba fuera de su control, al menos por el momento.

El marxismo armado

Los orígenes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) deben rastrearse a comienzos de la década del 60, con la fundación, en Santiago del Estero, del Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP). Una formación impulsada por jóvenes que reivindicaban las luchas indígenas, y que tenía concentrado su accionar en el noroeste argentino y que luego se fue acercando paulatinamente al marxismo.

Uno de sus fundadores, Mario Roberto Santucho, contribuyó a este acercamiento a través de varios escritos en los que reflexionó sobre la situación de explotación a la que eran sometidos los obreros de la industria azucarera en Tucumán. En esa provincia, Santucho estableció contacto con militantes de Palabra Obrera, el órgano de prensa del Partido Obrero Trotskista, conducido por Nahuel Moreno.

En 1963, se formalizó un acuerdo para crear un frente único entre el FRIP de Santucho y el PO de Moreno. La unión sirvió como base para imaginar un partido revolucionario de alcance nacional de signo claramente marxista, cuyo objetivo era la toma del poder. La alianza se concretó recién dos años más tarde, bajo el nombre de Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); en 1965.

Pero el lanzamiento también fue el escenario donde se produjo la fractura anunciada, la que era previsible apenas se proclamó la unión. Mientras Santucho impulsó el lanzamiento de la lucha armada como parte vital del proceso revolucionario, Nahuel Moreno se opuso vehementemente a esta decisión. La diferencia de criterios motivó, en 1968, la separación del PRT en dos grupos.

Moreno quedó al frente del PRT "La Verdad", que luego se convertirá en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST); mientras que Santucho, por su parte, conduciría el PRT "El Combatiente", finalmente conocido a través de su brazo

armado, el ERP. En 1970, el V Congreso del PRT que respondía a Santucho declaró el inicio de la guerra revolucionaria en la Argentina, y anunció la conformación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Un frente militar que impulsaría la construcción del partido de la clase obrera. Sus sostenedores más entusiastas eran el propio Santucho, junto con Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Menna.

El ERP tuvo grandes diferencias de concepción y de accionar con el resto de las formaciones guerrilleras. “El ERP no es el brazo armado del PRT. Es una organización de masas para la guerra civil. Sus filas están constituidas por todos los militantes del Partido, más aquellos combatientes de diferentes capas sociales y disímil extracción política que aceptan pelear por el programa del ERP, que es antiimperialista, anticapitalista y democrático, mientras que el programa del PRT es definitivamente socialista”.⁶

En su prédica constante acerca de la necesidad de una actitud heroica en sus miembros, el ERP aseguraba en sus documentos que: “Para un revolucionario, ningún impedimento físico, ninguna disminución puede quedar por mucho tiempo sin que ésta, utilizando la voluntad, la conciencia revolucionaria, cambie radicalmente. Nuestro máximo ejemplo es el Che, que pese a su asma, encabezó en Cuba y en Bolivia las luchas de liberación”.⁷

La primera acción armada del ERP fue el asalto a la comisaría 24a de Rosario, en septiembre de 1970. En poco tiempo, la formación se convirtió en la organización guerrillera con mayor actividad militar en la Argentina, concentrada en las ciudades de Rosario, Córdoba y Tucumán. Su irrupción en la escena nacional se produjo el 10 de abril de 1972, con el secuestro del director de la empresa Fiat, Oberdan Sallustro.

Mientras el resto de las organizaciones revolucionarias reconsideraban la viabilidad de la guerrilla rural y se concentraban en el desarrollo de acciones urbanas, el ERP se dedicó a impulsar su accionar en los montes tucumanos, a partir de 1974. La experiencia culminó con el Operativo Independencia, dispuesto por la entonces presidenta Isabel Martínez de Perón en febrero de 1975. Ahí fue cuando se aniquiló a un costo de más de dos mil personas la caprichosa persistencia del ERP por sostener a 60 efectivos en el interior de la selvática geografía tucumana.

1 Liliana Caraballo. Noemí Charlier y Liliana Garulli: "Documentos de historia argentina (1955-1976)", Eudeba, Buenos Aires, 1998.

2 Eva Duarte de Perón.

3 Revista "Cristianismo y Revolución", abril, 1971.

4 Idem anterior.

5 Revista "Cristianismo y Revolución", abril, 1971.

6 Revista "Cristianismo y Revolución", enero de 1971.

7 Revista "Estrella roja", julio de 1971. Citado en Anzorena, Oscar: "Tiempo de violencia y utopía", Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1998.

Capítulo IX. Una novia de oro

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

"A los 16 años salí del Bonifacio y me fui a vivir con mi madre a un hotel. Quedaba en Parque Centenario, Caballito. Teníamos una pieza de cuatro por cuatro; la cocina y el baño eran comunes y se compartían entre todas las habitaciones."

"Yo empecé a trabajar en un taller de alhajas, era una joyería clandestina. Cuando venía un inspector todos teníamos que salir rajando; fue lo primero que me dijeron en mi primer día de trabajo. El taller funcionaba en los fondos de una almacén que habían puesto para disimular lo que pasaba atrás. Una almacén común y silvestre, que tenía quesos y fiambres. Ahí hice mis primeras armas en orfebrería: pulir, armar, fundir. Hacíamos anillos especiales, mallas para relojes, cadenas, llaveros. Los dueños eran dos hermanos; no sé si serían mayoristas, pero te aseguro que ahí entraba mucho oro."

"Yo les afané un montón de oro que me lo terminó de quitar una mina. Una tucumana que estaba muy fuerte. Soltera, mayor que yo. Haydeé tenía 25 años, era una especie de novia que todos los días me pedía que le llevara unos gramos de oro. Vivía en el mismo hotel en que estábamos parando con mi vieja. Ella y sus hermanos laburaban como operarios en la fábrica Atma. A veces pienso que si yo me hubiera guardado todo ese oro habría tenido mucha guita, pero se lo di todo a ella y no me quedé con nada. Estaba enamorado, recién salía del Instituto y no sabía nada de la vida. Ella me quería para la joda. La dejé de ver cuando con mi mamá nos mudamos a San Miguel."

Mudanzas y trabajos

Mi vieja alquiló una casilla en San Miguel, en la provincia de Buenos Aires, que no tenía luz, en una calle sin asfalto ni nada. Fue como retroceder mil años. Volver al campo, a la prehistoria. Ahí comenzamos otra vida. Yo dejé mi empleo en la joyería porque me quedaba lejos, y empecé a trabajar como dependiente en el bufet del Hospital Alvear. Me llevó mi vieja, que ya trabajaba desde hacía unos

meses en ese lugar."

"En el bufet del hospital hice un montón de guita, ganaba más que en la joyería. Trabajamos ahí más de tres años. Quedaba por la avenida Warnes, cerca de la estación donde con mi vieja nos tomábamos el tren de vuelta hasta la casita de San Miguel. Yo me había convertido en una persona de confianza para el dueño, hacía de todo. El sabía que además de las propinas yo me quedaba con algún vuelto, pero lo tomaba como el pago de un sobresueldo y no decía nada."

"Me compré una bicicleta, pilchas...iba al cine. Cambié dos o tres novias. No me gustaba ir a bailar, me metía en los bares que tenían esas vitrolas que andaban con monedas. Me gastaba toda la guita escuchando los discos de Trini López, Pedro y Pablo, Los Iracundos, Vivencia. Todos los de la 'nueva ola'."

"Pero a mis novias nunca las llevaba a casa, ni a la de madera ni a la otra a la que después nos mudamos, de material y que tenía luz, aunque el bombeador de agua lo manejaba el dueño que nos llenaba el tanque de cien litros una vez semana. A mi vieja no le gustaban mis novias ni mis amigos; los corría. Nadie le gustaba, ninguna le caía bien. Por eso, a pesar de haber tenido muchas minas, al final me quedé soltero."

"Como nos iba bien con el laburo del bufet, al poco tiempo nos volvimos a mudar. Nos fuimos a un departamento cerca del centro de San Miguel, en un primer piso con luz, agua corriente, cloacas. Civilizado. En ese lugar, que quedaba sobre la calle San José, vivimos muchos años."

"Al poco tiempo dejé el bufet y me puse a trabajar, en combinación con el almacén que estaba al lado del hospital, levantando pedidos entre los enfermos. Iba sala por sala, cama por cama. Ellos ya me conocían de cuando trabajaba en el bufet, me tenían confianza. Entonces yo les decía que era más barato comprarme a mí. En una libreta anotaba: sala tal, cama tal, enfermo tal, llevar un agua mineral, tanto de fiambre y lo que me pidiesen. Retiraba el pedido del almacén y a la cuenta le agregaba mi ganancia. Pero duró poco, el negocio era mejor para el almacenero y no era lo que yo quería hacer.

Vocación de policía

Yo quería ser policía. Me había hecho amigo de todos los vigilantes de la Comisaría 41°, en la jurisdicción de La Paternal, donde estaba el hospital. Quería ser policía de alma, de hecho soy un policía frustrado. Será por el uniforme, las

armas, el respeto."

"Lo intenté. En esa época se podía hacer la colimba en la policía, un año antes del sorteo. Yo me anoté y me salió como destino la montada. Pasé la instrucción pero después me dieron la baja porque no me daba el peso ni la altura; yo estaba muy flaco para ser policía

REPORTES

1968

Abril:

Estados Unidos, 5. El pacifista y defensor de los derechos de los afroamericanos Martin Luther King, es asesinado en Memphis.

Mayo:

Francia, 3. Un movimiento estudiantil gana las calles en reclamo de la democratización de la enseñanza universitaria. La protesta logra sumar a intelectuales, políticos y a organizaciones sindicales. Y deriva en una sucesión de manifestaciones multitudinarias que paralizan el país durante un mes. Los cuestionamientos se extienden al sistema de producción, las costumbres, la familia y hasta la jerarquización social imperante en ese momento. "La imaginación al poder" es el lema que alimenta el espíritu del Mayo Francés, una consigna que el mundo occidental adoptaría después como un símbolo del espíritu renovador de la época.

Septiembre:

Estados Unidos. Richard Nixon es elegido presidente... Se estrena en cine el filme 2001: Odisea del Espacio, de Stanley Kubrick.

Octubre:

México, 2. Una concentración de estudiantes universitarios reunidos en la Plaza de las Tres Culturas es objeto de un fatal ataque ordenado por el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz. El Ejército y la policía de civil disparan a mansalva contra los manifestantes que no pueden escapar de la emboscada, ya que las salidas habían sido copadas por las fuerzas de seguridad. Los que logran huir se refugian en el complejo de Tlateloleo. Fueron capturados y desaparecieron después de haber pasado por un centro de detención militar en el que habían ferozmente torturados.

Argentina. Fernando Solanas filma La hora de los hornos. El extraño del pelo largo, de Los Iracundos, es el tema más escuchado del año.

1969

Mayo:

Argentina, 29. El Cordobazo. En la ciudad de Córdoba -sede de la nueva industria automotriz - obreros y estudiantes manifiestan contra el desempleo, los recortes al presupuesto universitario y el programa de austeridad del gobierno de facto de Onganía. La CGT local declara una huelga general de 36 horas. La manifestación es violentamente disuelta por la Policía, la que al verse superada pide la intervención directa del Ejército. Los disturbios terminan con un saldo de 14 muertos y decenas de heridos. A este hecho se suma, ese mismo mes, una rebelión similar en Santa Fe, conocida como el Rosariazo. Los episodios dan impulso a la militancia peronista en los sindicatos y evidencian el debilitamiento del onganiato.

Estados Unidos. Nixon anuncia la retirada progresiva de las tropas norteamericanas de Vietnam. 250.000 personas se manifiestan a favor del fin de la guerra.

Junio:

Argentina. Es asesinado el dirigente sindical Augusto Timoteo Vandor, quien había apoyado a la Revolución Argentina y en ese momento negociaba con Onganía un regreso al sistema electoral sin la participación de Juan Domingo Perón. La organización guerrillera Montoneros se atribuye la autoría del atentado.

Julio:

El mundo, 20. El hombre llega por primera vez a la Luna. La nave Apolo XI cumple la hazaña. El astronauta norteamericano Neil Armstrong es el primer hombre que pone el pie en suelo lunar, seguido minutos después por su compañero Edwin Aldrin. Se transmite en directo por televisión a todo el mundo.

Agosto:

Estados Unidos, 15, 16 y 17. Durante tres días, una multitud de 500.000 jóvenes acampa en una granja cercana a Woodstock, Nueva York, para asistir a la presentación de las más famosas bandas de rock del momento. En una atmósfera

de convivencia pacífica y armonía, el festival se convierte en un símbolo de la solidaridad de los jóvenes contra la guerra y el establishment.

Copenhague. Feria Internacional del Sexo en Dinamarca. El Parlamento danés vota la liberación de la pornografía.

Francia. En su primer vuelo, el Concorde, avión ultra rápido y silencioso, une Francia y Gran Bretaña con los Estados Unidos.

Argentina. El 90% de los habitantes de la Capital Federal tiene aparatos de televisión.

X LA IGLESIA DE LOS POBRES

(Informe de situación)

El “Manifiesto de los 18 Obispos del Tercer Mundo”, publicado el 15 de agosto de 1967, fue el inicio formal de lo que en la historia argentina se recuerda como Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Con el objeto de asimilar las conclusiones del Concilio Vaticano II y aplicar los postulados de la encíclica “Populorum Progressio” a los países subdesarrollados, un grupo de obispos elaboró, bajo el impulso del brasileño Helder Cámara, un documento que influiría profundamente en la Iglesia Católica latinoamericana.

En su introducción, el Manifiesto identifica a sus autores como “habitantes de pueblos que luchan y sufren por su desarrollo”. Desde el comienzo, el texto describe la situación en la que se situaban los religiosos y sus consecuencias: “Un impulso irresistible mueve a estos pueblos pobres a su promoción mediante la liberación de todas las fuerzas que lo oprimen”. Y va más allá: “Los pueblos del Tercer Mundo forman el proletariado de la humanidad actual, explotados y amenazados en su existencia misma, por aquellos que se arrogan el derecho exclusivo, porque son los más fuertes, de ser los jueces y policías de los pueblos materialmente menos ricos”.

Los pastores consideraban que no había que sorprenderse ante los intentos revolucionarios surgidos en esas naciones: “Todos los poderes hoy establecidos nacieron, en una época más o menos lejana, de una revolución, es decir, de una ruptura con un sistema que no aseguraba el bien común”.

La Iglesia tampoco escapó a las críticas de los sacerdotes, que entendieron que sus representaciones en la región “se encuentran de tal manera ligadas al sistema que se las cree confundidas con él”.

En forma sintomática, el documento contiene un capítulo en el que los pastores expresan su “Fidelidad a la Palabra de Dios”, pero incluyen otro, titulado “Fidelidad al pueblo”. En él, expresan que “es un pecado para los cristianos

desolidarizarse de su país y de su pueblo en la hora de la prueba (...) Los cristianos y sus pastores deben reconocer la mano del Todopoderoso en los acontecimientos que periódicamente derriban a los poderosos de sus tronos y elevan a los humildes, despiden a los ricos con las manos vacías y sacian a los hambrientos. Hoy, el mundo demanda, con tenacidad y virilidad, el reconocimiento de la dignidad humana en toda su plenitud, la igualdad social de todas las clases”.

La difusión del Manifiesto resultó un conmovedor sacudón a los sentidos de los religiosos latinoamericanos. El mensaje de los pastores tercermundistas pronunciaba una realidad oculta y auspiciaba una novedosa actitud pastoral, situaba el origen de la injusticia en el sistema político, social y económico al que estaba sometido el Tercer Mundo, y proclamaba el derecho de los pueblos a ser protagonistas de su liberación.

En enero de 1968, el obispo Helder Cámara, impulsor de la redacción del Manifiesto, recibió en su diócesis brasileña de Recife una carta de adhesión al documento firmada por 270 sacerdotes, fechada en la Argentina.

El germen del movimiento

Por esos años, la Iglesia Católica argentina recobraba, al menos en ciertos sectores de la sociedad, parte del protagonismo perdido a raíz de su complicidad con el golpe de Estado que había derrocado al gobierno de Juan Domingo Perón en 1955.

Ante el crecimiento de los conflictos sociales que se reproducían a la sombra del gobierno militar del general Juan Carlos Onganía, un centenar de jóvenes sacerdotes comenzaron a participar en esas protestas, muchas veces como promotores.

Así sucedió, por ejemplo, cuando en febrero de 1967 un grupo de sacerdotes, encabezados por Miguel Ramondetti, se movilizó en rechazo de las imputaciones del gobierno, en las que calificaba como “injustas y subversivas” las protestas obreras que reclamaban mejores condiciones de trabajo y retribución salarial. “Es justo y legítimo reclamar derechos tan fundamentales y no permitir que sean pisoteados”, afirmaron.

El gobierno guardó silencio. La actitud de los jóvenes religiosos ya era una repetición que se transformaba en síntoma. De hecho, la movilización de la Iglesia había comenzado unos años antes.

En 1966, un núcleo ultraradicalizado de católicos, liderados por el ex seminarista Juan García Elorrio, comenzó a editar la revista "Cristianismo y Revolución". En este medio, se difundió la nueva temática de la Iglesia y la opción de la lucha armada en América latina bajo la consigna del socialismo.

La vida de la agrupación que encabezó Elorrio sería breve, pero tendrá influencia en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo: en su revista contarán con amplios espacios de difusión, apoyarán su accionar e influirán notablemente en muchos de sus integrantes.

Otra postura, menos radicalizada pero igualmente renovadora, era la del sacerdote Carlos Mugica, quien apoyaba las denuncias de las injusticias del sistema pero repudiaba el enrolamiento de sacerdotes en las organizaciones armadas, que ya comenzaban a crecer. Mugica, que trabajaba en la villa miseria "Comunicaciones", del barrio de Retiro, había volcado a muchos jóvenes católicos, entre ellos Mario Firmenich, Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus - luego máximos dirigentes de Montoneros hacia el trabajo misionero en favor de los pobres. Hacia 1967, muchos de esos jóvenes se alejarían de Mugica y su prédica contra la violencia.

El fermento en la masa

La amplia repercusión de las declaraciones del "Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo" y las acciones que emprendían por cuenta propia muchos sacerdotes, condujeron a la necesidad de gestar un encuentro nacional en el que confluyeran las tendencias reformistas locales surgidas a partir del Concilio Vaticano II.

En la provincia de Córdoba, durante los primeros días de mayo de 1968, 21 sacerdotes en representación de 13 diócesis de todo el país bautizaron como "Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo" (MSTM) a la confluencia de religiosos en torno de las nuevas formulaciones de la Iglesia.

Durante ese primer encuentro, el flamante movimiento redactó una carta destinada a los obispos latinoamericanos que, en agosto de ese año, se reunirían en Medellín, Colombia, en la que expusieron un panorama alarmante: "Existe un nuevo elemento en esta situación de miseria y de injusticia. Es el hecho de una rápida toma de conciencia de un pueblo explotado que intuye y constata las posibilidades reales de su liberación. Para muchos, esta liberación es imposible sin

un cambio en las estructuras socio-económicas y no pocos consideran ya agotadas las posibilidades de lograrlo por medios puramente pacíficos”.

La agrupación articuló en aquel encuentro una organización originalmente compuesta por seis regiones que, un año después, serían ampliadas a las ocho definitivas: Nordeste, Noroeste, Córdoba, Santa Fe Entre Ríos, Capital Federal-Gran Buenos Aires y provincia de Buenos Aires-sur del país. Miguel Ramondetti fue designado “responsable general”, mientras que las tres secretarías generales recayeron en Héctor Botán, Jorge Vemazza y Roberto Ricciardelli. También fueron elegidos los coordinadores regionales y los delegados de cada diócesis, además de asignarle a Alberto Carbone la tarea de publicar y distribuir el boletín del movimiento, llamado “Enlace”, cuyo primer número apareció en septiembre de 1968.

La estructura del MSTM no pretendía convertirse en un gobierno paralelo al oficialmente existente en la Iglesia argentina. Tampoco se proponía funcionar por fuera de ella. Lo que se formalizó en aquel encuentro fue una organización cuyos representantes debían cumplir exclusivamente funciones de promoción, coordinación y enlace.

Si bien eran muchos los sacerdotes que compartían los postulados del movimiento, sus integrantes activos no sumaron más que unos 520 religiosos sobre una población total de 5.900 en toda la Argentina, algo menos de un nueve por ciento¹.

En 1969, el MSTM recibiría un inesperado apoyo a sus acciones. La Conferencia Episcopal Argentina se reunió en la localidad bonaerense de San Miguel entre el 21 y el 26 de abril de ese año, para debatir la aplicación del documento de Medellín en el país. Cercados por las protestas populares y la represión creciente, y sacudidos por la ola de conflictos entre obispos y sacerdotes, los representantes de las diócesis argentinas debieron utilizar un lenguaje más claro para expresar sus conclusiones.

“Comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aún tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta -decía el documento de San Miguel-. La liberación deberá realizarse pues en todos los sectores en los que hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico, el social”.

Casi repitiendo las consignas de acción del MSTM, los obispos se refirieron al rol fundamental de la Iglesia “por la superación de las resistencias al cambio motivadas por ignorancia, indiferencia o intereses egoístas”.

Aun con ciertas reservas, los pastores prometían mejorar su disposición al diálogo con sacerdotes y laicos: “Nos proponemos dialogar frecuentemente con los sacerdotes, religiosos y laicos que están realizando un apostolado social comprometido en ambientes obreros y estudiantiles, para comprender mejor sus inquietudes, ponderar sus planes, orientar su acción y apoyarlos, llegado el caso”.

Nacimiento, desarrollo y caída

La historia del MSTM se extendería durante los siguientes diez años, en constante tensión interna. Para recorrerla, conviene distinguir varios períodos²:

-Nacimiento y consolidación del movimiento (octubre de 1967-junio de 1970)

En él se realizaron dos encuentros nacionales, luego del primero ya mencionado. El II Encuentro Nacional tuvo lugar pocos días antes del Cordobazo -del 10 al 3 de mayo de 1969-, en Colonia Caroya, Córdoba, con la participación de 80 sacerdotes. Al año siguiente se desarrolló el III Encuentro Nacional, del 10 al 5 de mayo, en Santa Fe, con 117 participantes. Como conclusión de ese encuentro, el movimiento difundió un documento en el que asegura que “el peronismo es una expresión del pueblo que busca justicia”, lo que anunciaba el rasgo fundamental del segundo período de su historia.

-Agudización de la polémica (julio de 1970-noviembre de 1972)

Esta segunda etapa se caracterizó por el crecimiento de la tensión política y religiosa en el país. El MSTM ocupó varias veces la escena pública, y se discutió intensamente su vinculación con acciones de la guerrilla, como la toma de La Calera y el secuestro del general Pedro Aramburu por parte de Montoneros. Hubo procesos judiciales y hasta cárcel para algunos de sus miembros, lo que hizo público el conflicto con instancias de la jerarquía episcopal.

Por otra parte, se acentuó el enfrentamiento con el gobierno militar y se precipitó el acercamiento del movimiento a la oposición política, aglutinada por un peronismo excluido. Externamente, el MSTM se vinculó con movimientos similares surgidos en otros países de América latina. En todo el continente, además, se desarrolló todo un cuerpo de literatura y pensamiento polémico: era el auge de la Teología de la Liberación.

-Actuación en la escena política (diciembre de 1972-agosto de 1973)

El 6 de diciembre de 1972, Juan Domingo Perón se reunió con 60 integrantes del movimiento en su residencia de Vicente López, durante su primer regreso al país desde su derrocamiento por la Revolución Libertadora en 1955. La reunión tuvo un impacto enorme en los medios de comunicación: era el primer contacto del líder peronista con la Iglesia Católica después de un violento enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica y el clero durante su último gobierno.

Este cambio de situación, que colocaba al MSTM en un protagonismo político de primera línea, no buscado por sus miembros y resistido por algunos, acumularía un peso excesivo para el movimiento.

-Fractura interna del movimiento (agosto de 1973-marzo de 1976)

El período se inició en el VI Encuentro Nacional en San Antonio de Arredondo, en agosto de 1973. Desde el primer día sesionaron dos grupos separados. La cuestión de fondo era la del peronismo: en qué medida era un freno o un Impulso para la esperada revolución latinoamericana.

Desde ese momento, el movimiento se manifestará sólo con declaraciones regionales. Y se producirá un intenso proceso de desmembramiento: un grupo numeroso, en el país o en el exilio, se retraerá hacia la vida privada. Algunos serán víctimas de la violencia política; otros se unirán a organizaciones revolucionarias armadas.

-Retracción y exilio (marzo-diciembre de 1976)

La situación planteada se ahondó a partir del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. El MSTM abandonó toda actividad pública. La simple atribución de "tercermundista" era en ese entonces acusación y condena.

Durante los dos últimos períodos, 47 sacerdotes integrantes del MSTM emigraron del país. En los mismos años fueron asesinados 16 miembros del movimiento, cifra en la que se incluyen 6 desaparecidos.

El 10 de agosto de 1977, Miguel Ramondetti, durante seis años secretario general del MSTM, abandonó el país con un pasaporte argentino obtenido por la Nunciatura a instancias del obispo Jorge Novak. El sacerdote subió al avión junto con el secretario del nuncio Pío Laghi.

1 Martín, Juan Pablo: "Movimiento da Sacerdotes para el Tercer Mundo", Editorial Guadalupe y Ediciones Castañeda, Buenos Aires, 1992.

2 Martín, Juan Pablo: "Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", Editorial Guadalupe y Ediciones Castañeda, Buenos Aires, 1992.

XI LADRÓN DE BICICLETAS

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

“Pasaron un par de años, ya tenía 19. Era irregular en mis laburos. Anduve de vago, haciendo maldades. Nunca fui asaltante, ni vendedor de drogas ni violador. Pero me dedicaba a afanar bicicletas, vivía de eso. Sólo bicicletas. En esa época no se usaban las cadenas como ahora, entonces era fácil montarse en una al descuido y llevársela pedaleando.

“Un día me aparecía con una blanca, con una verde; otro día con una roja o azul. Las vendía en el barrio, en el que vivíamos antes de mudarnos al departamento de la calle San José, en San Miguel. Las remataba por dos mangos. Y hasta hacía un recibo de venta. Llegué a robar una cantidad increíble de bicicletas. Yo las buscaba en la puerta de los supermercados, dos o tres estaciones más lejos de donde vivía, por Bella Vista, por ejemplo.

“Una vez casi me agarran. La dueña se avivó que le estaba afanando la bici y me corrió más rápido de lo que yo podía pedalear. Se agarró del portaequipajes que tenía atrás. Cuando me vi perdido largué la bici y salí cagando. A partir de esa experiencia, hice lo del Viejo Vizcacha en el Martín Fierro, en vez de no robar más lo hacía en forma más refinada.

“Me acuerdo de una vez en una salita de primeros auxilios donde atendía un dentista. Los pacientes tenían como tres horas de espera antes de entrar al consultorio. En una tarde me llevé tres bicicletas de ese mismo lugar. Primero me llevé una, la escondí, después otra y después otra

“Yo las elegía. Las tipo inglesas no me gustaban porque eran muy pesadas. Buscaba las de rodado 26 de mujer o varón, con manubrio palomita, que en ese tiempo se usaba mucho. Eran las que más rajaban. Yo hacía la guardia en la puerta de los supermercados, con una bicicleta vieja. Cuando veía que una mujer llegaba con una de las buenas, esperaba a que estuviera adentro del negocio para hacerle el cambiazo. Le dejaba la arruinada y me llevaba la nueva.

“Después se las vendía a un bicicletero del barrio que sabía cómo venía la mano. No llegué a juntar mucho porque siempre fui ansioso con la gaita. No soy de esos que amontonan y amontonan. Entonces me las sacaba de encima por lo que me dieran. Ni siquiera le hice diferencia en plata a la mejor de todas de las que me afané, una de carrera con cambios, que por esos años se veían muy poco. Después me agarró como un arrepentimiento. Me decía pobre tipo, anda a saber cuánto tiempo estuvo ahorrando para poder comprársela. Pero yo no tenía la culpa si ellos eran tan boludos de dejarlas en la calle así nomás.

“Cuando yo me compraba una bicicleta por derecha siempre le ponía una cadena con candado; tenía miedo de que algún desgraciado me la afanara. Yo ahora que les compré unas de esas bicicletas brasileñas a mis sobrinos, siempre les digo: chicos, cuídenlas, no sea cosa que se las vayan a afanar. Está lleno de delincuentes. Lo que pasa es que ahora me indigno cuando veo que a alguien le robaron la bicicleta. ¡Ladrón!, grito. ¡A éstos habría que matarlos a todos! Eso digo yo, que fui ladrón de bicicletas.”

REPORTES

1970

Abril:

Estados Unidos, 20. Se celebra en Washington el primer Día de la Tierra. Diez mil norteamericanos se manifiestan en contra de la contaminación del medio ambiente.

Mayo:

Argentina, 29. En el Día del Ejército y primer aniversario del Cordobazo, la organización revolucionaria Montoneros secuestra, enjuicia y mata al ex presidente de la Revolución Libertadora teniente general Pedro Eugenio Aramburu, figura emblemática del antiperonismo.

Mayo:

Argentina. Se cierra el edificio en el que funcionaba el Instituto Di Tella, ubicado en la calle Florida. Era el símbolo de la vanguardia contracultural en la Argentina.

Junio:

Argentina, 8. La Junta Militar -formada por los jefes del Ejército, general Alejandro Agustín Lanusse; de la Armada, almirante Pedro Gnavi; y de la Fuerza Aérea, brigadier general Carlos Rey anuncia la deposición del general Juan Carlos Onganía y asume el poder del Estado. El 18 de ese mismo mes, la Junta designa como presidente de la Nación al general de brigada Roberto Marcelo Levingston, quien en ese momento se desempeñaba como agregado militar en la embajada argentina en Washington.

Septiembre:

Chile, 6. El socialista Salvador Allende triunfa en las elecciones presidenciales.

Inglaterra. Se separan Los Beatles.

Octubre:

Suecia. 27. El científico argentino Luis Federico Leloir es consagrado Premio Nobel de Química por sus estudios y descubrimientos referidos a la cadena de azúcares en el metabolismo.

Noviembre:

Argentina. Se realiza el festival B.A. Rock, organizado por la revista Pelo, en el Velódromo Municipal. Los 30.000 asistentes superan todas las expectativas.

México. Campeonato Mundial de Fútbol. Pelé es el hombre más popular del Universo.

Noviembre:

Francia, 14. Muere Charles De Gaulle, fundador de la Quinta República Francesa y héroe de la Liberación.

Argentina. Los Campanelli y Música en libertad son los programas más vistos en la televisión argentina.

1971

Marzo:

Argentina, 23. La Junta Militar destituye al general Levingston y reasume el poder político. Tres días después, el teniente general Alejandro A. Lanusse es designado presidente de la República.

Mayo:

Argentina, 9. Carlos Monzón retiene su corona mundial de boxeo al vencer al italiano Niño Benvenuti por abandono en el tercer round.

Chile. El poeta Pablo Neruda recibe el Nobel de Literatura.

El mundo. China ingresa en las Naciones Unidas.

XII HIJO DE MADRE ATRAPADORA

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

“Como no pude entrar a la Policía, fui al sorteo por el servicio militar. Me tocó Ejército. Mi destino fue el Regimiento 10 de Caballería, que tenía la base en Azul. Ahí me asignaron a la conducción y el mantenimiento de los tanques MI 13. Eran tanques de combate con desplazamiento sobre orugas. Estaban artillados con una ametralladora antiaérea Van 10, y tenían capacidad para trasladar a doce hombres con equipo completo. Eran del tipo anfibia, los que se usan para los desembarcos.

“Manejar un tanque no es difícil, el problema es la falta de visibilidad; no hay un parabrisas como en los autos y el conductor se tiene que guiar por lo que puede ver a través de una hendidura, y por las indicaciones que le da el jefe de la unidad. Que se las da en grados: tantos a la izquierda, tantos a la derecha; detenerse, avanzar, retroceder. Se maneja casi a ciegas. Lo peor es cuando se disparan los cañonazos. ¿Sabés cómo retumban ahí adentro? Es una cosa terrible tener que maniobrar sin ver lo que pasa afuera mientras se hace fuego desde la torreta del tanque; te dan las órdenes por un auricular mientras disparan, y con tanto ruido vos no escuchás nada.

“Yo había aprendido a manejar en el Hospital Alvear. En los ratos libres lavaba los autos a los médicos y ellos me dejaban las llaves para que después se los acomodara en el estacionamiento. Pensaban que yo sabía manejar. Me tuvieron que enseñar los choferes de las ambulancias. Así es como yo aprendí a manejar en una ambulancia marca Dodge. ¡Sabés qué bien que se podía manejar ese vehículo! Pero no era como para largarme a un tanque. Ojo que ahí no iba cualquiera. Aunque seas conductor de camión no podés manejar un tanque así nomás. Con el tiempo yo le tomé la mano, después de hacer saltar unos cuantos adoquines del patio del regimiento cuando giraba con violencia.

“Me gustó el Ejército. Pero todavía tenía esos vicios del internado. Era un atorrante. Me escapaba, me escabullía del Jefe de Semana. No había día en el que no me hicieran bailar. Pero también, cuando estaba en Azul, sufrí mucho; lloré.

Lloraba porque estaba lejos de mi vieja, que se había quedado sola y sin un mango en Buenos Aires. Por eso, cada vez que volvía de franco, antes de ir a lo de mi vieja me demoraba en la terminal de trenes para hacer un poco de plata. ¿Té acordás que antes los soldados manguaban mucho? Bueno, yo era uno de ellos. Me quedaba cerca de la salida de la estación Constitución, estaba dos o tres horas dando vueltas por la plaza y le tiraba la manga a los que después de bajarse del tren hacían cola en las paradas de los colectivos. Hice fortunas.

“Cada vez que volvía a Azul lloraba. Lloré hasta que me fui adaptando, yo no había cortado el cordón; era hijo de madre atrapadora. Entonces, en los francos, cuando los tenía, dejé de ir a su casa. Siempre estaba sancionado y me daban el franco de lástima, porque reglamentariamente me correspondía un franco higiénico. Salíamos del Regimiento el viernes a última hora y nos teníamos que presentar el lunes siguiente a las seis de la mañana. Entonces, con los vagos de mis compañeros apenas llegábamos a Buenos Aires íbamos a los prostíbulos de la calle 25 de Mayo.

“Ahí me agarró la vocación por el Ejército. Todos me decían que no iba a durar ni un minuto en la fuerza. Que no tenía alma de soldado, la disciplina necesaria. Puede ser que hayan tenido razón.

El estacionador asombroso

“Cuando terminé la colimba, entré a trabajar en una playa de estacionamiento acomodando los autos. ¿Viste la película Locademia de Policía? En la primera parte hay un tipo que quiere ser policía y que trabaja en un estacionamiento. En la película llega un cliente y ve que está todo ocupado. No hay lugar, me voy, dice. Y el personaje le responde: Sí señor, lugar hay. Y le acomoda el auto en un espacio así de chiquito. Bueno, yo no los metía así, pero los estacionaba con una facilidad que asombraba a los clientes.

“La playa quedaba en Bartolomé Mitre y Rodríguez Peña, en Congreso. Era para cuarenta autos y yo llegué a meter unos ochenta. No me pagaban mucho pero yo sabía cómo hacer la diferencia. Cada vez que había un estreno en el cine Gaumont se llenaba la playa. Eran dos horas por lo menos de estadía. Yo al dueño le rendía como si hubiera sido una y a los clientes les hacía un comprobante trucho por tres.

“Ahí trabajé más de un año, y me lo encontré a Albertito Morel, mi compinche en los institutos. Fue un día en el que había poco laburo, yo estaba

haciendo señas para que los autos entraran en el estacionamiento. Ahí lo veo a Morel. De pelo crespito, petiso como yo. Facherito como siempre, caminando como un gallito. Lo reconocí enseguida; pese a que ya tenía 21 años. Yo me arrimé y desde atrás le dije: -¿Albertito? El se dio vuelta y me reconoció enseguida: -¡Ibáñez! me respondió.

“Esa vuelta hablamos mucho con Morel. Se había recibido de médico laboralista, trabajaba en una fábrica y vivía con su hermana en un departamento en Pasteur y Rivadavia. Después nos encontramos todos los más compinches del Instituto en su casa. Ahí nos enteramos de que la hermana de Morel andaba con un compañero nuestro; con López. También estaban los hermanos Domínguez y el polaco Morales. Éramos tantos que yo ofrecí los autos de los clientes para llevarlos a todos hasta la casa de Morel. Al otro día me rajaron del estacionamiento.

“Entonces empecé a trabajar en la playa de enfrente, con un gallego que me quería muchísimo. Yo le saqué todos los clientes que pude a los que me habían rajado; gente que me reconocía por mi esfuerzo, porque yo cuando veía que tenían el auto sucio se los lavaba por una propina. Ya era un especialista en playas de estacionamiento. Me las sabía todas, hacía diferencia con la guita y me dejaba tiempo para estudiar. Yo había decidido rendir el examen de ingreso a la Escuela Lemos¹, para ingresar en el Ejército.”

1 Se trata de la Escuela de Suboficiales del Ejército para apoyo de combate.

REPORTES

1972

Febrero:

Argentina. Después de una intensa búsqueda, es atrapado Carlos Robledo Puch, de 20 años, autor de 11 homicidios.

Marzo:

Argentina, 21. Un comando del ERP secuestra al director general de la empresa Fiat, Oberdan Sallustro. El 10 de abril una comisión policial entra en una vivienda del barrio porteño de Villa Lugano, donde era mantenido prisionero. Se produce un intenso tiroteo y, antes de fugarse, el grupo guerrillero ejecuta al empresario.

Junio:

Estados Unidos, 17. Con el aparentemente irrelevante arresto de siete operarios, comienza el escándalo de Watergate, que instalaría mundialmente a la prensa como el cuarto poder. Una investigación periodística del diario Washington Post pone al gobierno del presidente Richard Nixon en el centro de una serie de denuncias de conjura y espionaje. Nixon se adelanta al veredicto del juicio político con su renuncia, en 1974.

Agosto:

Argentina, 22. Masacre de Trelew. En un operativo sincronizado, dirigentes de las organizaciones revolucionarias ERP, FAR y Montoneros se fugan de la cárcel de Rawson y logran llegar a Chile. Durante el operativo, diecinueve guerrilleros quedan en el aeropuerto de Trelew y terminan rindiéndose. En la madrugada del 22 son fusilados.

Septiembre:

Alemania, 5. Grupos palestinos atacan la delegación judía en las Olimpiadas de Munich. Mueren 11 atletas israelíes.

Noviembre:

Argentina, 17. Tras 17 años y 52 días de exilio, Juan Domingo Perón regresa al país. Cientos de militantes marchan bajo la lluvia a recibirlo y desafían un operativo de seguridad que despliega 35.000 efectivos, tanques y piezas de artillería y que reprime brutalmente a los manifestantes. Perón permanece unas horas detenido en Ezeiza y luego se dirige a una casa en el barrio de Vicente López, en el Gran Buenos Aires. Hasta el 14 de diciembre, cuando deja el país y parte a Asunción, en el Paraguay, Perón se dedica a constituir un frente político que le garantiza el triunfo del peronismo en las elecciones presidenciales que se realizarían al año siguiente. Así, queda formado el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), que presenta la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima.

Diciembre:

Argentina, 22. Un avión de la Fuerza Aérea Uruguaya, que transportaba a un grupo de estudiantes y jugadores de rugby del colegio religioso Old Christians, cae en medio de la Cordillera. Tras 70 días, son rescatados 16 sobrevivientes.

Estados Unidos. Se estrena el filme El Padrino, de Francis Ford Coppola, con Marión Brando y Al Pacino.

1973

Marzo:

Argentina, 11. Los candidatos del FREJULI, Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima, ganan las elecciones nacionales. El 13 de julio renuncian a sus cargos y la presidencia del país pasará a manos de Raúl Lastiri, titular de la Cámara de Diputados y yerno del ex secretario privado de Perón y entonces ministro de Bienestar Social, José López Rega.

Junio:

Argentina, 20. Perón regresa definitivamente a la Argentina. El acto organizado para recibirlo es una de las mayores concentraciones populares de la historia argentina. En Ezeiza se ponen de manifiesto las diferencias antagónicas que existen en el movimiento peronista. Un sector de las columnas juveniles, identificado como integrante de las organizaciones Montoneros y FAR, es recibido con descargas de ametralladoras desde el palco montado para recibir al caudillo, el

que estaba controlado por la derecha del sindicalismo y hombres de López Rega. El tiroteo se generaliza. El avión que transporta a Perón es desviado al aeródromo militar de Morón.

Argentina. Leonardo Favio filma Juan Moreira.

Septiembre:

Chile, 11. Las Fuerzas Armadas, encabezadas por el comandante en jefe del Ejército general Augusto Pinochet, derrocan el régimen del presidente socialista Salvador Allende. Unidades del Ejército ocupan durante la mañana el palacio presidencial de La Moneda, lanzan un ultimátum que pide la rendición del mandatario y bombardean la casa de gobierno. El primer presidente socialista votado democráticamente en América latina muere durante esa jomada.

Argentina, 23. La fórmula Juan Domingo Perón-Isabel Martínez de Perón resulta ganadora en elecciones nacionales.

Argentina. Rolando Rivas taxista y Papá corazón son los programas televisivos más vistos.

Argentina, 25. El secretario de la CGT y hombre de confianza de Perón en el movimiento sindical, José Rucci, es asesinado. Las autoridades policiales adjudican el asesinato a la guerrilla. Sin embargo, nadie ganó más que López Rega con la muerte del dirigente sindical: el asesinato reforzó la resolución de Perón de poner fin a las "formaciones especiales".

Estados Unidos. La Asociación Psiquiátrica Americana suprime la homosexualidad de la lista de desórdenes mentales.

XIII EL CABO QUE SE SOÑABA OFICIAL

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

"Un día escuché por la radio la propaganda del Ejército en la que se convocaba a jóvenes como yo para ingresar en la Escuela de Suboficiales General Lemos. En ese momento hacía menos de un año que había salido de la colimba, estaba sin trabajo; como quien dice sin rumbo. Entonces fui y me anoté. Me acuerdo que mi vieja estaba de lo más contenta. Ella quería que yo fuera alguien en la vida, que tuviera un lugar donde poder ser reconocido.

"Me preparé bien. Rendí el examen de ingreso, que en parte era intelectual y en parte físico. A los dos meses, en marzo de ese año, cuando empezó el ciclo lectivo, me mandaron una carta en la que me decían que debía presentarme en la escuela, que me habían aceptado.

"En la Lemos, apenas te incorporan tenés que elegir una especialidad. Desde ingeniero mecánico hasta zapatero. Yo me anoté en la de ingeniero mecánico, que era la más pesada. Me sentía bien intelectualmente. Sabía que esa no era una escuela común. Que para la especialidad que yo quería seguir había que estudiar física, química, matemáticas y materias difíciles con profesores que eran muy duros. Pero yo me decía: De acá tengo que egresar. Y me concentré con todo en los estudios.

"Mi mayor aspiración en esa época era entrar en el Colegio Militar, hacer la carrera de oficial. Los egresados de la Lemos podían pedir el pase en comisión como cadetes del Colegio Militar, aunque sólo podían cursar las carreras de menor mando: arsenales, intendencia, servicios. Pero no pudo ser. No llegué a especializarme como mecánico motorista, ni como mecánico artillero, ni como mecánico de nada. Me bocharon en todo lo que fuera mecánica. Me quedé sin la posibilidad de hacer el curso de oficial. Entonces me dieron a elegir otra especialidad. Como no me gustaba ser enfermero, me quedaban las de menor jerarquía: zapatero, cocinero, panadero o talabartero. Y yo elegí ser talabartero aunque no tenía la menor idea de qué se trataba, ni siquiera conocía la palabra talabartero.

“La Lemos era como un internado: de lunes a viernes se vivía dentro de la escuela. Desde la última hora del viernes hasta la última del domingo -si no es que te tocaba hacer guardia estabas de franco para visitar a tu familia. El resto de la semana se pasaba en el cuartel. Algunos de mis compañeros no soportaron el régimen, sufrían por estar tanto tiempo lejos de su familia. No fue mi caso, yo estaba acostumbrado a vivir así. Pero con una diferencia: me porté bien. Tuve buena conducta. Yo quería proyectarme en mi carrera, ser un buen aspirante al grado. Y lo logré. Egresé como cabo con 90 puntos de calificación, lo que me daba una jerarquía mayor a la de mis compañeros de promoción con un puntaje menor.

“Me gustaba llegar con el uniforme de cadete a la casa en la que vivíamos con mi vieja. Ella se emocionaba al verme tan elegante, y estaba contenta porque yo iba a ser militar.”

REPORTES

1974

Mayo:

Argentina, 10. En una concentración en Plaza de Mayo se produce la ruptura de Perón y la organización Montoneros. Entre cánticos que interrumpen el discurso del Presidente, los militantes abandonan la plaza.

Argentina, 7. La organización de ultraderecha Triple A asesina al sacerdote Carlos Mugica cuando éste sale de la iglesia de San Francisco Solano. Mugica participaba del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y era un activo exponente del compromiso de la Iglesia con los pobres.

Estados Unidos. La película *La tregua*, dirigida por Sergio Renán, alcanza la primera nominación de una película argentina para el premio Oscar de la Academia de Hollywood. Finalmente, lo gana *Amarcord*, de Federico Fellini.

Julio:

Argentina, 10. Muere Juan Domingo Perón.

1975

Febrero:

Argentina. El gobierno de Isabel Martínez de Perón anuncia el lanzamiento del llamado "Operativo Independencia", destinado a terminar con un foco guerrillero del ERP instalado en la selva tucumana. Envían cinco mil efectivos de fuerzas conjuntas.

Abril:

Vietnam, 29. Termina la guerra con la caída de Saigón.

Noviembre:

España, 20. Tras 34 días de agonía, muere Francisco Franco. El príncipe Juan Carlos de Borbón asume el poder.

Argentina. Se separa Sui Generis con dos recitales de despedida que reúnen a más de 30.000 personas en el Luna Park.

Diciembre:

Argentina, 23. El ERP asalta el Batallón de Arsenales 601 de Monte Chingolo, en la acción más espectacular y ambiciosa de la guerrilla. El objetivo no es sólo tomar el cuartel sino utilizar el armamento obtenido para liberar por unas horas la zona sur del Gran Buenos Aires. El Ejército se entera de los planes pero no los interrumpe. Como resultado, la mayoría de las fuerzas guerrilleras intervinientes es aniquilada.

Argentina. Se registra el mayor índice de inflación de la historia: 334.8%.

XIV CUATRO DE COPAS

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez)

“Mi primer destino militar fue la Escuela de Inteligencia de Campo de Mayo. Me mandaron porque el talabartero que tenían estaba a punto de retirarse, y aunque en esa dependencia no había caballos, corresponde que siempre haya un talabartero en cada unidad. Para el mantenimiento de las lonas de los vehículos y esas cosas.

“Mi vida cambió. Después de trabajar en el cuartel me iba a mi casa, donde vivíamos con mi vieja en San Miguel. Y visitaba a mi novia Titina. Era hermana de un compañero de la Lemos. Una mujer linda, fuerte, pero muy celosa. Me presionaba mucho. A mí me gustaba salir solo, conocer a otras mujeres. Con ella se me cortó la joda.

“A los cuatro o cinco meses, en 1974, como el talabartero que se iba a retirar finalmente no lo hizo, me dieron el pase al Comando de Institutos Militares. Ahí me asignaron la tarea de encargado de las caballerizas. Tenía a mi cargo a un civil talabartero y a un grupo de soldados caballerizos. Como los que trabajaban eran los demás, yo me tomé mi tiempo para aprender a montar. Tenía un caballo con el que iba a todos lados. Pero el mejor animal que tuve fue el Cuatro de Copas.

“A decir verdad, ese caballo era del jefe de mi compañía, el capitán Osvaldo Guamaccia. Ese oficial fue mi padre dentro del Ejército. Se retiró con el grado de coronel y ahora es jefe de seguridad en un shopping. El me puso en vereda, me enseñó lo que significaba la disciplina, el orden, el honor militar. A mí me gustaba mi forma de ser, un enquilombado. Era piola, muy banana, me las sabía todas. Eso pensaba yo en ese tiempo.

“Como a Guamaccia le gustaba el salto, nos dedicábamos todo el día a eso. Entrenábamos a los caballos y organizábamos concursos de salto entre las fuerzas. Yo era el que los organizaba. Era el enlace que llevaba el desafío a la Escuela de Caballería, a la Gendarmería, a la Policía Federal, que tenían jinetes y caballos muy buenos. Y se armaban unos concursos de alto nivel, sin grandes premios pero muy

apasionados por ese celo, la competencia que siempre hay entre las distintas fuerzas.

“Y yo también concursaba, pero en una categoría menor, la de los soldados caballerizos. Guamaccia, que siempre estaba entre los primeros en cada concurso, igual que Martínez Zuviría, me prestaba el Cuatro de Copas. Era un caballo que se manejaba como una bicicleta, de un metro sesenta de alzada.

“Yo llegué a ser socio honorario del Club Ombú, no podía ser activo por el grado. Los socios de ese club eran todos oficiales de las fuerzas armadas, gente con apellidos de abolengo. Pero Guamaccia quería que yo fuera socio, y como él era el presidente del Ombú un día me dijo: Si a usted no lo dejan ingresar en el club, yo lo nombro socio honorario y chau. Y me hizo socio.

“Yo, en agradecimiento, colaboraba mucho en la organización de los concursos. Ponía las vallas, organizaba la pista, me ocupaba de todo. Aprendí a entrenar caballos, a cuidarlos. También aprendí a relacionarme con gente importante. Guamaccia nunca me trató como a un subalterno. Si hasta me dejaba ir a todas partes montado en el Cuatro de Copas.”

Parte II

Capítulo I. La república sitiada.

(Informe de situación)

Tal como había ocurrido una década atrás, durante la agonía del gobierno encabezado por Arturo Illia, el golpe de Estado militar que el 24 de marzo de 1976 derrocó a la presidente María Estela Martínez de Perón se hizo desear. El final anunciado se postergaba de un día para el otro mientras la mayoría de la población, incluso muchos justicialistas y hasta las propias organizaciones guerrilleras, se preguntaba qué estarían esperando los militares para tomar de una vez por todas el control del país.

48 horas antes

Lunes por la tarde en el Congreso de la Nación. "Parece que la cosa es esta noche", comentaban en la Cámara de Diputados. "Dicen que en los hospitales sólo quedan los enfermos graves. A los demás los han mandado a sus casas porque van a necesitar las camas", aseguraban en los despachos de los senadores.

Un grupo de radicales abandonó el palacio legislativo llevándose un busto de Hipólito Yrigoyen. En el interior del edificio, algunos legisladores corrían de un despacho a otro en su intento por sumar diputados a una idea desesperada: derrocar a la Presidente mediante una declaración parlamentaria, sin juicio político previo, antes de que los militares se pusieran en marcha.

En la Casa de Gobierno, en tanto, se barajaba seriamente la posibilidad de ofrecer a las Fuerzas Armadas una amplia participación en las decisiones de poder.(1)

24 horas antes

Martes. A excepción de algunos matutinos, la mayoría de los diarios repitió el adjetivo "inminente" en sus titulares del día. Inminentes cambios. Inminente

decisión. Inminente final.

Casildo Herreras, el entonces secretario de la Confederación General del Trabajo -la columna vertebral del peronismo-, desembarcó del ferry que lo trasladaba desde Buenos Aires a Montevideo.

-¿Qué pasa en la Argentina?, le preguntó un periodista apenas pisó suelo uruguayo.

-Ah, yo no sé nada, yo me borré, respondió Herreras.

Mientras tanto, el rumor se extendía en Buenos Aires. "De esta noche no pasa".

El entonces ministro de Defensa, José Deheza, convocó a una conferencia de prensa para tranquilizar los ánimos: "Yo estoy en contacto casi permanente con los comandantes generales. Conozco su pensamiento (...) Está muy claro que el gobierno no tiene poder militar. No hay, como en otras circunstancias, fuerzas leales. Si las Fuerzas Armadas quisieran tomar el poder, les bastaría con venir a decírmelo. Pero las Fuerzas Armadas son conscientes de que la lucha contra la delincuencia subversiva no les deja tiempo libre para manejar el Estado. Ellas prefieren que un gobierno civil tenga esas responsabilidades, para concentrar energías en la lucha antisubversiva."

"(...) En este momento, yo puedo asegurar que no hay inminencia de golpe. La campaña periodística y la ola de rumores obedecen a una acción psicológica. Pero la mayoría de las Fuerzas Armadas tiene conciencia de los riesgos que correría en caso de asumir el poder político. No habrá golpe, ni mañana, ni pasado, ni el viernes." (2)

Siempre de noche

En la madrugada del 24 de marzo de 1976, la Junta militar, integrada por los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas -el teniente general Jorge Rafael Videla, del Ejército; el almirante Emilio Eduardo Massera, de la Armada; y el brigadier general Orlando Ramón Agosti, de la Fuerza Aérea-, difundió por la cadena nacional de radio y televisión una proclama que dejaba todo en claro desde el primer párrafo:

"Agotadas todas las instancias del mecanismo constitucional, (...) frente a un tremendo vacío de poder, capaz de sumirnos en la disolución y en la anarquía, (...)

las Fuerzas Armadas, en cumplimiento de una obligación irrenunciable, han asumido la conducción del Estado."

Más adelante, el bando militar anunciaba:

"Esta decisión persigue el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo y sólo está dirigida contra quienes han delinquido o cometido abusos de poder. Es una decisión por la Patria y no supone, por lo tanto, discriminaciones contra ninguna militancia cívica ni sector social alguno. Rechaza, por consiguiente, la acción disociadora de todos los extremismos y el efecto corrupto de cualquier demagogia."

Inmediatamente después de iniciada la transmisión en cadena, las Fuerzas Armadas informaron mediante una sucesión de comunicados que se había clausurado el Congreso, removido a los jueces de la Suprema Corte de Justicia, cesanteado a los gobiernos provinciales, suspendido toda actividad política y gremial y extendido a los civiles el Código de Justicia Militar.

En horas de la tarde, un nuevo parte militar recomendó a la población "abstenerse de transitar por la vía pública durante las horas de la noche, a los efectos de mantener los niveles de seguridad general necesarios, cooperando de este modo con el cumplimiento de la tareas que la fuerza en operaciones intensificará a partir de dicha oportunidad".

Ya sin tono marcial, el comunicado número 23 de la Junta anunciaba que la cadena nacional de radio y televisión se interrumpiría para permitir la transmisión del partido de fútbol entre los seleccionados de la Argentina y Polonia que se disputaba esa noche.

Por la noche, encerrada en sus casas, la gente gritó. José María Muñoz acababa de relatar por Radio Rivadavia: "...Bochini para Luque, pase en profundidad para Scotta, Scotta la lleva, viene el gol, gol, gol...¡¡¡¡¡¡Gooooooooooooool ar-gen-ti-no!!!"

La verdad tiene dueño

En uno de los pasajes del discurso que Jorge Rafael Videla dirigió a todo el país cuando fue designado presidente de la Nación por sus pares de la Junta de Comandantes, el general recordó una vez más que "el país transita por una de las etapas más difíciles de su historia. Colocado al borde de la disgregación, la intervención de las Fuerzas Armadas ha constituido la única alternativa posible

frente al deterioro provocado por el desgobierno, la corrupción y la complacencia."

El resto de su mensaje "presidencial" giró en torno a los siguientes ejes:

-La justificación del golpe de Estado: "Ante esta dramática situación, las Fuerzas Armadas asumieron el Gobierno de la Nación. Esta actitud conciente y responsablemente asumida no está motivada por intereses o apetencias de poder. Sólo responde al cumplimiento de una obligación inexcusable, emanada de la misión específica de salvaguardar los más altos intereses de la Nación."

-El respeto por la democracia: "Profundamente respetuosas de los poderes constitucionales, sostenes naturales de las instituciones democráticas, las Fuerzas Armadas hicieron llegar, en repetidas oportunidades, severas advertencias sobre los peligros que importaban tanto las omisiones como las medidas sin sentido. Su voz no fue escuchada."

-La defensa de la cultura permitida: "La cultura, como un modo singular de expresión del arte, la ciencia o el trabajo de nuestro pueblo, será por ello impulsada y enriquecida. Estará abierta al aporte de las grandes corrientes de pensamiento, pero mantendrá siempre fidelidad a nuestras tradiciones y a la concepción cristiana del mundo y del hombre."

-El dueño del poder: "Sólo el Estado (...) habrá de monopolizar el uso de la fuerza y consecuentemente sólo sus instituciones cumplirán las funciones vinculadas a la seguridad interna".

-El destinatario de la represión: "...combatiremos sin tregua a la delincuencia subversiva en cualquiera de sus manifestaciones, hasta su total aniquilamiento".

Por último, Videla se permitió confesar lo siguiente: "Para nosotros, el respeto por los derechos humanos no nace sólo del mandato de la ley ni de las declaraciones internacionales, sino que es la resultante de nuestra cristiana y profunda convicción acerca de la preminente dignidad del hombre como valor fundamental".

Antes de cerrar su mensaje, el circunspecto general hizo una breve pausa, clavó su mirada en el lente de la cámara del canal oficial que transmitía su imagen por televisión, y con voz firme y clara les dijo a los argentinos: "Ha llegado la hora de la verdad".

El 14 de abril de 1976, durante una conferencia de prensa en la Casa de

Gobierno, el presidente de facto recordó una vez más quién era el poseedor de la verdad. El comandante opinó que en el sistema democrático se origina la demagogia, una de las causas de la decadencia política. "...Para mí, es el primer mal que tiene la Nación -dijo-. Frente a ese mal debemos oponer la autenticidad por vía de la verdad, lo cual significa firmeza en afirmar esa verdad (...) Firmeza es afirmar la verdad, que a veces es dura, pero que hay que decir aunque cueste y aunque duela."

Y con tono grave agregó: "Nos hemos gastado la garganta en decir que la subversión no era un problema que requería solamente una actuación militar. Es un fenómeno global que requiere también de una estrategia global de lucha en todos los campos: de la política, de la economía, de la cultura y el militar".(3)

Unos meses antes del golpe, el general ya había anticipado cómo pensaba lograr sus objetivos. "Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas que sean necesarias para lograr la seguridad del país." (4)

Y cumplió su palabra.

(1) Revista "Cuestionario", N° 36, Buenos Aires, abril de 1976.

(2) Idem anterior.

(3) Diario "La Opinión", Buenos Aires, 14 de abril de 1976.

(4) Diario "Clarín", Buenos Aires, 24 de octubre de 1975.

Capítulo II. La orden.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

Mala fortuna

"Yo quería seguir compitiendo en salto y por eso, después de que el 'Cuatro de Copas' se murió congelado en Santa Cruz, me compré una potranquita llamada 'Sevillana'. Era una yegua de muy buena alzada que me vendió a buen precio un coronel socio del club. Con la ayuda de un soldado, me ocupé de entrenarla todos los días, pero nunca alcanzó el nivel de 'Cuatro de Copas'.

"Antes de que se armara todo el despelote que se vino después, yo me daba cuenta de que estaba progresando socialmente. Hasta llegué a comprarme un Gordini, que para esa época era un autazo. Todavía vivía con mi mamá en el departamento de la calle San José, en San Martín, pero la verdad es que iba poco. Me había encariñado con el cuartel. Tenía mi pieza en el casino, con todas las comodidades; salía poco. Me gustaba la vida de cuartelero y por eso abandoné un poco a la vieja.

"Hasta 1976, yo fui el talabartero y suboficial encargado de las caballerizas en la compañía Comando y Servicios de Campo de Mayo. Hasta tuve tropa a mi cargo y llegué a ser instructor. Me asignaron en uno de los comandos que no eran de combate, se trataba de un conjunto de servicios. La cosa era así: en el período de entrenamiento de los conscriptos, todos participábamos como instructores. Yo entraba de 'semana' y tenía bajo mi cargo a doscientos soldados. Era un buen cabo, pero bravo. Había que manejar a todos estos tipos, algunos con más edad que yo. Por esa época, Guarnaccia se fue de pase a la Escuela de Guerra, donde lo rebotaron en el examen para el curso de Estado Mayor. Hasta que volvió al Comando de Institutos, la compañía quedó a cargo de otro capitán, uno que después fue edecán del general Videla, del que no me puedo acordar el apellido.

"En esos tiempos, armé un conjunto folklórico con algunos de los soldados que tenía a mi cargo. Me acuerdo de que lo integraban el soldado Alfonsín, del que

nunca supe que parentesco tenía con el que fue presidente, que era un genio con la guitarra, y el Negro, que para mí, aprovechando que se apellidaba Hebreo, se hacía pasar por judío para que le dieran franco los feriados de la colectividad; me acuerdo que tenía una voz bárbara. En el conjunto también había un tal Blanco, que cantaba español, flamenco, folklore, lo que le pidieras.

"Una vuelta se organizó un asado para toda la compañía con la presencia del general Santiago Riveros (1) como invitado de honor. Se sacaron de la cuadra unos elásticos de cama que hicieron las veces de parrillas. Se armaron unas mesas largas y se improvisó un escenario. A los postres, después de tocar la 'Retreta del desierto', vino el show de los soldados que imitan a los oficiales y suboficiales de la compañía; una pequeña venganza de los conscriptos porque todas las que se tenían que comer. Para cagarse de risa. Al final, le tocó el turno de cantar al conjunto que yo había armado.

"El repertorio que habíamos preparado tenía mucho folklore -nosotros sabíamos que al general Riveros le gustaba mucho el folklore-. También agregamos algo de español aprovechando que Blanco cantaba muy bien flamenco, porque era hijo de españoles. Todo fue tranquilo hasta que interpretaron un tema que creo que se llamaba 'Murela'. Era una zamba viejísima, que en una parte decía: 'Hay patria en los ojos de aquel montonero, que estamos rodeados señor Capitán, o estamos rodeados señor General', refiriéndose a las montoneras del General Güemes.

"Cuando el soldado Blanco terminó la canción un jefe que estaba medio en curda se levantó y a los gritos amenazó al soldado con pasarlo por las armas por hacer apología subversiva. En el fragor del alcohol también me llamó a mí, porque era el que los había hecho ensayar: 'Usted también va a ser pasado por las armas', me dijo a viva voz. Se sumaron otros oficiales, todos indignados y borrachos. El soldado les explicó que la canción se refería a las montoneras de Güemes, que eran patriotas de la independencia. El teniente general que armó el escándalo se calmó y se fue, no muy convencido. Después supe que se mandó un delito de estafa, o algo así, y lo mandaron a la prisión militar de Magdalena.

"¿Sabés como tuve que cuidar a los chicos después de ese episodio? Y cuidarme yo, por supuesto. Había peligro de muerte para cualquiera de nosotros. Mientras estábamos de semana, ellos se quedaban conmigo, sobre todo a la noche. Nos cuidábamos unos a otros. Los pibes estaban de guardia, pero yo igual les machacaba con que se cuidaran entre ellos. Sin alarmarlos, porque dentro de todo eran inocentes, y no sabían lo que estaba pasando dentro de la propia fuerza.

"Antes del golpe ya teníamos noticias de la desaparición de soldados. Un par de colimbas de la policía militar, que tenía su base frente a la nuestra, en Campo de Mayo. También desaparecieron soldados de la Escuela Sargento Cabral, que quedaba un poco más adelante. El comentario llegaba a los cuarteles. Por esa época ya se sabía que podía pasar cualquier cosa. Por suerte, el episodio no pasó a mayores y los pibes se fueron de baja. Todavía estaba Isabelita, la mujer de Perón, en el gobierno. Yo tuve miedo. Lo que son las cosas, a los dos o tres días del golpe, me destinan allá, a 'El Campito', donde el miedo era de verdad."

Novedades a las cero ochocientas

Aquella mañana, el 26 de marzo de 1976, dos días después del golpe de Estado que derrocó a la presidente María Estela Martínez de Perón, el entonces cabo Víctor Ibañez iniciaba su rutina diaria como talabartero del Comando de Institutos Militares en Campo de Mayo, cuando le llegó la orden que cambiaría el destino de su vida.

"Ese día, apenas llegué a la caballeriza, me llamó el oficial encargado de la Compañía y me ordenó presentarme ante el coronel Fernando Verplaetsen, en el Departamento II de Inteligencia. Crucé envalentonado y contento el patio de armas del regimiento. En casos anteriores eso significaba ir al frente, a la guerra. El Operativo Independencia, en Tucumán, estaba en su apogeo y sacaban gente en comisión de todos los comandos para enviarla al monte y a otros destinos en los que se combatía contra la guerrilla. "

'Me voy a combatir a Tucumán', pensé. El sueño de todo soldado: combatir. Ese día me vestí como el mejor infante. A lo Rambo, aunque en esa época todavía no se usaba boina, sino un casquete. Como era talabartero, me hice un portagranadas especial, largo, como para tres granadas. Era un payaso y encima petiso. Las granadas me arrastraban. Fusil, pistola, municiones, cinto.

"El capitán Guarnaccia me recomendó: 'Vaya como para la guerra'. Yo interpreté la orden tal cual; retiré todo de la armería y me fui equipado como para el combate. Incluso con la bolsa de completamiento: frazada, carpa, toallas, elementos de higiene. Como me enseñaron en la escuela de suboficiales, como me formaron. Equipo de rancho, capa de lluvia, con todo el armamento reglamentario para integrar una unidad de combate: fusil FAL, cien municiones por fusil, cinco cargadores, pistola 45, sable bayoneta. También llevaba el Nuevo Testamento, uno que me dio el cura de la escuela Lemos cuando egresé; después de bronca lo rompí. Así me fui.

"Las granadas no eran parte del equipo reglamentario, las llevé por mi cuenta. Eran granadas listas para explotar, no como las que usaban algunos, vacías. Todo como para que el tipo me pase revista. 'Este me va a pasar revista, me va a hacer abrir la bolsa', pensé. Un jefe es así, siempre te anda buscando el pelo en la leche.

"Pensé que me mandaban a Tucumán ese mismo día. 'Seguro que hay un grupo que sale hoy', me dije. Cuando me presenté listo para la guerra, todo ingenuo, el coronel Verplaetsen me miró asombrado y me preguntó: '¿Adónde va usted con todo eso?'

'No sé, me dijeron que me presente como para la guerra', le respondí. Se empezó a cagar de risa y me sacó rajando. Que devuelva todo y me venga de civil, me ordenó.

"Volví caminando hasta la talabartería sin entender nada. Todos me miraban. 'Y éste ¿de dónde salió?', dirían. Me imaginé en la guerra y me preguntaba: '¿De civil, a la guerra de civil?' Todavía no caía en la cuenta de que se trataba de todo lo contrario. De vuelta a la compañía me presenté ante mi jefe para decirle que así no me querían, que debía vestir de civil. 'Y bueno, vaya de civil', me respondió sin ganas mi capitán.

"Me dí cuenta de que él estaba con bronca porque perdía a su caballerizo, que era yo. Al tipo yo le armaba las vallas, le preparaba el asado, controlaba a los mozos; al que lo hizo socio honorario del Club El Ombú. Perdía su mano derecha.

"Devuelva todo y llévese la pistola nada más, me dijo con tono seco y como mirando para otro lado. En menos de una hora, estuve otra vez frente a Verplaetsen y a otros oficiales, que le dicen que me ven muy chico de edad, eso comentaban. Yo tenía 24 años y ellos querían hombres que fueran de sargento para arriba, tipos con más de 30. 'Bueno, no sé si va a andar. ¿Cuántos años tiene en el grado?', me preguntó el coronel. 'Dos años hace que egresé, mi coronel', le respondí. 'Está bien, vamos a ver como anda', dijo. Yo no entendía nada.

"A primera hora de la mañana siguiente, a los pocos días del golpe militar, me ordenaron esperar el jeep que, después de cargar los tachos con el mate cocido, me iba a llevar hasta mi nuevo destino. La única manera de llegar hasta ese lugar desde el Comando era en un vehículo todo terreno. Un soldado chofer acompañado por otros dos que sostenían los tachos con el desayuno para los detenidos se detuvo en Puerta 4, en Campo de Mayo, para levantarme a mí y a

otros suboficiales que viajaban con el mismo destino. Me dicen que vamos a la 'Plaza de Tiro', un lugar que ya conocía porque ahí estuve en un vivac cuando era aspirante en la Escuela Lemos.

"Nadie me pasaba bola, no conocía a ninguno de los otros suboficiales; eran viejos: suboficiales y mayores. Por el camino me miraban con desconfianza; yo era un cabito, un tierno. Después me enteré de que nadie quería ese destino, por eso buscaban a los más viejos, a los que habían visto de todo en su vida militar y estaban cerca del retiro.

Todavía no sabían quién era yo, si trabajaría con ellos o estaba de paso; tampoco me lo preguntaron. Únicamente hablaban con el soldado conductor. Uno le preguntó: 'Y, ¿se murió Lucas?' 'No, están esperando que se muera?', respondió el otro conscripto mientras manejaba uno de esos jeepones Dodge de la Segunda Guerra Mundial por un camino todo empantanado.

"Supe que ese soldado trabaja hoy como empleado en la casa central del Banco Provincia de Buenos Aires, sección Presidencia. Por lo que ellos hablaban traté de imaginarme un panorama de mi destino, pero no pude entenderlo del todo. Me daba cuenta, eso sí, de que había sido enviado a un lugar que no era común. Trataba de adivinar cómo sería. Nunca lo hubiera imaginado."

(1) General de división Santiago Omar Riveros, a cargo del Comando de Institutos Militares entre 1976 y 1978.

Capítulo III. El Campito.

El 'boss'

Esa mañana, salvo por la premura displicente -un gesto poco habitual en él- al devolverle el saludo al sargento de guardia cuadrado en la entrada de las nuevas instalaciones, el general de división Santiago Riveros supo disimular el sudor frío de la emoción que le mojó el cuerpo, debajo del uniforme.

A poco de ingresar en ese sector alejado en Campo de Mayo, pocas horas después de consumado el golpe de Estado militar que derrocó a la presidente María Estela Martínez de Perón, Riveros creyó comprobar, mientras observaba al grupo de soldados que estaban a punto de terminar con los últimos detalles de construcción en el lugar, que a veces los sueños se convierten en realidad. La doctrina de aniquilamiento de todos aquellos considerados subversivos -cuya paternidad solía adjudicarse Riveros- estaba a punto a consumarse con la inauguración del centro de detención clandestino que funcionaría bajo su jefatura en el Comando de Institutos Militares. El general también era el responsable de la Zona IV de Seguridad, uno de los territorios en los que se dividieron las operaciones de las Fuerzas Armadas para concretar las operaciones de represión ilegal. Su poder abarcaba toda la franja norte del Gran Buenos Aires y se extendía hasta los límites de la ciudad de Campana.

El lugar

"El Campito" no era divisible desde la Ruta 8, que bordea los límites de la guarnición de Campo de Mayo. Para llegar hasta el lugar había que salir del camino, doblando a la izquierda, a la altura de la Puerta 4 de Campo de Mayo, y tomar un camino interno que atravesaba la guarnición y desembocaba en la Ruta 9. A poca distancia se encontraba el portón de entrada a la "Plaza de Tiro", del que salía un camino de tierra que llegaba hasta un monte de eucaliptus junto al cual había una pequeña casa de reciente construcción. A su izquierda, nacía un camino secundario que conducía hasta las dependencias de la Gendarmería Nacional.

La calle de tierra que ingresaba en "El Campito" estaba bordeada de árboles.

Tres grandes edificios de unos 50 años de antigüedad a uno y otro lados del camino, dos de chapa y uno de material, sobresalían entre las otras instalaciones menores dispersas en el predio de cien metros de ancho por unos ciento cincuenta metros de largo que abarcaba el centro clandestino de detención, al que en el Ejército denominaban Lugar de Reunión de Detenidos (LRD) (1).

Muy cerca de la entrada estaba la construcción de mampostería a la que llamaban "Pabellón N° 1". Allí funcionaban la jefatura del campo -a cargo de un coronel del Ejército-, el comedor, una cocina y un baño para uso exclusivo del personal de la guarnición. En el mismo edificio se encontraban las tres salas de tortura (2) y una habitación destinada a enfermería. De esta manera, "los represores comían, dormían y torturaban bajo el mismo techo"(3).

Los otros dos galpones, los de chapa, denominados Pabellones de detenidos, eran alojados los prisioneros. Una de las construcciones había servido como caballeriza y cuadra de los soldados durante las maniobras militares que solían realizarse en el paraje vecino, llamado "Los Tordos". En el otro galpón había funcionado el aserradero y la carpintería de Campo de Mayo.

Una pileta de natación, un quincho y otras pequeñas edificaciones complementaban, para quien observara a la distancia, la imagen de una postal bucólica: un sitio en el medio de sembradíos, rodeado por la protección de los grandes árboles y el canto de los pájaros, placenteramente aislado del resto del mundo.

Sin embargo, dentro de los límites de ese lugar jamás amanecía, la vida fue cercada por la desesperación, el silencio aturdido por los sonidos más desgarradores. Un inquietante vaho impregnaba todos los olores. Debía ser un infierno. Y lo fue.

El peor de todos

"El Campito" no fue un centro de detención clandestino más. Ahora se sabe que fue el peor. Estaba dentro del territorio del general Carlos Guillermo Suárez Mason, jefe del poderoso I Cuerpo de Ejército, cuya jurisdicción se extendía desde Palermo hasta Bahía Blanca.

El mando directo sobre el centro de detención lo ejercía desde el Comando de Institutos Militares el recientemente ascendido general de división Santiago Omar Riveros, a quien le seguían en orden jerárquico: el general de brigada

Fernando Humberto Santiago, a cargo de la subcomandancia; y el entonces coronel Fernando Ezequiel Verplaetsen, jefe de Inteligencia y responsable del funcionamiento cotidiano del campo clandestino, quien se mantuvo en el cargo desde la apertura hasta el cierre del campo.

La elección del lugar donde fue instalado el campo no fue casual. Respondía a una estrategia represiva del gobierno militar. Se encontraba a pocos pasos de la pista del aeródromo de Campo de Mayo y a poca distancia de la base de paracaidismo. Eso facilitaba el embarque de los prisioneros en los aviones del Ejército antes de cada vuelo.

Por otra parte, el lugar estaba completamente aislado de la población, contaba con una logística cuartelera que le ahorraba complicaciones, como tener asegurada la comida para los prisioneros. Además, operar dentro de una guarnición, como lo era Campo de Mayo, permitía mantener un intenso movimiento de vehículos y utilizar armas de fuego sin despertar sospechas entre los vecinos.

El Campito funcionó en el mismo predio en el que estaba asentado el Comando de Zona 4, lo que aseguraba una fluida comunicación entre los jefes de Estado Mayor con los encargados de ejecutar sus órdenes. A esa misma guarnición fue trasladado, desde su sede en la avenida Callao esquina Viamonte, en la Capital Federal, el Destacamento 201 de Inteligencia, dependiente del Batallón 601 del Ejército, que tuvo su base operativa en un sector denominado Las Casitas y que funcionó como lugar de detención transitorio y de apoyo operativo de El Campito.

Ambos estaban muy cerca el uno del otro, en el interior de Campo de Mayo. En esa dependencia se hacía una especie de selección de las personas secuestradas que, según el criterio de los interrogadores, eran despachadas al campo o liberadas en caso de haber cometido un grosero error en el momento del secuestro. Para la mayoría de los detenidos, fue un lugar de tránsito hacia el último destino: El Campito.

Todo indica que éste fue el mayor campo de detención clandestino del Ejército, y posiblemente el más letal de todos lo que funcionaron en la Argentina desde 1976 en adelante. Albergaba en forma constante a unas 200 personas, entre las que se encontraban mujeres embarazadas -algunas de ellas incluso dieron a luz durante su cautiverio-, ancianos y familias enteras. Se calcula que pasaron por él cerca de 4000 personas hasta su clausura, a fines de 1979.

Por otra parte, además de concentrar e interrogar mediante tormentos a los detenidos capturados gracias a su propia acción operativa, funcionó dentro de la maquinaria del aniquilamiento del Ejército como el principal centro de recepción y exterminio de prisioneros derivados de otros campos. Fue el peor de todos.

(1) Datos extraídos del testimonio del ex detenido Juan Carlos Scarpatti en su declaración ante organismos de Derechos Humanos (Ver Capítulo 12: "La vida es cosa de locos").

(2) Según afirma Alipio Paoletti ("Como los nazis, como en Vietnam", Edición Cañón Oxidado, Buenos Aires, 1987, Pág. 68), una de ellas era utilizada por personal de la Policía Federal.

(3) Idem anterior.

Capítulo IV. Primeras imágenes del infierno.

Un viaje de ida

"Mi primer viaje en el jeepón por los caminos internos de Campo de Mayo terminó en las cercanías de un lugar llamado 'Plaza de Tiro', una zona en la que habitualmente se realizaban maniobras militares. Cuando llegamos al campo me recibió un suboficial, que sin más trámites me llevó ante el jefe que estaba a cargo del lugar, un teniente coronel al que yo ya conocía, aunque él a mí no.

"A medida que avanzábamos y nos internábamos más en las dependencias, me llamaba más la atención el estado rudimentario y casi salvaje de las instalaciones. No parecían militares. El jefe me recibió en la Sala de Situación, una construcción de esas viejas, de paredes rústicas en las que tenían colgados gráficos con los datos que iban juntando de la guerrilla. En ese lugar también funcionaban la radio y el comedor del personal. Enfrente estaba el quincho que luego sería usado como cocina, un monte de árboles grandes y, a un costado, se podían ver las tres puertas de acceso a las oficinas de los interrogadores.

"Después de presentarme, el tipo me preguntó si sabía manejar. Ahí me dijeron que yo debía ocuparme cuatro veces por día de traer el racionamiento para toda la gente que estaba alojada ahí en un vehículo todo terreno, y que también tenía que cubrir uno de los turnos en los pabellones donde estaban encerrados los detenidos. 'Veinticuatro por 48. Veinticuatro horas bien despierto y 48 bien descansadito', me dijo.

"El tipo era muy recto, bien severo, durísimo. Un tipo de esos que hablaban poco, estricto.

"Antes de despedirme, me recomendó: 'Ande con mucho cuidado, no se acerque más de la cuenta a los presos, jamás entre armado a los pabellones, bajo ningún punto de vista hable con ellos porque será sancionado. Los únicos autorizados a hacerlo son los interrogadores'.

"Después, un suboficial me llevó a recorrer el lugar. Me contó que hasta hacía unos años atrás, esos galpones los ocupaba el encargado rural de Campo de

Mayo. Que el tipo era un 'forro', porque tenía criaderos y quinta, trabajaba el campo y toda la ganancia se la daba a los jefes del Comando. Hasta había un aserradero totalmente equipado; parece que con eso ganaba mucha plata. Lo dieron de baja peor que a mí cuando descubrieron que se hacía el distraído con lo que le sacaba al aserradero. Pero antes de irse se tuvo que poner con un montón de guita. Creo que ese hombre ya falleció.

"La cuestión es que lo desalojaron y al poco tiempo mandaron a una compañía del Comando de Institutos Militares que en menos de una semana se encargó de montar el campo. Cuando yo llegué todavía se veían soldados despejando los galpones. Dando vueltas por ahí había chanchos, conejos, gallinas. En la quinta, que después se secó, crecían cebollas, papas, lechuga, soja, de todo.

"Mientras me explicaba que esto era así y asá, el hombre que me mostraba por primera vez el campo me dijo que ya había más de 300 detenidos en los primeros galpones, y que los soldados que se veían trabajar estaban sacando las maquinarias del aserradero para tener más espacio disponible".

Una hora más para Lucas

"Al rato conocí al tal Lucas que habían mencionado en el jeep. Empezó mi primer día en el campo. Lucas era un prisionero que un grupo de hombres dejó de golpear recién cuando estuvimos a unos pocos pasos de ellos. Ahí se dieron cuenta de nuestra presencia, se acercaron y se hicieron las presentaciones del caso. Yo era recién llegado y todos tenían que conocerme. Después me pidieron que vigilara a Lucas mientras ellos se tomaban un descanso. Yo miré al pobre tipo, que no se podía ni mover; estaba tirado en el suelo, contra unos alambres en los fondos del campo, un sector donde se amontonaban bolsas, herramientas viejas y la leña para la caldera. "Cuando los demás se fueron, me acerqué para mirarlo. Mi primera reacción fue intentar ayudarlo a levantarse. No le pregunté si necesitaba algo. Estaba hecho bolsa, pero todavía resistía. Aunque no pude verle la cara porque estaba encapuchado -todos los detenidos estaban siempre encapuchados y fueron pocas las caras que pude ver-, se notaba que era un muchacho joven. El pobre no podía ni moverse, se estaba muriendo.

"A la hora, más o menos, volvieron los de la patota. Uno de ellos me dijo al pasar que este Lucas no era ningún nene de pecho, que tenía un grado de teniente o algo así en la organización Montoneros, porque ellos también tenían grados, jerarquías. 'Es un pesado', me dijo el tipo.

"Mientras tanto, otro del grupo ya le estaba preguntando a Lucas: '¿No te moriste todavía?' El le respondió con un hilo de voz: 'Todavía no', y pidió una hora más para morirse solo. 'No me peguen más', le dijo. 'Ya te dimos una hora y no te moriste', le contestaron los otros. 'En una hora más me muero solo, se los prometo. Ya no me peguen más', insistió Lucas. Me pregunté si sería verdad lo que estaba pasando.

"La hora que Lucas pidió se la respetaron, pero la siguiente no. Lo mataron a golpes. Yo estaba a unos pocos metros de ellos, observándolos hasta que el hombre quedó muerto. Vi fallecidos, pero nunca había presenciado la muerte de una persona, mucho menos así. No tenía previsto ver cómo lo mataban. Ese fue mi bautismo de fuego, por decirlo de algún modo. Todavía no sabía lo que me iba a deparar el destino dentro de la fuerza.

"La patota no necesitó tomarle el pulso para comprobar que estaba muerto, ellos ya sabían. Me dijeron que fuera a buscar una sierra para cortar las esposas que Lucas tenía puestas. Había que sacárselas y no encontraban las llaves. Después supe que las esposas dejaban colgando los brazos de los prisioneros muertos y esto dificultaba el traslado del cuerpo cuando el cadáver se ponía rígido. Lo que se hacía en esos casos era atarlos con alambre como si fueran matambres para sostener brazos y piernas. Se las tenían todas pensadas. Hay que ser muy malvado para planificar esas cosas, ¿no?

"Me costó trabajo sacarle las esposas. Se ve que hacía mucho tiempo que las llevaba puestas. Estaban tan ajustadas que se le habían metido en la carne de las muñecas, que estaban oscuras, como gangrenadas. Me impresioné mucho; me transpiraban tanto las manos que me costaba manejar la sierra.

"Por suerte, como yo no estaba práctico para la tarea, lo ataron otros. Sin embargo, igual tuve que tocar el cuerpo cuando lo llevamos a otro lugar. Creo que ahí juré que nunca más iba a tocar un cadáver, cosa que no fue así; después tuve que tocar muchos otros.

Al día siguiente, se llevaron a lo que quedaba de Lucas hasta la pista aérea de Campo de Mayo, donde lo cargaron en un helicóptero para después tirarlo al mar. De todo esto yo me enteré a medida que pasó el tiempo".

Capuchas en la penumbra

"Al rato me vinieron a buscar para llevarme a conocer el pabellón al que me

habían asignado como celador y me explicaron en qué consistía mi tarea: debía ocuparme del racionamiento, llevar a los detenidos a las letrinas y ocuparme del baño semanal.

"Cuando entré al lugar, lo primero que me golpeó fue la imagen de toda esa gente así, encerrada ahí adentro. Los colchones, tirados sobre el piso de baldosas rojas, con las cabeceras apoyadas contra las paredes. Uno al lado del otro, en una hilera que daba toda la vuelta a lo largo del galpón. Todas las ventanas estaban tapadas con mantas verdes que no dejaban entrar la luz del sol. Las lámparas estaban siempre encendidas, nunca se sabía cuándo era de día y cuándo de noche (1). Arriba de cada uno de esos colchones de lana viejos, de contín rayado, estaban sentados los detenidos. Encapuchados, con las manos atadas por delante con una sogá y en absoluto silencio.

"Era uno de los mejores pabellones. Antiguamente había sido el dormitorio de los soldados, la cuadra. No era muy grande, pero lindo. Estaba dividido por una pared de lado a lado, que tenía un agujero en el medio, a la que después le agregaron una lona. En el sector más grande, con capacidad para unos cincuenta detenidos, estaban los hombres. En el más chico habría unas quince mujeres. Recuerdo que durante las épocas más bravas se llegó a poner hasta tres personas por colchón. Era el único pabellón mixto y me lo asignaron porque sabían que yo era educadito, más delicado en comparación con las otras bestias destinadas a ese lugar.

"Las letrinas estaban afuera, sobre pozos que eran cavados por los propios detenidos. Tenían que trabajar con la capucha apenas abierta y sin levantar la vista del suelo. Los baños eran usados tanto por los hombres como por las mujeres. Las duchas eran mejores. Estaban dentro de la edificación y funcionaban con la caldera que se alimentaba a leña.

"Los pabellones del campo estaban clasificados según el grado de peligrosidad de los detenidos. También dependía de la organización a la que perteneciera el preso, su grado de compromiso y otros motivos que yo no conozco. Eso dependía del interés de los interrogadores, que eran los que hacían la selección. Recuerdo uno jodido, el pabellón más chiquito. Tenía piso de tierra, techo de chapa clavada sobre maderas, todo cerrado. Era tremenda la humedad que había ahí adentro. Ahí metían a los más pesados".

Una jornada agitada

"Ese día, el primero, me explicaron un par de cosas más y me pusieron a trabajar. No me dieron descanso, y yo no lo pedí. Era una época intensa: todos los días mataban a uno de los nuestros. Yo creía que ellos eran realmente nuestro enemigo y que había que combatirlos.

"Por lo caliente que estaban las cosas, los jefes nos advirtieron: 'Bajo ningún concepto se puede golpear a un prisionero'. De hecho, ninguno de mis compañeros de logística castigó a alguno de ellos. Yo sí, una vez, tiempo después. Maldigo el momento en que lancé esa patada a un ser indefenso, no me lo perdono.

"Cerca del mediodía me entregaron el camión en el que cargué los tachos vacíos y me fui, acompañado por un soldado, hasta la cocina del Comando de Institutos Militares, donde presenté el parte de racionamiento que me había entregado, con su firma, el jefe del campo. Ahí figuraba el número de raciones necesarias; 20, 50, 80 raciones. No se mencionaba a 'El Campito' como destino; ponían 'Para el destacamento Los Tordos', tal como se denominaba a esa parte de Campo de Mayo. Tampoco decía que era para los detenidos: en el papel figuraba siempre 'Para vivac', como si se tratara de personal militar haciendo ejercicios o maniobras. Se trabajaba medio ocultamente, pero quien más quien menos, todos sabían lo que estaba pasando, hasta los soldados.

"Con el tiempo, los conscriptos que me veían cargar todos los días las raciones se comportaban ante mi presencia como si yo fuera el mismo diablo. ¡Qué miedo me tenían esos chicos! Eran épocas difíciles, nadie decía ni preguntaba nada.

"Volví con las raciones al campo y las repartí entre los cuatro pabellones. En uno de ellos, como te dije, estaban los presos más jodidos, de más cuidado. El celador que estaba a cargo me dijo: 'Por suerte a vos te mandaron con los perejiles'.

"A la tarde, ya en el pabellón, me tocó llevar a un grupo de presos al baño. Había que ponerse en la puerta del galpón con un bastón de madera y preguntar quién tenía que hacer sus necesidades. Entonces los detenidos se iban levantando de sus colchones y armaban a tientas, en medio del pasillo, un trencito tomándose de la cintura del que tenían adelante. El primero de ellos se agarraba del bastón y así, con el celador al frente y ellos detrás, se recorrían unos cincuenta metros hasta llegar a las letrinas.

"Por la noche, cuando pensé que ya me iba, recibí la orden de cubrir la guardia nocturna del pabellón. La verdad es que estaba tan cansado por todo lo que me había pasado ese día que me quedé dormido en una especie de silla, un

banquito de plaza, al lado de la puerta de entrada que daba al patio. Tenía una radio portátil chiquita para escuchar música, aunque estaba prohibido. Tampoco había nada para tomar; después yo traje.

"En medio de la noche entró el oficial de servicio. Me desperté al sentir el caño del fusil que se apoyaba en mi cabeza y el ruido que hace el arma cuando se carga la bala en la recámara. Medio dormido, escuché una voz que me dijo: 'Perdiste. ¿Soy o no soy?' Me corrió un frío por la espalda. Por el timbre de voz no era ninguno de mis compañeros haciéndome una joda. '¿Soy de los tuyos o soy el enemigo?', me preguntó la voz. No sabía qué pasaba. 'No jodas', le respondí cagado de miedo. Era un teniente. Después de cagarme a pedos me dio diez días de arresto por haberme descuidado durante la guardia. Obviamente ahí no corría el arresto como castigo porque vivíamos en una prisión; lo mismo era estar arrestado o no.

"A las ocho de la mañana del día siguiente, me llegó el relevo. Lo único que yo quería era volverme rápido a casa. Le entregué la guardia a dos suboficiales que hasta ese momento no conocía y me subí al camión que me llevó de vuelta hasta la Puerta 4".

Rutina en la niebla

"Mi pase al campo fue motivo de algunos conflictos. En principio no me aceptaron porque decían que era demasiado joven: como te conté, en ese entonces yo tenía 24 años. Mi jefe, un teniente coronel a cargo de la Agrupación Comando y Servicios, cuando desde la comandancia le pidieron un hombre de Logística para un nuevo destino, dijo que lo único que tenía para ofrecerles era el cabo Ibañez. 'Es muy joven, no nos sirve', se quejaron. 'El cabo Ibañez o nada. No tengo a nadie más', les respondió mi jefe y ahí se plantó.

"En el campo me tuvieron a prueba durante una semana y después ya no me querían largar más. Se ve que yo trabajaba bien. Cuidaba el vehículo, traía la comida a tiempo, me ocupaba de la caldera con la ayuda de dos o tres detenidos de confianza. Ellos iban tirando la leña y mantenían la caldera encendida mientras los demás prisioneros se iban bañando por grupos. A veces le pedíamos colaboración a los gendarmes, que mandaban un par de hombres, porque uno solo no podía manejar todo. Los muchachos de Gendarmería eran buenísimos con los presos; la verdad es que fueron los que mejor se portaron con ellos.

"Siempre andábamos vestidos de civil; nada de uniformes. Todos debíamos

tener un seudónimo, ahí no se llamaba a nadie por su propio nombre. A mí me bautizaron 'Petete', será porque era medio retacón y mofletudo.

"Como te conté, yo tenía a mi cargo traer la comida, que consistía en cuatro raciones diarias: desayuno, almuerzo, merienda y cena. El oficial a cargo de la guardia era el que firmaba el parte con la cantidad de raciones necesarias, entre las que estaban las nuestras; porque todos comíamos lo mismo. A veces iba acompañado por alguno de los soldados que cuidaban a los perros, pero la mayoría de las veces me manejaba solo. Iba con el camión todo terreno hasta la cocina del Comando de Institutos Militares donde me entregaban los alimentos. No mencionaba que era para los detenidos, aunque todos lo sabían.

"En el campo, los presos estaban organizados como en la colimba, con cuatro o cinco 'rancheros' que se ocupaban de distribuir la comida, con la capucha levantada hasta la mitad como para que pudieran ver por dónde caminar, entre los demás detenidos. Los platos eran los de tropa, esos de metal. Como único cubierto se les daba una cuchara y punto. Si había carne se la tenían que comer a los tirones, pero nada de cuchillos. También se traía un tacho grande del que se sacaba agua para llenar los jarritos de acero que les dábamos con cada comida.

"Después los detenidos 'rancheros' juntaban todo y lavaban los platos en unos piletones con unas canillas empotradas en cemento que antiguamente habían funcionado como un bebedero para caballos. Ahí no sólo se lavaba, también se torturaba.

"A los prisioneros más peligrosos los tenían en un pabellón donde los mantenían siempre con los brazos atados por la espalda y encadenados a una argolla amurada en la pared. Después estaba ese pabellón del que ya te hablé, uno chiquito, con piso de tierra. A esos presos los dejaban atados de pies y manos durante semanas enteras. Según me contaron, era para 'quebrarlos' (2) mental y moralmente. También hubo presos que no lo eran en realidad. Los ponían en los pabellones haciéndolos pasar como prisioneros para sacarles información a los otros, y de paso también se ocupaban de vigilarnos a nosotros.

"Mi pabellón era el de los menos peligrosos. Los detenidos sólo estaban atados con una soga por delante, lo que les permitía mover los brazos y les dejaba las piernas libres como para poder pararse. Si alguno se sentía mal, acalambrado, yo lo autorizaba a que se parara, a que hiciera flexiones, los ejercicios que creyera convenientes. Pero siempre sin salirse de su lugar. Nadie les permitía eso. Yo sí, cuando no había quien me mirara.

"Todos los prisioneros estaban permanentemente con la capucha puesta, apenas se la subían un poco para poder comer. Esas capuchas las habían hecho con un accesorio que viene con ese blusón verde de combate que te dan en el Ejército, una capucha que se aplica con botones al capón y se usa cuando hace frío o llueve. Como además tenían un cordón para ajustarlas a la cabeza, eran ideales para 'tabicar' a los prisioneros".

Los tabicados

"No recuerdo un número exacto, porque la población cambiaba todos los días, pero en mi pabellón habría un promedio de cincuenta personas, de las cuales unas diez o quince eran mujeres. La cantidad variaba según las épocas.

"Me acuerdo que el primer día, cuando tomé el pabellón, me encontré con que tres de los colchones asignados a los detenidos estaban vacíos. Me dijeron que esos hombres estaban en el Grupo de Tareas de Inteligencia. Después me los trajeron, hechos bolsa. A los tres les habían estado 'dando' desde la mañana: picana, palo, picana.

"A estos no les des ni una gota de agua', me dijeron los interrogadores antes de irse. Yo no sabía por qué, si formaba parte de la tortura o algo así. Parece que por el efecto de la electricidad, si tomaban agua, reventaban. Ellos me pedían, se ve que estaban deshidratados. Algo les produce, ¿no? Nunca supe qué les produce.

"Cada tanto venían los interrogadores y me decían: 'Dame a Fulano'. Los prisioneros tenían puesta una camisa tipo grafa, verde oliva. En la espalda llevaban pintada una letra 'P' de color amarillo. Era una 'P' bien grandota, que significaba preso. También tenían asignado un número, que no estaba escrito; sólo lo sabían ellos y cualquiera de los que estábamos a cargo. Para identificarlos nos manejábamos con una lista y la ubicación en el pabellón.

"En esa lista figuraba el nombre del detenido y el número que se le había dado, además del nombre de guerra. Si pertenecían a organizaciones tenían nombre de guerra, como Lucas, que no se llamaba así en realidad. Cuando los interrogadores me pedían a un detenido, me decían: 'Petete, mandame al 14'. Y me devolvían a otro que se habían llevado antes. A veces sacaban de a dos o tres juntos: 'Preparame al 20, el 24 y el 30'.

"Prepararlos significaba hacerlos levantar de los colchones y llevarlos hasta la puerta del pabellón, donde eran recogidos por los interrogadores. Yo iba por

ellos pero no los apuraba. Les daba su tiempo para que se levantaran, se arreglaran la ropa. Antes de irse les decía que dejaran tendido su colchoncito, como para que hicieran algo hasta que aparecieran los interrogadores para llevárselos. Si los prisioneros pedidos eran más de uno, se los hacía formar en trencito hasta la puerta de la sala, en la punta del galpón.

"Las oficinas de los interrogadores no estaban a más de 60 o 70 metros del pabellón. Se llevaban a uno y me traían a otro que ya había sido interrogado, torturado. Los devolvían en un estado lamentable, hechos bolsa, pobrecitos. Así era todos los días.

"Después fue peor."

(1) Ibañez agrega: "Tiempo después, mientras estaba de turno en el pabellón y sin que nadie se diera cuenta, corría las frazadas que tapaban las ventanas para que entrara un poco la luz del sol. No sé para qué, si ellos estaban encapuchados y no la podían ver".

(2) "Quebrarlos" significaba vencer la resistencia de los prisioneros que se negaban a dar información y a colaborar con los represores. Se utilizó todo tipo de torturas para lograr este objetivo.

Capítulo V. La guerra menos semejante.

Soldado sin guerra

-¿Usted creyó que la Argentina estaba en guerra?

-Sí. Existía un enemigo que estaba haciendo estragos en el país. Todos los días caía un compañero nuestro en Rosario, Tucumán, Buenos Aires. Era Sallustro (1), eran militares, policías, civiles. Había una guerra, indudablemente se tenía que parar a esta mala gente.

-¿Qué le sucedió cuando se encontró por primera vez con los prisioneros, sus enemigos en esta guerra?

-Cuando los ví por primera vez me dije eso mismo: "Estos son mis enemigos". Me mentalicé así: que eran mis enemigos. Entonces me envalentoné, parecía un gallito pigmeo. Como 'Cortina Metálica', el dibujito que salía en un diario viejo. El personaje era un guapo que sacaba pecho, se envalentonaba, pero siempre peleaba cerca del hospital por si lo lastimaban.

-¿Sus compañeros de logística en el campo también estaban convencidos de que había una guerra?

-Claro, porque fue la época más brava. Todos pensábamos que ellos eran nuestros enemigos y que nuestro deber era combatirlos. Aniquilarlos.

-Cuando murió Lucas, ¿para usted murió un enemigo?

-Sí, en principio fue así. No te olvides que yo venía de un lavado de cabeza de más de dos años. Cuando hice la colimba, la guerrilla ya estaba operando. Después pasé por la Escuela de Suboficiales. Creía que ellos eran el diablo.

-¿En qué consistió ese lavado de cabeza?

-Nos arengaban todos los días. Era como en la película 'No habrá más penas ni olvido', donde Rodolfo Ranni hacía de comisario y le daba esas arengas

estúpidas a la tropa. Nos decían: "Hay que aniquilar al enemigo apátrida, cobarde y solapado..." Así todos los días. También recibíamos clases de adoctrinamiento más profundas, que yo no captaba mucho. Asistía por obligación. Pero no me interesaba, no le prestaba demasiada atención.

-¿Quiénes se ocupaban de arengar a la tropa?

-...Hicimos un acuerdo: nada de nombres.

-Salvo los de los oficiales superiores. A ellos me refiero.

-Bien. Entre los jefes militares, al que tengo presente es al entonces coronel Fernando Verplaetsen. Una vuelta nos juntó a todos en el patio de armas y nos dijo: "Cristo ha muerto en Tucumán". Hizo un pausa larga y después siguió: "¿Cómo que Cristo ha muerto? Así es, hemos descubierto en un campamento de los Montoneros una estampita de Cristo, vestido de guerrillero y con un fusil. Ese Cristo ha muerto". Y sacó la estampita, que le entregó a un soldado que estaba primero en la formación para que la pasáramos en mano y todos pudiéramos verla.

-¿Cómo le decían que se debía combatir al enemigo?

-Hasta el exterminio total. Muerte, sangre. Los argumentos eran que esos tipos, los subversivos, querían destruir la familia, imponer un gobierno totalitario, una bandera roja. Que planeaban acabar con nuestras tradiciones, con el ser nacional, la Iglesia y las instituciones para imponer otra doctrina, una forma de vida extranjera, antinacional, foránea. La Patria estaba en peligro, eso nos decían.

-¿Qué era para usted la Patria?

-Para mí, la Patria era la defensa de mi territorio; eso es lo que yo creía. Era nuestro estilo de vida: el tradicional, católico, occidental. Esto lo vas a escuchar en todos los discursos del Ejército. Defender el estilo de vida que siempre fue nuestro sistema de vida. Del prójimo no se hablaba. Yo no me dí cuenta de que no era dueño de nada. ¿Qué defendía? No lo sé, si yo no tenía nada. Hoy me doy cuenta de que no son así las cosas. Hoy para mí la Patria son pequeñas patrias. Mi vieja, mi casita, los chicos que no son míos pero que lo son. (2) También es servir a la Patria esto que estamos haciendo ahora, porque nos estamos defendiendo de algo que no queremos que se vuelva a repetir.

-No le pregunto sobre lo que opina hoy, sino qué pensaba usted en aquel momento.

-Había una guerra, sí. Y yo me había preparado para ella. Estaba entrenado para combatir en Tucumán, quería ir a Tucumán a combatir a la guerrilla. De uniforme, frente a un enemigo visible que también te tira. Pero en cambio me mandaron a 'El Campito'. Con el tiempo ya no estaba tan convencido de que así se defendiera a la Patria.

La organización secreta

-¿Quién comandaba el campo?

-Todas las operaciones estaban centralizadas por el general Riveros. (3) El era el jefe del Comando Institutos Militares, un destino importante para cualquier oficial. Funcionaba como un cuerpo del Ejército más, con las mismas facultades que cualquier otro cuerpo; pero bajo la forma de un Comando Escuela.

-¿Quiénes le seguían a Riveros en orden jerárquico?

-Todas las unidades tenían un Estado Mayor que se integraba con los jefes de los departamentos del cuerpo: Personal, Inteligencia, Operaciones, Logística y Finanzas. Eran todos coroneles. No recuerdo sus nombres. Pero cada uno, en su área, estaba relacionado con el funcionamiento del campo.

-¿Qué tarea cumplía el departamento de Personal?

-Todas las listas en las que figuraban los detenidos y su destino iban a parar al departamento de Personal, después de pasar por Inteligencia. Ahora, cómo las centralizaban, adónde las elevaban, si las microfilmaban o no, yo no lo sé.

-¿Quiénes impartían las órdenes de captura y se ocupaban de elaborar la información obtenida de los prisioneros mediante los tormentos?

-Todo lo relacionado con los detenidos y las declaraciones de los torturados iba a Inteligencia. Los interrogadores reportaban únicamente a Inteligencia, que se ocupaba de dar las órdenes para que Operaciones saliera a mover las patotas.

-¿Cómo se transmitían esas órdenes?

-En esa época no corrían órdenes oficiales escritas, ni de Operaciones, ni de ningún otro departamento. Era todo clandestino, solamente funcionaban los métodos que imponía el jefe de Inteligencia, que era el general Verplaetsen.

-¿De dónde salía el dinero para financiar las actividades de los Grupos de Tareas?

-Una parte salía del presupuesto del Ejército, pero la mayoría de los gastos se financiaba con los botines que se obtenían en los operativos. Se autofinanciaban.

-¿Cómo se justificaban oficialmente los gastos que demandaba el movimiento de los vehículos y la comida para los prisioneros?

-En los partes se decía que era "Para Destacamento Los Tordos-Vivac", como si se tratara de tropas en maniobras. No te olvides que en esa época todos sabían, los oficiales entraban en Jefe de Turno en la guarnición y tenían que patrullar por esa zona. ¿Por qué tenían que patrullar en el medio del campo? ¿Para vigilar a los pajaritos? Esto lo sabían todos, hasta el último soldado. El jefe de Logística lo sabía, pero él nunca te lo va a decir. El te va a mostrar los partes de racionamiento en los que figura "Vivac" como destino.

-¿Los jefes del CIM (4) visitaban el Campo?

-Por ese lugar pasaron muchos. En más de una oportunidad me llamaban desde la jefatura de Inteligencia del Comando para que acompañara a ciertos tipos hasta el campo. Eran amigos o personas autorizadas por ellos, gente que yo no conocía. Miraban, hablaban con el personal del campo, escuchaban alguna exposición, y se iban. En una de esas visitas los ví por primera vez a Bussi (5) y a Bignone (6). Verplaetsen, como era el jefe del lugar, lo visitaba más seguido. Todos ellos se comportaban como si fueran dioses, como cuando tenés una hormiga al alcance del pie: si querés la matás y si no querés, no.

-¿A quién designó Verplaetsen como jefe directo del campo?

-A un coronel de Caballería ya fallecido, de apellido Schettini, que en esa época era mayor. Tenía la voz gruesa. Andaba siempre con botas de montar y una fusta en la mano.

-¿Había efectivos de otras fuerzas trabajando en el campo?

-Sí. La Gendarmería se ocupaba de la seguridad exterior, con una guardia legal de veinte hombres rotativos. Entre los interrogadores había gente de la policía de la provincia, de la Federal y de la Prefectura.

-¿Cómo estaba integrada su sección de Logística?

-Eramos siempre los mismos, nueve hombres. Un oficial, cuatro suboficiales y cuatro soldados, colimbas rasos.

-¿Qué tareas cumplían los soldados?

-Eran Policía Militar y se encargaban de cuidar a los perros de guerra.

-¿Cómo estaba formado el equipo de los interrogadores?

-Eran tres grupos, con más de cuatro hombres por cada uno. Había gente de todas las fuerzas, incluso civiles. Gente de mierda.

-¿Cómo funcionaban las patotas?

-Cada patota era una célula, exactamente igual a como se manejaban las organizaciones guerrilleras: por células cerradas. Tenían un jefe de grupo y cuatro hombres que se movilizaban en dos vehículos.

-¿Todos militares?

-Del Ejército. Los jefes de grupo eran tenientes primeros o capitanes, el resto de los hombres eran suboficiales. A veces entraba un subteniente. Esa gente se la jugaba.

-¿Quiénes participaban en los operativos de secuestro?

-La patota y los interrogadores. Yo salí con ellos varias veces, pero no a chupar gente, sino cuando tenían que "hacer un blanco" (7) en el que se suponía que podía haber enfrentamiento. Cuando, por ejemplo, se trataba de un guerrillero del brazo militar de Montoneros, no del político. Eran combatientes. Entonces llevaban un refuerzo. Si yo estaba de turno, me pedían junto con otros más. Ibamos de apoyo, ¿me entendés?

-¿Salían uniformados?

-La patota salía siempre de civil, en autos truchos, (8) también civiles. A los refuerzos generalmente nos decían que fuéramos de civil. Si las cosas eran muy a la vista de todos, íbamos de verde, para darle un marco legal.

-¿Qué otro grupo participaba?

-Estaba el grupo que venía para los "vuelos". Separados de todos los demás. Ellos no pertenecían a nada, estaban afuera de todo, tenían el verdadero poder. Más adelante te vas a dar cuenta de por qué digo esto.

(1) Se refiere al empresario industrial Oberdan Sallustro, director general de la empresa Fiat, secuestrado por el ERP el 21 de marzo de 1972 y asesinado el 10 de abril de ese año.

(2) Ibañez crió a los tres hijos de su hermano.

(3) Ver Anexo.

(4) Abreviatura de Comando de Institutos Militares, en cuya jurisdicción funcionó el Centro Clandestino de Detención "El Campito"

(5) General (RE) Antonio Domingo Bussi.

(6) General (RE) Benito Reynaldo Bignone.

(7) Se denominaba "blanco" a la persona o personas que serían secuestradas por los Grupos de Tareas. "Hacer un blanco" significaba concretar el secuestro, la acción del operativo.

(8) Vehículos robados al azar en la vía pública o que pertenecían a las personas secuestradas.

Capítulo VI. Una nación de subversivos.

(Informe de situación)

Identificación inapelable

"La subversión puede definirse como la acción que se lleva a cabo dentro de un país, normalmente a cargo de una ínfima minoría fanatizada, en busca de la conquista del poder, el que trata de lograr por cualquier medio para, una vez alcanzado, producir la modificación total de las estructuras políticas, sociales y económicas de la Nación de acuerdo con su concepción materialista, atea y totalitaria". General Roberto Viola (1)

"La subversión es toda acción clandestina o abierta, insidiosa o violenta, que busca la alteración o la destrucción de los criterios morales y la forma de vida de un pueblo, con la finalidad de tomar el poder o imponer desde él una nueva forma basada en una escala de valores diferente. (...) En extrema síntesis, la subversión constituye el principal método de agresión marxista internacional, por cuanto posibilita el cambio de estructuras a bajo costo. Dado que es un método, no es la consecuencia de causas existentes en el país en que se desarrolla, sino la explotación hábil de insatisfacción o frustraciones existentes, para lo cual crea falsas expectativas, y ofrece engañosamente soluciones más favorables." Generales de brigada Carlos Alberto Martínez y Luciano Adolfo Jáuregui (2)

El lugar

"...Los campos en los que se ha detectado la principal actividad subversiva, hecho avalado por los planes contenidos en documentos capturados, son el industrial, educacional y el llamado territorial, que abarca los barrios, villas, asociaciones vecinales, cooperadoras.

General Roberto Viola, 1977

"...El esfuerzo de la subversión se concentra en los dirigentes de la estructura

social (política, intelectual, económica, religiosa, militar) teniendo en cuenta la acción multiplicadora que éstos pueden producir. (...) Por eso, la acción subversiva afecta a todos los campos del quehacer nacional, no siendo su neutralización o eliminación una responsabilidad exclusiva de las Fuerzas Armadas, sino del país y la sociedad toda, a través de sus instituciones."

Generales de brigada Carlos Alberto Martínez y Luciano Adolfo Jáuregui, 1977

"Para obtener sus objetivos (los subversivos) han usado y tratan de usar todos los medios imaginables: la prensa, las canciones de protesta, las historietas, el cine, el folklore, la literatura, la cátedra universitaria, la religión..." Almirante Armando Lambruschini (3)

"El teatro, el cine y la música se constituyeron en un arma temible del agresor subversivo. Las canciones de protesta, por ejemplo, jugaban un papel relevante en la formación del clima de subversión que se gestaba: ellas denunciaban situaciones de injusticia social, algunas reales, otras inventadas o deformadas." Teniente General Roberto Viola (4)

"En nuestros días, se ha consumado lo peor que podía ocurrir y de las más funestas consecuencias: la infiltración de las ideologías marxistas en el sentido nacional y, más aún, en el nacionalismo argentino y en la Iglesia Católica Apostólica Romana." General Manuel Bayón, director de la Escuela Superior de Guerra, 1977 (5)

"Hasta el presente, en nuestra guerra contra la subversión no hemos tocado más que la parte alta del iceberg (...) Ahora es necesario destruir las fuentes que forman y adoctrinan a los delincuentes subversivos, y esta fuente se sitúa en las universidades y en las escuelas secundarias. La influencia más peligrosa es la ejercida por los universitarios formados en el extranjero, y más precisamente en la Sorbona, Dauphine y Grenoble, que de inmediato transmiten el veneno con el cual intoxican a la juventud argentina." General Acdel Edgardo Vilas, Comandante de la V Región Militar, 1976 (6)

"Estos militantes y células militares encubrían su acción y presencia de muchas maneras, entre ellas apareciendo como catequistas, vinculados con los sacerdotes tercermundistas y la Teología de la Liberación. Aparecían especialmente en las villas de emergencia." General de división Ramón Genaro Díaz Bessone (7)

La conducta sitiada

"...su concepción mesiánica los lleva a constituir bandas armadas mediante las cuales tratan de imponer sus ideas por el terror y la coacción. (...) Normalmente la acción se inicia con una etapa encubierta donde empiezan a actuar los primeros ideólogos, generalmente preparados en el extranjero, cuya misión es difundir ideas y captar adeptos. (...) Mientras se lleva a cabo esta tarea, por otro lado se va concientizando y preparando a los adeptos que ya han sido captados, para ir conformando la organización subversiva que poco a poco se extiende hasta afectar todos los sectores y niveles del cuerpo social de la Nación." General Roberto Viola. 1977

"...Para ello, la subversión actúa simultáneamente en todos los ámbitos, trata de socavar los cimientos de nuestras instituciones y destruir nuestros valores con mayor o menor grado de recurrencia a la lucha armada. Usa distintos métodos que adapta a los tiempos y las características de la población que ataca, la que se transforma en sujeto y objeto de su accionar." Generales de Brigada Carlos Alberto Martínez y Luciano Adolfo Jáuregui, 1977.

"...el general Luciano Benjamín Menéndez, jefe de la III Zona Militar, se encargó personalmente de dar un ejemplo a los profesores y directores de escuela sobre la manera de actuar de la 'subversión': 'A partir de una simple composición sobre las estaciones del año, un maestro subversivo o un idiota útil comentará a sus alumnos la posibilidad de combatir el frío según los ingresos de cada familia...'" (8) * "Para los educadores: inculcar el respeto por las normas establecidas; inculcar una fe profunda en la grandeza del destino del país; consagrarse por entero a la causa de la Patria, actuando espontáneamente en coordinación con las Fuerzas Armadas, aceptando sus sugerencias y cooperando con ellas para desenmascarar y señalar a las personas culpables de subversión, o que desarrollan su propaganda bajo el disfraz de profesor o de alumno. "Para los alumnos: comprender que deben estudiar y obedecer, para madurar moral e intelectualmente; creer y tener absoluta confianzas en las Fuerzas Armadas, triunfadoras invencibles (sic) de todos los enemigos pasados y presentes de la Patria." General Luciano Benjamín Menéndez (9)

Antídotos patrióticos

El gobierno de la Junta Militar dispuso una serie de procedimientos para neutralizar el "germen subversivo" que intentaba crear defensas en la sociedad. Estas fueron algunas de las acciones emprendidas: En 1977, se distribuyó en las

escuelas un material gráfico dirigido a los padres con hijos en edad escolar, titulado "Cómo reconocer la infiltración marxista en las escuelas":

"-Léxico marxista para uso de los alumnos: (...) Lo primero que se puede detectar es la utilización de un determinado vocabulario que, aunque no parezca muy trascendente, tiene mucha importancia para realizar este 'trasbordo ideológico' que nos preocupa. Así, aparecerán frecuentemente los vocablos diálogo, burguesía, proletariado, América latina, explotación, cambio de estructuras, capitalismo.

-Historia, Formación Cívica, Economía, Geografía y Catequesis en los colegios religiosos, suelen ser las materias elegidas para el adoctrinamiento subversivo. Algo similar ocurre con Castellano y Literatura, disciplinas de las que han sido erradicados los autores clásicos, para poner en su lugar a 'novelistas latinoamericanos' o 'literatura comprometida' en general.

-Otro sistema sutil de adoctrinamiento es hacer que los alumnos comenten en clase recortes políticos, sociales o religiosos aparecidos en diarios y revistas, que nada tienen que ver con la escuela. Es fácil deducir cómo pueden ser manejadas las conclusiones.

-Asimismo, el trabajo grupal que ha sustituido a la responsabilidad personal puede ser fácilmente utilizado para despersonalizar al chico, acostumbrarlo a la pereza y facilitar así su adoctrinamiento por alumnos previamente seleccionados y entrenados para 'pasar' ideas." (10)

En el mismo año, el decreto 3155 prohibió la distribución, venta y circulación de los relatos infantiles "Un elefante ocupa mucho espacio", de Elsa Bornemann, y "El nacimiento, los niños y el amor", de Agnes Rosenstichl (ambos de Ediciones Librerías Fausto), por tratarse de "cuentos destinados al público infantil con una finalidad de adoctrinamiento, que resulta preparatoria para la tarea de captación ideológica del accionar subversivo." (11)

El decreto 538, de mayo de 1978, estableció para profesores y maestros la lectura y comentario obligatorio del folleto "Conozcamos a nuestros enemigos", cuyo contenido resumió el diario La Prensa en ese mismo mes:

"El texto tiende a facilitar a los docentes la comprensión del proceso subversivo en el país, especialmente en el medio educativo, y brinda elementos de juicio sobre la forma de obrar del marxismo. Expone también la estrategia

particular de la subversión en el ámbito educativo, sus modos de acción en todos los niveles educativos y en la actividad gremial del ámbito educativo (sic).

En las conclusiones del trabajo, cuya lectura y aceptación por parte del personal docente y administrativo es obligatoria, se expresa que 'es en la educación donde hay que actuar con claridad y energía para arrancar la raíz de la subversión, demostrando a los estudiantes las falsedades de las doctrinas y concepciones que durante tantos años les fueron inculcando en mayor o menor grado.' (12)

En octubre de 1978, una resolución del Ministerio del Interior prohibió las obras "La educación como práctica de la libertad" (Editorial Siglo XXI) y "Las iglesias, la educación y el proceso de liberación humana en la historia" (Editorial La Aurora), del pedagogo brasileño Paulo Freire, ya que, según las autoridades, "sirven como medio para la penetración ideológica marxista en los ámbitos educativos. Por otra parte, su metodología para interpretar la realidad, el hombre y la historia es manifiestamente tendenciosa. Las fuentes de pensamiento del autor, como los modelos y ejemplos que expone, son de clara inspiración marxista y toda su doctrina pedagógica atenta contra los valores fundamentales de nuestra sociedad occidental y cristiana." (13)

En octubre de 1978 se prohibió la distribución de la novela "La tía Julia y el escribidor", del escritor peruano Mario Vargas Llosa, argumentando que "revela distorsiones e intencionalidad, así como reiteradas ofensas a la familia, la religión, las instituciones armadas y los principios morales y éticos que sustentan la estructura espiritual e institucional de las sociedades hispanoamericanas y, dentro de éstas, a nuestra Nación, contribuyendo a mantener y expandir las causas que determinaron la implantación del Estado de Sitio". (14)

El interventor del Instituto Nacional de Cinematografía, capitán Bitleston, señaló, días antes de celebrarse en Buenos Aires la Semana del Cine Español, del 23 al 31 de julio de 1979, la "inconveniencia" de presentar varios de los filmes seleccionados por la Dirección General de Cinematografía de España para ser exhibidos en Buenos Aires. Los directores y productores españoles, enterados de la censura previa, se negaron a enviar sus películas, lo que motivó la postergación sine die del evento. (15)

En julio de 1980, por decreto 2038, se prohibió la utilización en el ámbito escolar de la obra Universitas, Gran Enciclopedia del Saber, de Editorial Salvat, editada en Barcelona, por "incurrir en falseamiento de la verdad histórica (...) analizando uno de los períodos más importantes de la historia moderna, como es

el proceso de industrialización, bajo la metodología inspirada en el materialismo dialéctico."

En el mismo decreto se prohibía el Diccionario Salvat: "Las dos obras revelan un proceso editorial sistemático, en el cual la Enciclopedia y el Diccionario cumplen la función expresa de ofrecer al estudiante (...) un léxico definitivamente marxista, mediante la utilización de palabras y acepciones que, lejos de corresponder fielmente a los significados propios de la lengua, tienden a sustituir estos por otros que responden y son típicos de esa ideología". (16)

En septiembre de 1980, un comunicado ministerial prohibió el uso en las escuelas de los textos de Antoine de Saint-Exupéry, autor, entre otros, de "El Principito".(17)

(1) Diario La Opinión, Buenos Aires, 20 de abril de 1977.

(2) Diario La Nación, Buenos Aires, 20 de abril de 1977.

(3) Diario "La Razón", Buenos Aires, 3 de diciembre de 1986.

(4) Diario "La Prensa", Buenos Aires, 26 de diciembre de 1979.

(5) Vázquez, Enrique: "PRN. La última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar. Eudeba, Buenos Aires, 1985. Pág. 89.

(6) Informe de la AIDA (Asociación Internacional para la Defensa de los Artistas víctimas de la represión en el mundo). Citado en: García, Prudencio: "El drama de la autonomía militar", Alianza Editorial, Madrid, 1995.

(7) Díaz Bessone, Ramón Genaro: "Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)", Ediciones Círculo Militar, Buenos Aires, 1988. Pág. 25.

(8) Informe de la AIDA, Referencia en (6).

(9) Informe de la AIDA, Referencia en (6).

(10) Informe de la AIDA, Referencia en (6).

(11) Informe de la AIDA, Referencia en (6).

(12) Informe de la AIDA, Referencia en (6).

(13) Informe de la AIDA, Referencia en (6) y diario "La Prensa", Buenos Aires, 20 de octubre de 1978.

(14) Informe de la AIDA, Referencia en (6) y diario "La Prensa", Buenos Aires, 2 de noviembre de 1978.

(15) Informe de la AIDA, Referencia en (6) y diario "La Prensa", Buenos Aires, 8 de agosto de 1979.

(16) Informe de la AIDA, Referencia en (6).

(17) Informe de la AIDA, Referencia en (6) y diario "Clarín", 14 de septiembre de 1980.

Capítulo VII. Impunidad operativa.

"Antes de hacer cada operativo se trabajaba en lo que denominaban 'área de situación'. Se trataba de un gráfico en el que se marcaban las calles, las manzanas y las casas que se iban a 'reventar' (1); todos los datos necesarios como para no ir a ciegas.

"Después se planificaba la operación en una mesa de arena. Era justamente eso, una caja con arena. Estaba cruzada por unos hilos que hacían las veces de meridianos y paralelos, que servían para establecer la ubicación por grados de un objetivo si se trataba de una zona muy amplia o rural.

"Si la operación era urbana, con esos hilos se señalaban las manzanas, calles y otras referencias. Era como una maqueta con arbolitos, autos, casas, calles. Ellos ponían, sacaban, corrían las cosas de lugar; pero a veces les salía todo al revés. Pasaba todo lo contrario de lo que habían pensado. La situación se presentaba distinta y entonces tenían que improvisar. Ese fue el caso de un operativo en San Martín, donde resultó que la puerta de la casa que se buscaba no era verde como decían los informes, sino marrón. Esos detalles significaban mucho atraso y perder el factor sorpresa.

"Lo que pasaba era que los datos no siempre eran buenos; había muchos tipos que con tal de que no los golpearan ni los torturaran más decían cualquier cosa. Mentían. Así por lo menos zafaban por unas horas del tormento y le daban tiempo a sus compañeros para que se pudieran escapar. Pero cuando los interrogadores se daban cuenta de que habían sido engañados...esa persona... Pobrecito.

"Los interrogadores no siempre iban a la cabeza de los operativos. Pedían apoyo sólo si era muy necesario. No dejaban a ningún otro hacer el blanco, siempre era de ellos. Sabían que se podían encontrar con dinero, buenas armas, valores. No le iban a dejar el dinero ni las armas a otros. Ellos además ya sabían de antemano la peligrosidad del tipo al que buscaban, porque los guerrilleros estaban muy organizados, con brazo político, militar, prensa, esto y lo otro, todo bien orgánico. Si las cosas se ponían feas o se trataba de un blanco militar, ahí sí pedían refuerzos, y me llevaban a mí. Sabían que a mí me gustaba entrar en combate. Yo era soldado, quería forjar el espíritu del soldado, siempre mantuve esa esperanza. Pero las cosas

fueron al revés.

"Para cada operativo se planificaban distintas estrategias. Se podían concretar tanto de día como de noche, ser frontales como encubiertos. Por ejemplo, a veces se dejaba a una patota durante dos o tres días destinada a vigilar un lugar hasta que aparecía el guerrillero que se estaba buscando. Se solía hacer el 'aguante' (2) tanto dentro de la casa como en la calle. Siempre se pensaba en la mejor manera de sorprenderlos. Si a los dos o tres días no aparecía el blanco, la operación era levantada porque con toda seguridad esa gente ya se había escapado.

"Los subversivos usaban un código de señales. Dejaban marcas en las casas; por ejemplo, con una línea dibujada con marcador en una pared, de determinado color. El que no conocía esos códigos no se daba cuenta de que se trataba de un mensaje. No le prestaba atención. Entonces, cuando llegaba alguien de su organización y veía la línea, que era una señal, sabía que tenía que salir rajando y no volver nunca más a ese lugar, porque ya estaba "envenenado".

"Cuando nosotros entrábamos en una casa que ya había sido abandonada - siempre se respiraba con alivio cuando no había enfrentamiento armado-, buscábamos boquetes disimulados en las paredes o en el piso. Los tipos escondían los fierros de esa manera, los llamaban "embutes". Si se llegaba tarde no se encontraba nada, ya habían sacado todo.

Un verdadero soldado

"Todo era medio oculto y nunca se sabía cuándo se presentaba un combate. No hacía falta que yo ni nadie pidiera participar en los operativos. Si te tocaba, te tocaba y no se podía retroceder. A mí me gustaba.

"Una tarde me llevaron a un operativo en Lope de Vega y la avenida General Paz. La Negra, una colaboradora, fue a marcar a un tipo que resultó bravo. En cuanto se dio cuenta de que le habían hecho una encerrona, el tipo empezó a defenderse a los tiros. No me acuerdo de su aspecto, pero llegué a ver como tiraba un paquete y alcancé a atajarlo. Estaba envuelto como si fueran sanguches de miga. La patota no se quería arrimar, pensaban que eran explosivos, una cazabobos.

"Agarré el paquete y se lo pasé a la Negra, que la tenía al lado. Juntos empezamos a romper el papel para saber qué había adentro. Me acuerdo como si fuera hoy cómo se tiraron todos los demás cuerpo a tierra en esa pendiente que tiene la General Paz esperando que la Negra y yo explotáramos por el aire. Pero

cuando lo abrimos nos encontramos con una pila de billetes verdes: 52 mil dólares. Agarré el fajo y se lo entregué a uno de los jefes. Los demás, apenas se dieron cuenta de que se trataba de gaita, se vinieron al humo como moscas a la miel. Esa plata se esfumó, por supuesto.

"Me acuerdo de otro operativo. Fue en Campana. El blanco era un tipo del que no me acuerdo el nombre, que trabajaba con el Ejército. Era un civil que les sacaba fotos a los soldados en la Jura de la Bandera y otras cosas para el recuerdo de su servicio militar. Creo que, como tenía acceso a una unidad de Villa Martelli -ahí había muchas unidades-, copió un plano de las instalaciones y sacó fotos del lugar para una organización subversiva que estudiaba un posible ataque al cuartel. Había fotografiado todos los objetivos importantes: sala de armas, depósito de municiones, guardia...

"Ese día, como no había conductor, me llevaron a mí como chofer de un Peugeot 504, que no era trucho. La fábrica regalaba autos cero kilómetro a los generales o a los Comandos. Era un coche seguro y rápido, al que le habían puesto sirena porque era un vehículo legal; pero no la usamos. Fuimos por la Panamericana derecho hacia el norte.

"El fotógrafo vivía en una casillita prefabricada de madera, muy linda, a unas cuadras del centro de Campana. Tenía un Opel K180, nunca me voy a olvidar de ese auto. Color amarillo, impecable. El blanco estaba por acomodarse en el baúl un lechón cocido que llevaba en una bandeja grande, justo cuando nos vio llegar a nosotros.

"Ahí nomás tiró todo a la mierda, se metió en la casa y empezó a los tiros. Disparaba desde todos lados y hasta nos tiró granadas. Eran esas granadas verdes, de las españolas. No explotó ninguna. Se olvidó de sacarles el seguro; les arrancó el anillo pero no rompió el segundo activador antes de lanzarlas. Pero la verdad es que el hombre se defendió con todo.

"No siempre se grita en un combate, depende de la situación. Pero este tipo insultaba y nos decía de todo: 'Vengan a buscarme', 'Milicos de mierda', esas cosas. Un valiente. Estaba jugado y se la jugó. No me acuerdo de qué organización era, pero sí de quién lo marcó... ¡ah!; fue la esposa. Ella había caído el día anterior y mediante tortura le arrancaron los datos para llegar hasta él.

"Sucedió a unas cuadras de la plaza principal, de noche. Yo no estaba entre los que tiraban porque me encargaron alumbrar con los faroles del auto la casilla

del tipo. Justo enfrente había un barcito, era verano y tenía las mesas en la vereda. Me quedé charlando con el mozo, que me preguntó qué pasaba al ver tanto despliegue, antes del enfrentamiento. Ahí me dí cuenta de que la policía no sabía nada, que nos habíamos olvidado de pedir zona libre.

"Fue un blanco urgente y no hubo tiempo de pedir la zona. La comisaría estaba ahí nomás y los patrulleros llegaron al toque, apenas empezaron a escuchar semejante tiroteo. Como todo era de civil, nosotros vestidos de civil, autos civiles, tipos con barba y pelo largo, apenas llegaron los policías no sabían qué pasaba y casi nos agarramos a los tiros entre nosotros. Menos mal que se dieron cuenta a tiempo de cómo venía la mano.

"En el baúl del auto del fotógrafo encontramos sanguches de miga, saladitos, bebidas. Tenía de todo, como para un festejo. Parece que lo último que le faltaba cargar era el lechón y ya se iba. Tenía el motor en marcha, acomodaba la bandeja, cerraba la puerta de la casa y se iba. Menos de cinco minutos antes y se salvaba. No pudo ser; murió peleando.

"En esos combates uno pierde el miedo. Yo salí con tipos que iban al frente, sin miedo. Ellos decían: 'Acá no se puede caer nadie, ¿está claro?'. Pero a mí me hubiera gustado ir a Malvinas. Hicieron todo al revés, llevaron a pibes que no sabían nada y que no querían ir, mientras que personal preparado para eso, al que el pueblo le pagaba para eso, se quedó acá haciendo cebo, escuchando las mentiras que se decían por radio.

"La situación que se me presentó fue al revés de lo que había aprendido en la escuela. No era lo mismo estar acá que en Tucumán, donde vos podías ver al enemigo. Donde el enemigo daba la cara, a pesar de los sabotajes, y vos llevabas puesto tu uniforme de combate. La guerra es así. Dos bandos enfrentados, y dependía de la habilidad de uno u otro para sobrevivir, y había que aplicar todo lo que aprendiste en el Ejército si querías salir vivo. Pero esto que me pasó a mí, que me presentaban a un enemigo vencido, humillado, y te decían: 'Este es tu enemigo'. Una persona atada, encapuchada, torturada. ¿Qué enemigo? A mí me hubiera gustado ser un verdadero soldado."

(1) Reventar: allanar una casa y detener a sus moradores. Producir una baja en una base de la guerrilla.

(2) Se llamaba "aguante" a la guardia que se establecía sobre un inmueble - vivienda o local- que se sospechaba era habitado o visitado por miembros de una

organización guerrillera. El "aguante" consistía en esperar que alguien llegara a ese lugar y proceder a su secuestro. A veces, se esperaba a que se reunieran más personas y se vigilaba su movimiento durante uno o dos días hasta determinar el momento apropiado para realizar el operativo. Se solía llevar a un prisionero para que señalara si esas personas pertenecían a su organización y cuál era su grado de responsabilidad dentro de ella.

Capítulo VIII. La mística de la destrucción total.

(Informe de situación)

El análisis de los documentos recopilados durante esta investigación evidencia que los jefes de las Fuerzas Armadas argentinas rindieron culto a una mística propia, que manifestaron sin disimulos durante la segunda mitad de la década del 70.

A través de ella, determinaron los campos del bien y del mal, caracterizaron al enemigo y elaboraron una regla que aplicaron sin distinción sobre el conjunto de la sociedad. Esa particular unidad de medida, que contemplaba la tendencia de las ideas, la ocupación, la forma de vida, los antecedentes políticos y gremiales de los ciudadanos, entre otras consideraciones personales, determinaba su clasificación y, por lo tanto, su pertenencia a una u otra porción del territorio nacional al que habían partido en dos mediante una intangible frontera interna que separaba a sus "aliados" del "enemigo".

El periodista Jacobo Timerman, ex director del diario La Opinión, escuchó la siguiente afirmación pronunciada por uno de sus captores mientras permanecía secuestrado en un centro clandestino de detención: "Argentina tiene tres enemigos principales: Karl Marx, porque intentó destruir el concepto cristiano de la sociedad; Sigmund Freud, porque intentó destruir el concepto cristiano de la familia; y Albert Einstein, porque intentó destruir el concepto cristiano del tiempo y el espacio". (1)

El general Ramón Genaro Díaz Bessone, uno de los más prolíficos ideólogos de los que se sirvió el Proceso de Reorganización Nacional para elaborar sus bases fundacionales, resumió en su libro "Guerra revolucionaria en la Argentina", el tema de la violencia y su relación con el Estado apelando a una cita de Max Weber:

"...definiremos al Estado como la comunidad humana que en el ámbito de determinado territorio -aquí el territorio es el elemento diferencial-, requiere como propio el monopolio de la violencia física legítima. El Estado se presenta como la única fuente del derecho a la violencia." (2)

El brigadier Orlando Agosti, integrante de la Junta Militar que asumió el gobierno tras el golpe de marzo de 1976, en declaraciones formuladas el 10 de agosto de ese año, expresó algunas recomendaciones, sin detenerse a contemplar que él mismo estaba involucrado en sus afirmaciones:

"Ningún argentino puede aceptar que grupos minoritarios, con doctrinas totalitarias, pretendan imponer en el país su voluntad por la fuerza o por el miedo. Las Fuerzas Armadas, en resguardo de la soberanía nacional, no habrán de permitirlo jamás. Para la convivencia constructiva de los argentinos es esencial, tal como reiteradamente se ha enunciado, que el monopolio de la fuerza sea ejercido por el Estado, y puesto al servicio de los intereses permanentes de la Nación, únicos a los cuales ha servido, sirve y servirá la Fuerza Aérea." (3)

Años después, Díaz Bessone aseguraría sin titubeos: "Hubo hechos, crímenes abyectos, totalmente ajenos a la guerra, antes y después del 24 de marzo de 1976 (...). Una sola bomba, Hiroshima o Nagasaki, produjo más víctimas que nuestra guerra revolucionaria, con el agravante de que todas esas víctimas eran inocentes, desde ancianos hasta recién nacidos. Y se lo justificó como un precio para lograr un bien mayor, un medio para un fin. El fin no justifica los medios, y esto no admite discusión cuando se trata del desarrollo de la vida civilizada. Pero la guerra es un medio para alcanzar un fin (...). Si el fin no justifica los medios, y éste es un valor absoluto que está por encima de la Nación misma, no nos defendamos ante la agresión externa o interna, porque para vencer al agresor tendremos que matarlo, no podremos convencerlo con el abrazo fraterno. Si ante la agresión decimos que el fin no justifica los medios, preparémonos para ser santos o esclavos, pero no gastemos dinero en prepararnos para la guerra, y aceptemos que nos borren de entre las naciones libres de la tierra." (4)

Mi lucha

El entonces general de brigada Acdel Edgardo Vilas (5) fue el comandante a cargo que inició, el 9 de febrero de 1975, lo que se dio en llamar "Operativo Independencia", cuyo objetivo, por decreto presidencial, consistía en "aniquilar" la guerrilla rural que el ERP había instalado en la provincia de Tucumán.

Dos años después, en 1977, el general Vilas volcó sus experiencias y conclusiones de la campaña en el monte tucumano en un libro de 392 páginas que permanece aún inédito, ya que su edición fue prohibida por el propio Comando en Jefe del Ejército. Sin embargo, algunas de sus partes lograron trascender. Entre los originales del autor se encuentran textos como éste:

"Mi intención fue la de suplantar, aún utilizando métodos que me estuvieran vedados, a la autoridad de la provincia de Tucumán, tratando de superar, aunando los esfuerzos civiles y militares, el brote guerrillero marxista que tenía en vilo a los tucumanos y amenazaba expandirse a otras provincias (...). Si bien mi tarea no era reemplazar a las autoridades, pronto me dí cuenta de que, de atenerme al reglamento (...), el Operativo concluiría en un desastre (...). Si yo me limitaba a ordenar, entrenar y comandar mis tropas, descuidando esferas que en el papel no me correspondía atender -la gremial, empresaria, universitaria, social-, el enemigo seguiría teniendo 'santuarios', (por lo que) creí conveniente darle a la acción militar su importancia y a la política la suya.

De todo lo actuado pude concluir que no tenía sentido combatir a la subversión con un Código de Procedimientos en lo Criminal... Decidí prescindir de la justicia, no sin declarar una guerra a muerte a los abogados y jueces cómplices con la subversión (...) Fue entonces cuando dí órdenes expresas de clasificar a los prisioneros del ERP según su importancia y peligrosidad, de forma tal que sólo llegaran al juez los inofensivos, vale decir, aquellos que carecían de identidad dentro de los cuadros del enemigo.

...Desde antiguo venía prestando atención a los trabajos editados en Francia por los oficiales de la OAS y del ejército francés que luchó en Indochina y en Argelia (...). En base a estos clásicos y al análisis de la situación argentina, comencé a impartir órdenes tratando siempre de preparar a mis subordinados. Porque muchas veces las órdenes recibidas no se correspondían con lo que durante años aprendimos en el Colegio Militar y en la Escuela Superior de Guerra.

(...) Uno. Cambiar la mentalidad de los cuadros, preparándolos para una guerra donde se actuaría sobre causas y efectos, empleando métodos no convencionales de lucha. Dos. Formar una minoría civil selecta, consustanciada con las ideas directrices del Operativo... No obstante tener sus grandes ventajas (operar los militares vestidos de civil y en coches robados), los grupos especiales corrían dos riesgos. Uno: si moría uno de mis hombres en el procedimiento, cómo justificar su deceso; dos: si llegábamos a una casa sin uniforme existía la posibilidad de ser recibidos a tiros... De todos modos, las ventajas eran infinitamente mayores y los grupos siguieron operando...

Hubo que olvidar las enseñanzas del Colegio Militar y las leyes de la guerra convencional, donde los formalismos (el honor y la ética) son parte esencial de la vida castrense, para consustanciarnos con este nuevo tipo de lucha. Si por respeto a las normas clásicas nos hubiésemos abstenido de emplear métodos no

convencionales, la tarea de inteligencia se habría tornado imposible de llevar adelante...

Si la lucha en la que estábamos empeñados dependía de la inteligencia, el Lugar de Reunión de Detenidos (LRD) sería clave para el desenvolvimiento del Operativo... Decidí separar en tres grupos a los guerrilleros de modo tal que los más peligrosos e importantes nunca llegaran al penal. Entre estos últimos... para evitar riesgos inútiles, muchos eran retenidos en Famaillá, procediéndose a su interrogatorio hasta que no fueran de más utilidad. Desde el 10 de febrero hasta el 18 de diciembre de 1975 pasaron por el LRD 1507 personas acusadas de mantener relación estrecha con el enemigo...

En cuanto a los interrogatorios, los interrogadores y los interrogados, hay un par de cuestiones que es hora de aclarar: en primera instancia, es falso de toda falsedad que los hombres encargados de tomar declaración, empleando, muchas veces métodos no convencionales, quedasen traumatizados o con psicosis de guerra. Mi experiencia al respecto, y creo tener algún derecho para referirme al tema, no registra un solo caso de brutalidad o placer morboso en los interrogatorios. En segundo lugar, es menester desmontar uno de los principales mitos del enemigo, referido precisamente a su capacidad de resistencia al castigo físico y psíquico. Tarde o temprano, su capacidad se agota y terminan 'quebrándose', como se dice en el lenguaje operativo..." (6)

Dispuestos para el infierno

El ex jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, en ese momento coronel y después general (RE) Ramón Camps era, como Acdel Vilas y otros, uno de los que condujeron el aparato represivo y no se resignaban a silenciar lo que consideraban su victoria sobre el enemigo subversivo.

"El jefe que participa en este género de lucha antisubversiva tiene que estar dispuesto a descender con sus hombres a los infiernos, a lo más bajo, metiéndose con ellos en el mismo barro y participando con ellos en las acciones más crudas de la misión." (7)

"(...) desaparecido el sentido de la nacionalidad, de la vecindad, de la amistad, de la hermandad (en razón del accionar subversivo), todo se fue transformando en turbio y sucio. Terminó en el barro y, en ese barro, se luchó por amor a Dios, la Patria y la familia." (8) * "...el marxismo es la herejía moderna; lo que estamos viviendo es el acto presente de esa guerra constante entre el Bien y el

Mal."

"En las guerras se permite el bombardeo de ciudades, donde mueren miles de personas que no son militares. Aquí libramos una guerra, y para vencerla hubo que adoptar medidas drásticas. Quizá nos equivocamos, pero al final, y eso es lo que cuenta, vencimos."

"(a los prisioneros) teníamos que sacarles información antes de las 24 horas. Desde luego es preferible actuar sin torturas ni chillidos, pero eso no siempre era posible. Y, a veces, hay que salvar la vida de ciudadanos honestos jugando contra el tiempo."

Mientras yo fui jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires desaparecieron unas cinco mil personas. A algunas de ellas yo les dí sepultura en tumbas sin identificar."

"...no desaparecieron personas, sino subversivos... Personalmente no eliminé a ningún niño; lo que hice fue entregarlos a organismos de beneficencia para que encontraran nuevos padres. Los padres subversivos educan a sus hijos para la subversión. Eso hay que impedirlo..."

"Siendo la guerra un acto violento, quien desee ganarla no lo podrá lograr con la aplicación de paños fríos. Si hubo que emplear, pues, medidas enérgicas, no fue por el goce de su aplicación, sino por necesidad. Al respecto debemos recordar que es lícito hacer en la guerra todo lo necesario para la defensa del bien público comprometido. Quien chapalea en el barro se ensuciará el calzado y no necesariamente se salpicará el alma, que es en definitiva lo que se busca salvar. El concepto de meterse en el barro significa que la guerra contra la subversión trae aparejada una metodología, con sus normas y pautas correspondientes." (9)

Ahogados en la tempestad

Por su parte, en marzo de 1977, el almirante Emilio Eduardo Massera, jefe de la Armada y miembro de la Junta Militar, expresó en un emocionado discurso durante el acto de homenaje a Guillermo Brown:

...los hombres de la Armada quisiéramos ver a cada ciudadano vistiendo, en lo más íntimo de su corazón, el uniforme de combate que la gravedad de la hora nos exige a todos.

(...) Teníamos una clara conciencia de que el país estaba ahogándose en una

tempestad de sangre inocente y por eso evitamos lastimarlo más y cuidamos nuestros actos y cuidamos nuestras palabras para que no hubiera acusaciones, ni excesos ni revanchas, y el castigo alcanzara sólo a aquellos que, como causantes o como ejecutores, cargaban sobre sus almas con la responsabilidad tremenda de tanto llanto y tanta pesadumbre.

(...) Y así, silenciosamente, sin hechos espectaculares, sin urgencias sospechosas, sin promesas falaces, ayudados por Dios y con la sola virtud del patriotismo, la honestidad y el sentido común, el gobierno de las Fuerzas Armadas empezó a reorganizar los aparatos administrativos, a corregir la desarticulación de la economía, a restablecer el orden en la producción, a reconstruir los tejidos morales de la República, mientras se desarrollaba simultáneamente un combate metódico y riguroso contra los delirantes de la destrucción, contra los apóstoles de la muerte, contra los verdaderos enemigos de todos, contra los auténticos violadores de los derechos humanos."

Definitivamente borrados

La mística de la destrucción total del enemigo era en una convicción generalizada. Desde San Luis, el jefe de la Guarnición Militar, el teniente coronel Juan Carlos Moreno, apenas tres meses antes del golpe de Estado de marzo de 1976, ya anticipaba sus consecuencias:

"Los enemigos de la Patria no son únicamente aquellos que integran la guerrilla apátrida de Tucumán. También son enemigos quienes cambian o deforman en los cuadernos de nuestros niños el verbo amar; los ideólogos que envenenan en nuestras universidades el alma de nuestros jóvenes; los aprendices de políticos que sólo ven en sus semejantes el voto que les permitirá acceder a sus apetitos materiales; los pseudosindicalistas que reparten demagogia para mantener posiciones personales, sin importarles los intereses futuros de sus representados ni de la Nación; el mal sacerdote que enseña a Cristo con un fusil en la mano..."

En la Escuela de Suboficiales de Aeronáutica de Córdoba, el comodoro Francis Roberto Pitaro extendía las fronteras del enemigo:

"...la lucha deberá continuar no sólo hasta que el último elemento subversivo sea eliminado, sino hasta que hayamos superado las causas que nos llevaron al borde del caos, hasta tanto los corruptos, los delincuentes económicos, los dirigentes irresponsables, los ideólogos que generaron y ahondaron dichas causas sean borrados en forma total y definitiva..." (10)

El fin arrasador de la ley

El 17 de diciembre de 1976, el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, general Roberto Viola, despachó a todos los comandos un radiograma secreto, con dos escuetas órdenes:

"OPERACIONES CONTRA ELEMENTOS SUBVERSIVOS (R-C-9-1): 4003 y): Aplicar el poder de combate con la máxima violencia para aniquilar a los delincuentes subversivos donde se encuentren. La acción militar es siempre violenta y sangrienta... El delincuente subversivo que empuñe armas debe ser aniquilado, dado que cuando las Fuerzas Armadas entran en operaciones no deben interrumpir el combate ni aceptar rendición."

"4008: El ataque se ejecutará: a) mediante la ubicación y el aniquilamiento de los activistas subversivos."

"5007: h): Como las acciones estarán a cargo de las menores fracciones, las órdenes deben aclarar, por ejemplo, si se detiene a todos o a algunos, si en caso de resistencia pasiva se los aniquila o se los detiene..."

"5013: Emboscada: esas oportunidades de lograr el aniquilamiento no deben ser desaprovechadas, y las operaciones serán ejecutadas por personal militar, encuadrado o no, en forma abierta o encubierta".

"INSTRUCCIONES PARA OPERACIONES DE SEGURIDAD (RE-10-51): 3002: 8) Elementos a llevar: capuchones o vendas para el transporte de detenidos a fin de que los cabecillas no puedan ser reconocidos y no se sepa dónde son conducidos."

"3004: Los tiradores especiales podrán ser empleados para batir cabecillas de turbas o muchedumbres."

"3021: La evacuación de los detenidos se producirá con la mayor rapidez, previa separación por grupos: jefes, hombres, mujeres y niños, inmediatamente después de la captura. Informantes: deberán ser inteligentes y de gran carácter, y deberán tener una razón para serlo (creencia, odios, rencores, política, ideología, dinero, venganza, envidia, vanidad). (11)

(1) "Diario 16", Madrid, 20 de diciembre de 1981.

(2) Weber, Max: Política y sociedad. Editorial La Pléyade, Buenos Aires,

1976. Pág. 9 El subrayado es del original.

(3) El destacado es nuestro. La oración puede ser aplicada a las Fuerzas Armadas.

(4) Díaz Bessone, Ramón Genaro: Op. Cit. Pág. 17. El subrayado es nuestro.

(5) Vilas era un oficial sin una trayectoria destacada dentro del Ejército. A raíz de la muerte del entonces jefe de la V Brigada, que tenía a su cargo los aprestos bélicos para iniciar la ofensiva militar contra el ERP en la zona rural, Vilas, quien mantenía fluidos contactos con la cúpula sindical, fue designado como reemplazante, en principio bajo el mando del general de división Carlos Delía, donde funcionaría el centro de operaciones del Operativo Independencia.

(6) Revista "El Periodista de Buenos Aires", Año II, Nº 73. Citado en García, Prudencio: Op. Cit.

(7) "Diario 16", Madrid, 20 de enero de 1984. Citado en García, Prudencio: Op. Cit.

(8) Camps, Ramón J. A.: "Caso Timerman: punto final", Tribuna Abierta, Buenos Aires, 1982. Citado en García, Prudencio: Op. Cit.

(9) Diario "Pueblo", Madrid. Citado en García, Prudencio: Op. Cit.

(10) Diario "La Nación", domingo 13 de marzo de 1977.

(11) Asociación Americana de Juristas: "Juicios a los militares". Cuaderno nº 4, Buenos Aires, 1988. Citado en García, Prudencio: Op. Cit.

Capítulo IX. En el nombre de Dios.

Condiciones naturales

"Yo pienso que el oficio de torturador no se aprende. Si a vos te gusta hacer sufrir a un tipo, ¿qué tenés que aprender? Supongo que se habrán perfeccionado en uno de esos cursos que daban en el Batallón de Inteligencia. Pero había tipos que no eran de ahí, que eran directamente enfermos.

"Los interrogadores del campo tenían sus métodos. Cada vez que los autos llegaban con un prisionero era lo mismo. Yo lo he visto más de una vez. Lo recibían afuera, a la intemperie. Antes de meterlo en el cuartito lo ponían contra la pared y le decían: 'Bueno, acá perdiste. Te esperan golpes, hambre, frío, mordedura de perros, tortura, picana. Así que aflojá de entrada porque si te hacés el duro, tenemos de todo y todo el tiempo para quebrarte'. Así, en voz baja, sin calentarse. El tipo, imaginate, ya estaba encapuchado, no veía nada, no sabía dónde estaba. Le temblaban desde los pies hasta las manos.

Después los interrogadores seguían: 'A mí no me arreglás con que me digas el cien por cien; quiero saber más de todo lo que tengas para decir'. Aunque dijera toda la verdad, no era suficiente. Así lo recibían cuando todavía estaba fresquito, recién llegado, y ahí nomás empezaba a cobrar, inmediatamente, como para que se diera cuenta de que la cosa iba en serio. "

'El cien por cien de la verdad no me conforma', le repetían al detenido y se cagaban de risa entre ellos mientras le daban máquina y máquina. Con esto ya tenés una idea de hasta dónde podían llegar los interrogadores.

"Por eso digo que para torturar no se necesita aprender. El que es malicioso disfruta pateándole a un tipo indefenso las rodillas, las canillas; golpeándole los genitales, pegándole un sopapo porque se le da la gana. Le gusta ver sufrir al prisionero, disfruta con su dolor, con su humillación, con su bronca. No se necesita aprender.

"Pero no todos eran así. Algunos eran muy hábiles en el manejo de los interrogatorios, muy inteligentes en las preguntas. Como 'Barbeta'. Yo no sé qué

hacía ahí, era un tipo buenísimo que no servía para pegar. Lo de él era cerebral, y ojo, era del Grupo de Tareas destinado al ERP, la parte más pesada.

"Me parece que era civil; tenía una barbita muy prolija, bien recortada. Yo me llevaba bien con él. A veces se ensañaban todos contra un prisionero, aunque no supieran por qué ni de quién se trataba. Cuando veían que le pegaban a alguien, todos se iban sumando para pegarle también ellos. Ahí salía 'Barbeta': 'Esta no me la pierdo', decía.

"Siempre nos reíamos con él. Se acercaba al preso, por como se movía y las cosas que le gritaba parecía que se lo iba a comer crudo. Cuando llegaba hasta el prisionero, el pobre tipo temblando, le tiraba una patadita que apenas le tocaba el culo y se iba.

"A los detenidos de él ni los tocaba. Era muy habilidoso para interrogar. Era de buen corazón, educado. Como los otros eran medio bestias, me parece que a éste lo tenían para pensar. Tengo buenos recuerdos de él; nunca más lo vi, tampoco pude saber a qué fuerza pertenecía.

"En cambio, sé que el 'Alemán' era de Prefectura. Todo el mundo lo sabía y como nadie se llevaba bien con él, lo querían escrachar. La verdad es que el 'Alemán' era un tipo asqueroso bajo todo punto de vista, como persona, como interrogador, en todo. Era el primero en llegar por las mañanas. Ahí nomás se iba para un pabellón y agarraba a una mujer, la que estaba más linda, y empezaba a golpearla para que confesara si durante la noche había tenido relaciones sexuales con algún celador o gendarme. La pobre piba decía que no, y él le daba y le daba. Todos los días hacía lo mismo.

"Las pobres mujeres estaban todas golpeadas, todavía más humilladas y todo para nada. Esas cosas nos irritaban. Mirá, quedábamos en que no daría nombres, pero te aseguro que si supiera el nombre y rango del 'Alemán' te lo decía. Pero como ahí todos nos conocíamos por seudónimo, sobre todo con aquellos que no pertenecían a la fuerza, nunca pude conocer otros datos de él. Tené en cuenta que entre los interrogadores había policía de la provincia de Buenos Aires, de la Federal, de Prefectura, de Gendarmería, del Ejército, civiles.

"Ahí llegaba cualquiera y decía que era coronel o teniente coronel. ¡Venía cada cara extraña! Como este tipo Guglielminetti. ¡Sabés cuántas veces estuvo en el campo! Un día llegó disfrazado de coronel; se permitía cualquier cosa. Yo, como un boludo, me le presenté, me creí que era militar. La pilcha le quedaba tan bien que

parecía que había sido milico desde siempre.

"Un día lo hice incomunicar al 'Alemán'. Yo me llevaba bien con un alférez de Gendarmería que estaba a cargo de la guardia. Como él tampoco lo quería, lo empecé a joder: '¿A qué no tenés huevos para incomunicarlo al Alemán?' Una vez, otro oficial de Gendarmería se cansó de que ese interrogador lo prepoteara y se enojó. 'Y éste ¿quién es? ¿Un civil?', dijo apenas lo vio que entraba al campo por la guardia. '¿Usted quién es?', le dijo. El 'Alemán' trató de cagarlo a pedos, pero el gendarme, que estaba como oficial de servicio, tenía los huevos bien puestos. Se enojó de verdad y lo mandó a ponerse el uniforme: 'Acá todos usamos el uniforme. Primero vaya y póngase el uniforme, después discutimos. Usted, para mí, por como está vestido es un civil de mierda, un civil torturador, ni más ni menos. Si usted quiere que yo lo respete, póngase su uniforme y hablamos de militar a militar'. Así le dijo el tipo.

"El otro se fue recaliente al Estado Mayor del Comando de Institutos para quejarse y, al otro día, trasladaron al gendarme a otro destino. Pero al 'Alemán' se la juraron. Una mañana, apenas llegó al campo, tres gendarmes lo tuvieron dos horas contra el auto, las piernas abiertas y las manos sobre el baúl. 'Usted está incomunicado', le dijeron. 'No pueden hacer esto, yo tengo que trabajar', les decía él. 'Usted no trabaja hasta que no venga el jefe de campo. Está incomunicado', le respondían mientras le apuntaban con las armas. Un poco más y lo encapuchan. Era un perejil y alcahuetón de todo lo que hacíamos nosotros.

La tortura nunca descansa

"Hablando con vos empecé a recordar los métodos de tortura que se improvisaron allá, en 'El Campito'. Algunos de ellos fueron creados por un detenido, un tal 'Tito', que era cuñado del soldado Nuñez.

"Ese tipo, 'Tito', inventó la picana automática. La punta electrificada estaba agarrada a una varilla que un motor de limpiaparabrisas -que le habían arrancado a un auto- movía como si fuera un péndulo, de un lado a otro. El detenido era atado de pies y manos a un elástico de cama metálico, al que le decían 'la parrilla', y le enroscaban un cable en el dedo gordo del pie, digamos el negativo. La otra punta del cable, el positivo, estaba en el extremo de la picana que colgaba sobre el preso. La punta iba y venía, y cada vez que pasaba tocaba el cuerpo y mandaba una descarga. Así lo dejaban unas dos horas. La picana lo tocaba en el pecho, los testículos. Iba y venía. Se la iban corriendo para que tocara las tetillas, la boca... hasta que consideraban que el detenido estaba ablandado. Entonces pasaban a la

sesión más fuerte, aplicándole dos picanas: la automática y la manual. Eso era habitual con los tipos duros, que se resistían a hablar. "

'Tito', que ya era como un interrogador más, diseñó también un sistema de roldanas, como las que usan los albañiles para subir los baldes con material; lo instaló en uno de los árboles del campo. La tortura consistía en atar al detenido de los pies e izarlo unos metros. Después lo bajaban despacito, y lo sumergían desde la cabeza hasta la cintura en uno de esos tachos grandes de aceite, pero con agua, de 200 o 300 litros. Lo hundían y lo sacaban. Más de uno se murió ahí dentro. Le explotaba el corazón, los pulmones, no sé qué. Era al aire libre y lo llamaban 'el submarino'. Todo eso lo ví yo.

"A veces obligaban a los detenidos a torturar a sus propios compañeros. Muchos se resistían, pero 'Tito' no. A él le gustaba tanto torturar a la gente que también inventó la picana portátil, hizo varias. Funcionaban con una batería de auto o de moto, esas chiquitas. Entraba todo en una valijita, tipo maletín. Ahí llevaban la picana que usaban para interrogar a los prisioneros que eran capturados en sus casas o adentro de los coches, antes de llegar al campo. Siempre se trataba de ablandar rápido a los prisioneros porque muchos eran duros y no les sacaban ni una palabra.

"Se decía que los subversivos hacían un curso para resistir las torturas. No sé, serían mentalistas. Yo creo que si me acercan un fósforo ya grito antes de que me toque y no paro de gritar hasta que me callen. Ahí se vivía el terror permanente. Se torturaba de sol a sol, todo el tiempo. Con el 'Charro' escuchábamos los gritos que venían de las oficinas de los interrogadores mientras preparábamos la comida en el quincho. Y nosotros hacíamos como que no pasaba nada. ¿Qué podíamos hacer?

"A veces llevaban desde los pabellones a tres o cuatro detenidos al mismo tiempo. Los formaban en fila frente a la puerta de la oficina de interrogatorios y los hacían pasar de a uno. Los que estaban en la cola para ser interrogados escuchaban los gritos del que estaba adentro. Los tipos se daban máquina y máquina escuchándolo al otro, pobrecito. Según me dijeron era para hacerles acción psicológica (sic). Después les tocaba a ellos y se acababa la psicología. Yo pasaba y los veía haciendo cola para que los torturaran.

Los interrogadores no tenían horario. Cuando salía un 'blanco', tenían que hacerlo, de noche o de día, porque los operativos se hacían de acuerdo con lo que declaraban los detenidos. Apenas les arrancaban un dato salían a buscar a esa

gente.

Fuga a la muerte

"Mucha gente se murió durante los interrogatorios sin que pudieran sacarle ni una palabra. Y ahí viene la duda: ¿serían o no inocentes? ¿Se resistieron a hablar o no tenían nada que decir? Estaban horas con dos picanas, muchos no aguantaban y se morían ahí mismo. Les reventaba el corazón, el cerebro, el bazo. Muerte súbita. Son grandes injusticias. A mí me tocaba sacarlos; otras misión que me dieron.

"Los interrogadores te los encargaban como quien te dice que le saques la basura afuera, y aprovechaban para descansar. Ellos no tocaban nada, me dejaban el cuerpo del prisionero en el lugar y la posición en la que había muerto. Yo tenía que desatarlo, sacarlo del cuartito y depositarlo en otro lugar. Si en esos días estaba previsto un 'vuelo', se lo embarcaba en él. Si no, como había que sacarse rápidamente de encima los cadáveres, había que atarlo con alambre. Después se pedía un helicóptero que aterrizaba en el mismo campo. Los tripulantes preguntaban por 'el paquete' y ellos mismos se encargaban de cargarlo. Los cuerpos siempre eran arrojados al mar.

"Esas cosas eran comunes. Morían en la picana, morían en el submarino o de cualquier otra forma que habían ingeniado para divertirse, como pasó en esa época de las inundaciones que venían del norte. Los camalotes que bajaban por el río traían yacarés, monos, sapos, culebras, de todo. Esa inundación duró cualquier cantidad de tiempo; hasta el río Reconquista, que pasa por Campo de Mayo, estaba lleno de esos animales. "Entonces, alguien trajo algunas de las víboras que llegaron con la crecida, una mente maligna. Las usaron como material de tortura, lo mismo que las mordeduras de los perros de guerra. Era terrorífico. De esta manera murieron muchos inocentes, otros quedaban agonizantes. Ahí corría 'Yoli', la doctora, para tratar de salvarlos. Pobre mujer.

"Yo nunca ví a nadie tomar clases para aprender a torturar. ¿Dónde lo habrán estudiado?, me pregunto yo. Eso sí, ellos llegaban contentos a toda hora."

Capítulo X. La multiplicación de nungún lugar.

(Informe de situación)

El plan

El oficial inspector (RO) Rodolfo Fernández cumplió funciones en la Ayudantía Policial del Ministerio del Interior durante 1976. Según él, unos meses antes del golpe militar del 24 de marzo, "...el alto mando del Ejército -es decir, los generales de División y aquellos que ocupaban cargos correspondientes a esa jerarquía-, entre los que se encontraban el general Jorge Rafael Videla, comandante en jefe; general Roberto Viola, jefe del Estado Mayor; los comandantes del I Cuerpo, general Guillermo Suárez Mason; del II, general Luciano Jáuregui; del III, general Luciano Benjamín Menéndez y del V, cuyo nombre no recuerdo; los generales Diego Urricariet y Bartolomé Gallino, director y subdirector de Fabricaciones Militares y el comandante de Institutos Militares, general Santiago Omar Riveros, elaboraron la doctrina de guerra a emplear para combatir a la subversión. La redacción final del documento estuvo a cargo del general Cesáreo Cardozo, director de la Escuela Superior de Guerra".

Una vez resueltos los aspectos formales, desde el edificio Libertador, comando general del Ejército, muy discretos emisarios partieron rumbo a las sedes de la Armada y la Fuerza Aérea con copias del plan que debía ser aprobado por sus respectivos altos mandos.

Aunque había sido concebida en su propio riñón, el Ejército se aseguró de que todos los hombres que integraban los niveles superiores de las tres armas conocieran y aprobaran la doctrina que guiaría sus pasos a partir de la Orden General de Batalla del 24 de marzo de 1976, comunicada a todos los generales, almirantes y brigadieres en actividad con mando de tropas.

En el mismo testimonio, Fernández aseguró haber presenciado una conversación que el entonces ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, mantuvo con otros altos jefes militares, entre ellos Videla, Olivera Rovére, Ojeda,

Galtieri y Viola. Al comentar los conceptos básicos de la doctrina, los militares comentaban que "...básicamente comprendía la eliminación física de la llamada 'subversión apátrida' y una orientación ideológica dentro de la 'tradición, familia y propiedad'."

Fernández escuchó a un general subrayar que, según sus ideólogos, "la doctrina tenía, entre otros propósitos, el de implantar el terror generalizado en la población para evitar que la guerrilla se moviera como pez en el agua".

Origen y perfección

El origen de la doctrina fue claramente expuesto en un artículo periodístico firmado por el general Ramón Camps en 1981: (1)

"Todos los oficiales argentinos trabajaron basándose en la doctrina francesa utilizada en Indochina y aplicada en ese momento (1970) en Argelia. Esta forma de actuar fue mantenida hasta 1975, para ser más preciso, hasta el momento en que se inició el Operativo Independencia y su ampliación conocida como el 'pasaje a la ofensiva' que respondió a una resolución adoptada en septiembre de ese año por el comandante en jefe del Ejército (Videla) y que pudo tener plena vigencia desde el 24 de marzo de 1976.

"Llegó el momento en el que asumimos nuestra mayoría de edad y aplicamos nuestra propia doctrina, que en definitiva permitió lograr la victoria argentina contra la subversión armada."

El agregado que los militares argentinos hicieron a la doctrina francesa consistió, fundamentalmente, en la clandestinidad de las operaciones represivas basadas en la conciente ilegalidad de sus procedimientos.

"En este tipo de lucha -explicó el general Tomás Sánchez de Bustamante-, el secreto que debe envolver las operaciones hace que no deba divulgarse a quién se ha capturado y a quién se debe capturar; debe existir una nube de silencio que rodee todo..." (2)

"La lucha que libramos no reconoce límites morales; se realiza más allá del bien y del mal", sintetizó el teniente coronel Hugo Pascarelli ante una formación en el grupo de artillería de Ciudadela. (3)

El método

La estructura represiva expuesta en las llamadas 'Ordenes de Batalla' de las Fuerzas Armadas comenzaba por dividir el territorio argentino en 'jurisdicciones' o 'zonas de seguridad'. Cada fuerza, por su parte, disponía la formación de los 'Grupos de Tareas' (GT), estructuras clandestinas medulares del aparato militar, que tenían a su cargo la ejecución concreta del plan de aniquilamiento dispuesto por los mandos castrenses.

"Los Grupos de Tareas estaban formados por personal de las diversas fuerzas armadas y de seguridad. Si bien se hallaban alojados en distintas dependencias militares o policiales, que otorgaban su infraestructura, los GT dependían directamente de la fuerza en la que tenían su origen: GT1 y GT2 de Ejército, con sede en la Central de Reunión del Batallón 601 de Inteligencia, ubicado en la esquina de Callao y Viamonte de la Capital Federal; GT3, del Servicio de Inteligencia Naval (SIN) de la Marina de Guerra; GT4, del Servicio de Inteligencia Aérea (SIA) de Aeronáutica y GT5 de la SIDE". (4)

Aunque funcionaron al margen de las estructuras oficiales de las Fuerzas Armadas, estos grupos operaron bajo las órdenes directas de los diversos Estados Mayores.

Una vez organizadas las tareas, el paso siguiente consistió en disponer de los lugares adecuados para activar el arma elegida para la batalla: los centros clandestinos de detención, lugares ocultos donde poder torturar sin interferencias a los detenidos.

Allí eran conducidos los sospechosos secuestrados por grupos operativos vestidos de civil o disfrazados. La aplicación de la tortura, en todas sus formas imaginables, completaba el plan de batalla.

El objetivo de los interrogadores, tal como lo definió el general Camps, consistía en obtener la mayor cantidad de información en el menor tiempo posible, para establecer los vínculos entre los militantes y el 'mosaico' del que formaban parte dentro de las organizaciones guerrilleras. Los límites no representaban una dificultad: no los había. Las diferenciaciones no estaban contempladas: "...cada detenido era un enemigo y se lo trataba como tal; fuera un guerrillero, un anciano

o una mujer embarazada." (5)

En un discurso distribuido a los medios de comunicación por el comando en jefe del Ejército el 27 de febrero de 1980, el general Santiago Omar Riveros, comandante de Institutos Militares, expuso las razones de la cuidadosa organización:

"...La decisión de formar esos comandos (unidades especiales dentro de los cuadros castrenses) que actuaron en el desaparecimiento y posible exterminio de miles de personas fue adoptada en los más altos niveles de las Fuerzas Armadas con el objeto de descentralizar la acción antisubversiva y permitir que cada uno de los comandos dispusiera de un ilimitado poder en cuanto a sus facultades para eliminar a los terroristas o sospechosos de serlo. La Comisión Interamericana tiene la convicción moral de que tales autoridades, de un modo general, no podían ignorar lo hechos que estaban ocurriendo y no adoptaron las medidas necesarias para evitarlos." (6)

"Niego rotundamente que existan en la Argentina campos de concentración o detenidos en establecimientos militares más allá del tiempo indispensable para indagar a la persona capturada en un procedimiento y antes de pasar a un establecimiento carcelario", afirmó el entonces jefe de la Junta de Comandantes, comandante en jefe del Ejército y presidente de la Nación, teniente general Jorge Rafael Videla. (7)

Luego se sabría que los campos de detención, tortura y exterminio que funcionaron en todo el territorio argentino superaron los 350: la incontenible magnitud de lo ocurrido no fue un hecho aislado.

Cuando, en 1980, las evidencias hicieron que el jefe militar no pudiera sostener sus rotundas negaciones, Videla se explicó: "No reconocemos culpas bajo ninguna circunstancia, porque si hubo necesidad de matar, nunca fue por matar en sí, sino porque uno tenía necesidad de matar para defender ciertos valores". (8)

Las últimas cifras, basadas en datos comprobados a pesar de la ausencia de las listas que las Fuerzas Armadas se niegan a dar a conocer, indican que unas 9506 personas fueron desaparecidas en los campos clandestinos de detención de la última dictadura militar.

"Un Estado se convierte en terrorista cuando en forma deliberada y como decisión política utiliza en forma clandestina los medios de que dispone para

amenazar, secuestrar, asesinar, torturar, colocar bombas y realizar estragos, con la complicidad de todos los órganos oficiales y dando lugar a que sus habitantes se encuentren en una situación de absoluta indefensión", señala Hannah Arendt en "Los orígenes del totalitarismo". (9)

(1) En: Camps, Ramón J. A.: "Apogeo y declinación de la guerrilla en la Argentina". Diario "La Prensa", Buenos Aires, 4 de enero de 1981.

(2) Diario "La Nación", Buenos Aires, 14 de febrero de 1980.

(3) Citado por Duhalde, Eduardo Luis: "El Estado terrorista argentino", Ediciones El Caballito, Buenos Aires, 1983. Pág. 79.

(4) Testimonio de un ex integrante de esos grupos. Nunca Más, Informe de la Conadep (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), Eudeba, Buenos Aires, 1985. Pág. 257.

(5) Testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez.

(6) Diario "La Prensa", Buenos Aires, 28 de febrero de 1980. El subrayado es nuestro.

(7) Revista "Gente", Buenos Aires, 22 de diciembre de 1977.

(8) Diario "The Times", Londres, 2 de junio de 1980.

(9) Citada por Mignone, Emilio: "La última dictadura militar", Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

Capítulo XI. Dos en la memoria.

Charro, el amigo subversivo

"Seis meses después de mi llegada al campo, los gendarmes se hicieron cargo de los pabellones y yo quedé como integrante del equipo de logística. Me pusieron a cargo de la radio, el camión y los perros. Pero lo que más me gustaba era ser cocinero oficial.

"Ya estábamos medio cansados de comer siempre las raciones comunes que traíamos desde la cocina del Comando de Institutos Militares. Entonces, una tarde de frío andábamos con hambre y, aprovechando que en el quincho había gas natural, como para desembolarnos, nos conseguimos una sartén, aceite y papas y nos pusimos a cocinar. ¿Sabés que lindas papas fritas me salieron?

"De ahí en más, todos los días, cuando bajaba el sol, me mandaba para el quincho y cocinaba papas fritas con huevos fritos para todos nosotros, los de logística. Después se fueron agregando los demás. Al final, tenía que cocinar para unos quince en total. Con el tiempo pasamos a los churrascos que robábamos de la cocina del Comando cuando íbamos a buscar el rancho; le fuimos sumando la ensalada y otras cosas. Así se fue armando la cocina en 'El Campito'.

"Cuando se hacían los grandes operativos siempre se terminaba robando todo lo que se encontraba en las casas de los detenidos. Se llevaban el perro, el gato, el termo, el ventilador, la mesita de luz, el televisor, el velador, todo. Me hacían acordar a una de esas películas de Atila que vi una vez, cuando entraba a un pueblo con la horda y arrasaban con todo.

"Yo he visto a gente de la patota salir corriendo de las casas de los detenidos con máquinas de cortar el pasto, ventiladores, cualquier cosa en la mano. No tenía nada que ver. Estaba todo desvirtuado.

"Bueno, la cosa es que me trajeron todo lo que hacía falta para armar la cocina y me nombraron cocinero oficial del campo. Como ayudante me asignaron a un detenido de confianza, el Charro. Un muchacho muy bueno, creo que era 'monto', de unos 40 años, con una vida de novela. Había hecho de todo ese Charro.

"Con él estábamos todo el tiempo en la cocina, parecíamos dos de esas viejas chusmas que se la pasan hablando de los demás mientras pelan papas. Yo la hacía larga para que él no tuviera que volverse tan rápido al pabellón. Me acuerdo que fumaba Caburitos, esos toscanitos cortos y fuertes. Si no se los compraba yo, se los compraban otros, porque además de cocinar muy bien el Charro se sabía hacer querer, y era vivo. Se ganó la simpatía de los interrogadores cuando les construyó flor de cancha de bochas para que jugaran en sus momentos de descanso. Sabía hacer de todo, el Charro.

"Me hablaba siempre de una camioneta que tenía, una pick up Chevrolet color bordó casi nueva. No me acuerdo bien, pero creo que había sido comerciante. Me contó que se puso a vender en la cancha de Boca unos almohadones de telgopor que se usaban como asientos en las tribunas. Después se lo prohibieron porque los hinchas los tiraban encendidos desde la popular a las bandejas de abajo. Con eso hizo mucha plata. Después inventó el papel higiénico con chistes y vendió cualquier cantidad, pero también se lo prohibieron porque parece que la tinta irritaba el culo de los que lo usaban. Mientras duró también hizo mucha plata. Era un tipo muy hábil para los negocios; a mí me daba buenas ideas.

"El Charro tenía mundo. Había visitado otros países; sería un ratón, un bohemio, pero sabía de todo. Era un filósofo, un bocho. A veces, yo tenía curiosidad por saber algo de su familia, preguntarle si era casado, si tenía hijos. Pero de eso nunca se hablaba, me lo tenía prohibido porque sabía que les hacía mal.

"Pero algunas cosas me decía en lo poco que hablaba conmigo. Bah, conmigo hablaba mucho, pero dentro de lo mucho que hablaba era poco. Yo trataba de que no fuera al pabellón, lo llevaba recién bien entrada la tarde porque los presos tenían que estar en su pabellón antes de que oscureciera.

"Había muchos colaboradores, pero él era distinto. Nunca iba a los interrogatorios ni salió a marcar gente a la calle con las patotas. No sé cómo era su situación, él andaba sin capucha, ni siquiera con la capucha levantada; directamente sin capucha. Tal vez sería un perejil o un consentido porque cocinaba muy bien. Sabía mucho del juego de bochas y hacía de rayero.

"Me acuerdo que le gustaba contar anécdotas cochinas, las aventuras que había tenido con las mujeres, como la de esa vez que me contó, en Uruguay. Resulta que había entrado en un piringundín cuando estaba por empezar el espectáculo y se había sentado en una mesa cerca del escenario, bien en el centro.

Le gustó una de las minas del lugar, la llamó y la mina vino. La mesa era cuadrada, tenía un mantel largo hasta el piso. El arregló con la mina y ella se metió debajo de la mesa para agarrarle el nabo. Al rato, todo el mundo empezó a aplaudir. '¿A quién aplauden todos estos boludos?', me dijo que pensó. Claro, si en el escenario todavía no había nadie. Los demás descubrieron lo que pasaba porque él movía la cara para todos lados y los ojos le revoleaban. 'El espectáculo era yo. ¡Qué boludo! ¡Cómo me aplaudían!' Después la mina salió de debajo de la mesa y saludó como si fuera el final del espectáculo. Contaba cosas así el Charro. No conversábamos de cosas profundas, sino de historias sin importancia.

El 'Loco César' y las fugas

"Cuando cae, el 'Loco César' manejaba un Fiat 125 robado que tiempo después me trajo graves problemas. Pero a él, ese auto le salvó la vida. Lo usó de parapeto en el tiroteo que tuvo con la patota antes de que lo capturarán. Así y todo, él llegó al campo con siete u ocho balazos en el cuerpo. Al Fiat también lo trajeron, imagínate, todo agujereado por el impacto de las balas.

"El 'Loco César' era un 'pesado' que se defendió como una fiera. Decime si de otra manera se entiende que haya recibido tantos tiros. El tipo tenía unos huevos de oro. Hay que tener en cuenta que ellos, los guerrilleros, andaban siempre con una cápsula de cianuro en la boca para suicidarse cuando se veían perdidos, y por eso los de la patota salían siempre con varias jeringas preparadas para contrarrestar los efectos del veneno (1). De esto me enteré por comentarios, y lo sabíamos todos los que, como en mi caso, participábamos únicamente en los operativos cuando hacía falta llevar refuerzos porque había peligro de combate.

"El 'Loco César' tiró a la mierda el cianuro y recién lo pudieron capturar después de meterle un montón de balazos. Era un tipo distinto, no había manera de sorprenderlo. No se entregaba así nomás; se defendía después de dos, cuatro, ocho plomos metidos en el cuerpo.

"Me imagino que los de la patota eran gente muy entrenada porque traían detenidos a rolete. Actuaban violentamente y no decían, como en las películas, "Está detenido, entréguese". Los agarraban de los pelos, les pegaban una piña en la panza, otra en la cabeza, le metían la capucha y al auto. No les daban tiempo de nada. Por lo que me fui enterando te puedo asegurar que era así. Utilizaban el factor sorpresa porque sino ¿cómo hacés para que el otro no se defiende a los tiros? Bueno, el 'Loco César' no se dejó sorprender. Estaba solo, lo agarraron recién cuando quedó tirado en la calle, desangrándose después del enfrentamiento.

"Llegó al campo prácticamente muerto. Una detenida que era médica, a la que habían puesto a cargo del dispensario que habían montado para atender a los detenidos dentro del campo, le salvó la vida. Nunca supe bien cómo fue. A César le habían metido siete u ocho balas del 45; yo ví algunos de los plomos en un frasquito. No sé cómo, pero el tipo se salvó.

"Después, los interrogadores le dieron máquina (2), pero como había pasado mucho tiempo desde su detención hasta que estuvo en condiciones de ser torturado, no era mucho lo que podía decir. Los de su organización tuvieron tiempo para levantar los lugares que él conocía y alertar a la gente que podía llegar a delatar. Para mí que lo pasaron por la máquina para que supiera cómo era.

"Con el tiempo ya andaba totalmente 'destabicado' (3), después de que se había ablandado, creo yo. Ahí le ví la cara por primera vez: era calvo, blanco, más bien robusto. Hablaba bien, se expresaba correctamente, con todas las eses, no como yo. Se ve que estaba bien formado, César.

"En esa época yo estaba a cargo de la maestranza del campo, y los prisioneros eran mis peones. Llegaba a la mañana, bien temprano, y buscaba mi pelotoncito: Charro, César, Araña y un amigo de Araña que cayó con él, pero no me puedo acordar cómo es que lo llamaban. Los gendarmes que controlaban todo con una lista ya sabían que a ellos los podía sacar de los pabellones para que hicieran los trabajos de mantenimiento en el centro de detención.

"Al Charro lo dejaba en la cocina, al Araña y al amigo los ponía a arreglar las goteras de los techos, y a César, que era muy hábil, le encargaba los arreglos de electricidad, cambiar las lamparitas y esas cosas. El también barría, limpiaba los baños y me ayudaba con la comida.

"Yo les buscaba actividades todo el tiempo. Charlábamos, contábamos cuentos, nos cagábamos de risa. Una vez subí a la terraza del edificio grande donde estaban el Araña y su amigo arreglando los techos llenos de goteras con alquitrán; era un edificio viejo. Para trepar había que usar una escalera amurada a la pared, de puro fierro, de esas que tenés que agarrarte con las manos mientras te empujás con los pies.

"Nos quedamos como dos horas ahí arriba charlando y tomando sol. Nadie se avivó. Hablábamos de todo, sin tocar nunca el tema de ellos ni de su situación. Primero porque no me gustaba enterarme de ciertas cosas, o parecer buchón de los interrogadores, y después porque no entendía nada de esas cosas, no hoy entiendo.

"Lo que sí sé son las cosas que ví, aunque no las entienda. Pero la historia es que ese día casi me caigo del techo en el que estábamos conversando con los detenidos. Yo tenía encima una pistola 45, cosa que estaba prohibida, y me quedé enganchado en un escalón con tanta mala leche que se me cayó la pistola arriba del techo. Menos mal que la agarró Araña, un muchacho grande, como de cuarenta y pico de años, calvo, petisito, de bigotes, que se expresaba bien. "Tomá Petete", me dijo mientras me la alcanzaba por la culata. Mirá si en vez de él, en ese momento hubiera estado César, seguro que me tomaba de rehén y se armaba flor de quilombo en el campo.

"Al 'Loco César' le llegó la promoción en la guerrilla mientras estaba detenido en el campo. Entre todos le festejamos el ascenso. Le habían dado un grado importante, de comandante o algo así (4). Nos enteramos porque, como vos sabrás, los Montoneros publicaban un boletín que llegó hasta el campo junto con otros papeles que encontraron en la casa de un detenido. Ellos eran un ejército de porquería, pero hasta tenían su propia revista, en la que publicaban los ascensos, las operaciones que habían hecho y los partes de las ejecuciones de las que eran víctimas militares y policías. Estaban bien organizados.

El 'Loco César' se había ganado la confianza de los jefes del campo, era muy querido. Creo que le tenían respeto porque admiraban su valentía. A lo mejor era uno de los tipos que pensaban dejar con vida, a lo mejor. No entiendo por qué lo llevaron a hacer ese 'aguante'. Era un colaborador, pero no de los que salían a señalar gente por la calle, ni tampoco de los que se usaban para apretar a la gente durante los interrogatorios para apurar el 'quiebre' de los detenidos nuevos, como sí lo hacían 'Tito' y otros quebrados.

Pero a un delirante del Colegio Militar se le ocurrió llevárselo para hacer esa 'marcación' (5), y él no se pudo negar porque si lo hacía era boleta.

"A mí me contaron después que se pasaron dos o tres días de aguante, esperando que apareciera el blanco. Parece que los de la patota -te digo tal cual me lo contaron-, se quedaron dormidos y vos ¿qué hacés si estás prisionero y tus guardianes se quedan dormidos? Yo haría lo mismo que hizo él. Me pongo un helicóptero donde ya te dije. Y se piantó César, se las tomó apenas pudo. El se había hecho de una pistola que le arrebató al tipo de la patota que tenía al lado para custodiarlo y salió rajando. Pegó la vuelta en la esquina y en medio de la calle asaltó a un tipo que pasaba por ahí, le robó el auto y el maletín que tenía adentro. Resulta que ese tipo era del Batallón de Inteligencia 601, mirá qué casualidad. Le sacó el arma, la documentación y el auto a uno de Inteligencia. Después escuché

otra versión que decía que en realidad se había ido con el auto de la patota.

"Cuando se enteraron en el campo se pusieron todos como locos. Se habían confiado demasiado en él, que se hacía el simpático, el tranquilito. Estaba esperando el momento oportuno para rajarse. Creo que esto influyó en el destino de los colaboradores que quedaron. Pagaron justos por pecadores.

"César se hizo humo. Nadie supo nada de él hasta que apareció en el 79 encabezando una comisión que creo que era de las Naciones Unidas. El les había dibujado los planos de los centros de detención militares, que eran clandestinos, con las cartas topográficas del terreno, el plano de ingenieros y cómo estaban dispuestas las edificaciones. Todo correctamente detallado. Así que por más que las edificaciones ya no existían, estaba todo ahí documentado. El fue el primero en contar todo esto, uno de los pocos que pudo hacerlo.

Otras fugas

"Calculo que mientras yo estuve en ese infierno, además del 'Loco César' se fugaron por lo menos otros tres prisioneros. No recuerdo sus nombres. Cuando llegaba al otro día me decían: "Anoche se fugó uno del tal pabellón". Los de Gendarmería los buscaban como locos, era su responsabilidad.

"Hubo un tal Aldo -no sé si era su nombre verdadero-, que se fue caminando en pleno día por el interior de la Escuela Sargento Cabral, y así llegó a las vías del tren que todavía no estaban bajo nivel como ahora, sino que corrían sobre terraplenes. Atravesó toda la escuela y nadie se avivó, nadie se dio cuenta. Como si el tipo conociera la escuela de punta a punta, como si hubiera hecho la colimba ahí. Hay que conocer por dentro la Cabral para saber dónde ir. Lo mejor es que algunos después declararon haberlo visto en el lugar: "Sí, pasó por acá". Pensaron que era un militar que venía de hacer gimnasia.

Estaba con las muñecas atadas con un trapito, pero tenía los pies libres. Se ve que en un descuido del celador vio un agujero que había en una de las paredes del pabellón y se fue, se jugó. Estaría esperando que en cualquier momento le dieran un plomazo por la espalda mientras se fugaba, pero Dios le dijo: andate.

"Uno que se quiso ir y no pudo fue un muchacho que había sido agente de la policía. Lloraba: "Yo no tengo nada que ver, estoy por ascender a cabo, ¿cómo me hacen esto?" Una vez se enojó y salió gritando: "¡Soy inocente, soy inocente, soy inocente!" Estaba encapuchado y saltó por la ventana como un gato. Pero cayó mal

del otro lado, creo que se quebró una pierna. Tuvieron que llamar al médico. La desesperación de ese chico era escalofriante. Después lo agarraron los gendarmes. ¡Cómo le pegaron al pobrecito por querer escapar!"

(1) En este punto, al preguntársele por qué se salvaba la vida de personas que luego serían eliminadas, respondió: "Siempre se trataba de que el prisionero llegara vivo al campo para que pudiera ser interrogado, sacarle información que pudiera conducir a la captura de otros. La patota tenía orden de traerlos vivos, porque muertos no les servían a los Grupos de Tareas".

(2) "Máquina" se refiere a la aplicación de la picana eléctrica. "Dar máquina" significa "picanear", torturar mediante la aplicación de picana eléctrica sobre las partes sensibles del cuerpo de los prisioneros.

(3) Se denominaba "tabique" a la capucha o venda que cubría los ojos de los prisioneros. Andar "destabicado" significaba que se le había quitado todo aquello que impidiera la plena visión.

(4) Juan Carlos Scarpatti fue ascendido al grado de Oficial Mayor, que dentro de la organización Montoneros era el segundo grado en importancia, el inmediato a los oficiales superiores que tenían a su cargo la conducción de las columnas zonales en las que fue dividido el territorio argentino sobre la base de sus objetivos y necesidades políticas y militares.

(5) En ocasiones, los prisioneros, una vez 'quebrada' su voluntad tras prolongadas sesiones de tortura, eran llevados hasta un lugar de encuentro de sus compañeros, a una casa o a un punto de circulación neurálgico -como una estación terminal de trenes- para señalar a otros integrantes de su organización.

Capítulo XII. La vida es cosa de locos.

(Informe de situación)

Ninguna otra obsesión debió ser tan contundente en la historia de Juan Carlos Scarpatti como la de sobrevivir a la muerte.

Scarpatti, el 'Loco César', fue capturado por una patota del Ejército integrada por ocho hombres que lo emboscaron en una cita 'envenenada' el 2 de abril de 1977. La persona con la que debía reunirse había sido apresada el día anterior y esa misma noche sus torturadores le arrancaron los detalles del encuentro.

A las ocho de la mañana, cuando 'César' giró su Fiat 125 para tomar por la calle Hernandarias rumbo a las vías del ferrocarril Sarmiento, ya era tarde. Dos autos le cerraron el camino. Saltó al empedrado y se resistió a los tiros detrás del auto con la esperanza de una fuga que no fue posible. Le metieron nueve balazos y ya no pudo correr ni seguir disparando. Uno en el tórax, otro en la cabeza, otro en la mano derecha, los demás en el resto del cuerpo.

Lo tiraron sobre el asiento delantero izquierdo de su propio auto, al que le habían reclinado el respaldo. Antes de perder el conocimiento, escuchó que sus captores coincidían en "viajar sin apuro, ya que seguramente estaría muerto antes de llegar".

No supo cuánto tiempo pasó hasta que lo despertó un intenso dolor. Dos hombres lo tironeaban del brazo derecho, herido con una bala, para arrancarlo del auto y aplastarlo contra el pasto en un lugar aparentemente descampado. Ahí lo dejaron tirado durante horas, esperando que se muriera.

De acuerdo con su relato, cuando comprobaron que seguía con vida, decidieron trasladarlo desde ese lugar, que según se enteraría después, se trataba de una base operativa del I Cuerpo del Ejército llamada "Las Casitas", hasta otro centro de detención en Campo de Mayo, conocido como "Los Tordos" o "El Campito", donde podrían darle la atención médica necesaria como para que pudiera ser interrogado.

Durante veinte días permaneció en estado de coma en el dispensario que se había montado en "El Campito", bajo el cuidado de una prisionera que le salvó la vida. Era una médica especialista en ginecología, a la que llamaban 'Yoli'.

El 'Loco César' narró tiempo después, ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos, en ese entonces con sede en Madrid, España, que apenas recuperaba el conocimiento lo arrastraban hasta la oficina de los interrogadores donde era torturado. También relató que debido a su estado convaleciente ya no resistía la intensidad de los tormentos y que por eso, en una oportunidad, le pidió a 'Yoli' que lo matara con una inyección. Ella se negó a hacerlo, por sus convicciones religiosas, según le dijo.

Con el tiempo, los interrogadores dejaron de interesarse por el 'Loco César'. Había pasado demasiado tiempo desde su detención hasta que estuvo en condiciones de ser interrogado, y sus compañeros, advertidos ya de su 'caída', habrían 'levantado' todos los lugares conocidos por él. Por otra parte, según afirmó en su testimonio, argumentó ante los interrogadores que su organización lo había trasladado recientemente a Buenos Aires, y eran muy pocos los datos que conocía. Que en la ciudad de La Plata, su zona anterior, la estructura de Montoneros había sido completamente destruida hacía pocos días y la información que podía brindar ya no tenía ningún valor. En su testimonio ante la CADH afirmó que durante las sesiones de tortura "... mis respuestas estuvieron referidas a la actividad, nombres y lugares de La Plata, que no sólo eran ya conocidos por los militares, sino que ya habían 'caído' antes de mi detención. De esa manera mostraba mi intención de colaborar, pero sin aportar datos de importancia que pusieran en peligro la seguridad de mis compañeros".

Juan Carlos Scarpatti era 'oficial mayor' de la organización Montoneros, un oficial superior. Para los militares era un 'cuadro' que no dejó de combatir hasta que le acertaron la novena bala en el cuerpo, y se desangró a las puteadas. Se convirtió en un personaje que despertó la curiosidad del Servicio de Informaciones Navales y de la Contrainteligencia del Ejército, los que mantuvieron prolongadas entrevistas con el 'Loco César'. Mientras los del Ejército querían saber hasta qué punto los Montoneros se habían infiltrado en su fuerza, los marinos se interesaban en criterios políticos generales y métodos organizativos.

Según Víctor Ibañez, los militares sentían cierta admiración por Scarpatti. Lo consideraban un 'cuadro' político y militar. Entre ellos comentaban que con nueve plomos en el cuerpo nunca se rindió y combatió hasta la última bala.

Buena racha

"Fui encapuchado y confinado a un pabellón donde estaba absolutamente prohibido hablar o moverse. En ese lugar pasé muchos días hasta que lo 'trasladan' a Juan, un compañero que se ocupaba de las tareas de mantenimiento en el campo. Después supe que la gente que se llevaban en esos supuestos 'traslados' era asesinada.

"Otro compañero del campo que trabajaba como cocinero, apodado 'Charro', como me conocía de antes y sabía de mis conocimientos sobre mecánica y habilidades manuales, me propuso para que me ocupara del mantenimiento. En esos días se había secuestrado y llevado al campo a la conducción del PRT (1), que acaparó la atención de los torturadores, que se dedicaron por completo a interrogarlos y, gracias a ellos, pasé a un segundo plano", contó el 'Loco César'.

Debido a ciertas infidencias de un represor, el 'Loco César' se enteró tiempo después de que la patota que lo había capturado pertenecía al I Cuerpo de Ejército, que operaba bajo el mando del coronel Roualdés (2), quien tenía a su cargo las actividades represivas clandestinas de ese cuerpo. Supo que lo habían trasladado de urgencia a "El Campito", un centro de detención clandestino que estaba bajo otra jurisdicción, la del Comando de Institutos Militares que funcionaba, de hecho, como un cuerpo de Ejército. Que gracias a rivalidades entre las distintas zonas, sus secuestradores originales se negaron a entregarle a los interrogadores de "El Campito" la agenda y otros papeles que llevaba encima cuando fue apresado y que desde el regimiento de La Plata también se habían negado a darles información que confirmara sus declaraciones.

"Mientras la represión en la Capital Federal estaba a cargo de la Armada y del I Cuerpo de Ejército, que son lo que me detuvieron -sigue el 'Loco César'-, la zona Norte correspondía a Campo de Mayo, donde estuve prisionero, y la zona de La Plata era jurisdicción del Regimiento IV, los que, como consideraban que les correspondía a ellos interrogarme sobre los temas de su zona, se negaban a ofrecer su colaboración.

"Las tareas de mantenimiento me daban una relativa libertad de movimiento y, aunque no estaba autorizado a andar sin capucha, por mi trabajo me permitían llevarla semilevantada. Eso me permitió hacer poco a poco un reconocimiento del lugar, ya que tenía la firme decisión de fugarme de allí en cuanto se presentara la

oportunidad, porque estaba convencido, y sigo creyendo, que de ese campo nadie iba a salir vivo", le dijo Scarpatti a la Comisión Argentina de Derechos Humanos en 1979.

Con respecto a qué se les decía a los prisioneros ante cada traslado, la versión de César coincide con la del ex sargento Ibañez. Ambos afirmaron que a los detenidos les hacían creer que serían legalizados, es decir, que pasarían a una cárcel común. Algunos dudaban, otros preferían creer que así sería. También aseguró que no había excepciones con aquellos que 'colaboraban'. Muchos de ellos fueron trasladados, ya que no se aplicaba un criterio de utilidad.

"La suerte de cada prisionero dependía de la arbitrariedad del jefe o interrogador quienes, según las simpatías o antipatías que tuvieran por cada uno de los prisioneros, determinaban si sería trasladado en un viaje o en otro posterior, aunque más tarde o más temprano, a cada uno le llegaría su traslado".

Combatientes de la burguesía

"Los interrogatorios -afirmó el 'Loco César'- tenían un fuerte sentido ideológico, de lucha ideológica, además de propósitos bien definidos. En una oportunidad un interrogador me dijo: 'Yo soy un combatiente de la burguesía y mi trabajo tiene una perspectiva de veinte años'.

"Los interrogadores, quienes permanentemente mantuvieron las medidas de seguridad para evitar ser identificados y que en todo momento mostraron una gran sujeción a las estructuras orgánicas del Ejército, buscaban en lo inmediato obtener mediante tortura la mayor cantidad de datos sobre militantes y sus organizaciones. Esta es la primera etapa de la tortura, y no sólo buscaban que la víctima dijera todo lo que sabía, sino que recorriera sus zonas de actuación señalando en bares y calles a sus compañeros. Después querían conocer los criterios ideológicos y políticos de esa coyuntura para elaborar la contrainteligencia.

"La actividad represiva de todos los campos de concentración buscaba la degradación moral y política del detenido, porque ese era el elemento más contundente para quebrar a los nuevos prisioneros. A veces se torturaba a un familiar en presencia del detenido, incluso se mataba a un prisionero en presencia de otro para obligarlo a hablar y a colaborar con ellos."

La fuga

Siempre según el relato de Juan Carlos Scarpatti, así se fugó cuando sólo era conocido como el 'Loco César'.

El 17 de septiembre de 1977, cuando ya llevaba cinco meses secuestrado en "El Campito", lo subieron a un auto que salía con destino a un campo de concentración en la zona oeste del Gran Buenos Aires, previa escala en una base militar que, si bien no pudo ver porque estaba encapuchado, supuso que era el Regimiento de La Tablada. Después siguieron viaje hasta un lugar cercano al que llamaban el "Sheraton", en alusión a los hoteles, por el "buen trato" que recibían los prisioneros detenidos en ese lugar.

A él lo recibieron muy amablemente. Le comentaron que otro prisionero, un militante montonero de la zona oeste llamado 'Clemente', había declarado bajo tortura que posiblemente él, 'César', conociera una vieja casa de La Plata donde aparentemente estaba funcionando una emisora de Radio Liberación. Querían que tratara de identificar la vivienda acompañado de una patota. Designaron dos coches con tres efectivos cada uno. 'Clemente' y 'César' viajarían en el asiento de atrás de uno de los autos. El 'Loco César' se mantuvo la mayor parte del viaje en silencio, pensaba en la fuga. "Es ahora o nunca", se dijo.

Cuando el segundo auto se puso a la par de ellos indicando que por radio le habían ordenado ir hacia otro punto y que se separaban del grupo, el 'Loco' no lo podía creer. Como si fuera poco, por tratarse de un preso viejo con supuesta voluntad de colaborar, no lo habían esposado. En cambio, a 'Clemente', por ser un detenido nuevo, sí.

Llegaron a La Plata y comenzaron a dar vueltas por la zona indicada por 'Clemente' para que el 'Loco César' reconociera el frente de la casa que buscaban. En uno de esos recorridos, 'Clemente' señaló una vivienda y bajó del auto con dos integrantes de la patota.

En estos casos, todos los miembros de los grupos operativos trataban de llegar primeros al interior de los domicilios para quedarse con el botín de guerra que fundamentalmente consistía en dólares u objetos de oro.

Mientras el conductor miraba como todos corrían hacia la casa, el 'Loco César' observó desde atrás, por sobre el respaldo del asiento delantero, que el conductor tenía su arma en la butaca del acompañante y, aprovechando su descuido, le arrebató la pistola y se tiró del coche. Uno de los que habían bajado se dio cuenta, pero no llegó a reaccionar a tiempo.

El 'Loco' lo redujo, salió corriendo hacia una persona que estaba estacionando su automóvil y la hizo bajar del vehículo a punta de pistola para seguir su fuga en un Opel K 180 de color negro.

Cuando 'César' revisó la cartera del propietario, descubrió que el auto pertenecía a un policía. Antes de entrar en la ciudad de Buenos Aires lo abandonó y robó otro, un Peugeot 504 que pertenecía a un puestero del Mercado de Abasto. En Constitución comenzó a perseguirlo un patrullero con efectivos de la comisaría 16, con quienes se tiroteó antes de abandonar el vehículo al borde del Parque Lezama.

Inmediatamente fue hasta la casa de unos amigos para que le trajeran a su hijita; suponía que la tomarían como rehén para que él se entregase. No se equivocó: su suegro y su cuñado fueron secuestrados como represalia en Mar del Plata, golpeados y encarcelados.

(1) Partido Revolucionario de los Trabajadores, cabeza política del ERP. Esta versión coincide con las declaraciones de Víctor Ibañez, en las que afirma haber visto en "El Campito" a Domingo Menna, Liliana Delfino e incluso al propio Mario Roberto Santucho, jefe máximo de la organización.

(2) Roberto Roualdés, jefe de la Sección Política del Batallón 601. Fue visto en la ESMA. Jefe de la Zona 1, Capital Federal, y responsable directo de la represión ilegal en esa área. Uno de los lugartenientes principales del general Suárez Mason

Capítulo XIII. Los vuelos.

(Diálogo con el ex sargento Víctor Ibáñez)

-¿Cuándo se enteró de la existencia de los "vuelos"?

-Al día siguiente de la muerte de Lucas, cuando cargaron su cuerpo en un helicóptero que aterrizó en las cercanías del campo. Yo de helicópteros no entiendo mucho; era uno de esos que tiene el Ejército, verdes, chicos. Le pregunté a un compañero: "¿Qué van a hacer con el cadáver?" Me contestó que los detenidos, una vez que ya no eran de interés para la gente de Inteligencia, eran tirados al mar.

-"El Campito", ¿funcionó como centro de exterminio de detenidos alojados en otras dependencias clandestinas del Ejército?

-Puede ser que desde ese campo se hicieran todos los "traslados". Seguro que fue así, porque traían gente de otros lugares de detención. Parece que había más de 350 de estos centros, según dicen. La gran mayoría funcionaba en la provincia de Buenos Aires. Como "El Campito" estaba prácticamente pegado a la cabecera de la pista del Batallón de Aviación de Campo de Mayo, no había ningún problema para justificar el movimiento de los Twin-otter, los Hércules y los helicópteros. Era el lugar ideal para ocultar las idas y vueltas de los aviones. Nadie podía ver nada; el perímetro estaba vigilado por la Gendarmería. No existían curiosos, ni tránsito de civiles, ni algún otro peligro de indiscreción.

-¿Quién era el responsable del movimiento de los aviones dentro de la fuerza?-¿Cuándo se enteró de la existencia de los "vuelos"?

-Al día siguiente de la muerte de Lucas, cuando cargaron su cuerpo en un helicóptero que aterrizó en las cercanías del campo. Yo de helicópteros no entiendo mucho; era uno de esos que tiene el Ejército, verdes, chicos. Le pregunté a un compañero: "¿Qué van a hacer con el cadáver?" Me contestó que los detenidos, una vez que ya no eran de interés para la gente de Inteligencia, eran tirados al mar.

-"El Campito", ¿funcionó como centro de exterminio de detenidos alojados en otras dependencias clandestinas del Ejército?

-Puede ser que desde ese campo se hicieran todos los "traslados". Seguro que fue así, porque traían gente de otros lugares de detención. Parece que había más de 350 de estos centros, según dicen. La gran mayoría funcionaba en la provincia de Buenos Aires. Como "El Campito" estaba prácticamente pegado a la cabecera de la pista del Batallón de Aviación de Campo de Mayo, no había ningún problema para justificar el movimiento de los Twin-otter, los Hércules y los helicópteros. Era el lugar ideal para ocultar las idas y vueltas de los aviones. Nadie podía ver nada; el perímetro estaba vigilado por la Gendarmería. No existían curiosos, ni tránsito de civiles, ni algún otro peligro de indiscreción.

-¿Quién era el responsable del movimiento de los aviones dentro de la fuerza?

-Eso dependía del Comando de Aviación que funcionaba en el Estado Mayor del Ejército, bajo el mando directo del Comandante en Jefe de la fuerza, que en ese momento era el general Jorge Rafael Videla. Estaba a cargo de un general. En el Estado Mayor son todos generales que dependen del Jefe de Estado Mayor.

-Los vuelos, entonces, debían contar con la autorización de ese general.

-También podría no saberlo, tranquilamente ni enterarse; yo no lo sé. Eran vuelos fantasmas. El general Riveros tenía su propio avión con el que iba y venía de acá para allá.

-Pero, según usted, se utilizó más de un avión, incluso helicópteros.

-Y, sí. Ahora que lo pienso... Tenían que sacar el avión de la base, pedir el combustible para el vuelo, autorización para el despegue. Por más truco que fuera, en el Ejército, en esos momentos, esas operaciones no las autorizaba cualquiera. Además debían tener una hoja de ruta, por si llegaban a tener una emergencia, un accidente. Hay un centro de control aéreo en el que se toma nota de todos los vuelos. Ahí debería estar todo registrado.

-¿Qué tipo de aviones se utilizaban?

-Twin-otter, Focker, hasta Hércules. En esa época también entraron al país unos aviones italianos nuevos, los Fiat. Eran una versión chica de los Hércules. En el Ejército los estrenaron con los presos, en los vuelos que salían con rumbo al sur.

-¿Qué capacidad tenían esos aviones?

-Yo he visto subir hasta ochenta personas en algunos de ellos. Todo dependía de las necesidades del momento. A veces se cargaba un avión y, a la vuelta, la misma tripulación despegaba en otro aparato que había sido cargado en el interín. Veinte, treinta, cincuenta personas más.

-¿Cuál era la duración de los vuelos, entre ida y vuelta?

-De cinco a seis horas. Los aviones italianos, que vuelan a 700 kilómetros por hora, demoraban unas tres horas en ir otras tantas en volver. Estamos hablando de un viaje a no menos de 1500 kilómetros mar adentro, digamos a la altura de Viedma. El avión agarraba para el sur, siempre enfilaban hacia allá.

-Además de los italianos, ¿qué otro tipo de aviones utilizaron?

-El Twin-otter, un avión de paracaidismo que sólo tenía dos asientos, uno en cada extremo del acceso. La puerta era una lona con cierres. Me decían que ese era el avión ideal para tirar gente al mar.

-¿Cada cuántos días se hacían esos vuelos?

-Más o menos cada quince días.

-¿Cuál era el procedimiento previo a cada uno de ellos?

-Cuando se preparaba un vuelo, los que estaban a cargo del operativo convocaban a los celadores, todos suboficiales. Nos daban el número identificador de cada uno de los prisioneros que teníamos que ir a buscar para ser embarcados. Después de recogerlos en los distintos pabellones, los agrupábamos en un lugar descampado, lejos de las instalaciones, donde arrancaba el camino que llevaba hasta la cabecera de pista del aeropuerto militar. Ahí, los detenidos eran cargados en un camión civil robado que tenía una caja de aluminio cerrada. A veces se usaba el jeepón o cualquier otro vehículo, dependía de la cantidad de "trasladados". Como yo era uno de los choferes, más de una vez me tocó conducir a todos ellos amontonados en la caja a lo largo de este recorrido: salíamos por la puerta de adelante, tomábamos el acceso que venía de la ruta, dábamos la vuelta por un camino lateral, hacíamos 200 metros y desandábamos el camino de tierra por el campo hasta la pista donde esperaba el avión con los motores encendidos.

-¿Los detenidos se dejaban conducir dócilmente hasta el avión?

-Los llevaban engañados. Les hacían creer que los estaban "blanqueando" y que pasaban a disposición del Poder Ejecutivo, es decir, que los trasladaban a una cárcel legal, donde se podrían encontrar con sus familias; que la pesadilla había terminado. Ellos iban contentos, claro. Algunos estaban durmiendo cuando les llegaba la hora del traslado y los traían así nomás: en calzoncillos, en camisón, descalzos. Si total lo único que el avión traía de vuelta después del viaje eran las capuchas. Si alguno se quejaba porque estaba sin vestirse, le aseguraban que en el lugar al que iban, les darían ropa nueva.

-¿Qué sucedía luego?

-Cuando se llegaba a la pista, los prisioneros eran formados al pie de la escalerilla del avión, de a uno en fondo. Los del grupo de eliminación ya los estaban esperando. A veces era uno, a veces eran dos los tipos que se ocupaban de aplicarles una inyección antes de subirlos. Les decían que el Servicio Penitenciario exigía esa vacuna para incorporarlos al sistema carcelario federal. Todo mentira.

-¿Para qué los inyectaban?

-Los pinchaban de a uno a medida que llegaban al pie del avión. Después los prisioneros subían cuatro o cinco peldaños de la escalerilla y ya se sentían mal. Yo y otros dos muchachos los esperábamos arriba. Los guiábamos hasta el lugar donde tenían que sentarse. Ni bien se acomodaban empezaban los dolores. Estiraban las piernas y se estremecían por los primeros retorcionones en el estómago. No sé qué les produciría esa droga, pero en menos de un minuto ya estaban como muertos. El efecto era inmediato y apenas les dejaba fuerzas como para subirse al aparato y quedarse ahí, tirados, retorciéndose de dolor. Yo me acuerdo bien de eso. Pharanoval era la droga más usada, venía en unas cajas rojas del tamaño de un paquete de cigarrillos; la otra se llamaba Ketalar, creo que era de uso veterinario.

-¿En qué más consistió su participación en esos vuelos?

-Sólo en esto. Después de acomodarlos uno al lado del otro en los asientos del avión, bajaba y me volvía con el camión al campo. No era mi responsabilidad habitual, no era mi función, pero algunas veces tuve que hacerlo. Si te tocaba no podías zafar, porque también eras boleta. Muchos de mis compañeros fueron pasados por las armas ante la mínima sospecha de resistencia a participar en estas cosas. Yo me acuerdo de un suboficial principal que trabajaba en el Hospital Militar; era un hombre grandote, colorado. Nunca más se supo de él.

-¿Quiénes integraban la dotación que comandaba cada vuelo?

-La tripulación de los aviones chicos consistía en dos pilotos y el mecánico. En los Hércules se llevaba más personal: dos pilotos, ingeniero de vuelo, dos mecánicos y comisario de a bordo.

-¿Quién se ocupaba de inyectar a los prisioneros?

-Gente de afuera que llegaba con el encargado de aplicar las "vacunas". Me contaron que este tipo, que siempre se traía una buena provisión de whisky junto con los vasos, los cubitos y las inyecciones, era médico de la policía. Un médico haciendo eso, es de no creer. Después de ver los primeros traslados, quedé tan impresionado que avisé a todos en el campo que le metería un tiro al primero que se me arrimara con una jeringa.

-Usted dice que era "gente de afuera" la que se ocupaba de los operativos de exterminio. ¿A quiénes se refiere?

-Era el grupo de eliminación, los que tiraban los cuerpos de los detenidos al mar. Deberían tener un sistema rotativo, porque no eran siempre los mismos. Iban cambiando. Lo mismo que los comandantes de los aviones; ellos andaban de uniforme porque en ningún momento abandonaban la cabina. Sólo piloteaban el avión y lo que pasaba en la pista o atrás, en el sector de transporte, no les interesaba. Los del grupo de exterminio andaban de verde, vestidos con equipo de fajina, pero sin ningún tipo de insignias a la vista. Parece que en esos casos estaba prohibido usar jinetas. Decían que a los guerrilleros les tiraban a los cuadros y no a los soldados, entonces no se usaba nada que indicara la jerarquía.

-¿Alguien más participaba en la ejecución de los vuelos?

-Dos o tres curiosos que el grupo de exterminio siempre se traía con ellos. Gente que no hacía ni decía nada. Se quedaban como apartados y mirando, lo miraban todo a la distancia. Estos eran los últimos en subirse al avión y no se perdían detalle del vuelo. Siempre había gente de paso, que venía a mirar.

-¿Qué hacía usted después de la partida de cada vuelo?

-Me quedaba observando el despegue; yo sabía el destino que les esperaba a los pobres tipos que había acomodado ahí adentro. Mientras miraba como el avión se perdía, me decían una y otra vez: "No pienses en nada, ellos se lo buscaron. A vos, ¿qué te importa?" Pero yo igual sentía una gran angustia, sobre todo porque

cada viaje significaba para mí un regreso, una nueva limpieza a la vuelta.

-¿A qué se refiere?

-...

Ibañez pide una tregua, que se apague el grabador. "No sé si debo...", dice, y se cubre el rostro con ambas manos. Enseguida recupera la compostura. Aunque tiene los ojos llenos de lágrimas, su debilidad fue apenas un gesto. "No sé cómo contarte esto... es algo tremendo. Tremenda la misión que me dieron", argumenta. Un instante de silencio y después se acaba la pausa previa. Una mera apelación cargada de dramatismo escénico antes de avanzar en la narración.

El problema de la sangre cuando se seca

-¿Cuál era su misión, Ibañez?

-Mi tarea era, cada vez que partía un vuelo, pasar por el campo, llenar con agua del bebedero los cilindros que se usaban para traer la ración de alimentos y cargarlos en el jeep junto con una botella de detergente y un cepillo. Volver a la pista y esperar a que los pilotos, después del aterrizaje que los traía de vuelta, acomodaran el avión en un sector medio escondido de la pista antes de irse a dormir. Yo tenía que arrimar el vehículo y con un trapo mojado en el agua con detergente de los tachos, ponerme a lavar todo el avión para que no quedara ninguna señal de nada.

-¿Qué señales no debían quedar?

-No sé qué efecto les produciría la droga que les inyectaban a los prisioneros. Yo creo que los reventaba. Se ve que durante el vuelo, por efecto de esa inyección que para mí ya los dejaba medio muertos, los pobrecitos condenados se hacían encima. En el interior del avión te encontrabas con sangre, vómitos, orina y materia fecal por todas partes. Yo tenía que limpiar esos restos tanto por dentro como por fuera. Y ahí venía lo peor.

-¿Qué era lo peor?

-La panza del avión era lo que más me costaba lavar. Después de cada vuelo traía una mezcla de cuero cabelludo, sangre y vísceras pegadas al fuselaje. Se ve que al arrojar los cuerpos -pienso que por efecto del viento y ese vacío que hacen los motores para poder volar-, los cuerpos chicotearían contra la panza

salpicándola con sangre y otras partes humanas. No lo sé, pero me acuerdo que era durísimo sacar la sangre pegada en el fuselaje. Es que se endurece tanto la sangre cuando se seca...

-¿Los aviones siempre regresaban en esas condiciones?

-Los Twin-otter peor. Esos aparatos tienen un fierro en la panza para evitar que la cola toque el suelo cuando despegan. Se ve que algunos de los cuerpos arrojados al vacío golpearían contra ese fierro que llegaba encastrado con todo lo que te puedas imaginar. Eso tenía que hacer. -En el testimonio de un arrepentido se menciona a cierto cuchillero que integraba el grupo de los vuelos. Dijo que se abrían los cuerpos... -(Interrumpe) No me gusta hablar de esto. No lo hubiera hecho antes de relacionar ciertas cosas que me tocó vivir. Pero ese Napoleón tiró unos datos, dijo que se practicaban incisiones con cuchillos en los cuerpos de los prisioneros cuando ya estaban cargados en los aviones. Que les hacían un corte en la mano y otro en el estómago para producir una hemorragia. Eso es lo que contó él. Entonces yo me acordé de la noche en la que vi bajar del avión a uno de los nuestros con un cuchillo sostenido con los dientes, con toda la boca roja, la hoja toda ensangrentada. Pensé que estaba lastimado, después me dí cuenta de que no.

-Hablemos de ese hombre.

-Pertenece al grupo de los eliminadores. Ese día estaba completamente borracho. Los de ese grupo siempre traían mucho whisky, supongo que tomaban para tener más coraje. Se trataba de un suboficial que hablaba medio en guaraní y medio en castellano. No sé si inculto es lo mismo que ignorante, por las dudas, te digo que era inculto e ignorante. Del cuerpo de Caballería, correntino o misionero, nunca lo supe. Lo ví en dos o tres vuelos más.

-¿Habló con él? ¿Qué le contó?

-Me contó que abrían el estómago de los prisioneros con un cuchillo de monte para evitar que los cadáveres flotaran en el mar. Que de esa manera se hundían más rápido y que, creo que por el olor de la sangre, atraían a los tiburones. Según parece, como se habían encontrado algunos cadáveres en las playas de la costa Atlántica y en otras del Uruguay, los vuelos fueron enviados mucho más al sur y se buscó la manera de evitar que los cuerpos fueran arrastrados hasta las costas por la corriente... No quiero hablar más sobre esto, te pido un poco de tiempo.

-Sólo una más. Por lo que usted dice, el estado en que recibía los aviones confirmaría que los cuerpos eran mutilados antes de ser arrojados al mar.

-Así era. Los del grupo de eliminación rotaban permanentemente. Parece que todos tenían, en algún momento, que hacer el trabajo sucio. Todos debían estar con las manos igualmente manchadas de sangre. Se trataba de un pelotón de tres o cuatro hombres encargados de abrir los cuerpos de los detenidos durante el viaje hasta el punto elegido para arrojarlos al mar. El del cuchillo era el más constante, se ve que instruía a los demás. Ibañez pide una nueva pausa. La voz se le quiebra cuando dice: "Me imagino lo que estarás pensando de mí, que soy una especie de monstruo". Como quien no quiere la cosa gira un poco la cabeza y levanta el brazo izquierdo justo a tiempo para atajar con el pulgar y el índice un par de lágrimas que se le escapan de los ojos. "Ahora el Ejército dice que soy un psicópata y me da de baja. ¿Podría yo ser un psicópata?"

-¿Alguien lo ayudaba a limpiar los aviones?

-Nadie. Me dejaban solo durante las tres o cuatro horas que tardaba en hacerlo. Terrorífico. Cada vuelo que volvía traía sangre, excrementos y otras partes de los que se fueron. Yo pensaba y pensaba mientras que con un trapo y sin guantes fregaba el fuselaje. Para ablandar la sangre sacaba nafta abriendo una válvula que estaba en la panza del avión. La nafta de avión es muy buena para aflojar la sangre. Cada tanto escurría el trapo con toda esa suciedad en el agua con detergente que tenía en los tachos, que se iban llenando de sangre. Esa noche, en los mismos tachos, llevé desde la cocina hasta el campo la comida de los prisioneros, la que también comíamos nosotros.

Eso dependía del Comando de Aviación que funcionaba en el Estado Mayor del Ejército, bajo el mando directo del Comandante en Jefe de la fuerza, que en ese momento era el general Jorge Rafael Videla. Estaba a cargo de un general. En el Estado Mayor son todos generales que dependen del Jefe de Estado Mayor.

-Los vuelos, entonces, debían contar con la autorización de ese general.

-También podría no saberlo, tranquilamente ni enterarse; yo no lo sé. Eran vuelos fantasmas. El general Riveros tenía su propio avión con el que iba y venía de acá para allá.

-Pero, según usted, se utilizó más de un avión, incluso helicópteros.

-Y, sí. Ahora que lo pienso... Tenían que sacar el avión de la base, pedir el

combustible para el vuelo, autorización para el despegue. Por más truco que fuera, en el Ejército, en esos momentos, esas operaciones no las autorizaba cualquiera. Además debían tener una hoja de ruta, por si llegaban a tener una emergencia, un accidente. Hay un centro de control aéreo en el que se toma nota de todos los vuelos. Ahí debería estar todo registrado.

-¿Qué tipo de aviones se utilizaban?

-Twin-otter, Focker, hasta Hércules. En esa época también entraron al país unos aviones italianos nuevos, los Fiat. Eran una versión chica de los Hércules. En el Ejército los estrenaron con los presos, en los vuelos que salían con rumbo al sur.

-¿Qué capacidad tenían esos aviones?

-Yo he visto subir hasta ochenta personas en algunos de ellos. Todo dependía de las necesidades del momento. A veces se cargaba un avión y, a la vuelta, la misma tripulación despegaba en otro aparato que había sido cargado en el interín. Veinte, treinta, cincuenta personas más.

-¿Cuál era la duración de los vuelos, entre ida y vuelta?

-De cinco a seis horas. Los aviones italianos, que vuelan a 700 kilómetros por hora, demoraban unas tres horas en ir otras tantas en volver. Estamos hablando de un viaje a no menos de 1500 kilómetros mar adentro, digamos a la altura de Viedma. El avión agarraba para el sur, siempre enfilaban hacia allá.

-Además de los italianos, ¿qué otro tipo de aviones utilizaron?

-El Twin-otter, un avión de paracaidismo que sólo tenía dos asientos, uno en cada extremo del acceso. La puerta era una lona con cierres. Me decían que ese era el avión ideal para tirar gente al mar.

-¿Cada cuántos días se hacían esos vuelos?

-Más o menos cada quince días.

-¿Cuál era el procedimiento previo a cada uno de ellos?

-Cuando se preparaba un vuelo, los que estaban a cargo del operativo convocaban a los celadores, todos suboficiales. Nos daban el número identificatorio de cada uno de los prisioneros que teníamos que ir a buscar para ser

embarcados. Después de recogerlos en los distintos pabellones, los agrupábamos en un lugar descampado, lejos de las instalaciones, donde arrancaba el camino que llevaba hasta la cabecera de pista del aeropuerto militar. Ahí, los detenidos eran cargados en un camión civil robado que tenía una caja de aluminio cerrada. A veces se usaba el jeepón o cualquier otro vehículo, dependía de la cantidad de "trasladados". Como yo era uno de los choferes, más de una vez me tocó conducir a todos ellos amontonados en la caja a lo largo de este recorrido: salíamos por la puerta de adelante, tomábamos el acceso que venía de la ruta, dábamos la vuelta por un camino lateral, hacíamos 200 metros y desandábamos el camino de tierra por el campo hasta la pista donde esperaba el avión con los motores encendidos.

-¿Los detenidos se dejaban conducir dócilmente hasta el avión?

-Los llevaban engañados. Les hacían creer que los estaban "blanqueando" y que pasaban a disposición del Poder Ejecutivo, es decir, que los trasladaban a una cárcel legal, donde se podrían encontrar con sus familias; que la pesadilla había terminado. Ellos iban contentos, claro. Algunos estaban durmiendo cuando les llegaba la hora del traslado y los traían así nomás: en calzoncillos, en camisón, descalzos. Si total lo único que el avión traía de vuelta después del viaje eran las capuchas. Si alguno se quejaba porque estaba sin vestirse, le aseguraban que en el lugar al que iban, les darían ropa nueva.

-¿Qué sucedía luego?

-Cuando se llegaba a la pista, los prisioneros eran formados al pie de la escalerilla del avión, de a uno en fondo. Los del grupo de eliminación ya los estaban esperando. A veces era uno, a veces eran dos los tipos que se ocupaban de aplicarles una inyección antes de subirlos. Les decían que el Servicio Penitenciario exigía esa vacuna para incorporarlos al sistema carcelario federal. Todo mentira.

-¿Para qué los inyectaban?

-Los pinchaban de a uno a medida que llegaban al pie del avión. Después los prisioneros subían cuatro o cinco peldaños de la escalerilla y ya se sentían mal. Yo y otros dos muchachos los esperábamos arriba. Los guiábamos hasta el lugar donde tenían que sentarse. Ni bien se acomodaban empezaban los dolores. Estiraban las piernas y se estremecían por los primeros retorcionos en el estómago. No sé qué les produciría esa droga, pero en menos de un minuto ya estaban como muertos. El efecto era inmediato y apenas les dejaba fuerzas como para subirse al

aparato y quedarse ahí, tirados, retorciéndose de dolor. Yo me acuerdo bien de eso. Pharanoval era la droga más usada, venía en unas cajas rojas del tamaño de un paquete de cigarrillos; la otra se llamaba Ketalar, creo que era de uso veterinario.

-¿En qué más consistió su participación en esos vuelos?

-Sólo en esto. Después de acomodarlos uno al lado del otro en los asientos del avión, bajaba y me volvía con el camión al campo. No era mi responsabilidad habitual, no era mi función, pero algunas veces tuve que hacerlo. Si te tocaba no podías zafar, porque también eras boleta. Muchos de mis compañeros fueron pasados por las armas ante la mínima sospecha de resistencia a participar en estas cosas. Yo me acuerdo de un suboficial principal que trabajaba en el Hospital Militar; era un hombre grandote, colorado. Nunca más se supo de él.

-¿Quiénes integraban la dotación que comandaba cada vuelo?

-La tripulación de los aviones chicos consistía en dos pilotos y el mecánico. En los Hércules se llevaba más personal: dos pilotos, ingeniero de vuelo, dos mecánicos y comisario de a bordo.

-¿Quién se ocupaba de inyectar a los prisioneros?

-Gente de afuera que llegaba con el encargado de aplicar las "vacunas". Me contaron que este tipo, que siempre se traía una buena provisión de whisky junto con los vasos, los cubitos y las inyecciones, era médico de la policía. Un médico haciendo eso, es de no creer. Después de ver los primeros traslados, quedé tan impresionado que avisé a todos en el campo que le metería un tiro al primero que se me arrimara con una jeringa.

-Usted dice que era "gente de afuera" la que se ocupaba de los operativos de exterminio. ¿A quiénes se refiere?

-Era el grupo de eliminación, los que tiraban los cuerpos de los detenidos al mar. Deberían tener un sistema rotativo, porque no eran siempre los mismos. Iban cambiando. Lo mismo que los comandantes de los aviones; ellos andaban de uniforme porque en ningún momento abandonaban la cabina. Sólo piloteaban el avión y lo que pasaba en la pista o atrás, en el sector de transporte, no les interesaba. Los del grupo de exterminio andaban de verde, vestidos con equipo de fajina, pero sin ningún tipo de insignias a la vista. Parece que en esos casos estaba prohibido usar jinetas. Decían que a los guerrilleros les tiraban a los cuadros y no a los soldados, entonces no se usaba nada que indicara la jerarquía.

-¿Alguien más participaba en la ejecución de los vuelos?

-Dos o tres curiosos que el grupo de exterminio siempre se traía con ellos. Gente que no hacía ni decía nada. Se quedaban como apartados y mirando, lo miraban todo a la distancia. Estos eran los últimos en subirse al avión y no se perdían detalle del vuelo. Siempre había gente de paso, que venía a mirar.

-¿Qué hacía usted después de la partida de cada vuelo?

-Me quedaba observando el despegue; yo sabía el destino que les esperaba a los pobres tipos que había acomodado ahí adentro. Mientras miraba como el avión se perdía, me decían una y otra vez: "No pienses en nada, ellos se lo buscaron. A vos, ¿qué te importa?" Pero yo igual sentía una gran angustia, sobre todo porque cada viaje significaba para mí un regreso, una nueva limpieza a la vuelta.

-¿A qué se refiere?

-...

Ibañez pide una tregua, que se apague el grabador. "No sé si debo...", dice, y se cubre el rostro con ambas manos. Enseguida recupera la compostura. Aunque tiene los ojos llenos de lágrimas, su debilidad fue apenas un gesto. "No sé cómo contarte esto... es algo tremendo. Tremenda la misión que me dieron", argumenta. Un instante de silencio y después se acaba la pausa previa. Una mera apelación cargada de dramatismo escénico antes de avanzar en la narración.

El problema de la sangre cuando se seca

-¿Cuál era su misión, Ibañez?

-Mi tarea era, cada vez que partía un vuelo, pasar por el campo, llenar con agua del bebedero los cilindros que se usaban para traer la ración de alimentos y cargarlos en el jeep junto con una botella de detergente y un cepillo. Volver a la pista y esperar a que los pilotos, después del aterrizaje que los traía de vuelta, acomodaran el avión en un sector medio escondido de la pista antes de irse a dormir. Yo tenía que arrimar el vehículo y con un trapo mojado en el agua con detergente de los tachos, ponerme a lavar todo el avión para que no quedara ninguna señal de nada.

-¿Qué señales no debían quedar?

-No sé qué efecto les produciría la droga que les inyectaban a los prisioneros. Yo creo que los reventaba. Se ve que durante el vuelo, por efecto de esa inyección que para mí ya los dejaba medio muertos, los pobrecitos condenados se hacían encima. En el interior del avión te encontrabas con sangre, vómitos, orina y materia fecal por todas partes. Yo tenía que limpiar esos restos tanto por dentro como por fuera. Y ahí venía lo peor.

-¿Qué era lo peor?

-La panza del avión era lo que más me costaba lavar. Después de cada vuelo traía una mezcla de cuero cabelludo, sangre y vísceras pegadas al fuselaje. Se ve que al arrojar los cuerpos -pienso que por efecto del viento y ese vacío que hacen los motores para poder volar-, los cuerpos chicotearían contra la panza salpicándola con sangre y otras partes humanas. No lo sé, pero me acuerdo que era durísimo sacar la sangre pegada en el fuselaje. Es que se endurece tanto la sangre cuando se seca...

-¿Los aviones siempre regresaban en esas condiciones?

-Los Twin-otter peor. Esos aparatos tienen un fierro en la panza para evitar que la cola toque el suelo cuando despegan. Se ve que algunos de los cuerpos arrojados al vacío golpearían contra ese fierro que llegaba encastrado con todo lo que te puedas imaginar. Eso tenía que hacer. -En el testimonio de un arrepentido se menciona a cierto cuchillero que integraba el grupo de los vuelos. Dijo que se abrían los cuerpos... -(Interrumpe) No me gusta hablar de esto. No lo hubiera hecho antes de relacionar ciertas cosas que me tocó vivir. Pero ese Napoleón tiró unos datos, dijo que se practicaban incisiones con cuchillos en los cuerpos de los prisioneros cuando ya estaban cargados en los aviones. Que les hacían un corte en la mano y otro en el estómago para producir una hemorragia. Eso es lo que contó él. Entonces yo me acordé de la noche en la que vi bajar del avión a uno de los nuestros con un cuchillo sostenido con los dientes, con toda la boca roja, la hoja toda ensangrentada. Pensé que estaba lastimado, después me dí cuenta de que no.

-Hablemos de ese hombre.

-Pertenece al grupo de los eliminadores. Ese día estaba completamente borracho. Los de ese grupo siempre traían mucho whisky, supongo que tomaban para tener más coraje. Se trataba de un suboficial que hablaba medio en guaraní y medio en castellano. No sé si inculto es lo mismo que ignorante, por las dudas, te digo que era inculto e ignorante. Del cuerpo de Caballería, correntino o misionero,

nunca lo supe. Lo ví en dos o tres vuelos más.

-¿Habló con él? ¿Qué le contó?

-Me contó que abrían el estómago de los prisioneros con un cuchillo de monte para evitar que los cadáveres flotaran en el mar. Que de esa manera se hundían más rápido y que, creo que por el olor de la sangre, atraían a los tiburones. Según parece, como se habían encontrado algunos cadáveres en la playas de la costa Atlántica y en otras del Uruguay, los vuelos fueron enviados mucho más al sur y se buscó la manera de evitar que los cuerpos fueran arrastrados hasta las costas por la corriente... No quiero hablar más sobre esto, te pido un poco de tiempo.

-Sólo una más. Por lo que usted dice, el estado en que recibía los aviones confirmaría que los cuerpos eran mutilados antes de ser arrojados al mar.

-Así era. Los del grupo de eliminación rotaban permanentemente. Parece que todos tenían, en algún momento, que hacer el trabajo sucio. Todos debían estar con las manos igualmente manchadas de sangre. Se trataba de un pelotón de tres o cuatro hombres encargados de abrir los cuerpos de los detenidos durante el viaje hasta el punto elegido para arrojarlos al mar. El del cuchillo era el más constante, se ve que instruía a los demás. Ibañez pide una nueva pausa. La voz se le quiebra cuando dice: "Me imagino lo que estarás pensando de mí, que soy una especie de monstruo". Como quien no quiere la cosa gira un poco la cabeza y levanta el brazo izquierdo justo a tiempo para atajar con el pulgar y el índice un par de lágrimas que se le escapan de los ojos. "Ahora el Ejército dice que soy un psicópata y me da de baja. ¿Podría yo ser un psicópata?"

-¿Alguien lo ayudaba a limpiar los aviones?

-Nadie. Me dejaban solo durante las tres o cuatro horas que tardaba en hacerlo. Terrorífico. Cada vuelo que volvía traía sangre, excrementos y otras partes de los que se fueron. Yo pensaba y pensaba mientras que con un trapo y sin guantes fregaba el fuselaje. Para ablandar la sangre sacaba nafta abriendo una válvula que estaba en la panza del avión. La nafta de avión es muy buena para aflojar la sangre. Cada tanto escurría el trapo con toda esa suciedad en el agua con detergente que tenía en los tachos, que se iban llenando de sangre. Esa noche, en los mismos tachos, llevé desde la cocina hasta el campo la comida de los prisioneros, la que también comíamos nosotros.

Capítulo XIV. Floreal Avellaneda.

(Del testimonio de Iris Avellaneda)

Ultimos días en familia

"El 24 de marzo de 1976, a las 9 de la noche, mi marido atendió el llamado telefónico de un compañero. Nos avisaba que los milicos habían copado el poder y que tanto él como mi cuñado, también activista del Partido Comunista, no se quedaran esa noche en la casa. A mi esposo ya lo había amenazado la Triple A.

"Ese día me acuerdo que me dijo: 'Iris, ¿adónde quieren que me vaya? Primero: no cometimos ningún delito; segundo: ¿adónde podemos ir?' Todo parecía tan loco. Después nos empezamos a asustar. Había movimientos raros en el barrio. Autos que pasaban de noche despacito, gente extraña caminando por la calle y tratando de mirar hacia adentro de la casa.

"Floreal, mi marido, estaba preocupado porque en ese momento trabajaba como remisero, y tenía miedo de que le robaran el auto, un Peugeot 504 más o menos nuevito. Pero nunca vimos nada en particular. Sólo sombras.

"Vivíamos con mis cuñados en una casa enorme, en Sargento Cabral 2385, en Munro. Nosotros teníamos la casa en el fondo y las hermanas de mi marido vivían con sus familias una al lado y la otra enfrente de nuestra casa. Era un lugar grande pero monótono, toda la estructura de la edificación era igual. Quiero decir que todos los espacios de la casa eran arquitectónicamente iguales. Esto es importante para entender cómo fue que se escapó mi marido.

"Teníamos los dormitorios en la planta superior; el baño, la cocina y el comedor estaban abajo. Las tres viviendas eran iguales y se apoyaban en las mismas paredes. Una de esas paredes se estaba revocando, por lo que quedaba un agujero que daba al aire libre, del que salían esos fierros que después sirven para unir una pared con otra. Gracias a esos fierros, Floreal, mi esposo, se pudo escapar.

La noche de los Avellaneda

"Fue en vísperas de Semana Santa, me acuerdo clarísimo. Estábamos durmiendo porque al día siguiente salíamos temprano de paseo para Rosario, donde teníamos muchos amigos.

A las 2.30 de la madrugada escuchamos frenadas de autos alrededor de toda la manzana, coches por todos lados, milicos por todos lados. Dios mío. No sé si todos los secuestros habrán sido igual, pero el nuestro fue espectacular.

"Destrozaron la cerradura de la puerta principal ametrallándola con un FAL. Después, a las patadas, tiraron la puerta abajo. Entraron por la casa de mi cuñada, la que vivía adelante. Le rompieron todo, hicieron un estrago esos hijos de puta. Mi otra cuñada, apenas los vio, empezó a los gritos: '¡Floreal, Floreal, las Tres A, son las Tres A!' El se levantó como un torpedo. Era una noche helada, estaba en camiseta y llegó a ponerse únicamente los pantalones.

" 'El Negrito' vino corriendo desde su cuarto y llegó a ver cómo se escapaba su padre. 'Me quiero ir con vos', le pidió. Desde el techo, su padre le dijo: 'No, quedate con tu madre. Le vas a hacer falta'. Mi hijo entonces buscó a las disparadas una camisa que alcanzó a tirarle a mi marido que en uno de esos saltos por las azoteas perdió los documentos. " '¡Viejo, los documentos!', le gritó 'el Negrito', que se quedó siguiendo con la vista a Floreal grande que se escapaba.

"Fueron las últimas palabras que mi marido escuchó de él. Por suerte ningún vecino dijo 'acá está' o algo parecido. Enseguida los milicos, que se habían demorado buscándolo en las casas de mis cuñadas -lo que le dio tiempo para escapar- tiraron la puerta abajo y se desparramaron como moscas por todos los rincones. Un grupo fue a la cocina, otro al comedor, otros a las habitaciones y el restante al auto.

"Eran un malón de disfrazados. Usaban pelucas, antifaces, medias de mujer en la cabeza. Nos juntaron a todos en el comedor de mi casa. Escuchábamos como destrozaban todo lo que encontraban mientras se gritaban entre ellos: '¡Se escapó el hijo de puta!', decían. 'Pelotudo, ¿por qué no fuiste más rápido?', le reprochaban a otro. Estaban furiosos y todo el tiempo se acusaban unos a otros por la fuga de mi esposo.

"Era tanta la bronca que tenían que nos llevaron al patio y nos hicieron pasar por el primero de los tres simulacros de fusilamiento al que nos sometieron en un

lapso de 15 minutos. '¡Y esto es por hijos de puta!', nos gritaban. Después se reían. Eramos doce personas contra la pared en esa noche tan fría: mi cuñada, el marido, sus dos hijas y el novio de una de ellas; mi otra cuñada, su esposo y sus dos hijos; y yo que estaba con Estela y 'el Negrito'.

"Después nos separaron a mí y al 'Negrito' del resto del grupo. Mi hija estela empezó a los gritos cuando vio cómo nos empezaron a llevar a los empujones, a mí no me dejaban ni tocarla. Mientras un grupo nos sacaba de la casa, los otros les reclamaban a mis parientes que les entregaran toda la plata que había en la casa. Se llevaron los sueldo, los ahorros, todo lo de valor, hasta fotos. También una escopeta que mi marido tenía declarada porque le gustaba salir de caza de vez en cuando. Con esa escopeta me tuvieron loca y fue uno de los motivos por el cual más me torturaron. '¿Así que nos estabas esperando armada atrás de la puerta? Nos querías matar', me decían.

Por algo será...

"En la vereda nos ataron y encapucharon. Dejé de escuchar los gritos de Estela y el llanto de mis cuñadas y sobrinas cuando me metieron violentamente adentro de un auto. "Tanteaba el asiento para ver si 'el Negrito' estaba conmigo. Como no lo encontré les empecé a preguntar a los gritos qué habían hecho con él. 'Pará che. No te desesperés que ya te lo traen. Pará de gritar, hija de puta', me dijo uno de los secuestradores, el que se mostró más nervioso durante todo el operativo.

"Y así fue, me lo sentaron al lado. El tenía las manos atadas a la espalda y giraba para tratar de agarrarme las mías. 'Mami, quedate tranquila. Todo va a salir bien', me dijo, y justo pudo llegar a apretarme fuerte las manos. No me soltó hasta que nos separaron. Pero antes pasó un buen rato. Llevaron el auto hasta un lugar donde lo dejaron parado como dos horas con nosotros adentro, solos. Después nos llevaron a la comisaría de Villa Martelli.

"Apenas llegamos me bajaron de los pelos y me ataron a una columna de hormigón que estaba junto a una piletita para lavarse las manos. Se escuchaban gritos espeluznantes, de gente a la que estaban torturando. Me preguntaba para qué me querían a mí, cuando en ese preciso momento me llevaron frente a un muchacho que decía haber trabajado en Tensa con mi marido. " 'Dígale que yo estuve en su casa y que Floreal era compañero de trabajo', me dice este muchacho. Yo pensé que si decía que sí iban a pensar que sabía más cosas y me iban a reventar a palos para que confesara lo que en realidad no sabía. Yo estaba

encapuchada y respondí: 'A esa voz no la conozco'. 'Dele, Iris, dele. Dígales que me conoce', volvió a insistir la voz. Yo pensaba que era una trampa, que me querían hacer pisar el palito. Me mantuve en la negativa y enseguida fui a la 'parrilla'.

"Después de atarme a un elástico de cama metálico me tiraron unos baldazos de agua. Uno, que creo que le decían 'el 220', me dijo: 'De esta no te olvidás más, te lo juro'. Me picaneó sin piedad. Me preguntaba dónde nos reuníamos, cuándo... Todo para que yo 'cantara' nombres. Y mientras me torturaban a mí, también torturaban al 'Negrito'. Me volvía loca, gritaba. 'Ni a vos ni a tu pibe les van a quedar ganas de joder más', me decía el hijo de puta masticando las palabras con bronca. Escuchaba a mi hijo Floreal, al que estaban torturando. Me desesperaba ante cada uno de sus gritos, me retorció de dolor e impotencia. Cada vez que él gritaba, me aplicaban la 'máquina' con más ganas.

"No sé cuánto tiempo pasó. Cuando terminó la sesión me llevaron hasta la columna en la que me habían atado antes. El 'Negrito' ya estaba ahí. 'Mamá, deciles que papá se escapó por los techos, por favor', me dijo. Fue la última vez que escuché su voz. Después se lo llevaron. Me separaron definitivamente de él. Tenía 13 años.

Viaje hacia ningún lugar: el 'chupadero'

"En la comisaría me ajustaron las vendas de los ojos y me metieron en el baúl de un auto que después de andar un rato largo se metió en un camino de tierra. Cuando llegamos a ese lugar me volvieron a bajar de los pelos y me tiraron en una sala llena de mujeres. Estaba completamente en silencio. Se escuchaban voces de hombres a unos seis o siete metros, de muchos hombres.

"Me acomodaron medio retirada del resto de las prisioneras. No sé si sería porque era comunista, yo jamás negué que era comunista. Un hombre me estaqueó contra unas maderas sin pronunciar palabra. Así pasé muchas horas. Cada vez que trataba de dormir venía alguien y me tiraba un baldazo de agua helada. Más tarde apareció un correntino que me dijo: 'Esta es la última vez que vas a escuchar una voz humana', y me llevó hasta una pared donde una y otra vez jugaron simulacros de fusilamiento.

"El último que gatilló su pistola vacía en mi sien, al que todos le decían 'señor', después de eso me levantó violentamente tomándome del cuello y me dijo: 'Sos una comunista hija de puta. A los comunistas nunca les podemos sacar nada. Por eso, la vas a parir'. Me llevó hasta la sala donde estaban las demás detenidas y

me tiró sobre un colchón. Me dejó ahí y nunca más me molestó.

"En el campo le asignaban un número a cada persona. Al principio tuve el 527, después el 3570. Me parece que nos reconocían porque los números estaban pintados en la capucha. Los torturadores te pasaban a buscar por la sala y te llamaban por tu número y te llevaban por un sendero hasta las oficinas de tortura.

"Al llegar te recibía un tipo que te empujaba hacia el elástico donde te estaqueaban y mojaban. Después encendían una radio. Tango y folklore. Los torturadores iban cambiando, eran varios, pero las preguntas eran siempre las mismas: '¿Quién es tu jefe? Danos nombres, basura'. También se repetían las amenazas: 'Acá te morís hoy'. Y picana, y otra vez picana. Claro, yo no podía decir nada porque no sabía nada. Eso los enojaba. Encima se acordaban de la escopeta que habían encontrado en mi casa: '¿Así que nos estabas esperando con una escopeta?'

"Me aplicaban la picana en los senos, el ano, la vagina, los dientes. Era espantoso, días y días así. Encima yo tenía el brazo salido de lugar porque unos días antes del secuestro me había caído en las escaleras de casa. Entonces vino un tipo que me llevó hasta una oficina o algo parecido donde me atendió un médico (1). Me dijo que levantara el brazo y me pidió que no lo mirara. Me cambió las vendas que estaban muy sucias.

En un papelito blanco me envolvió seis o siete pastillas blancas. Cuando miré de reojo por debajo de la capucha, vi que llevaba delantal blanco. Entonces vino otro y le dijo: 'Casserotto, ¿me la puedo llevar?'. El le dijo que todavía no. Me preguntó qué era lo que me había pasado y yo, inocentemente, le dijo que me habían estado torturando. 'Hijos de puta, hijos de puta', dijo cagándose de risa. Me empujó hasta otro hombre que me llevó directamente a la sala de torturas. Cuando terminó la sesión pedí ir al baño y tiré todas esas pastillas a la mierda.

"También me acuerdo de 'Escorpio', 'Padre Francisco', 'Correntino' y 'Chupete'. El 'Padre Francisco' era el que nos pedía que rezáramos porque Dios era bueno y nos iba a ayudar a salir de ahí. Nos salvaríamos de todos nuestros pecados si hablábamos y contábamos todo lo que sabíamos. Era un milico, se notaba a la legua. 'Escorpio' era un borrachín, te digo que cuando te hablaba le sentías el olor a vino que tenía. Era bien guacho. Decían que violaba mujeres.

'Chupete' se paseaba por todo lados. Tenía la costumbre de pisar las manos de los detenidos y andar siempre con perros. Y yo le tenía un miedo terrible,

porque los perros te olían, te lengüeteaban, te gruñían. " 'Chupete' y uno que tenía voz de correntino -me di cuenta de eso porque estaba medio picado y se mandaba de vez en cuando algunos sapucaí-, una vez me llevaron al baño. 'Yo te llevo al baño si gritás Viva Hitler', dijo 'Chupete'. '¿Por qué tengo que gritar Viva Hitler?', pregunté. 'Entonces cagate encima', aseguró. 'Cuando grites Viva Hitler, te llevo'. Y yo no grité. Entonces, cuando a 'Chupete' se le ocurrió, nos hizo parar a todos y nos llevó al baño. Era una buena mierda. Nos hacía contar chistes y, si no le gustaban, nos cagaba a patadas. ¡Qué sorete! Encima un día vino medio en pedo y preguntó quiénes tenían teléfono para así llamar a sus casas y avisar que estábamos bien. Nos vivía tomando el pelo. "No sé si 'Chupete' estaba siempre borracho, pero el que estaba siempre picado era el 'Correntino'. Era el que más estaba en la sala.

"Una noche -creo que era de noche-, escuché tiros y a la mañana el 'Correntino' le preguntó a 'Chupete' si se había enterado de lo que le había pasado al gremialista de Swift. Con lujo de detalles, contó cómo lo habían fusilado. Y después contó lo de un perro que se había comido a una persona. Creo que hablaban del 'Negrito' (llora).

(Sigue, secándose las lágrimas) Personalmente, me cagué hasta las patas. Y las demás mujeres también. Tal es así que cuando una pedía ir al baño, pedían todas. Nadie quería quedarse sola por miedo a que pasara algo. Ir al baño, para ellos, era muy divertido. Se reían cuando alguien se caía. Nos llevaban en hilera, como si fuera un jardín de infantes. 'Levanten los pies. Doblen'.

"Se escuchaban ruidos de aviones y helicópteros. Más de aviones. De noche siempre había ruido de autos, camiones y tiros. Mientras estuve en cautiverio, traían mujeres a rolete y las tiraban una tras otra. Parece que cuando llegaba una más o menos linda, la violaban. Una noche, alguien vino y manoseó a una chica. No sé quién fue. ¡El escándalo que se armó al otro día! Nos pegaron por buchonas.

"Mientras estuve encapuchada me carearon una vez con un tal 'Rubencito'. Después conocí a Estela Ingenieros, la nieta de José, el escritor. Una sola vez nos sacaron de la sala para limpiar. Nos pusieron a todos en hilera y yo quedé de espaldas con una persona, que no sé si era mujer o varón. Le hice una pregunta y no me contestó.

La sala no era muy grande. Era como de 15 metros de largo por 10 de ancho. Yo estaba en una esquina, sola. Me dí cuenta de esto porque tanteaba alrededor. Pero mucho no tocaba porque los tipos andaban con perros, que te olfateaban y si vos te movías, sonabas. En el piso había varios colchones roñosos.

"A todo el mundo lo llevaron a bañarse más de una vez. A mí ni siquiera me vinieron a buscar. ¡¡Gracias a Dios!! ¡Quién sabe el futuro que me esperaba!

"Durante esos quince días no tomé ni una sola gota de agua. Te decían que si tomabas agua después de una sesión de tortura, reventabas como un sapo. Lo único que comí fue una manzanita que me acercó alguien. Fue un milico. Me dijo: 'Comé todo, hasta el carozo. No dejés nada que me pueda incriminar'.

"Esa fue la única comida. Me fui de casa con 58 kilos y entré a Olmos con 42.

El último día en 'El Campito' vino alguien y me arrastró de los pelos. Me hizo formar una fila -estaba con siete u ocho- y nos llevaron a un baño o a un lugar donde corría agua. Nos hicieron separarnos unos de otros y con un látigo nos pegaron durante dos horas. 'Espero que hayan aprendido, hijas mías. Esto es por olvidarse de Dios', decía el 'Padre Franciso' mientras nos castigaban.

"Cuando llegué a Olmos, el lonjazo más chico que tenía era como el dedo gordo de mi mano. Fue terrible. Además, como únicamente estaba con el camisón finito de mangas largas y un pullover que daba risa, no sabés cómo me quedaron las nalgas...

Olmos, Devoto y libertad

"Llegué a Olmos el 30 de abril de 1976. Recuerdo que con una mugre que no me podía ni mirar. El olor que tenía encima era asqueroso. Estuve hacinada como un perro durante 15 días. Me acompañaba Estela Ingenieros, una chica macanudísima. Nos trasladaron en un celular. El viaje duró bastante.

"Cuando llegamos nos llevaron frente el director del Penal. Me sacaron la capucha, la venda... No podía ver nada. (Se toca la cabeza) Tenía una conjuntivitis del carajo... Una enfermera me limpió los ojos y ¡qué alivio fue! Mientras sucedía esto, el director me dijo: 'Iris Avellaneda, usted está acusada por el Poder Ejecutivo Nacional de ser una militante del Partido Comunista combatiente'. Y después agregó: 'Su salida de esta Unidad dependerá de su comportamiento'.

"Lo primero que hice fue bañarme. Me metieron en agua fría con la otra chica, Estela Ingenieros. Con ella trabé una amistad. Me dijo que trabajaba en un juzgado de San Fernando. Me comentó que a varios abogados los habían chupado la misma noche que a ella. También me contó que había escuchado voces conocidas en 'Los Tordos'.

"En la cárcel me enteré de que había estado en Campo de Mayo. Nos comentaron las otras presas que nosotras éramos 'una carga de Campo de Mayo'.

"De mi hijo no sabía nada. Algunos diarios pasaban por Olmos. En un diario salió que en el Uruguay habían aparecido 30 cadáveres. Cuando la celadora nos trajo ese diario, nosotros lo leímos y dijimos: '¿Cómo puede ser? ¿Qué está pasando afuera?'

"Había algunas otra personas del PC en Olmos. Todas habían pasado por lo mismo. Pero las únicas que veníamos de Campo de Mayo éramos nosotras.

"Mientras estuve secuestrada, mi abogado, el doctor Biaggio, había presentado un hábeas corpus, pero no le dieron importancia. Lo extraño fue que llegó a mi casa una cédula del Poder Ejecutivo Nacional que explicaba que yo estaba a disposición del presidente. Nada más.

"Estuve en Olmos hasta el 21 de agosto de 1976. Luego llegó una orden del PEN para concentrar a todas las mujeres en Devoto y a los hombres en Olmos. Estuve en Devoto desde esa fecha hasta el 13 de julio de 1978, cuando salí en libertad. Estuve 27 meses presa.

"Costaba mucho que mi familia me visitara, pero mi cuñada lo logró. No saqué nada positivo de todo esto. Me mataron a un hijo, me torturaron... Encima Menem los indultó. Pero me queda un consuelo. En Devoto yo tenía el número 203. ¿Sabés que jamás gané con ese número en la quiniela?

"Al 'Negrito' nunca supe adónde lo llevaron. Hicimos averiguaciones por todos lados durante años, y nadie había oído hablar de él. Recién cuando Ibañez contó que estuvo en 'El Campito', lo que se confirma por la mordedura del perro, me di cuenta de que estuvimos en el mismo lugar, adentro del mismo pabellón, a metros uno del otro."

La muerte de Floreal chico

En su edición del 16 de mayo de 1976, bajo el título "Cadáveres en el Uruguay", el desaparecido diario "Ultima hora" informó que ocho cadáveres habían aparecido flotando en las costas uruguayas. Según la crónica, " en un comunicado oficial de la Prefectura Nacional Naval del Uruguay, se informó que el último de los cadáveres encontrados era de sexo masculino, cutis trigueño, cabello castaño oscuro, de un metro sesenta de estatura. Como seña particular se encontró un tatuaje en forma de corazón con las iniciales F y A'.

El cuerpo de Floreal Avellaneda apareció flotando en aguas del Río de la Plata, cerca de la costa uruguaya, el 15 de mayo de 1976, un mes después de que fuera secuestrado junto a su madre. Estaba atado de pies y manos con alambre. Tenía una profunda herida sin cerrar en una de sus piernas. Luego se comprobaría que había muerto a causa del 'empalamiento' (2) al que fue sometido por los torturadores en 'El Campito'.

(1) Por los datos aportados por Iris Avellaneda, este médico sería el entonces teniente coronel Julio César Casserotto.

(2) El 'empalamiento' es una forma de tortura de origen medieval, que consistía en sentar a la víctima sobre un palo de punta aguzada que se ensanchaba progresivamente, y se introducía a las víctimas por el recto.

Capítulo XV. La Patria es un botín absurdo.

(Diálogo con el ex sargento Víctor Ibañez)

-¿Era frecuente que los Grupos de Tareas saquearan las casas de los detenidos?

-Desde el principio. Por ejemplo, con parte de los que se "secuestró", vamos a decir las alacenas, las heladeras, la vajilla y las cacerolas, se hizo un comedor en el campo. Una gran cocina, una gran sala de estar en el quincho y en el edificio grande donde yo estaba.

-¿Se llevaban hasta las pequeñas cosas domésticas?

-Todo lo que estaba a mano, cualquier cosa.

-¿Quiénes estaban en condiciones de saquear y adónde iban a para las cosas robadas o, como usted dice, "secuestradas"?

-Todo se lo quedaban los interrogadores, o los de la patota. Cuando se repartía el botín, no eran como los indios, porque dicen que los indios eran justos para el reparto. Acá no. Ellos se apropiaban de las armas, la plata. Se agarraban esto, se agarraban lo otro y aquello. Un día nos llamó un oficial del arma de ingenieros, no llegaba a mayor, un capitán. "Eh, muchachos, vengan". Traía una bolsita y nos dijo: "Esto es para nosotros, lo recuperé yo. No puede ser que siempre se agarren todo ellos". Entonces nos juntamos alrededor de él. Pensábamos que sería plata, oro. En una bolsa tan chiquita, ¿qué otra cosa podía ser? La dio vuelta, y dejó caer todos los relojes que le había sacado a la gente, relojes viejos. Sacudió la bolsita y los tiró al pie de un árbol. "Miren, miren. Tomá vos, tomá vos; hay uno para cada uno". Eso era lo que nos daban a nosotros. ¡Qué lástima que no guardé ninguno! Tendría que haberme guardado alguno.

-¿Usted nunca participó de un saqueo?

-Nunca. A mí sí me llevaban cuando, por ejemplo, había que "hacer" (1) un auto. Los del Grupo de Tareas te decían que hacían falta tantos autos para un

operativo. Además, había que elegirlos a su gusto. Te decían: "Yo quiero un Peugeot 504 -que en esa época estaban de onda-, de tal color". Así que había que ir a un garage, charlar con el sereno, chamuyarlo. Hacerle un verso para que nos mostrara los autos: "... que es de un cliente", "...que lo tiene en venta". "¿Cómo, no le avisó?" "¿Y este otro? ¿El dueño no lo querrá vender?" "¿Usted lo conoce? ¿Qué tal está, valdrá la pena?" Cualquier cosa, y salíamos con los autos. Todos eran para ellos y para nosotros nada. Después, Pantera (2) se afanó uno por su cuenta y lo chocó. Estuvo como dos meses internado. Pobre Pantera, ahora está medio loco.

-¿Se robaban autos así nomás, sin apoyo operativo?

-No siempre. Se pedía la zona libre a la policía, ya sea para un secuestro como para robar un auto en la calle o de un garage. Se hacía por cuestiones técnicas, porque como se operaba disfrazado, de civil, muchas veces se terminaban enfrentando entre las mismas fuerzas, fuerza contra fuerza. Entonces se avisaba que tal día, a tal hora, tal lugar era zona de operaciones y no debía circular por ahí ningún móvil policial.

-Y si alguien llamaba a la policía, ¿qué pasaba?

-No iba, no se daban por enterados. La ciudadanía estaba totalmente desprotegida.

-Absoluta impunidad...

-Yo me creía que era todopoderoso, porque con las cosas que uno hacía... Ir a una comisaría y pedir zona libre para robar un auto y que te la dieran. Eso te hacía sentir poderoso. La policía no podía hacer nada.

-¿Eran habituales los robos de autos?

-No. Los fabricantes entregaban gratuitamente autos al Ejército: Peugeot 504, Dodge 1500 y Falcon. Los famosos Falcon eran regalos de la Ford.

-Pero se supone que eran para uso legal.

-Claro. Los inscribían, le ponían patente, como corresponde. Todo bien asentado. Después le sacaban la patente o la cambiaban por la de un auto robado y los usaban para los operativos. Se podía hacer cualquier cosa. Más de una vez vi autos oficiales en enfrentamientos.

-¿Por qué había que robar autos si tenían los propios?

-No sé, sería para abaratar costos.

-¿Qué pasaba después con esos autos?

-Iban a parar a los grandes desarmaderos que tenían los gitanos en la ruta 8, como iban ahí también los coches que se traían como botín de los operativos. Había tantos autos. Ponían desarmaderos, venta de autos, hasta venta de armas. Una sola vez me regalaron una pistola; era una 22, que después vendí porque necesitaba guita. Fue cuando se hizo el allanamiento al ministerio de Bienestar Social, yo estuve.

-¿Buscaban las armas de la Triple A?

-Y las encontramos. De los sótanos del ministerio sacamos más o menos 1500 pistolas 9mm, las que había comprado López Rega (3), nuevas. También cargamos, entre otras cosas, las famosas ametralladoras Ingran, un fierrito hermoso, con silenciador. El general Santiago Riveros se quedó con una de ellas, y la llevaba permanentemente en el bolsillo. Era un déspota, un sinvergüenza.

-Ibañez, usted mencionó que ciertas operaciones se hacían para obtener dinero. ¿Recuerda alguna de ellas?

-Recuerdo a un empresario importante de la zona de Tigre. Se ve que tenía una distribuidora grande, sería de frutas, madera, no sé. Era un gran distribuidor, con mucha plata. Todo esto que te cuento es "oreja radar", por lo que se escuchaba que estos tipos hablaban. A mí no me decían nada, yo para ellos era una especie de sirviente. Bueno, se ve que a este hombre le inventaron alguna cosa, o lo habrán amenazado, porque había chequeras de él y de varios más que los de Inteligencia se pasaban entre ellos.

-¿Se pasó del secuestro político al extorsivo?

-Cuando se terminó con la subversión ya no importaba más si el secuestrado era cura, montonero, del ERP, empresario o militar. Se trataba de afanar, prenderse a los botines. ¡Cuánta gente salió parada de ahí, cuántos se hicieron millonarios!

-Me preguntaron por una pareja de gente mayor, de unos 55 años, que pasó por el campo.

-No eran tan viejitos; había gente de más edad, hasta de 70 años calculo yo, aunque eran los menos.

-¿Tenían alguna vinculación con la guerrilla?

-Seguramente tendrían alguna vinculación. -Este matrimonio era de Caballito. Una patota fue a buscar a su hija y como no la encontraron se los llevaron a ellos.

-¿Se los llevaron a los dos y no aparecieron más?

-No aparecieron más.

-¿Ellos sabían en qué andaba su hija?

-No lo sé. -Mucha gente se perdió así, sin tener nada que ver. -Esta familia tenía una tintorería. A los dos días del secuestro llegaron unas personas que cargaron todas las instalaciones del negocio en un camión y se las llevaron.

-Se llevaron toda la tintorería... ¿era un camión verde?

-No sé, pero los secuestradores vestían uniforme verde, del Ejército. -No recuerdo ese episodio. -También se hicieron firmar autorizaciones de extracción bancaria y se llevaron todo el dinero que tenían en el banco. -Les intervinieron la cuenta del banco. -Después se llevaron los dos autos de la familia y todo lo que tenían adentro de su casa.

-¿Qué autos eran?

-Un Dodge 1500 y otro cuya marca desconozco. Al hombre también lo obligaron a firmar unos cheques. -Es lo que yo te contaba. Había oficiales que obligaban a los prisioneros que tenían auto a firmar el formulario de transferencia para quedarse legalmente con esos coches. Yo conocí a un tipo, al que después le dieron de baja, que en ese tiempo era teniente primero de ingenieros. Se hizo firmar la transferencia del auto de un detenido para quedárselo él. Creo que era un Renault 12 break de color verde metalizado. Eso lo sé. Con respecto a la tintorería, yo no me acuerdo... Pero hubiera habido ropa para todos. El botín menor era repartido. -Se llevaron las máquinas. -Seguramente. Esos tipos eran una verdadera banda de piratas. Era un descontrol total. Nadie podía para todo eso. Ni el presidente, hasta al mismo Videla se le escapó de las manos.

-¿Se llevaba algún control del dinero secuestrado a las organizaciones guerrilleras?

-Cuando cayó detenida la "Negra" (4), yo estaba de turno y la vi entrar. Estaba vestida con un jean y una camisa arremangada. Tenía el físico de un hombre; yo pensé que era un hombre. Y en el jean, que se usaba con una botamanga gruesa, tenía escondidos cuatro millones de pesos de esa época. ¿Te acordás? Esos billetes grandes, colorados como un tomate. De esos tenía cualquier cantidad. Creo que eran como cuarenta mil dólares, ¿puede ser? De esa plata nunca más se supo. Se la quedaron los interrogadores, como todo lo demás. La plata grande la manejaban Riveros y Verplaetsen. -Al final, lo importante era la plata. -Entre los Grupos de Tareas se robaban los blancos, para llegar antes que los otros al botín.

(1) "Hacer" significaba robar.

(2) Pantera era el apodo de un suboficial del Ejército que integró la dotación de personal militar asignado al centro de detención clandestino de Campo de Mayo.

(3) José López Rega, ex secretario privado de Juan Domingo Perón, asumió en 1973 como ministro de Bienestar Social. Fue uno de los fundadores e ideólogos de la organización ultraderechista conocida como Triple A, que tenía su base de operaciones en el subsuelo del ministerio que estaba a su cargo.

(4) Se trata de una prisionera. Ver capítulo 7: "Impunidad operativa".

Capítulo XVI. Santucho en Campo de Mayo.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

"Te digo la verdad, yo creo que no sabían que era Santucho (1).

"Te cuento lo que yo escuché por boca de los mismos que participaron en ese operativo. Parece que la cosa empezó cuando una vecina se encontró con que cerca de su casa, en el cruce de las avenidas Constituyentes y General Paz, gente de la Escuela de Mecánica de la Armada estaba haciendo un control de vehículos. Esta señora, una chusma de barrio, tipo la 'Tota', se acercó cargando la bolsa de las compras hasta dónde estaban los efectivos y les dijo que en su edificio, en Villa Martelli, todos los días se reunía gente rara.

"Como estaba fuera de su zona, los marinos le pasaron el dato al Ejército, y Leonetti (2), que estaba de guardia, recibió el dato y se mandó para allá con su patota, integrada por gente del Colegio Militar. Llegó hasta el grupo de edificios en un Ford Falcón sin patente, al frente de un grupo de tres hombres vestidos de civil que portaban fusiles 'Para', que son como los FAL (3) pero con la culata rebatible. Lo de 'Para' viene porque eran los que usaban en ese tiempo los paracaidistas. Buscaron al portero, que los guió hasta la entrada del departamento (4). Y tocaron el timbre sin saber quiénes estaban del otro lado (5).

"Liliana Delfino, que era la mujer de Santucho, abrió confiada la puerta como si estuviera esperando la llegada de algún conocido. Apenas vio a los de la patota se dio cuenta de cómo venía la mano y se puso a gritar: '¡Los milicos!, ¡Son los milicos!' Le pegó un empujón a la puerta como para volver a cerrarla. Pero Leonetti ya había puesto un pie adentro, y la hoja rebotó en el borceguí que tenía apoyado en el marco de la entrada. El portero se escabulló buscando refugio en el codo de la escalera, en el interior del departamento las mujeres gritaban que había que llevar a los niños a la bañadera, mientras que los hombres no atinaron a tomar sus armas. La patota aprovechó el factor sorpresa para ingresar en la casa y reducirlos a todos.

"Según comentaron en 'El Campito' los que estaban en los grupos de tareas,

a Santucho no le gustaba llevar armas. Era un especialista del pensamiento, de la concentración; por eso se había entrenado en las artes marciales.

"Ese día en el departamento de Villa Martelli parece que no lo reconocieron; él se había cambiado el aspecto. Lo acomodaron junto a los demás, con las manos apoyadas en la pared y abiertos de piernas, para palparlos de armas. Leonetti se puso la pistola en la cintura para revisar a los guerrilleros. Santucho esperó a que llegara hasta él y cuando Leonetti estaba a punto de revisarlo se dio vuelta, con una toma rápida lo agarró del cuello, le sacó la pistola y le disparó al cuerpo. Los de la patota, apenas escucharon el primer tiro, empezaron a ametrallarlos a todos. Algunos se tiraron al piso, otro se tiró por la ventana y cayó en una especie de terraza que había en el segundo piso; lo agarraron con las piernas quebradas.

Duro de matar

"Ese día yo estaba de guardia en la radio. Llegaron los autos y vi como de uno de ellos bajaban a tres prisioneros. Después me pidieron ayuda para cargar al que venía en otro de los autos, que estaba herido. Lo llevamos hasta el comedor de la tropa, donde comíamos nosotros. Lo acostamos en una de esas mesas largas de fórmica blanca. Un brazo le quedó colgando, lo tenía como quebrado por una bala. Todavía respiraba.

"Por la radio le pidieron al Hospital de Campo de Mayo que enviaran con urgencia a un médico. Mientras tanto el Gordo Dos, que era el jefe de los interrogadores, con esa pronunciación que cortaba las palabras, como si fuera un intelectual, con tono de locutor, le recitaba a Santucho -sin saber que era él- lo mismo lo que le decía a cada prisionero que llegaba al campo: "Acá perdiste, con que me digas el cien por cien de lo que sabés no me voy a conformar, quiero el ciento diez por ciento de lo que tenés para decir..." Y seguía con el verso del hambre, la tortura, el terror que tenía por delante mientras estuviera prisionero en ese lugar; lo que era verdad.

"Después llegó el médico. Era un tipo grandote, de bigotes y que fumaba en pipa. Ya tenía sus buenos años, creo que era teniente coronel. El Gordo Dos y los otros del grupo de inteligencia que se habían juntado en el comedor le dijeron que necesitaban salvar al herido para poder interrogarlo, que hiciera algo para que no se muriera. Pero él parecía mantenerse ajeno a todo. Chupaba la pipa junto a la ventana mientras miraba como bajaban a los que llegaron muertos del operativo. Chupaba la pipa como si estuviera ido, como si quisiera mantenerse ajeno a todo lo que estaba pasando en ese momento. 'Doctor -le dijo el Gordo Uno-necesitamos

que se presente ante el herido'. El tipo giró apenas la cabeza y lo miró a Santucho, que tenía los ojos como dados vueltos y apenas respiraba. 'Hay que llevarlo a cirugía', es todo lo que dijo.

"A mí me mandaron a buscar la ambulancia. Cuando llegué al hospital de Campo de Mayo la única que estaba disponible era una Ford nuevita, cero kilómetro. Una donación al Ejército que había hecho no sé quién, y que estrenó Santucho. La llevé a los pedos hasta El Campito donde lo cargamos en una camilla flamante; y volví a los pedos hasta el hospital. "Cuando llegamos me llamó la atención el movimiento de coches y la cantidad de custodios de oficiales que se iban juntando en la puerta del hospital, que no había notado cuando fui a buscar la ambulancia. Se ve que en el ínterin, por los papeles que encontraron en el departamento de Villa Martelli, o por lo que pudieron deducir al identificar a los detenidos en ese operativo, cayeron en la cuenta de que el hombre que yo llevé en la ambulancia y que murió apenas ingresó en el hospital era Santucho, nada menos.

"Yo me quedé al volante de la ambulancia unos quince minutos, esperando a que me dijeran que debía hacer. Mientras tanto el desfile de coroneles que llegaban para comprobar la muerte del jefe del ERP era incesante. 'Parece que es Santucho nomás', decían. 'Lo necesitábamos vivo, ¡qué cagada que esté muerto!', se lamentaban al salir del hospital.

"Cuando el 'pelotón mudanza', que se ocupaba de los botines saqueando las casas de los secuestrados, trajo todo lo que había en el departamento de Villa Martelli, yo me quedé con una copa que había sido de Santucho. Tenía un agujerito que no se podía ver a simple vista, y cuando tomabas algo el líquido pasaba por ese agujerito y te caía todo encima. Se ve que al hombre le gustaban los chascos, hacerle bromas a los amigos; medio Don Fulgencio. A esa copa la conservé hasta hace poco, después la tiré.

El museo de la derrota

"En ese operativo, además de Santucho, también murió otro importante jefe del ERP, Benito Urteaga. Y se detuvo a Domingo Menna; a la mujer de Santucho que se llamaba Liliana Delfino, pero que era conocida como 'la alemana'; y a varios más de la cúpula guerrillera.

"A Menna lo torturaron durante meses, y nunca dijo nada. Cómo se la bancó ese hombre yo no lo sé. Lo dejaban con la picana automática mientras los

interrogadores se iban a comer, y no una vez, días y días. Al final los del GT terminaron por tenerle respeto. Igual con tiempo lo 'trasladaron' como a todos los demás.

"Cuando Bussi se hizo cargo del Comando ordenó construir en un sector de Campo de Mayo un museo de la subversión. A Bussi le gustaban los museos. Ya había organizado uno en el Primer Cuerpo de Ejército, y otro en Tucumán. Ahí metía libros, panfletos, objetos y armas incautadas a los guerrilleros. También armaba como escenas que mostraban la actividad guerrillera personificadas con maniqués, vestidos según cada caso.

"Pero en el museo de Campo de Mayo, en vez de un maniquí de Santucho, Bussi puso su verdadero cuerpo en exposición. No sé cómo habrán hecho para conservarlo durante dos años, ni dónde lo mantuvieron escondido todo ese tiempo. Pero lo cierto es que a Santucho lo usaron como maniquí de Santucho. Y Bussi estaba satisfecho, a él le gustaba hacer como que todo lo que hacía era perfecto. Armaron el museo en un lugar chiquito, aprovechando lo que antes había sido la casa del intendente de la guarnición de Campo de Mayo. Y todos los días había un desfile militar que terminaba en la puerta del museo en el que estaba el cuerpo de Santucho, justo donde Bussi había ordenado construir un terraplén en el que él se instalaba para que cada mañana los efectivos le rindan honores.

"Dentro del museo, en un subsuelo, Bussi hizo reproducir una cárcel del pueblo, como las que tenía la guerrilla. El día de la inauguración, Bussi se ocupó personalmente de acomodar en el sótano que estaba oculto por una losa, que se abría mediante un sistema mecánico, todos los objetos que se encontraron en el departamento en el que vivió Santucho. Ropa, cartas, documentación trucha, pelucas y bigotes postizos; y los pasajes de avión que se encontraron en su poder, con los que pensaba salir del país al día siguiente al de su captura. También bajó una silla y sobre ella acomodó el cuerpo de Santucho, vestido con la misma ropa que tenía puesta el día en que lo hirieron de muerte, manchada de sangre; tal como llegó al El Campito.

"En la inauguración del museo no faltó ningún coronel, ningún obsecuente de los jefes del Comando. Todos querían desfilarse ante el cadáver de Santucho. Me contaron que algunos oficiales llegaron a cuadrarse frente a él y gritaron: ¡Viva la Patria!

"No sé que hicieron después con los restos de Santucho. Habría que preguntarle al jefe del Estado Mayor. Martín Balza fue quien se ocupó de demoler

las instalaciones que con tanto orgullo había construido el general Bussi. Así que él debe saber cuál fue el destino final de su cuerpo."

(1) Mario Roberto Santucho, jefe de PRT-ERP.

(2) Capitán de Ingenieros Juan Carlos Leonetti, integrante de la Zona IV de seguridad y jefe del grupo de tareas que tenía asignado capturar a Mario Roberto Santucho.

(3) FAL: Fusíl de Asalto Liviano, calibre 7,65 mm.

(4) En la calle Venezuela 3149, 4° piso 'B', Villa Martelli. En Seoane, María: Todo o Nada, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1992.

(5) Diversas versiones coinciden en una misma conclusión: el capitán Leonetti no sabía que en esa casa se ocultaba Santucho, y que ese día - el 19 de julio de 1976, a las 14.30- estaría reunido con otro de los más importantes dirigentes nacionales del ERP, Benito Urteaga. De otra manera no se entiende por qué llegó acompañado por una dotación de sólo tres hombres para llevar a cabo el operativo, ni la imprudencia con la que se manejó el jefe del grupo quien ingenuamente golpeó la puerta del departamento en el que estaba alojado el jefe guerrillero. Sin lugar a dudas, de haberse sabido de antemano la importancia del objetivo, la cúpula militar no habría dejado en manos de un oficial subalterno la gloria que para ellos representaba estar entre los protagonistas de la captura del mítico comandante del ERP.

Capítulo XVII. Tres iglesias.

(Informe de situación)

Durante los primeros años del Proceso de Reorganización Nacional convivieron bajo un mismo Cristo tres iglesias bien diferentes; cada una, a su vez, dispuesta a expresar su interpretación de los deseos de Dios.

El siguiente es un registro de hechos y declaraciones de la Iglesia Católica y relacionados con su actuación, que refleja las intensas diferencias que existieron entre sus pastores entre 1976 y 1978.

1976

La Iglesia oficial. "En un momento tan difícil, creemos que nuestra misión es pedir a cada uno el cumplimiento estricto de su deber y a cada uno, también, la máxima comprensión y tolerancia hacia los errores involuntarios del otro.

Hay hechos que son más que un error: son pecado y los condenamos sin matices, sea quien fuere su autor: el arrinconar a otros contra el hambre, para ganar descontroladamente, y el asesinar -con previo secuestro o sin él-, cualquiera sea el bando del asesinado".

Carta Pastoral colectiva. Conferencia Episcopal Argentina. 15 de mayo de 1976.

La Iglesia militar. "...recuerdo que durante mi presencia en la Penitenciaría (Penal de Villa Gorriti, en Jujuy), el obispo de Jujuy, moseñor Medina, ofreció una misa y en el sermón nos dijo que conocía lo que estaba pasando, pero que todo era por el bien de la Patria, que los militares estaban actuando bien y que debíamos comunicar todo lo que sabíamos, para los cual él se ofrecía a recibir confesiones". Testimonio de Ernesto Reynaldo Saman a la Conadep.

La Iglesia oficial. "Parecería que personas constituídas en autoridad civil o militar han perdido la serenidad de discernimiento ecuánime, o de distinguir los matices. De allí proviene una actitud de sospecha frente a la Iglesia y a sus

instituciones y hombres, que a veces lleva a discriminaciones en juicio acerca de obispos o sacerdotes, o a la intención proclamada de querer 'purificar' la Iglesia, ayudarla a 'restaurar la disciplina'. Pareciera que se quiere medir la vida de la Iglesia con un criterio castrense, con la consiguiente distorsión.

Hay una sensación de falta de libertad para la acción de la Iglesia: se han estado grabando las predicaciones; se controlan reuniones habituales de instituciones o movimientos de la Iglesia; pareciera haberse vuelto sospechoso hablar de su Doctrina Social; el trabajo en medios pobres es visto con malos ojos por algunos, constituídos en autoridad." Reunión de la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina con la Junta Militar. 15 de septiembre de 1976.

La Iglesia del Tercer Mundo. En la noche del 4 de julio de 1976, cinco religiosos de la comunidad palotina de San Patricio fueron asesinados. Un grupo operativo de cuatro o cinco hombres, presumiblemente a cargo del teniente Pernía, los ametralló en el interior de la Parroquia de San Patricio, en el barrio porteño de Belgrano. Los cuerpos de los sacerdotes Alfredo Leaden, de 57 años, delegado provincial de la Orden; Pedro Duffau, de 65 años y Alfredo Kelly, de 40; y de los seminaristas Salvador Barbeito, de 29 y Emilio Barletti, de 25, quedaron tirados sobre la alfombra. Estaban en pijama.

Los asesinos expusieron sus razones en las paredes de la casa parroquial: "Por corromper las mentes vírgenes de la juventud" y con tiza en una de las puertas: "Por nuestros compañeros muertos en Seguridad Federal", en alusión a una bomba que Montoneros había hecho estallar en ese edificio.

La Conferencia Episcopal elevó una nota a la Junta Militar.

La Iglesia militar. "El Ejército valora al hombre como tal porque el Ejército es cristiano." Coronel Juan Bautista Sasiain, jefe de la Policía Federal. 1976.

La Iglesia oficial. "El encuentro con monseñor Pío Laghi se realizó en unos galpones próximos al helipuerto. Estaban presentes, además, el general Domingo Bussi, el teniente coronel Arrechea, otros altos oficiales del Ejército (...) y varios prelados. Fue posiblemente a principios de diciembre de 1976.

(...) Yo desconocía quién era Laghi. Su presencia era imponente: alto, fornido, vestido con sotana y cubierta la cabeza con un sombrero de ala ancha y copa semicilíndrica, no facilitaba precisamente la comunicación...

(...) Laghi me preguntó si estaba bien, si me cuidaban. Se adelantó al grupo,

no lo suficiente, me preguntó mi nombre y si mis padres sabían de mi detención y lugar de arresto. (...) Por toda respuesta, monseñor Laghi me abrazó, me regaló un ejemplar de la Biblia y me exhortó a tener 'fe y esperanza'. Y ambos partimos de inmediato: él, con Bussi y su comitiva hacia el helicóptero; yo, con los guardias, para reingresar al recinto de exclusión". Testimonio del ex detenido Juan Martín ante las Naciones Unidas, sobre la visita del Nuncio Apostólico monseñor Pío Laghi al centro clandestino de detención Nueva Baviera, en Tucumán.

La Iglesia del Tercer Mundo. El 18 de julio de 1976, un grupo de hombres armados, que se identificó como de la Policía Federal, secuestró, torturó y asesinó a los sacerdotes de El Chamental, provincia de La Rioja, Gabriel Longueville, de nacionalidad francesa, y Juan de Dios Murias, ambos integrantes de la pastoral de monseñor Enrique Angelleli, obispo de esa provincia. En el funeral de los sacerdotes, tras destacar el compromiso cristiano y sacerdotal de ambos, Angelleli acusó a los asesinos de intentar "silenciar la voz de la Iglesia, la voz de aquellos que no tienen voz".

La Iglesia militar. "Sólo Dios quita y da la vida. Pero Dios está ocupado en algún sitio, y aquí, en la Argentina, somos nosotros quienes nos ocupamos de esa tarea."

Escuchado por Jacobo Timerman de boca del 'capitán Beto', uno de sus interrogadores.(1)

La Iglesia del Tercer Mundo. Monseñor Angelleli era bien conocido por su compromiso con los sectores marginados de su diócesis y la acción pastoral que venía realizando desde su designación en 1968. El 4 de agosto de 1976, Angelleli y el sacerdote Arturo Pino partieron en un vehículo desde El Chamental hasta la capital provincial. Nunca llegaron. En el camino, un accidente provocó la muerte del obispo y la desaparición de una carpeta con información sobre la muerte de los sacerdotes Longueville y Murias, que Angelleli se disponía a presentar ante el Episcopado.

1977

La Iglesia oficial. "Existe una especie de convicción, subyacente en amplios estratos de la población, de que el ejercicio del poder es arbitrario, de que carece de adecuada posibilidad de defensa, de que el ciudadano se encuentra sin recursos frente a una autoridad de tipo omnipotente. No es nuestra intención indicar que tal modo de ejercicio de la autoridad sea imputable a todos y cada uno de los

funcionarios del poder político o represivo del Estado; por otra parte, comprendemos muy claramente que las excepcionales circunstancias por las que ha atravesado el país exigían una autoridad firme y un ejercicio severo. Pero todo eso, para ser cristiano, tiene que ir indisolublemente ligado con la virtud de la justicia...

El secuestro de una persona y su detención anónima no es admisible. Por lo mismo, las autoridades deberían dar cuanto antes aviso a los familiares respectivos (...), aún cuando, por razones de seguridad que a veces pueden ser válidas, no se pueda indicar dónde se hallan detenidos". Pro-memoria a la Junta Militar de la Conferencia Episcopal Argentina. 26 de noviembre de 1977.

La Iglesia militar. "En 1977 revistaba como agente de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. A fines de ese año o principios de 1978, se me llama al despacho del Comisario General, en presencia del padre Christian Von Wernich, y se me pregunta si con un golpe de yudo yo era capaz de dormir a una persona en el pequeño espacio de la parte trasera de un vehículo. En otra ocasión, se nos explica que se iba a retirar de la brigada de La Plata a tres subversivos 'quebrados'.

En la brigada nos esperaba el padre Von Wernich, quien había bendecido a los subversivos (...) Después del operativo (de asesinato), el padre me dice que lo que habíamos hecho era necesario, que era un acto patriótico y que Dios sabía que era para el bien del país." Testimonio de Julio Alberto Emmed ante la Conadep.

La Iglesia del Tercer Mundo. El 11 de julio de 1977, el obispo de San Nicolás de los Arroyos, monseñor Carlos Ponce de León, falleció como consecuencia de un supuesto accidente automovilístico. El obispo, que venía recibiendo amenazas desde tiempo atrás por sus denuncias frente a la represión, se dirigía a la Capital Federal para presentar ante la Nunciatura Apostólica documentación relativa a la represión ilegal en su diócesis y en Villa Constitución (Santa Fe). Según la Conadep, "esa documentación involucraba al entonces general Guillermo Suárez Mason, al coronel Félix Cambor y más directamente al teniente coronel Manuel Saint Aman, jefe del regimiento con asiento en San Nicolás".

La Iglesia oficial. "Bien sabemos que ha habido desde hace años en nuestro país un accionar de las fuerzas del mal, que se tradujo en todo tipo de atentados contra la vida y la fama de las personas -de los cuales fueron víctima no pocas veces los militares-así como contra la propiedad, todo lo cual hemos condenado particular y colectivamente más de una vez.

"(...) Hoy como siempre y como en toda circunstancia conserva su valor el principio de que el fin no justifica los medios". Carta de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina a la Junta Militar. 17 de marzo de 1977.

La Iglesia militar. "Nosotros, cuando actuamos como poder político, seguimos siendo católicos. Los sacerdotes católicos, cuando actúan como poder espiritual, siguen siendo ciudadanos. Sería pecado de soberbia pretender que unos y otros son infalibles en sus juicios y decisiones. Sin embargo, como todos obramos a partir del amor, que es el sustento de nuestra religión, no tenemos problemas y las relaciones son óptimas, tal como corresponde a cristianos." Almirante Emilio Eduardo Massera. 1977.

La Iglesia del Tercer Mundo. Sor Alice Domon, de 42 años, fue secuestrada en la Iglesia de la Santa Cruz, en la Capital Federal, el 8 de diciembre de 1977. A sor Léonie Renée Duquet, de 62 años, se la llevaron dos días después de una casa en la localidad bonaerense de Ramos Mejía. Ambas religiosas, de origen francés, pertenecían a la congregación Misiones extranjeras de París, con sede en la ciudad francesa de Toulouse. Las religiosas prestaban asistencia a familiares de desaparecidos en distintas parroquias de la provincia de Buenos Aires.

Las monjas fueron torturadas y asesinadas en la Escuela de Mecánica de la Armada, y sus cuerpos arrojados en las aguas del Delta, según revelan testimonios de sobrevivientes que compartieron el cautiverio con ellas. El oficial de la Armada Alfredo Astiz, señalado como responsable del secuestro, tuvo durante un tiempo la misión de infiltrarse bajo falsa identidad en las organizaciones de derechos humanos y familiares de desaparecidos.

La Iglesia militar. "...monseñor Grasselli nos dice que los jóvenes están en un operativo de rehabilitación en 'casas' que se han armado a tal efecto, que son bien tratados. (...) Manifiesta que Videla ha sido el alma caritativa que urdió este plan para no perder las inteligencias... Dice que se trabaja con los jóvenes con psicólogos y sociólogos, que hay cuerpos médicos para la salud y que a los irrecuperables es posible que 'alguien piadoso' le dé una inyección y se duerma para siempre". Denuncia presentada por la desaparición de Carlos Oscar Lorenzo ante la Conadep

La Iglesia del Tercer Mundo. En septiembre de 1977, monseñor Miguel Hesayne, obispo de Viedma, mantuvo una polémica sobre la tortura con el entonces ministro del Interior, general Albano Harguindeguy. Según el prelado, "Harguindeguy admitió la licitud y la legalidad de la tortura, frente a lo cual decliné compartir una cena con él. Cuando discutimos (...) me puso el siguiente

ejemplo: 'Suponga que hay un edificio con 200 personas en el que se ha colocado una bomba, del que se ve salir a una. Usted tiene pocos minutos para que ese sujeto le diga dónde la colocó'. Repliqué que el fin no justifica los medios, pero no se lo pude hacer entender, por lo que le dije: 'Si tengo que calificarlo, le pondría un diez en táctica a emplear con robots o tanques, pero lo aplazaría en humanidad y moral cristiana.' Fue entonces cuando el ministro me contestó: 'Entonces nos iremos al infierno para que luego ustedes, libremente, puedan practicar el Evangelio'." Diario Clarín. 3 de agosto de 1985.

La Iglesia militar. "Para Navidad de 1977 (...), alrededor de quince prisioneros fuimos llevados a una misa oficiada en el Casino de Oficiales de la ESMA. (...) Todos estábamos engrillados, esposados con las manos detrás de la espalda y encapuchados. Nos sacaron las capuchas y el capitán Acosta nos dijo que para celebrar la fiesta de la Navidad cristiana habían decidido que pudiéramos oír misa, confesarnos, comulgar los que éramos creyentes; los que no, para que tuviesen tranquilidad espiritual y pensarán que la vida y la paz eran posibles (...) Entretanto, se oían los gritos de los que eran torturados." Testimonio del sobreviviente Lisandro Raúl Cubas.

La Iglesia del Tercer Mundo. Para la misma época, monseñor Miguel Hesayne dirigió un mensaje de Navidad a su diócesis de Río Negro: "Violencia es acrecentar el capital de algunos con el vaciamiento de la canasta familiar o tomar el camino de una economía que nos lleva de un país rico a un pueblo empobrecido y no pocas familias hambrientas y sin techo (...) Es intentar combatir una crisis económica con el criterio de que el mayor sacrificio y peso de la recuperación tengan que sobrellevarlo los más pobres."

1978

La Iglesia oficial. "...sentimos la necesidad, para la tranquilidad del pueblo, de que sea aclarada, lo antes posible, la situación de tantas personas de las que no se tienen noticias.

(...) Por lo demás, no nos encontramos solos en este pedido. Hermanos en la fe, de todo el mundo, nos hacen llegar cada día su dolorosa preocupación por la falta de justicia en todos los procedimientos, y finalmente el Santo Padre, por la autoridad de su misión de pastor universal, nos urge solicitar a Vuestra Excelencia, con el respeto que le debemos (...) una decidida acción para que cada familia argentina que se encuentre en la aludida situación sepa -y ello no sería necesario públicamente, pero sí concretamente- que ha sido de su integrante desaparecido,

con claridad y justicia." Carta de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina al general Videla. 14 de marzo de 1978.

La Iglesia militar. "Antes de permitirnos acostar en el suelo, el personal de guardia nos obligaba a rezar en voz alta un Padre Nuestro y un Ave María, a la vez que nos exhortaba a 'dar gracias a Dios porque han vivido un día más' y pedir 'que ese día no fuera el último'. Testimonio del sobreviviente Juan Martín.

La Iglesia oficial. "No todos los que se quejan por los derechos humanos tienen razón. Hay muchos que hablan de gusto, o sin tanto fundamento. Que hay casos que haya que contemplar o situaciones que reparar, eso pasa siempre, y pasará mientras caminemos por este mundo".

Monseñor Antonio Plaza, obispo de La Plata. Diario Clarín. 24 de noviembre de 1978.

La Iglesia militar. "Hay una razón teológica que justifica la coincidencia de la Plutocracia y del Comunismo, y es que coinciden en el ateísmo, en la negación de Cristo y su divina Redención".

General Manuel Bayón, 1978 (2)

La Iglesia oficial. "Se señaló que a la Jerarquía de la Iglesia le hubiera sido mucho más fácil tomar una actitud de pública condena constante del gobierno de las Fuerzas Armadas, y que sin embargo no lo ha hecho, no por apoyar al gobierno, sino por el bien de la comunidad, tratando de impedir la entrada en juego de un elemento más de confusión." Reunión de representantes de la Conferencia Episcopal Argentina con representantes de la Junta Militar. 18 de noviembre de 1979.

(1) "Diario 16", Madrid, 20 de diciembre de 1981.

(2) Citado en García, Prudencio: Op. Cit.

Capítulo XVIII. Los inocentes.

(Diálogo con el ex sargento Víctor Ibañez)

-Usted suele mencionar a ciertos prisioneros como "los inocentes". ¿A quiénes se refiere?

-Presencé interrogatorios a personas a las que no les pudieron sacar el menor dato. Yo he visto morir a un hombre en la "parrilla" sin decir nada, y te aseguro que no hay manera de aguantar el dolor físico de la tortura. Si no dijeron nada es porque nada sabían. Esto pasaba todo el tiempo; se mataba sin necesidad y fue el motivo por el que muchos de nosotros terminamos con problemas psiquiátricos.

-¿Recuerda a alguno de ellos en especial?

-Cada dos días, mientras esperaba en la guardia al jeep que me llevaba hasta el campo, veía a los familiares de los desaparecidos discutiendo con el jefe de servicio. Me acuerdo de una señora que preguntaba por un tal Rey, ese era el apellido del muchacho. Pedía por favor, que era su hijo, que no había hecho nada. "Dígame si lo mataron", gritaba la mujer. Antes de que llegara el jeep escuché cómo esa señora se quebraba: "Si lo mataron le hago una misa, pero, por favor, dígame qué hicieron con él".

Cuando llegué al campo ese día lo encontré ahí a ese chico Rey.

"¿Cuándo lo tomaron?", le pregunté al jefe de guardia. "Hace dos noches. Lo sacaron del trabajo o de la casa, no me acuerdo". Yo lo pregunté después de tomar servicio, cuando vi a ese tal Rey en la lista de los detenidos que habían ingresado durante las dos noches que yo había estado franco. Si mal no recuerdo era maestro primario. No sé si lo sacaron de la calle o de la escuela, dónde lo levantaron no sé. Me acuerdo que era un muchachito delgadito, muy delgadito. Una mañana, cuando le daba de comer a los detenidos, me paré al lado de él y le pregunté cómo se llamaba. Me dijo: "Rey". "¿Por qué estás acá?". "Por averigüación de antecedentes", me dijo el pobrecito. Eso fue a fines del 76 o principios del 77.

-¿Llegó a conocerlo bien?

-Fugazmente. Al principio trataba de ser distante con los prisioneros, hasta el día que trajeron una guitarra en una de esas confiscaciones que te mencioné. Las guitarras eran mi debilidad. Cuando estaba solo en la guardia del pabellón, les aflojaba esa soga que se les ponía en las manos y desataba al guitarrero. Siempre había uno que sabía tocar la viola. Me exponía a un castigo jodido, era un inconsciente. Pero en esas noches cantaban, contaban cuentos, se reían; era una especie de recreación.

-Durante esas noches, ¿los detenidos le preguntaban sobre su situación, qué ocurriría con ellos?

-Me preguntaban si sus parientes habían sido avisados de dónde estaban ellos. Yo les contestaba que eso no lo sabía. Que no tenía acceso a cierta información, que no podía hacer más de lo que hacía. Yo era un ser impotente, muy impotente. Yo era consciente de que lo que estaba haciendo no era bueno ante los ojos de Dios.

-¿Cuánto tiempo permaneció Rey en el campo?

-No me acuerdo. Parece que el tipo no tenía nada que ver con nada. No sé por qué lo llevaron; le habría prestado el auto a alguno que estaba en la joda. No te olvides de que en los interrogatorios, con tal de que pararan la tortura, muchos decían cualquier cosa. A lo mejor a él lo mencionó un amigo, uno que nunca le dijo en qué actividades andaba. Era terrible. Decían cualquier cosa. Muchas veces daban el nombre de cualquiera para que sus compañeros tuvieran tiempo de fugarse. Pensaban que como el que nombraban era inocente no le iba a pasar nada.

-¿Y era así?

-Condenaban a muerte a otros, aunque posiblemente sin saberlo. Así es como se fueron muchos inocentes. Pero aunque hayan sido culpables, tampoco era la forma de eliminarlos. Hay una cosa que dice José Hernández en el Martín Fierro: "Esa no es forma de proceder con un culpable, ni con un inocente. Y si es culpable, menos".

-De esta manera se formaban cadenas de personas sin vínculo alguno con la guerrilla.

-Sí, como en el caso del matrimonio Kennedy. Al hombre lo deben haber

agarrado en su oficina, porque llegó de traje y corbata y con maletín. No sé por qué los trajeron, como yo no era interrogador no me enteraba de esas cosas. Pero se trataba de un matrimonio muy cristiano, del culto católico. Traté de que estuvieran lo mejor posible.

-¿Alguna vez se comunicó con los familiares de los prisioneros para ponerlos al tanto de su situación?

-No, nunca.

-Iris Avellaneda (1) dice que sí.

-¿Que me dio el número de teléfono de un familiar?

-No, que algunos de los celadores llamaban a los familiares de los prisioneros para decirles que estaban bien y que hicieran algo para sacarlos.

-Yo nunca lo hice, pero sé de otros que sí lo hacían. De hecho debe ser así porque hay un señor de apellido Erlich que me llama desde Los Angeles, cada diez días. A él lo llamaron y le dijeron: "Su hermana está en Campo de Mayo. Haga algo rápido".

-¿Usted nunca hizo un llamado?

-No. Me deben confundir con otro. No te olvides que los prisioneros estaban tabicados.

Los Barciocco

-¿A quién más recuerda?

-A la familia Barciocco. Los trajeron de El Palomar. Parece que el hijo menor del matrimonio militaba en una formación de perejiles de izquierda. Trajeron al matrimonio y a los dos hijos. Con ellos se siguieron los métodos de rigor: tabicarlos, es decir, encapucharlos, y dividirlos por pabellones, donde eran encadenados.

-¿Habló con ellos?

-Yo conversaba mucho con la señora Barciocco. Siempre hablaba con ella y con el señor. Los tenían en pabellones distintos. Cuando no me veían, yo llevaba al

hombre a ver a su señora. Ella tenía dificultad para hablar. Reemplazaba la erre por la jota. Era una mujer muy preparada, sabía muchas cosas. Estaba preocupada porque en la casa había quedado el gato y un Renault 4L flamante estacionado en la vereda. Estaba encapuchada, atada, tirada en una colchoneta roñosa y lo único que le importaba era su casa y saber cómo estaban el marido y los hijos.

-¿Usted les corría la capucha?

-Una vez les saqué la capucha. Fue en un Día del Padre, cuando junté a toda la familia. Me jugué por completo: traje a los chicos y salimos afuera, como quien va al baño. (Llora). Cuando se encontraron se abrazaron todos juntos, se besaban y acariciaban. ¡El hombre me besó los pies! Te lo juro. "¡No, señor, no haga eso, no me humille ante Dios! Yo no soy nadie, soy una pobre basura que no puede hacer más que esto". (Llora). Yo hablaba mucho con la señora, iba y hablaba con ella. Era muy familiar, me contaba del chico que iba a la facultad, del que estaba haciendo la preparatoria. Yo antes volaba alto, cosa de pendejo, mi sueño también era algún día entrar a la facultad. Entonces le preguntaba cómo había que hacer y ella me explicaba todos los pasos del ingreso. Me trataba de vos, como si yo fuera un chico más. Hasta último momento estuvo preocupada por su casa. "Allá quedó un gatito", me decía.

-¿Qué pasó con ellos?

-...Volaron

-¿Estuvo presente el día que se llevaron a la señora de Barciocco?

-Sí. Fue una mañana en la que se "cargaron" a un montón de gente.

-¿Pudo hablar con ella antes de que se la llevaran?

-...

-¿Por qué fue secuestrada la familia Barciocco?

-Ellos eran totalmente inocentes. Ella, el esposo y el hijo también. Un chico que andaba en la Juventud Guevarista, creo.

-¿Por eso los mataron a todos?

-Sorprendieron a la familia reunida para la cena y se los trajeron a todos por

las dudas; así llegaron al campo.

-¿Los embarcaron en el mismo vuelo?

-Los llevaron a todos juntos. Yo estaba presente cuando se fueron.

-¿Usted se encargó de trasladarlos a la pista desde los pabellones?

-No. En ese entonces yo ya no estaba a cargo de los prisioneros; me ocupaba de la radio. Había un soldado conductor que también cuidaba los perros.

-¿Vio cuando se los llevaban?

-Me quedé con la radio, los vi subir al camión y vi cómo se alejaban rumbo a la base, por el costadito del campo. Reconocí a cada uno de ellos pese a la capucha.

-¿Se despidió de ellos?

-No me despedí.

-¿Por qué?

-Me despedí interiormente. No, no se puede. ¿Cómo me voy a despedir?

-¿No cree que debió advertirles sobre su destino, para que pudieran prepararse? Usted se dice cristiano.

-Yo hablaba de eso. Tocaba los temas de Dios. Los domingos, cuando me tocaba franco, iba a misa en San Miguel, pero no entraba en la iglesia. Me quedaba sentado en uno de los bancos de la plaza de enfrente. Me quedaba sentado llorando. (Llora).

(1) Ver Capítulo 14: Floreal Avellaneda

Capítulo XIX. Fuera de control.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

Interrogadores furtivos

"Por las noches, mientras cubría mi turno, cerca de la madrugada, se aparecían grupos de interrogadores furtivos que, sin mostrar ningún permiso escrito, llegaban hasta el interior del campo y disponían lo que se debía hacer a su antojo. Al día siguiente, cuando los Grupos de Tareas de Inteligencia se enteraban de la incursión se ponían furiosos y armaban unos quilombos bárbaros, porque sabían que venían a robarles información.

"Esa gente llegaba a la medianoche, cuando los interrogadores ya no estaban. Se presentaban en la guardia como personal en operaciones del Ejército y entraban al campo con la autorización del oficial de servicio, al que presionaban a los gritos, de otra manera no podían llegar hasta la puerta de los pabellones. Pedían tres o cuatro prisioneros, por su nombre y organización. Se los dábamos y ellos los interrogaban ahí mismo, en el patio. Una vez que obtenían los datos que buscaban desaparecían como habían llegado.

"Al otro día se armaban unos despelotes tremendos. Cagaban a pedos a todo el mundo porque el acceso de interrogadores de afuera estaba absolutamente prohibido, salvo que tuvieran la autorización del coronel Verplaetsen o del general Riveros. Los tipos venían a juntar datos para ellos. Llegaba un coronel, lo apuraba al teniente de turno y le decía: "Quiero a este detenido". Al pobre oficialito no le quedaba más remedio que cuadrarse y hacer lo que le ordenaban.

"Los furtivos buscaban información que podían llegar a tener ciertos detenidos del campo sobre determinado tema, para anticiparse a los otros interrogadores y ganarles de mano en 'hacer' los blancos. Había mucho celo entre ellos, mucha competencia. Al principio se trataba de información sobre los jefes y bases de la guerrilla, después lo único que les interesaba era la plata, donde estaba la guita de los subversivos.

"Nunca se trabajó en conjunto, ni entre las distintas armas ni aún dentro de la propia fuerza. 'Hacer' un blanco antes que los otros significaba sumar mérito ante los jefes y llevarse el botín. Los que llegaban durante las madrugadas al campo Comando de Institutos podía ser gente del Primer Cuerpo de Ejército, de Rosario, de Córdoba. Esto pasaba vuelta a vuelta.

"A veces los interrogadores de 'El Campito' detectaban un blanco y cuando llegaban se encontraban con que ya estaba 'hecho', que ya lo habían levantado estos interrogadores furtivos. Entre ellos se tenían mucha bronca. No vayas a invadir una zona ajena. A mí una vez me metieron preso los de la Escuela de Mecánica de la Armada porque creyeron que estaba operando en su territorio.

"Resulta que yo iba por la General Paz y llegué hasta un control de rutas a cargo de la Marina, porque esa era su jurisdicción. Les digo que yo era de Inteligencia en Campo de Mayo. Los tipos pensaron que estaba haciendo espionaje, que los estaba controlando y tratando de sacar datos para levantar un blanco de ellos. Me desarmaron, me esposaron y me devolvieron así al Comando, detenido.

"En otra oportunidad, una delegación de un Liceo Militar andaba paseando por Campo de Mayo. Todos armados. En esa época, hasta el cadete de 15 años andaba armado, nunca se sabía de dónde podía venir el bombazo. Me acuerdo que llegaron en un micro. La policía militar los tomó detenidos, los desarmó y los incomunicó a todos: cadetes, suboficiales, oficiales. Estaba prohibidísimo circular por la zona cercana al campo; era terrible. Los devolvieron a su destino, desarmados.

"Por eso te digo: ¿qué cosas habría en juego? Eran de la misma fuerza, estaban todos en la misma, el criterio era el mismo. No sé por qué se sufría tanto, por qué tanto celo. Nadie confiaba en nadie. Ya no se sabía si se buscaba el mérito o el botín; yo pienso que era por el botín. Acá se ha delinquido mucho.

"Era un ambiente muy sucio, lo más sucio que podía haber. Ahora, ¿cómo se enteraban de que en el campo estaban ciertos detenidos que podían tener la información que ellos buscaban? No lo sé. Un soplón siempre hay.

Destino de sobremesa

"Había muchas cosas que se definían en una sobremesa prolongada, con abundante alcohol, truco y vino. El alcohol hacía estragos en los Grupos de Tareas, que en ese estado decidían algunos operativos. "Vamos, lo reventamos, dale.

Ahora". Y salían en banda. Impulsados por el alcohol, sin razonar. Tenían impunidad total. Así se jugaba con la vida de la gente. Eran operativos que hacían por su cuenta, sin organización, sin nada.

"Las víctimas a veces eran sus propios camaradas. Yo conozco el caso de un suboficial principal. Dijeron que le vendía municiones al enemigo. Pero andá a saber si era cierto. En una de esas lo liquidaron porque alguno se la tenía jurada. Capaz que era un vecino al que alguien de la patota o de los interrogadores le tenía bronca. Ya no eran guerrilleros, no eran comunistas, no eran los Panteras negras. Terribles las cosas que hace el diablo. Por eso yo digo que la situación se les escapó de las manos a los jefes. Perdieron el control.

"Una tarde, ya casi de noche, cuando ya no estaba en los pabellones y me habían asignado la atención de la radio, el teléfono, hacer el parte diario y conducir los vehículos, recibí un extraño llamado telefónico. Del otro lado me dijeron que hablaban desde la Quinta Presidencial de Olivos. Me pasaron con otro que se presentó como el asistente del teniente general Jorge Rafael Videla, que me preguntó por un detenido, un diputado con un apellido muy cortito que, según creo, estuvo en el campo.

"La orden era: 'No, no y no. No sabe, no tiene conocimiento. Desconoce'. Esa era la consigna para responder a cualquiera que no fuera del campo. Por más que fuera del Comandante en Jefe. En el Ejército se responde a la orden del superior inmediato; los demás son de palo. Y como la orden era desconocer todo, yo la cumplí. Se ve que Videla, que además de Comandante en Jefe era el presidente de la Nación, había perdido por completo el control de la cosa.

Impunidad esquiva para un cabo

"La impunidad era tal que una vez intenté operar por mi cuenta. Quería tener un auto, y caí en cana.

"Todos andaban en auto, menos nosotros; entonces, con Pantera, un compañero, decidimos ir a buscarnos uno. Pantera, flor de pibe. Ahora está enfermo, más enfermo que yo. No sabía manejar el Pantera: '¿Para qué querés un auto si no sabés manejar?', le preguntaba yo. 'Y bueno, si lo tengo aprendo', me decía él. Cuando lo tuvo se estrelló.

Nos jugamos a repetir lo mismo que hacíamos con los de la patota, lo mismo que yo hacía cuando me lo pedían. Claro que ellos tenían la ventaja de trabajar en

zona libre, con permiso de las jurisdicciones militares y la policía de cada lugar, y eso les facilitaba el trabajo.

"La cosa es que salimos por la nuestra. Nos dijimos: 'Vamos y nos hacemos de un auto'. Y ahí salimos. Buscamos un garage por la zona de Flores, que conocíamos bien. Como de pendejo trabajé en playas de estacionamiento, donde me robaron más de un auto, ya conocía el procedimiento, la picardía de los chorros. Entonces esperé a que el sereno se fuera para el fondo para mandarme a un auto que ya tenía elegido. Las llaves estaban puestas; te das cuenta porque son los autos que llegan últimos y todavía los están moviendo. Corren uno, otro, y así se va haciendo el lugar.

"Cuando el sereno enfiló hacia adentro para acomodar otro auto, dije: 'Vamos que es ahora, Pantera'. Elegimos ese garage porque tenía muchos autos, autos lindos, y un solo sereno. 'Hicimos' el coche sin ningún problema y apenas dimos la vuelta a la esquina, ¿podés creer?, había como cincuenta patrulleros que nos estaban esperando. ¡Uy, Dio!

Nos llevaron presos. Se ve que alguien llamó en forma anónima, algún vecino que nos vio rondar. La cosa es que cuando salimos con el auto afanado del garage, un grupo de la policía ya nos había cerrado el camino por adelante y otro salió atrás nuestro para cortarnos la retirada. Cuando nos encontraron las armas, porque nosotros llevábamos pistolas, casi nos matan.

"Seguramente hicimos mucha bandera. Dábamos vueltas y vueltas esperando el momento oportuno. Ya eran como las dos de la mañana y no nos decidíamos. Recién cuando ví que el sereno se fue para el fondo, me dije: 'Papita para el loro'.

"Pasamos la noche en la comisaría hasta que aclaramos todo. A los canas les dijimos que éramos de Inteligencia del Ejército, del Comando de Institutos. El poli que estaba a cargo llamó y por suerte justo esa noche en el puesto de radio había un amigo nuestro, uno que sabía que habíamos salido de 'travesura'. 'Si llegan a llamar, deciles que sí', le habíamos avisado nosotros el día anterior. Menos mal que atendió él y no un jefe de servicio. Capaz que el jefe les decía 'Háganlos boleta, por pelotudos'. Pero no: 'Sí, afirmativo. Son de acá, personal de Inteligencia en operaciones', les dijo nuestro compañero.

"Después de la confirmación nos estábamos yendo de la comisaría. Estrechamos las manos, nos devolvieron las pistolas. 'Pero el auto no se lo llevan,

cualquier cosa nosotros decimos que ustedes se dieron a la fuga y listo', propuso como arreglo el oficial de guardia. Claro, se armó mucho quilombo en el barrio y todos se enteraron de que nos habían agarrado.

"Justo que nos íbamos, en ese mismo momento, entró en la seccional una patrulla del Ejército que en esa época hacía operativos conjuntos con la policía en el control de calles y avenidas. El cabo de la Federal que estaba de guardia en la puerta, para hacerse el simpático, le comentó lo que había pasado al teniente que estaba a cargo. 'A ver, que me presenten a esos dos', ordenó el tipo. Y otra vez adentro. Los tendría que haber matado a esos canas buchones.

"Nos mandó detenidos a la policía militar, en Palermo. Cada uno en un calabozo. El comandante de entonces era el general Suarez Mason, uno muy bravo. 'A ustedes los mandamos a Bahía Blanca; ya está todo arreglado. El avión los está esperando', nos dijeron. Nosotros imaginábamos lo peor. Yo era cabo y no sabía mucho. El negro era cabo primero y, pobre, estaba más asustado que yo.

"Siempre fui muy sangre fría; de chico siempre me animé a las cosas, hasta me extralimité de chico. Y de grande pasé la rayita de lo posible si no había más remedio. Ahora de viejo no, ya no, me cuida. 'No te calentés, Pantera', le decía al negro. 'Cuando se enteren en el campo que estamos detenidos en Palermo nos vienen a buscar'.

"Pero en el campo ni se enteraron. Como no aparecíamos, habían empezado a trasladarlo, con detenidos y todo. Pensaron que nos había secuestrado la guerrilla, que íbamos a hablar y contarles todo, que iban a atacar el lugar. Se armó un gran quilombo.

"Después, Verplaetsen nos hizo ir a su despacho y nos recagó a pedos. Zafamos porque en esos momentos los jefes estaban medio metidos en quilombos más importantes y jodidos, que sino andá a saber.

"Igual, ¿qué me podían decir, si cuando ellos precisaban un auto para un operativo era yo el que salía a 'hacerlo'? De la misma manera, sin fierros. Si quería lo hacía con fierro, pero por mi propia experiencia, al haber trabajado en los estacionamientos, sabía en qué momento se descuidaba el sereno y cuándo llevarme un coche sin hacer tanto batifondo.

"Justo me agarraron cuando el auto era para mí. Hay que tener mala leche, ¿no? Pero se lo agradezco a Dios, siempre digo que Dios me protegió. Si Dios me

hubiera abandonado, yo no estoy más; de esta insignificante vida ya no se hablaría.

Capítulo XX. El poder real de la guerrilla.

(Informe de situación)

Las permanentes sospechas de corrupción de las que fue objeto, la ausencia de un plan económico concreto por parte del Ejecutivo, y la evidente impotencia política que caracterizó el gobierno de Isabel Martínez -convertida en presidente con la muerte de Juan Domingo Perón en julio de 1974- formó parte de los argumentos indiscutibles en los que se apoyó la Junta de Comandantes para lograr consenso entre la población a la hora de justificar el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.

Sin embargo los jefes castrenses sólo aprovecharon el oportuno desquicio en el que se había convertido la gestión de la presidente que gobernaba bajo el alias de Isabel, para poner en marcha los verdaderos objetivos que impulsaron la cruenta intervención militar: aniquilar a lo que denominaron "amenaza subversiva". Anular de raíz todas las actividades de la militancia revolucionaria que, según las repetidas advertencias del entonces teniente general Jorge Rafael Videla, había puesto a la Nación "al borde de su disolución".

Ante semejante pronóstico, agitado decenas de veces con apenas pequeñas variantes por la mayoría de los jefes militares, tanto en los meses previos al golpe de Estado como después, durante la dictadura militar, resulta necesario analizar la verdadera magnitud de las fuerzas guerrilleras en ese momento. Determinar si, efectivamente, las organizaciones revolucionarias habían alcanzado el grado de desarrollo militar necesario como para apoderarse del control del país; tal como lo habían advertido las Fuerzas Armadas. Cuál era la composición de sus filas, el porcentaje de combatientes con los que contaban y su real poder de fuego.

El engendro del misterio

La investigación dispuesta sobre este tema reveló, en principio, la ausencia de datos oficiales certeros sobre las dotaciones armadas con las que contaban las organizaciones guerrilleras. Esto dio lugar a que fueran muchas y muy diversas las

cifras extraoficiales que se recabaron respecto a la cantidad de combatientes armados con los que contaban el ERP y los Montoneros, las dos organizaciones político-guerrilleras de mayor envergadura en la década del 70.

Una de las dificultades para llegar a determinar el número aproximado de combatientes con los que contaba la guerrilla se debe, en principio, al carácter clandestino de estas organizaciones, y el secreto con el que manejaban su estructura interna. De este modo no resulta sencillo diferenciar cuántos de sus integrantes eran combatientes sobre el conjunto de sus militantes políticos, colaboradores y simpatizantes. Ocurre que tanto en el ERP como en Montoneros existían diversos grados de compromiso con las organizaciones, que iban desde los simples adherentes hasta militantes de tiempo completo, pasando por las ramas militares de las organizaciones.

Por otra parte, según el especialista español en temas militares, Prudencio García (1), también se debe distinguir entre "dos cifras muy diferentes: el número total de hombres y mujeres que llegaron a empuñar las armas en una organización a lo largo de varios años (en este caso una década entera: 1970-1980) y el número máximo de tales elementos existentes en un momento dado, incluso en su momento de máxima potencia, cifra que incluso puede llegar a ser menos de la mitad que la anterior".

Esta variable está relacionada con los cambios que sufre un contingente armado a lo largo del tiempo, como consecuencia de su especial condición. "En efecto -dice Prudencio García-, cierto número de sus miembros son capturados; otros resultan muertos; otros son relevados de la lucha armada; otros incluso abandonan la militancia y desertan. De esta forma, una organización que llegó a contar en su mejor momento, por ejemplo, con 500 miembros armados, a través de los años puede ir acumulando mediante sucesivas bajas e incorporaciones, 600, 700, 800 y, al cabo de una década, tal vez incluso 1000 o 1200 miembros que, en uno u otro momento llegaron a empuñar las armas. Y ello sin haber superado nunca esos 500 combatientes como cifra máxima en su momento de mayor capacidad".

Peter Waldmann, en su ensayo "Anomia y violencia" (2), asegura que, según fuentes militares argentinas, "...en 1975, el ERP contaba con 3000 combatientes armados; los Montoneros, en cambio, sólo contaban con 1000". Waldmann estimó, en el mismo trabajo, que cada una de las organizaciones llegó a tener entre 3000 y 4000 integrantes en su momento de máximo desarrollo. Aunque luego advierte que "la estimación no es para nada ajustada". En algo tiene razón.

El autor incurrió en un par de errores. Por un lado, no hace falta acceder a los archivos de los servicios de Inteligencia militares ni a los documentos secretos de la propia guerrilla para saber que los Montoneros siempre superaron al ERP en cuanto a cantidad de integrantes. Es posible que Waldmann se haya manejado con datos iniciales, de la época en que Montoneros era primordialmente político, mientras que el ERP siempre fue netamente militar-.

Por el otro, Waldmann evita en su trabajo diferenciar claramente qué porcentaje del número total estimado de militantes formaba parte de las secciones militares guerrilleras, justo lo que falta revelar. De todos modos, la mención de este estudio resulta útil -pese a sus errores- para conocer las estadísticas que manejaban las Fuerzas Armadas argentinas. Así, según ellos, entre simpatizantes, colaboradores, militantes y combatientes, la guerrilla sumaba un total de 7000 u 8000 efectivos.

En otras palabras, la importancia del dato se debe, en principio, a su ausencia. Los jefes militares eludieron en todo momento cuantificar las fuerzas del "enemigo subversivo". No se trataba de una información menor, incluso su difusión -de ser cierta la magnitud que le asignaban- hubiera resultado de mucha utilidad en su permanente campaña dirigida a incrementar el temor en la opinión pública.

Sin embargo son contadas las declaraciones en ese sentido que se pudieron encontrar en los archivos periodísticos. La pregunta es: ¿a qué se debe la ausencia de datos sobre la real envergadura de las organizaciones guerrilleras? ¿Por qué todas las declaraciones de los jefes militares no superan las repetidas metáforas? Seguramente no se les escapaba que con sólo mencionar la cantidad de jóvenes volcados a la guerrilla, si la cifra era acorde a la peligrosidad que ellos le atribuían, hubiera sido suficiente para ponerle la piel de gallina a los sectores de la sociedad que buscaban impresionar. Pero aparentemente la realidad era otra.

Detrás de esta búsqueda, Daniel Frontalini y María Cristina Caiati (3) llevaron a cabo una de las más completas y serias investigaciones sobre el tema. Está basada en una recopilación de material de inteligencia elaborado por las Fuerzas Armadas, datos procedentes de organizaciones guerrilleras, y otros documentos incautados a sus militantes que fueron a parar a manos militares. Este material fue difundido en 1977 durante una conferencia de prensa convocada por el entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército, Roberto E. Viola. Entre los expositores se encontraban los jefes de Inteligencia y de Operaciones del Estado Mayor, generales de brigada Carlos Martínez y Luciano Jáuregui. (4)

La investigación también recoge las declaraciones de los generales Juan Bautista Sassain ("La Opinión" del 10 de septiembre de 1977 y "Clarín" del 11 de septiembre del mismo año) y de Ramón Camps ("La Prensa" del 4 de enero de 1981), entre otros datos.

El estudio sitúa la cuantificación de la guerrilla en su momento de mayor apogeo, y diferencia a los combatientes (rama militar) del resto de los integrantes de las organizaciones. Así, a partir del análisis de los documentos, los autores llegaron a la siguiente conclusión: "En el momento de su mayor apogeo (1975), el total de militantes que integraban Montoneros y el ERP, no llegó a sumar más de 2000 personas, de los cuales sólo el 20% (unos 400) estaban armados".

Sin embargo, para Prudencio García los números son otros. Según su propia indagación y análisis, llegó a estimar que en el período de máximo desarrollo de la guerrilla argentina, durante la primera mitad de 1975, "...el ERP contaba entre 400 y 500 hombres armados, y entre 600 y 800 los Montoneros, totalizando en su conjunto una cifra máxima situada entre 1000 y 1300 miembros armados permanentes."

Si se toma en cuenta esta cifra, se entiende por qué las Fuerzas Armadas conservaban el secreto. El poder de fuego de todas las organizaciones guerrilleras sumaba cuanto mucho, en 1975, 1200 hombres armados en todo el país.

Relación de fuerzas

La aparición de la guerrilla rural en el monte tucumano fue motivo de alarma nacional. En 1974, el propio jefe del ERP, Mario Roberto Santucho, se ocupó personalmente de entrenar a quienes luego formarían parte de la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez", al mando de Hugo Irurzun, un histórico de la organización.

El grupo inicial estaba integrado por cuarenta hombres (5) y, según documentos internos de la organización, el ERP jamás llegó a tener en el monte a más de noventa efectivos, de los cuales diez eran mujeres.(6)

El 9 de febrero de 1975, el Ejército argentino inició el "Operativo Independencia", al que se destinaron "...un total aproximado de 5000 hombres, con una fuerza de tareas nucleada en torno a la V Brigada de Infantería de Monte. Estaba integrada por los regimientos 19 de Infantería (Tucumán); 28 de Infantería de Monte (Tartagal, Salta); 20 de Infantería de Montaña (Jujuy); el Grupo de

Artillería de Montaña 5; las compañías de Comando de Ingenieros, de Comunicaciones, de Sanidad, pertenecientes a la V Brigada; tres escuadrones de Gendarmería; tres compañías de la Policía Federal y fuerzas militares provinciales" (7). Cinco mil efectivos en total.

El enemigo no llegaba al centenar. Todos los datos coinciden en señalar que la cifra máxima de guerrilleros concentrados en Tucumán llegó a sumar 117 combatientes armados. Fue a raíz de dos operativos de envergadura que se llevaron a cabo en las localidades de Famallá y Los Sosa.

Una vez que los refuerzos regresaron a su destino original, en el monte tucumano quedó una dotación guerrillera permanente compuesta por unos 50 efectivos, que recién a fines de 1975 comenzó a reducirse debido al accionar represivo de las fuerzas militares enviadas a esa provincia por el gobierno constitucional de la presidente María Estela Martínez de Perón. Los efectivos legales tardaron un año en terminar con el foco guerrillero en Tucumán.

Se calcula que los cinco mil efectivos a cargo de eliminar a 100 guerrilleros mataron a unas dos mil personas en esa provincia por sus supuestos vínculos con los insurgentes.

La caída

En el segundo semestre de 1975, las organizaciones Montoneros y ERP ya habían sido declaradas ilegales por el gobierno de Isabel Martínez. Una exultante pasión militarista se había apoderado de los comandantes guerrilleros que festejaron como un triunfo el pase a la clandestinidad. Ese año, tan sólo los Montoneros, consumaron más de quinientas acciones militares en todo el país, algunas de importancia. Pero también en ese año comenzaría el tiempo de la derrota.

El 5 de octubre de 1975 Montoneros atacó el Regimiento de Infantería 29, en la provincia de Formosa. En la operación participaron más de cincuenta guerrilleros, en su mayoría vestidos con el uniforme de combate azul que había diseñado la organización. Para llevar a cabo la ofensiva, se robaron más de 20 vehículos y secuestraron un Boeing 739 de Aerolíneas Argentinas en pleno vuelo. Durante el asalto se produjo un intenso enfrentamiento, con un saldo de 13 muertos y 19 heridos en las filas del Ejército y un número similar o mayor de bajas, nunca confirmado, en el grupo guerrillero.

La destrucción del aparato militar del ERP, mientras tanto, se produjo a raíz del frustrado copamiento del Batallón de Arsenales 601, en la localidad bonaerense de Monte Chingolo. El operativo ya había sido advertido por los servicios de Inteligencia, y el Ejército se preparó para recibir el ataque. El 23 de diciembre de 1975, minutos antes de las 20, se inició la mayor operación guerrillera urbana contra un objetivo militar, aunque en realidad se trató de la mayor operación militar urbana contra las fuerzas insurgentes, que sufrieron más de 50 bajas en un solo día.

A la desertión de centenares de militantes de base y políticos que desarrollaban actividades sindicales y que no compartían la determinación de los comandantes insurgentes de combatir contra las Fuerzas Armadas "de ejército a ejército", se sumaron las numerosas detenciones de sus miembros, a las que se sumaban las bajas producidas en diversos enfrentamientos. A fines de 1975, las organizaciones guerrilleras ya no eran las mismas que habían comenzado el año.

Cuando se produjo el golpe de marzo de 1976, tanto el ERP como los Montoneros se habían retirado de los barrios y fábricas, e interrumpido buena parte de su comunicación con las bases, lo que les significó perder una vital infraestructura para llevar adelante su funcionamiento clandestino. Dependían del aparato propio, y del dinero necesario para financiarlo.

A esto se sumaron las numerosas bajas entre sus cuadros militares, lo que redujo notablemente su capacidad ofensiva. La guerra contra las Fuerzas Armadas que se proponían ganar estaba a punto de culminar con su derrota aun antes de comenzar.

La conducción de Montoneros, ante la gravedad de la situación, elaboró un Código Penal de Justicia Revolucionario que castigaba la desertión de su filas con la pena de muerte. Un intento desesperado para frenar la constante fuga de militantes en sus filas. También lanzó lo denominaron "La Tercera Campaña Militar Nacional Montonera", cuyo objetivo principal consistía en eliminar físicamente a cualquier miembro de las fuerzas de seguridad que fuera detectado, donde fuera detectado. Necesitaban triunfos fáciles, militarizar a todos sus cuadros mediante el asesinato. Pobre guerra revolucionaria.

En marzo de 1976, el ERP y Montoneros tenían su estructura militar prácticamente reducida a la mitad de lo que habían logrado consolidar un año atrás. En otras palabras, en el territorio argentino no había más de 600 guerrilleros armados; el resto pertenecía a las ramas política, logística y otras igualmente ajenas

a las operaciones de combate.

Ya en enero de 1976, el propio general Videla, en ese entonces Comandante en Jefe del Ejército, elaboró un informe referido a las organizaciones insurgentes en general, el que se originó tras el frustrado copamiento del Batallón de Monte Chingolo por parte del ERP. En ese documento, después de afirmar que las organizaciones guerrilleras se encontraban ante una "impotencia absoluta" en cuanto a su "presunto poder militar", señalaba que se había demostrado repetidamente "la incapacidad de los grupos subversivos para trascender en el plano militar". (8)

Sin embargo, en los últimos meses del gobierno militar, en abril de 1983, bajo la presidencia del general Reynaldo Bignone, la junta de Comandantes elaboró un "Documento final", con el que pretendía dar por cerrada toda revisión del pasado y que, entre otras cosas, afirmaba que los subversivos habían contado con 25.000 militantes, de los cuales 15.000 habían sido combatientes.

Una exageración absurda que contradecía los datos aportados por los propios militares, pero políticamente oportuna.

(1) García, Prudencio: "El drama de la autonomía militar", Alianza Editorial, Madrid, 1995.

(2) Trabajo incluido en el libro "Argentina hoy", compilación a cargo de Alain Rouquié, Siglo XXI Editores, México, 1982. Pág. 210.

(3) Frontalini, Daniel y María Cristina Caiati: "El mito de la guerra sucia", Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Buenos Aires, 1984. Pág. 72

(4) El diario "La Opinión", en ese entonces intervenido por el gobierno de facto, la reproduce textualmente en su edición del 21 de abril de 1977.

(5) Mattini, Luis: "PRT-ERP", Ediciones De la Campana, Buenos Aires. Pág. 289.

(6) Seoane, María: "Todo o nada", Editorial Planeta, Buenos Aires, 1992. Pág. 264.

(7) "El terrorismo en la Argentina", editado por el Poder Ejecutivo Nacional, Buenos Aires, noviembre de 1979. Págs, 117 y 118.

(8) Diario "Clarín", Buenos Aires, 31 de enero de 1976.

Capítulo XXI. La Patria exterminada.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

La noche de la pileta

"Fue al poco tiempo de mi llegada al campo. Hasta esa noche, se podría decir que todavía era un 'tiernito'. Después ya no.

"En el campo había una pileta de natación cuadrada; más bien rectangular, con el agua que llegaba hasta el borde, un poco más arriba del ras del suelo porque sobresalían unas parecitas de cemento. Ahí los fueron ahogando. Nunca me voy a olvidar de ese cuadro: hombres y mujeres arrodillados contra el borde de la pileta, con las manos atadas a la espalda y la cabezas sumergidas en el agua. Quedaron uno al lado del otro, muertos. Doce personas fueron. Doce en una noche. Nunca ví asesinar a tanta gente junta. Fue una cosa horrible. ¿Soy yo un psicópata?

"Nadie me lo cree. Un tipo normal no me lo puede creer. Fue después de Lucas, a los quince días de estar en el campo.

Enfrentamientos simulados

"Como vos sos periodista, te quiero contar un episodio donde algunos periodistas se prestaron al gran circo con el que se ocultaba lo que pasaba; como escuché decir alguna vez, una 'orgía de sangre'.

"Muchos de los enfrentamientos que salían publicados en los diarios eran simulados. Yo fui testigo de uno de ellos. Creo que fue por Bella Vista, cerca de Campo de Mayo. La cosa fue así: como mi especialidad era la de talabartero, un día de dieron cinco pistoleras de cuero para arreglar. Eran pistoleras viejas. Me las trajeron para que les hiciera algunas costuras, para que las lustrara un poco.

"Después me mandaron al pabellón a buscar a un grupito de colaboradores Montoneros. Yo todavía no unía una cosa con la otra. Me dijeron: 'Petete, que se

den un baño antes de venirse para acá', al edificio principal. Yo, contento. 'Se van en libertad, por lo menos les dan un premio', pensé. Entre ellos estaba 'la Gorda'.

" 'La Gorda' era una detenida enfermera de profesión que, como ya te conté, atendió al chico Avellaneda cuando lo mordió el perro. "Escondía su propia ración de comida para dársela a él. También atendía a los detenidos junto con la médica. No me acuerdo el nombre de la enfermera; era más bien gordita, pálida, de pelo negro.

"Entonces fui y busqué al grupo y a los otros dos flacos que me indicaron. Se bañaron, se afeitaron, se pusieron ropa limpia, nueva. 'Libertad, libertad', se imaginaban ellos. Que se iban, creían. Pero estábamos en el año 1976.

"Al otro día leí en los diarios que llegaban al campo la noticia del enfrentamiento. Cuando me puse a mirar la foto, vi que junto a los guerrilleros muertos, a los que no se les veían las caras, estaban las pistolerías que yo había arreglado el día anterior. Del campo se los llevaron vivos, después fraguaron el enfrentamiento y los mataron en el lugar de los hechos. Les habrán tirado las pistolerías con un par de armas, si es que no se las pusieron encima antes de simular el combate. Nadie iba a sospechar nada. Si ellos eran guerrilleros o no, yo no lo sé. Pero así salió en los diarios.

"A los supuestos subversivos se los veía limpios, afeitados, no tenían aspecto de haber estado prisioneros o secuestrados. Después me enteré, por comentarios, que los periodistas ya estaban avisados. Andaban cerca del lugar donde dijeron que había sido el enfrentamiento porque les habían prometido que iban a tener la primicia del 'combate contra la subversión'. Lo tenían todo arreglado. Por eso, a partir de ese momento, ya no creí tanto como antes en lo que decía la prensa.

"No fue el único caso. Se hizo lo mismo con mucha gente que estaba detenida en el campo y que mataban en esos supuestos enfrentamientos. Enfrentamientos que armaban para la opinión pública, para que se creyera que los subversivos todavía existían, y que no querían dejar vivir a la gente en paz.

"Entonces convocaban a los medios de prensa, pero no eran periodistas que no sabían cómo eran las cosas; sí sabían. Lamentablemente no me acuerdo de quiénes eran los periodistas, porque seguro que todavía alguno de ellos debe seguir trabajando por ahí.

Otras muertes

"Fueron muchas las formas de eliminación que se utilizaron en el campo. Ser testigo de todo eso fue lo que me martirizó.

"En una oportunidad trajeron un medicamento de uso veterinario, como el que se da a los perros para sacrificarlos. Ahora no me acuerdo el nombre. Lo disolvieron en agua y se lo dieron a tomar a un grupo de detenidos; un vaso para cada dos personas. Los habían llevado al fondo del campo. Yo miraba de lejos. Al principio parecía que no había efecto, pero cuando los tocaban en alguna parte del cuerpo la gente se retorció de dolor. No era cianuro, era estrocnina (1) o algo así. Es duro lo que te cuento, pero yo no veía visiones.

Por eso no me explico como ellos -los del Ejército- dicen que soy un psicópata como excusa para darme de baja, cuando ellos son los responsables de mi enfermedad.

Los verdugos

"Nunca se sabía -por lo menos yo no sabía- cuándo llegarían los verdugos. Había que estar preparados, se aparecían en cualquier momento.

"Cada vez que veía entrar a la caravana de autos por ese camino profundo que iba directo al polígono de tiro con las luces haciendo guiños, levantando polvareda, cargados de tipos, era como ver a una gigantesca carroza de la muerte. Era la muerte.

"Los vi llegar por primera vez a los pocos días de estar en el campo. Mis compañeros me dijeron, de sotamanga, 'Ahí viene la Parca, hoy sale un vuelo'. Hasta ese momento, cuando mencionaban los traslados, yo creía que llevaban a los prisioneros a otro campo o a la cárcel, no conocía el destino final de esa gente; después lo supe.

"Por lo general, se trataba de un pelotón de cinco tipos. Había uno que venía siempre, los demás rotaban. Dos de ellos se paraban en un punto del campo, con unas listas en las manos y empezaban a llamar y a llamar detenidos. Nunca sabíamos a qué prisionero le iría a tocar 'volar' ese día. No teníamos un cronograma en el que figurara que hoy le tocaba a fulano, mañana a mengano.

"No entiendo cómo había compañeros míos que se podían prestar a eso. Había tipos que se ofrecían para ir a buscar a los detenidos, querían quedar bien

delante de los jefes y los traían desde los pabellones, para presentarlos. Está bien que los condenados no tenían escapatoria. Sólo un milagro de Dios podía salvarlos. Pero los traían ellos, los vendaban y los sostenían para que los inyectaran.

"Una de las cosas más horrosas que vi, fue la forma en que eliminaban a esos chicos, inyectándolos. Esa imagen no se puede borrar nunca. Yo le pido a Dios... (llora).

"Había uno que venía siempre, se ve que le gustaba. El estaba al frente de este grupo, que no se ocupaba de interrogar a nadie, de salir en operaciones ni de ninguna de esas otras cosas. Llegaban cada quince días, dos veces por semana, tres veces, no tenían una rutina. Ellos no pertenecían a nada, estaban afuera de todo. Eran la muerte.

Pacto con la muerte

"Yo tenía mi jeep y mi camión Unimog para traer el racionamiento desde la cocina del Comando de Institutos hasta el campo y después distribuirlo entre los celadores, que en ese momento ya eran de Gendarmería. Ellos se ocupaban de alimentar a los detenidos. Ese era mi trabajo. Ahora escucho el motor de un jeep y se me pone la piel de gallina.

"Cada tanto llegaba hasta el campo gente extraña, de otros lugares, no sé de dónde. Curiosos; civiles, militares. Tipos que se prestaban a ciertas cosas, por ellos pasaba lo que pasaba. Aparecían cada vez que se producía una de esas 'soluciones finales'. Como los verdugos, llegaban de repente, sin aviso previo. Entraban en la base en una fila de cuatro o cinco autos, acompañados por uno de los jefes del campo. Nunca bajaban de diez, a veces eran quince o más. Como ese día, que llegaron por lo menos unos veinte.

"Se ve que ya tenían todo organizado en secreto. Sin pérdida de tiempo sacaron una lista de detenidos y les pidieron a los celadores que les trajeran a Fulano, Fulano y Fulano. A mí me mandaron a buscar el jeep, uno de esos famosos Willis de la Segunda Guerra Mundial. 'Antes, sáquele el caño de escape', me indicaron. Yo no sabía por qué: sin caño de escape ese jeep hacía un ruido infernal.

"Una vez que juntaron a todos los prisioneros los llevaron formados de a dos en fondo hasta la entrada del galpón que había sido la vieja carpintería. Cuando estacioné el jeep en ese mismo lugar, tal como me lo habían ordenado, vi a los presos sin capucha y me imaginé lo peor; no me equivoqué.

"Acomodaron al grupo de prisioneros a varios metros del galpón. Los llamaban de a uno, antes de hacerlos entrar les vendaban los ojos. 'Sentate acá que ahora te van a venir a buscar', les decían una vez adentro, y los acomodaban en un cajón de madera que habían puesto en el centro del galpón que estaba casi vacío, desierto. Les convidaban un cigarrillo y antes de que el detenido pudiera llegar a darle dos o tres pitadas, se aparecía uno del grupo que le pegaba un tiro en la cabeza.

"Ahí entendí el asunto de sacarle el escape al jeep. Con el barullo del motor querían tapar el ruido de las balas, y yo pensé que iban a organizar una carrera a campo traviesa. Me dijeron que tenía que acelerar a fondo cada vez que se iba a producir un disparo, pero como no confiaron en mí, terminaron ellos poniendo en marcha el jeep y metiendo ruido con el motor cada vez que sonaba un tiro.

"De a dos tipos, siempre eran dos lo que entraban con cada prisionero al galpón. Ellos mismos les vendaban los ojos al prisionero, apenas pasaba la puerta, y lo conducían hasta el cajón donde lo hacían sentar. El resto del grupo se amontonaba en las ventanas para mirar de afuera cada ejecución. Yo ni me asomé. Los detenidos esperaban su turno en un lugar apenas retirado, a no más de cincuenta metros. No sé si sabrían lo que les esperaba.

"No recuerdo cuántas personas fueron eliminadas esa tarde en la antigua carpintería. Pero me acuerdo que cada uno de los que vino en ese grupo disparó sobre alguno de los detenidos, fueran hombres o mujeres. Apuntaban al centro de la cabeza e inclinaban el cañón de tal modo que la bala atravesara de arriba hacia abajo. Un solo tiro, todos iguales. Lo sé porque a la mañana siguiente pude ver los cadáveres cuando los llevamos al aeropuerto en un camión que volvió todo ensangrentado, y que después yo tuve que lavar.

"Esas matanzas se transformaron en un rito, todo muy controlado. Sin gritos para darse coraje, ni muestras de arrepentimiento por haber asesinado a sangre fría a una persona indefensa. Al pasar escuché algunos de los comentarios que se hacían entre ellos. 'Yo lo hice por solidaridad', dijo uno. 'Yo también, por solidaridad con vos', le respondió el otro como sacándose la culpa, porque si uno lo hacía lo tenían que hacer todos. Lo que habían hecho había sido por solidaridad hacia el otro, decían. La cosa era que todos tuvieran las manos ensangrentadas por igual.

"Yo lo presencié, y no lo puedo olvidar. Nunca, como la pileta, el tacho, como las mordeduras de perros de guerra (Emocionado). Yo te digo que la

realidad supera a la ficción.

"Cuando los grupos que llegaban al campo eran grandes, las eliminaciones eran grandes. Yo he visto subir hasta ochenta ejecutados en el camión que llevaba sus cuerpos hasta la pista de aterrizaje donde eran cargados, como ya te conté, en aviones que enfilaban mar adentro.

Muerto al llegar

"La vida no valía nada. Una noche, estaba de turno en la radio, durmiendo, cuando me despertó un llamado en el que se me avisaba que iba a llegar un auto llevando a una 'mariposa' -un detenido-, por el camino verde, uno de los accesos a 'El Campito'. Había dos, tres y hasta cuatro caminos de acceso si querías venir cortando campo. Después de escuchar la radio, me quedé dormido de nuevo.

"La patota descargó al prisionero que estaba herido de bala en el piso, en la puerta de la sala de radio. 'Encárguense ustedes', le dijeron al oficial de turno, un gendarme, que no me despertó. Me tendría que haber llamado para que yo le tomara los datos, le asignara un lugar de alojamiento y en todo caso, lo hiciera atender por un médico. Pero él no me avisó. Me dejó durmiendo hasta que un disparo me despertó.

Salí rajando con la pistola amartillada y me encontré con que el oficial de servicio había ejecutado al hombre, porque, según dijo, sufría mucho.

"Lo mató en la puerta de la sala de radio y me lo dejó ahí para que yo me hiciera cargo de él. Ni lo toqué. Le dije al oficial de Gendarmería: 'Déjelo ahí, no lo toque, yo me encargo de él'. Después me arrimé al tipo, vi que el tiro había sido en la cabeza. Estaba agonizando; hacía esos sonidos guturales de los que están por morir. 'Llévalo, Petete', me insistió el oficial. Quería que lo sacara de ahí, que lo llevara al fondo. 'No, dejálo acá', le dije. Yo quería que los jefes vieran cómo habían sido las cosas; ya no se podía hacer nada. Esa persona había llegado malherida y de todas maneras no iba a salir vivo de ese lugar. 'Yo no puedo tocar nada sin orden', le dije como para que no me molestara más.

"El oficial ya sabía que para él la mañana iba a arrancar con problemas. No podía hacer lo que había hecho. ¿Cómo le iba a quitar ese festín a otros? La vida y la muerte eran una jurisdicción a la que él no tenía acceso. Yo me fui a dormir, bah, dormir no podía; me quedé encerrado en la sala de radio, no informé nada, no dí la novedad, nada. Dejé todo como estaba para que los demás tuvieran una idea de lo

que estaba pasando. Nadie tenía las pilas puestas, nadie se daba cuenta en dónde habíamos caído.

"Según dijo después el oficial, le pegó el tipo en la cabeza porque el hombre estaba herido de muerte y sintió que debía sacrificarlo para terminar con su sufrimiento. Tal vez lo hizo con esa intención, tal vez. Cosas como esas eran de todos los días."

(1) Alcaloide que se extrae de la nuez vómica, es uno de los venenos más violentos y mortales.

Capítulo XXII. Locura, convicción y pecados.

(Diálogo con el ex sargento Víctor Ibañez)

Primera creencia

-Por lo que hemos conversado, está claro que usted compartió tanto los argumentos como los objetivos de la denominada guerra antisubversiva.

-Llegué a creer que la subversión era mi verdadero enemigo, que se merecían el castigo que estaban recibiendo. Sí, desgraciadamente llegué a creer eso, lo confieso.

-Por lo tanto usted consideraba que eran necesarios los procedimientos utilizados en 'El Campito'.

-Se me rompía el alma, pero era tanta la manija que me daban que llegué a creer que estaba bien, que ese era el destino que merecían tener. Pensaba, y estaba seguro, que yo formaba parte del lado de la verdad; que todo lo demás no servía para nada. Que el destino de la Nación dependía de nosotros. Como nunca me ilustré, ignoraba que existía una justicia humana. Tribunales, jueces, leyes. Eran muchas las cosas que ignoraba. Ahora me doy cuenta de que nuestros jefes se nutrían de cuadros ignorantes como yo, así como de otros personajes, digamos irregulares, para hacer el trabajo sucio.

-¿Usted se consideraba un combatiente antisubversivo?

-Si hubo una guerra, se combatió solamente en Tucumán (1). Yo no quiero mancillar con mis palabras a las víctimas de la subversión. Hubo camaradas míos que murieron como héroes. Pero no quiero mezclar. Alguna vez podré contar historias particulares, de compañeros muertos heroicamente en combate contra la subversión. Pero no es el momento de nombrarlos, hablaremos después, porque ellos merecen otras páginas, de gloria y honor, y no es eso justamente de lo que estamos conversando ahora. Ellos también fueron traicionados, su sangre fue

negociada. En Tucumán había que ser soldado de verdad, fue el único lugar en que se combatió. Era muy jodido caminar por el monte, donde apenas entraba la luz del sol y en cualquier momento podías caer en una emboscada preparada por estos tipos.

-Pero el objetivo era el mismo: el aniquilamiento total.

-La diferencia es que ahí, en el monte, podías llegar a ver la cara del enemigo, sabías que te podía matar. Sin embargo acá, en Buenos Aires, pese a que los jefes militares nos exigían mantener una actitud de lucha permanente, te encontrabas con que tu enemigo ya estaba vencido, humillado, atado, encapuchado. Así me lo presentaron. Pero como militar nunca pude comprobarlo en la batalla. ¿Cuál es la diferencia? Que me encontré con un enemigo ya derrotado, contra el cual nunca había luchado. Se trataba de seres indefensos, de menores, mujeres, ancianos. Yo, que quería agarrarme a los tiros, me terminé preguntando si ese era mi enemigo. ¿Un argentino como yo, gente como cualquiera, familias enteras? ¿Dónde estaban las fuerzas del mal, los terroríficos guerrilleros? Yo me había imaginado otra cosa, enfrentarme con subversivos de verdad.

La realidad no cree en lágrimas

-Cuando le anunciaba a un prisionero que iba a ser 'trasladado', ¿solía preguntarle sobre su destino?

-En esos momentos no hablaba con ellos. Cuando empezaban a llamar a los que estaban en la lista yo me encerraba en algún lugar. Nunca estaba con ellos. Me escondía.

-¿No cree que debería haberles advertido que iban a ser asesinados?

-No podía hacer nada, por eso me escondía. No podía consolarlos y mucho menos decirles la verdad, porque los verdugos me observaban. Todos teníamos miedo.

-¿Ni siquiera le avisó al Charro? (2)

-Yo lo sentí mucho. Lloré por el Charro. Lloraba mucho, no solamente por él. Lloraba en silencio. Nunca pude saber cuál fue su culpa, qué hizo, qué dejó de hacer, nunca nada. No sé si lo llevaron al campo por el capricho de alguien, si era casado, soltero. Supe que era un tipo muy de la vida, bohemio, un caminador; un

tipo de mundo. Se las sabía todas. Fue mi amigo.

-¿Cómo era su vida fuera del campo?

-Yo vivía con mi vieja en un departamento sobre la calle San José, en San Miguel. A ella no le contaba nada de lo que pasaba en Campo de Mayo, aunque con el tiempo le fui explicando algunas cosas, más o menos. Porque ella se dio cuenta de que algo me pasaba. Claro, yo estuve a punto de volverme loco. Nosotros vivíamos en un primer piso y me paseaba desnudo por los pasillos del edificio, bajaba las escaleras con una cruz en la mano. Dice mi vieja que andaba como sonámbulo, que no sabía lo que hacía. Eso me pasó al poco tiempo de estar en 'El Campito'. Abajo de mi casa vivía un matrimonio que se terminó yendo, entonces yo alquilé ese departamento. Ahí abajo me pasó de todo: veía demonios, se me presentaban los espíritus, salía con la cruz, lo llamaba a mi hermano, que estaba arriba, y le pedía que viniera a dormir conmigo. Después me llegaron las crisis depresivas, mis tremendos traumas. Algo me pasaba y no me daba cuenta. Mucho tiempo después, en el 84, sufrí mi primera crisis, cuando tomé conciencia de las causas.

Los días y las noches de Ibañez en el campo

-¿Alguna vez le asignaron interrogar a un prisionero?

-No, nunca.

-¿Fue testigo de interrogatorios, sesiones de tortura?

-Generalmente me refugiaba en la cocina, que estaba a la vuelta de la oficina de los interrogadores. Desde ahí escuchaba los gritos de la gente; todo el tiempo.

-¿Presenció interrogatorios con aplicación de tortura?

-Presenció interrogatorios así, pero sólo al entrar y salir de la oficina llevando cosas. Veía a un tipo tirado en la parrilla, mientras le alcanzaba al interrogador el café que me había pedido. Pero nunca me quedé a presenciar un interrogatorio.

-¿Nunca sintió curiosidad?

-No, porque en ese aspecto yo era flojo. A mí el sufrimiento no me gusta. Entraba a la oficina fugazmente para llevar café, agua y otras cosas. Yo me

quedaba dos, tres minutos y miraba lo que estaba pasando, pero enseguida me iba. Después pusieron un portero eléctrico, un sistema para evitar que entrara alguien sin autorización. Tenían un parlantito por donde hablaban: "Sí, comprame puchos, traeme esto, aquello".

-¿Quiénes determinaban el destino de los secuestrados?

-Los que disponían de las vidas de los detenidos eran los interrogadores.

-Entre ellos, ¿quién era el más destacado?

-El Alemán (3). Me parece que era de la Prefectura.

-¿Cuál era su comportamiento?

-Era el que les hablaba a los detenidos antes de cada vuelo. Les decía: "Ahora les vamos a dar una vacuna para evitar enfermedades antes de pasarlos a disposición del Poder Ejecutivo". Una vez una señora le dijo: "No mienta; no mienta porque morir ahora o morir después es lo mismo. Diga la verdad: esa vacuna es para asesinarlos". "Por favor, me hacen callar a esa señora. ¿No ven que pone nerviosos a los demás?", respondió a los gritos el Alemán. Esa mujer estaba en lo cierto. "No mienta, no mienta. Máteme acá si quiere, qué vacuna ni vacuna", le decía desde adentro de la capucha que tenía puesta. Una señora realmente valiente. (Ibañez lloira). El Alemán tomaba la iniciativa, yo no sé si tenía órdenes de arengar a los prisioneros o lo hacía de puro comedido.

-¿El Alemán era uno de los jefes del grupo de interrogadores?

-El no era importante, era un pinche.

-¿Quién era el importante?

-Nadie era importante.

-En una estructura militar siempre hay jerarquías.

-Sí, pero en ese lugar no las había.

-¿Acaso se trataba de un grupo anárquico? Es difícil de creer entre militares.

-Sí, era una especie de anarquía. Porque yo respetaba a mi superior, como cabo que era. Respetaba al cabo primero porque tiene mayor jerarquía. Así debía ser. Pero por arriba nuestro había militares, policías y civiles.

-Pero usted debe saber quiénes eran las voces cantantes.

-No te digo que cada cual atendía a un grupo distinto de interrogadores. Los jefes eran Verplaetsen (4) y Schettini (5).

Dios de lejos

-Usted menciona reiteradamente a Dios. ¿Es su refugio o su defensa?

-Como te conté, los domingos, cuando tenía franco en el campo, me iba a escuchar misa a San Miguel, pero no entraba. Me quedaba sentado en la plaza. Era invierno y pese al frío no podía moverme del banco. Ahí me quedaba llorando. (Llora)

-¿Por qué no entraba a la iglesia?

-Porque sentía que era como reírme de Dios. Yo era indigno de Dios. (Llora). No podés estar con Dios y con el diablo. Estás con uno o con el otro. Pero me encontré con muchos que también pasaron por "El Campito" y entraban a la iglesia sin ningún pudor. Terrible. Nadie me podía comprender. ¿Con quién podías hablar? Con nadie, con nadie. ¿A qué médico podías ir? Te sacaban rajando. ¿A qué sacerdote? No le pido a Dios que me perdone, lo único que le pido es que me comprenda: yo caí en el infierno con toda inocencia.

-¿Cuándo se decidió a contar lo que pasó en "El Campito"?

-Es injusto lo que hicieron, cómo arruinaron la vida de tantas personas. Todavía no estoy repuesto del todo, pero me siento mejor. Se lo debo a mi fe en Dios, a mi arrepentimiento. Trato de llevar una vida social normal, voy al club con los chicos, voy a misa, voy a la iglesia evangélica, también voy al cabaret. A veces necesito un tirito al aire, como la otra noche que después de hablar con vos me fui a un piringundín del Once.

-¿Y ahora?

-Vendí todas mis armas, hasta mi sable largo. No quiero tener armas, nunca más. Quiero mi Biblia, mis recuerdos de cuando era chico, esas cosas. Cuando se

me cruza alguien que está bajoneado, compañeros de trabajo que vieron muchas cosas sucias, lo único que se me ocurre es ofrecerles la Palabra de Dios.

(1) Se refiere al Operativo Independencia, dispuesto en febrero de 1975 por la entonces presidente María Estela Martínez de Perón, con el objetivo de combatir a la Compañía de Monte, perteneciente al ERP, instalada en la provincia de Tucumán.

(2) Ver capítulo 11, "Dos en la memoria".

(3) El Alemán es el seudónimo de un torturador, también citado como perteneciente a la Policía Federal. (Ver Capítulo 9: "En el nombre de Dios").

(4) El coronel Fernando Ezequiel Verplaetsen fue jefe de Inteligencia del Comando de Institutos Militares y tuvo a su cargo las tareas de logística y construcción del campo de concentración en Campo de Mayo.

(5) Ver Capítulo 5: "La guerra menos semejante".

Capítulo XXIII. No pasa nada.

(Informe de situación)

Fuerzas Armadas y Derechos Humanos

Fuera de los límites de los campos de detención, el mundo exterior disfrutaba de una convenientes irrealidad. Mientras bajo su mando se llevaba a cabo el mayor y más cruel genocidio de compatriotas del que se tenga memoria, los jefes del Proceso de Reorganización Nacional declaraban lo siguiente:

"Hay minorías que atentan contra nuestro sentir y contra nuestro estilo de vida. Contra esas personas que atentan contra los intereses de la mayoría, la totalidad del pueblo argentino, el gobierno tiene la firmeza de manifestar la plena vigencia de los derechos humanos que esas minorías niegan a través del atentado, el secuestro, la extorsión y la intimidación pública".

Teniente general Jorge Rafael Videla, 13 de agosto de 1977

"Nosotros también demandamos protección para nuestro pueblo de los elementos subversivos que destruirían sus derechos humanos con acciones contra el Estado y el pueblo".

Teniente general Jorge Rafael Videla, 1° de febrero de 1978 (1)

"...en el país no hubo ni puede haber violación alguna de los derechos humanos. Ha habido una guerra, una guerra absurda, desatada por la barbarie alevosa y criminal, guerra que a pesar de estar dirigida no sólo contra el pueblo, sino contra un sistema de vida que es sostenido por un gran número de naciones en el mundo, debió ser enfrentada y resuelta sólo por los argentinos".

Teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri, durante el acto conmemorativo del quinto aniversario del Operativo Independencia (2)

"Las Fuerzas Armadas están luchando para reivindicar los derechos humanos contra la subversión atea que pretende negarlos".

Almirante Emilio Massera, en declaraciones a la revista "Familia Cristiana"
(3)

"El respeto por los derechos humanos es una ininterrumpida tradición argentina, institucionalizada en nuestra Constitución y respetada inequívocamente desde siempre y para siempre, actitud ésta que el Ejército hace suya permanentemente como parte integrante del cuerpo social de la Nación (...) El Ejército argentino ha condenado y condena toda violación a los derechos humanos, cualquiera sea el sector ideológico que los viole".

Comunicado en forma de editorial difundido por el Ejército en Radio Belgrano el 7 de marzo de 1977

"Cuando la lucha entablada contra quienes agredieron a nuestra Patria, a sus instituciones y a nuestros compatriotas comenzaba a transitar por la etapa que permitía visualizar la victoria, afirmamos que la paz no es ausencia de conflicto, sino la capacidad de asumirlo y tornarlo manejable dentro de la ley; sostuvimos también que para lograrlo debía superarse el hábito de violencia que engendra la guerra y desarmar los espíritus, reemplazando el odio por el amor y la tolerancia.

El Ejército reconoce el dolor que significa tener en la familia, o entre las amistades, alguien que enfermó de soberbia y creyéndose poseedor de la verdad, toma a la agresión irracional como su modo de vida. La institución lo comprende, pero no lo puede justificar, porque su servicio a la Nación la obliga a asumir la defensa del derecho de todos".

Editorial del Ejército difundido por radio (4)

"Es lamentable qué poco se dice en los Estados Unidos del desprecio de los terroristas por el más fundamental de los derechos humanos: la vida misma. Pienso que la Argentina ha encarado constructivamente muchas de las críticas sobre derechos humanos que fueron lanzadas contra el gobierno en los últimos meses. Como ser humano tengo esperanzas de que este esfuerzo continúe".

Declaraciones del jefe de la Subcomisión de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Gus Yatron, de visita en nuestro país, luego de una prolongada entrevista con el teniente general Videla. 19 de agosto de 1977.

"La subversión que soportamos, como modo de acción del terrorismo internacional, ha quedado al descubierto, y hoy, los mismos que inconscientemente se preocuparon de los derechos humanos de nuestro país, enarbolan la bandera esgrimida por nuestro sentir, de defender esos sagrados derechos del ser, ante la irracionalidad criminal de quienes en la muerte y el terror sustentan sus propias y enclaustradas vidas".

Jefe del Estado Mayor de la Armada, vicealmirante Armando Lambruschini. 24 de noviembre de 1977.

"Bajo el mando del almirante Emilio Massera, la Armada Argentina se está convirtiendo en la rama militar argentina más receptiva ante la política de derechos humanos de la administración del presidente Carter".

Comunicado del Consejo de Asuntos Hemisféricos de Washington. 19 de diciembre de 1977.

En ocasiones, los jefes militares, presionados por las preguntas de los periodistas de medios extranjeros, llegaron a reconocer parte del ocultamiento:

"Esta guerra que libramos contra los delincuentes subversivos ha producido suciedades (...) En una acción represiva dispersa como la que las Fuerzas Armadas argentinas desarrollan contra los grupos guerrilleros, es difícil el control total desde los estratos más altos".

Teniente general Jorge Rafael Videla en Washington. 8 de septiembre de 1977. *

"Debemos aceptar como una realidad que en la Argentina hay personas desaparecidas. El problema no está en asegurar o negar esa realidad, sino en saber las razones por las cuales estas personas han desaparecido. Hay varias razones esenciales: han desaparecido por pasar a la clandestinidad y sumarse a la subversión; han desaparecido porque la subversión las eliminó por considerarlas traidoras a su causa; han desaparecido porque en un enfrentamiento, donde ha habido incendios y explosiones, el cadáver fue mutilado hasta resultar irreconocible. Y acepto que puede haber desaparecidos por excesos cometidos durante la represión. Esta es nuestra responsabilidad; las otras alternativas no las gobernamos nosotros. Y es de esta última de la que nos hacemos responsables: el gobierno ha puesto su mayor empeño para evitar que esos casos puedan repetirse".

Teniente general Jorge Rafael Videla en la televisión norteamericana. 14 de

septiembre de 1977.

"En toda guerra hay personas que sobreviven, otras que quedan incapacitadas, otras que mueren y otras que desaparecen. La Argentina está finalizando esta guerra y, consiguientemente, debe estar preparada para afrontar sus consecuencias. La desaparición de algunas personas es una consecuencia no deseada de esta guerra".

Teniente general Jorge Rafael Videla a un grupo de periodistas japoneses. 12 de diciembre de 1977.

"Durante la lucha antisubversiva, se produjeron numerosos hechos de indisciplina y delitos de diferentes características. Nosotros, desde el Consejo Supremo, juzgamos a alrededor de 300 oficiales y suboficiales acusados por delitos que iban desde los saqueos a los homicidios y violaciones, especialmente esto último (...) Desde el Consejo Supremo insistimos en reiteradas ocasiones para que se dieran a publicidad, pero la respuesta que siempre recibíamos era que no se podía dar la imagen de un Ejército de violadores y ladrones".

General Tomás Sánchez de Bustamante, director del Instituto Sanmartiniano y miembro del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas hasta 1984.

Mientras los comandantes aceptaban públicamente que se habían cometido ciertos errores, a los que llamaron "excesos", para descomprimir los reclamos que llegaban desde el exterior, la segunda línea de la cúpula militar, que estaba directamente comprometida con la represión ilegal, se negó frontalmente a desplazar hacia el campo del error lo que consideraban una acertada estrategia victoriosa.

Los generales involucrados temían que los comandantes descargaran sobre sus espaldas la responsabilidad de las violaciones a los derechos humanos. El general Santiago Riveros no perdió el tiempo, y el 12 de febrero de 1980, en su discurso ante la Junta Interamericana de Defensa que sesionó en Washington, aclaró: "Hicimos la guerra con la doctrina en la mano, con las órdenes escritas de los comandos superiores; nunca necesitamos, como se nos acusa, de organismos paramilitares. Esta guerra la condujeron los generales, los almirantes y los brigadieres... La guerra fue conducida por la Junta Militar de mi país a través de sus Estados Mayores". (5)

Noticias de ayer

El mismo 24 de marzo de 1976, la Junta de Comandantes advirtió mediante su comunicado n° 19, que sería "reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiere, divulgara o propagara noticias, comunicados o imágenes con le propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las fuerzas armadas, de seguridad o policiales".

En su edición de abril de 1976, la revista "Cuestionario" publica, bajo el título "Los diarios en cadena", la siguiente crónica:

"El 25 y 26 de marzo se produjo, en la Argentina, un hecho inédito: los diarios entraron en cadena. Todos publicaban exactamente lo mismo: comunicados oficiales, sin el menor agregado ni la más tenue opinión. El 27 se levantó la cadena, pero los diarios siguieron -salvo en lo formal- indiferenciados. Fue una repentina toma de conciencia, a través de la cual comprendieron lo disgregadora que puede ser la prensa. Para muchos, era previsible: los diarios argentinos, en general, suelen ensañarse con los gobiernos débiles y volverse exageradamente dóciles ante los gobiernos fuertes. En 1966 eso quedó bien claro: de la osadía, el inconformismo y la impiedad exhibidas para con Illia, pasaron al recato, el colaboracionismo y la sumisión para Onganía. No sería la última transición de la heroicidad a la disciplina. Sólo unos pocos diarios -como el impopular La Prensa- han mantenido siempre un tono constante. La mayoría se dedica, por épocas a rasgarse las vestiduras, y por épocas a hacer buena letra."

Censura y castigo

Lo cierto es que una férrea censura se desplegó sobre los medios de comunicación. En ocasiones resultó curiosa. El flamante secretario de Prensa y Difusión del gobierno militar, capitán de navío Luis Jorge Arigotti, despachó a todas las redacciones un texto que contenía los "Principios y procedimientos a que deberán ceñirse los medios de comunicación masiva", tal su título.

En él se mencionaba como "principios": "Inducir a la restitución de los valores fundamentales que hacen a la integridad de la sociedad, por ejemplo, orden, laboriosidad, jerarquía, responsabilidad, idoneidad, dentro del contexto de la moral cristiana".

El cuarto "principio" indicaba que los medios deberían "ofrecer y promover para la juventud modelos sociales que respondan a los valores mencionados en 1, para reemplazar y erradicar los actuales". Más adelante, el sexto punto ordenaba: "Propender a la atenuación y progresiva erradicación de los estímulos fundados en

el sexualismo".

En cuanto a los procedimientos, figuraban, entre otras, estas normas: "No incursionar en terrenos que no son de debate público por su incidencia en audiencias no preparadas (no educadas) o ajenas a su edad física o mental"; "Eliminar toda propagación masiva de la opinión de personas no calificadas o sin autoridad específica para expresarse sobre cuestiones de interés público. Esto incluye reportajes y/o encuestas en la vía pública".

Si bien es cierto que estas y otras normas de censura jamás hubieran podido lograr lo que hicieron ciertos editores compenetrados en su mismo sentido, las recomendaciones fueron efectivas sobre la prensa en general y los diarios en particular.

De todos modos, pese a la poca información que llegaba a las redacciones, ya que la censura comenzaba por las propias agencias de noticias, fueron los diarios quienes más desarrollaron su creatividad para publicar cierta información sin que se notara que se estaba haciendo. Los avances, sin embargo, fueron lentos.

Lograr el control de los medios masivos resultó una tarea relativamente sencilla para el gobierno de facto. Desde la asunción del gobierno justicialista, en 1973, la mayoría de los medios electrónicos de comunicación habían pasado a manos del Estado. Los cuatro canales de televisión y la mayoría de las emisoras radiales estaban a cargo de interventores de la administración justicialista, y a los militares les bastó con reemplazarlos por sus propios funcionarios para acceder a su manejo directo. De ahí en más, a través de la radio y la televisión, se instaló en la población la obligatoriedad de percibir y difundir un solo mundo, el que los altos mandos castrenses determinaron que debía existir.

A esta ventaja se puede agregar que entre los medios gráficos no eran pocos los que apoyaban la intervención militar, al menos en sus inicios, pese a conservar hasta donde les era posible su propia identidad editorial. Fue en los medios independientes -los que no integraban un grupo editorial- donde el periodismo pagó la mayor parte de su tributo.

Durante los primeros meses del régimen militar, fueron secuestrados 45 periodistas, a los que se sumaron otros 39 desde 1977 hasta 1979. Nunca más se supo de ellos. En total fueron 84 los periodistas desaparecidos, un centenar con mejor suerte fueron encarcelados sin causa judicial alguna, mientras que otros abandonaron el país rumbo al exilio.

De todos modos es inevitable dar por cierta una presunción generalizada: no es posible desinformar a toda una población durante tanto tiempo, tres años al menos, sin la participación necesaria de aquellos cuyo deber era el de informar.

Políticos en su tinta

Todo indica que los dirigentes políticos optaron por autodesaparecerse transitoriamente apenas se produjo el golpe militar que derrocó a la presidente María Estela Martínez de Perón.

Líderes partidarios, gremialistas, legisladores y funcionarios se mostraron convencidos con sus declaraciones y actos de que la intervención militar era "inevitable". Fueron víctimas de su propio pronóstico y un contagioso escepticismo paralizante se apoderó de todos ellos. Salvo durante este día frente a la tesorería del Congreso, cuarenta y ocho horas antes del golpe de Estado, cuando un nutrido grupo de legisladores con cuyo número se alcanzaría el quorum, pujaban por obtener un anticipo de sus dietas, argumentando los más diversos motivos personales.

Desde ese episodio hasta mediados de 1978 no se registran señales de ellos en los archivos periodísticos.

Recién el 20 de agosto de 1978, luego de demandas aisladas presentadas ante la Junta de Comandantes por parte del radicalismo, una agrupación justicialista encabezada por Angel Federico Robledo y el ex presidente Arturo Frondizi, finalmente logró reunir a un grupo de representantes de la política argentina, quienes elaboraron un pronunciamiento dirigido "Al gobierno de las Fuerzas Armadas y al pueblo argentino", en ese orden.

El documento fue suscripto a título personal, debido a la prohibición que regía para las actividades partidarias, por 29 dirigentes entre los que se encontraban los titulares de los partidos: Deolindo Felipe Bittel, del Justicialista; Arturo Frondizi, del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID); Vicente Solano Lima, del Conservador Popular, y Simón Lázara, del Socialista Unificado.

El pronunciamiento consideraba urgente y necesario "...que el gobierno y el país convaliden la democracia con las actitudes consiguientes".

Las demandas ante la Junta por parte de los políticos fueron en aumento a medida que se desgastaba el gobierno militar. El pronunciamiento más completo fue el suscripto por Deolindo Felipe Bittel, Vicente Solano Lima, Simón Lázara,

Miguel Monserrat, José Antonio Allende, Enrique de Vedia, Fernando Nadra y Francisco Cerro, entre otros, y difundido el 18 de noviembre de 1978.

El documento reclamaba "restablecer de inmediato el estado de derecho" ya que, a su entender, "es el único modo de que la vida y la libertad de nuestros conciudadanos se encuentre garantizada contra el terrorismo, cualquiera sea su signo..." Los autores dedicaron un párrafo a la violencia, sin más detalles, la que consideraron derrotada, ya que "los intereses antiargentinos o las diversas incidencias del poder mundial no han podido desviar esa vocación nacional por el pacifismo".

Inmediatamente después, aseguraban: "Concluida la guerra contra la subversión", debía derogarse el estado de sitio y todas las restricciones sobre los partidos políticos y organizaciones sindicales; y que debía "darse respuesta a los familiares de los desaparecidos y secuestrados y poner término a los arbitrarios procesos existentes".

Más adelante se aseguraba: "La política no es ajena a ningún sector. Afirmar la asepsia política de las Fuerzas Armadas (...) es pensar en un país irreal, por lo tanto debe pensarse en un proceso sin exclusiones..."

En el primer aniversario del golpe, el 24 de marzo de 1977, el diario "La Opinión" publicó una serie de entrevistas a dirigentes de varios partidos políticos, bajo el título "El silencio de los políticos". Allí aparecían opiniones como estas:

Angel Federico Robledo (PJ): "El justicialismo como entidad debe expresar su preocupación por la libertad de presos que han sido detenidos por motivos políticos o en ejercicio de cargos políticos, deslindando su apartamiento de toda acción vinculada a la violencia, cualquiera sea la ideología de sus protagonistas (...) El primer paso de toda apertura política deberá ser la concreción de un programa de unidad libremente acordado entre los sectores políticos y no políticos del quehacer nacional y las Fuerzas Armadas".

Raúl Alfonsín (UCR): "Es impostergable viabilizar la participación porque no podrá encontrarse nunca mejor instrumento para combatir la violencia. Los partidos políticos son indispensables para resolver el problema de la participación en el marco de la democracia representativa (...) Digamos desde este ángulo que la guerrilla no es otra cosa que la desobediencia definitiva e irreductible, por lo que la lucha contra ella está estrechamente ligada a la necesidad de obtener la obediencia respetuosa de la dignidad humana de la enorme mayoría".

Juan Carlos Pugliese (UCR): "Las Fuerzas Armadas tienen que producir cuanto antes la convocatoria para ver si hace falta una ley de partidos políticos o de asociaciones profesionales, para que los sindicatos se ocupen de lo que les corresponde y no de política partidista (...) Aspiramos a sentarnos en una mesa y a poner en borrador qué es lo que en realidad queremos (...) Lo importante es si se reconoce o no la existencia necesaria de los partidos. Si como para Pinochet los partidos son vehículos de la subversión, es mejor decirlo cuanto antes. Si no se entiende así, también hay que decirlo, para comprendernos mejor y, de ese modo, derrotar a la subversión en el campo de la paz. (...) Es necesario comprender que la voluntad mayoritaria el pueblo acompaña a sus Fuerzas Armadas en la medida en que éstas entiendan la necesidad de reprimir a sus interesados colaboradores y poner en práctica procedimientos que aseguren la paz y no sobremilitaricen la represión".

Fernando Nadra (PC): "Han madurado las condiciones en el país para una apertura política, pero no se trata, naturalmente, de hablar ya de elecciones, como rumorean algunos sectores, sino de comenzar entre el pueblo y los sectores aperturistas del gobierno un trabajo en común para hallar formas de participación ciudadana (...) La violación de los derechos humanos por parte de la ultraizquierda con política falsa y aventurera es efectiva, pero lo que el país no ve, todavía, son medidas concretas para terminar con los grupos de ultraderecha".

¡¿.....?!

En noviembre de 1978, los directivos del Círculo de Ex Legisladores, encabezados por el ex diputado nacional Vicente Mastolorenzo, se acercaron hasta la Casa de Gobierno para entregarle en mano al entonces presidente Jorge Rafael Videla la invitación oficial a presidir la cena anual del Círculo.

Videla quedó en hacer todo lo posible por concurrir, pero argumentó que debía consultar sus compromisos contraídos para ese día. Sin embargo, el general necesitaba tiempo para consultar con su entorno de confianza qué debía hacer; ni siquiera el muy circunspecto jefe militar pudo eludir el natural desconcierto. El hombre que había cerrado el Parlamento era el invitado de honor de aquellos que por haber ocupado una banca en su recinto eran los depositarios de su memoria.

El 2 de agosto de 1978 un centenar de ex legisladores, entre los que se encontraban algunos ex ministros, recibieron con un aplauso el ingreso del presidente de facto a los salones de la confitería "El Molino".

El episodio no es una anécdota más. En la mesa de honor, a la derecha de Videla se ubicó Vicente Mastolorenzo, quien había ocupado una banca en representación de la Unión Cívica Radical en el Congreso disuelto por la Junta de Comandantes. A la izquierda del presidente de facto estaba sentado Mauricio Scatamacchia, quien había sido diputado por el justicialismo. Distribuidos en las mesas había representantes de todos los partidos políticos. Justo enfrente de Videla se ubicó la nutrida representación de ex legisladores radicales, encabezada por el presidente del partido, Ricardo Balbín.

- (1) Despacho de la agencia de noticias EFE, procedente de Nueva York.
- (2) Diario "La Opinión", 10 de febrero de 1980.
- (3) Diario "Clarín", 13 de marzo de 1977.
- (4) Diario "Clarín", 17 de abril de 1978.
- (5) Diario "La Prensa", Buenos Aires, 28 de febrero de 1980.

Capítulo XXIV. Nido de ratas.

(Diálogo con el ex sargento Víctor Ibañez)

-Usted sugirió que uno de sus compañeros de logística, conocido como "Angel" (1), era una mala persona.

-Es que parecía que gozaba con lo que hacía. Era un sádico. Golpeaba frecuentemente a esa pobre gente, les pegaba sin motivo. Cuando se calentaba mezclaba el guaraní con el castellano; yo no le entendía nada. Mala persona.

-¿Era su jefe?

-Era un compañero más. Cabo del Ejército y celador, como lo era yo. Tendría un poco más de antigüedad, no más que eso.

-¿Usted y él estaban a cargo del mismo pabellón?

-El no estaba en mi pabellón, yo nunca lo dejaba entrar. Tenía a su cargo un pabellón chico, más distante, en la parte del frente, cerca de la entrada. Ahí tenían encerrados a los de máxima peligrosidad. No te olvides que los detenidos estaban clasificados. Yo digo de mayor peligrosidad aunque no sé qué grado de peligrosidad tendrían, si estaban totalmente indefensos. "Angel" tenía un grupo más pesado que el mío. Los golpeaba mucho y sin motivo, para divertirse, a pesar de que ninguno de nosotros podía tocarle un pelo a los detenidos. Lo teníamos prohibido.

-¿Alguna de las detenidas fue violada?

-No, no.

-Un testimonio afirma que varias mujeres fueron violadas durante su cautiverio, incluso algunas de ellas estaban embarazadas.

-Nunca vi algo así. Hay cosas que no puedo contar porque no las vi. Al principio trabajaba 24 horas corridas y con 48 horas de franco. No sé qué pasaba en

esas 48 horas.

-Con toda seguridad, "Angel" no fue el único sádico del equipo de logística que usted integraba.

-Supe de un personaje, un sargento joven que no era de mi grupo, al que le decían "Viborita". El inventó un sistema para arrojar los cuerpos desde el avión. Como era paracaidista, se le ocurrió un sistema de correas similares al que usan los paracaidistas. Ese tipo era muy sanguinario. Hoy me encuentro con camaradas y me preguntan por "Viborita".

-¿Por qué le preguntan por él?

-"Viborita" o el "padre Francisco", como se hacía llamar. No sé por qué me preguntan por él. Debe ser porque se hacía notar por su maldad. Y eso que era difícil destacarse. En "El Campito" había mucha gente maligna.

-¿Cómo quiénes?

-Los había de Ejército y también entre los gendarmes, aunque fueron los menos. Un muchacho que fue celador y ahora le está haciendo juicio a su fuerza, me contó las cosas que un gordo, oficial de Inteligencia que ahora debe tener el grado de comandante mayor en Gendarmería, le hacía pasar a su propia gente. Parece que cuando este oficial, cuyo apellido empieza con "Ch", acompañado por otro con un apellido que empieza con "C", cuando estaban de servicio en el campo, antes de entregar la guardia al relevo, hacían desnudar a todo el personal. Y mientras uno les revisaba la ropa y todas sus pertenencias, el otro los obligaba a agacharse abriendo los cachetes del culo para ver si llevaban mensajes ocultos de detenidos para entregar a sus familiares. Esas humillaciones eran comunes. Muchos quedaron psíquicamente tocados y hoy se tienen que hacer atender. Eso hacía el gordo ese. Yo lo vi al tipo, muy prepotente.

-¿Cuál es el nombre de ese oficial?

-Chavez es el apellido, ponelo en el libro. El hizo barbaridades con su propia gente. Yo creo que sus hombres le tenían miedo, porque el gendarme viene del interior, es un hombre duro, pero también de corazón blando. Gente del interior que podía llegar a sentir piedad por los prisioneros. Entonces los controlaba.

-¿Alguna vez vio al ex teniente coronel Seineldín recorriendo el campo?

-No recuerdo haberlo visto.

-Usted mencionó que pasaron muchos militares, algunos como observadores. Y Seineldín prestó servicios en ese Comando.

-Para algunos, ese era un lugar de diversión, como visitar un museo. Iban de curiosos, para informarse, para ver cómo era. Lo tomaban como una materia más, seguramente, dentro de su instrucción militar.

-¿Llegó a ver a Roberto Quieto (2) en el campo?

-No recuerdo.

-Sin embargo, "Falcón" (3), su compañero, dice haberlo visto.

-El que fue mi compañero era otro Falcón, enfermero. Ese que mencionás era carpintero. Nunca tuve un compañero de mi curso en el campo, era el único de mi promoción en el lugar. Ahora, lo que dijo ese otro Falcón es cosa de él. Yo no lo recuerdo.

-¿Cuál era la actitud de los oficiales dentro del campo?

-Eran más fanáticos que los suboficiales, pero con doble juego. Yo presencié interrogatorios a los que eran sometidos los detenidos ya destinados a salir en libertad. Gente que permanecía en el campo uno o dos días, de la que se sabía que eran inocentes totales pero, antes de largarlos, igual eran pasados por la máquina. En esas sesiones escuché a los oficiales que se decían entre ellos: "Dele usted, que sabe hacer doler, mi principal"; "Ahora métale máquina usted, cabo".

-¿Por qué hacían eso?

-Se hacían pasar por suboficiales para que el odio de la gente fuera hacia nosotros, para que los subversivos no diferenciaron el grado en sus atentados, que las balas fueran para todos por igual. Así los detenidos creían y les decían a los demás que eran los cabos y los sargentos quienes se ocupaban de torturar. No era verdad, al contrario. Aunque hubo muchos oficiales que también salieron llorando de esa oficina. Quizás yo soy la voz de muchos que no pueden decir lo que pasó (llora), porque no tienen el valor suficiente o porque están enfermos. Yo quiero ser la voz de aquellos que nunca se animaron a hablar y que hoy son víctimas de enfermedades psiquiátricas a causa de todo esto.

-¿Alguna vez un oficial se opuso a los métodos utilizados en el campo?

-A veces llegaba un doctor para ayudar a una médica detenida que pusieron a cargo del dispensario montado en "El Campito". Era un teniente coronel del Comando de Institutos que después ya no quiso venir más. Incluso se peleó con los jefes porque él decía que debía curar a los prisioneros para que después fueran torturados y eliminados; entonces se enojó con todos y no vino más. Muy buen hombre. Creo que era el jefe de la División Sanidad del Comando de Institutos en el año 1976. El es el que me dio los primeros días de licencia por agotamiento psíquico cuando salí del campo. Estaba tomándome esos días cuando se armó el despelote a causa de "Napoleón", y el coronel Ortiz me obligó a firmar la baja.

-¿Cuál era la actitud de los oficiales jóvenes?

-Muchos estaban de acuerdo, otros no. Creo que ya te hablé del capitán que se enamoró de una detenida que era totalmente inocente. Cuando a ella le tocó el "traslado", el capitán se mandó un cambiazo con otra detenida que iba a salir en libertad, las hizo pasar a una por la otra y así la salvó. Pero después los jefes se avivaron. El me decía: "¡A vos te parece que por prestarle el auto a un amigo al que descubrieron con bibliografía marxista la traigan a ella? No tiene nada que ver, cabo. Acá adentro hay mucha gente que no tiene nada que ver". Esa noche lo relevaron, una noche de frío helado, en pleno invierno. A la mañana siguiente, cuando fui a buscar el mate cocido, me lo encontré en el patio del Comando, adentro del auto con la pistola en la mano. Los vidrios y la carrocería del choche estaban congelados, blancos. El capot, levantado para que le diera el sol. Por tanto frío, el motor no arrancaba. Se quería ir porque estaba seguro de que lo iban a matar.

-¿Cuál era la actitud de los suboficiales en general?

-No sé cuál sería. Cada cual cumplía su misión. Te recuerdo que pactamos que, salvo algunos en particular, yo no iba a hablar de los que en ese momento eran mis compañeros.

-Sólo le pido que me narre algunos comentarios que hacían sobre la situación que se vivía dentro del campo.

-Conversé con muchos, todos más antiguos que yo (4). No te olvidés de que yo era un cabito moderno, tierno, mientras que algunos de ellos ya eran suboficiales principales a punto de terminar la carrera. Estaban de comisión una

semana y después se iban, porque los traían dentro de un sistema de rotación. Los únicos hijos éramos los cinco de logística. Ellos vieron, igual vieron lo que pasaba.

-¿Estaban de acuerdo con lo que sucedía en el campo?

-Me acuerdo de que un suboficial principal, del Liceo Militar, uno muy gordo, como Porcel (5), un buen hombre que estaba tranquilo económicamente. Tenía una agencia de remises, pero una agencia como las de antes, con una flota de autos potentes. En esa época estaban los Dodge Polara; él los tenía, era dueño. El gordo no estaba para esas cosas; le hizo mucho daño. "Vea mi principal", le dije el primer día, apenas llegó, y le mostré de lejos el bebedero de caballos donde estaban zambullendo la cabeza de un tipo que después murió. El me dijo, mientras miraba para todos lados: "¿Y si fuera inocente?". Al otro día, cuando vio que llevaban a otro detenido para el lado de los bebederos, se le tiró encima a un capitán y lo agarró del cogote. "¿Qué están haciendo? ¿Y si este hombre no es culpable? Paren. Yo no debería estar acá, esta no es mi misión, yo tengo que estar dando clases en el Liceo". Este principal le daba clases a los cadetes, no sé de qué materia, pero era muy preparado. Así decían. Al segundo día en el campo ya no aguantó más y pidió que lo sacaran. Y así pasó con muchos, muchos. "Esta no es la misión del soldado argentino", decían. Yo pensaba como ellos, aunque no lo podía expresar correctamente, era muy bruto, no tenía las cosas claras. No sabía pararme, no sabía dónde estaba, no sabía nada. Muchos protestaron. Pedían el relevo y no los relevaban. "Por favor, sáquenme de este infierno", les decían a los jefes. Esto también le pasaba a algunos oficiales jóvenes que rechazaban lo que ocurría; otros no, decían que ese era el método. Yo escuchaba, pero no podía decir que ese no era el método, porque corría el riesgo de terminar como los detenidos yo también.

(1) "Angel" es el seudónimo de un suboficial del Ejército destinado a las tareas logísticas del Campo, del que hasta el momento se desconoce su nombre verdadero (Ver Anexo 4)

(2) Roberto Quieto fue uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que se fusionaron con Montoneros en 1973. Fue secuestrado en la localidad de Olivos, en el norte del Gran Buenos Aires, en 1975. Algunas versiones indican que habría sido uno de los primeros prisioneros que llegaron a Campo de Mayo.

(3) Sargento del Ejército, carpintero. (Ver Anexo 4)

(4) En el Ejército los ascensos se otorgan por acumulación de años de

servicio prestados a la fuerza, salvo los grados superiores. La antigüedad significa mayor jerarquía, incluso no son pares lo que ostentan la misma jerarquía. Un sargento es el superior de otro sargento nombrado un año después. Entre los promocionados al mismo tiempo, además, aquellos con mayor puntaje son los superiores de los que obtuvieron menor puntaje en la Escuela o en su foja de servicios. No hay pares.

(5) Se refiere al parecido de ese militar con el actor Jorge Porcel.

Capítulo XXV. Bussi y los asesinos.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

"Cuando Bussi asumió como segundo al mando del Comando de Institutos Militares, yo todavía estaba en El Campito. Me acuerdo que un par de días antes de que viniera a inspeccionar las instalaciones en las que estaban alojados los prisioneros tuvimos que pintar el frente de los edificios, cortar el pasto, barrer las calles... nosotros a esa tarea le decíamos IBM: Intenso Boludeo Militar.

"Bussi llegó como si fuera Napoleón; a él le gustaba hacerle creer a los demás que era un general duro, que no te dejaba pasar ninguna irregularidad, al que había que rendirle todos los honores. Por lo primero que preguntó fue por el material secuestrado en los operativos, quería saber qué teníamos. Se ve que ya tenía en mente armar el museo de la subversión que hizo construir después.

"Pero salvo ese día, Bussi nunca más pisó El Campito. Me acuerdo que cuando empezó a correr la bola de que él venía de Tucumán, entre nosotros especulábamos que su relación con Riveros iba a durar poco, que se iban a hacer mierda entre ellos. Los dos eran de carácter muy podrido y se creían que eran héroes de la guerra contra la guerrilla.

"Pero yo sé cómo fue esa guerra. Entre las detenidas había madres que estaban en los pabellones junto a sus hijos, algunos grandes, de hasta once años. También pude ver cómo los interrogadores, que estaban divididos en cuatro Grupos de Tareas, cada uno a cargo de un sector o zona, ponían carteles en la puerta de sus oficinas que decían, por ejemplo: Maternidad Sardá o Se reducen sillas de ruedas. Eso es porque a algunos les tocaba estar a cargo de las embarazadas y a otros de los lisiados que llegaban en sillas de ruedas o con muletas. Entre ellos se hacían este tipo de bromas. Aunque parezca mentira, lo que te cuento es la verdad.

Los colchones suficientes

"A las mujeres embarazadas, cuando estaban a punto de parir, las llevaban al Hospital Militar que funcionaba dentro de Campo de Mayo. Después, ninguna

de ellas volvió al pabellón. No te puedo decir qué pasó después ni con los bebés ni con las madres. No lo sé.

"Tampoco te puedo decir cuántas fueron las mujeres embarazadas que pasaron por El Campito. Por momentos llegamos a alojar a más de 600 detenidos al mismo tiempo, era imposible saber qué pasaba con cada uno de ellos.

"Los pabellones estaban tan llenos que con otro muchacho, del que me reservo su nombre pero que después de todo esto también quedó loco, empezamos a hinchar las bolas por la falta de colchones. Caía y caía más gente y no había suficientes para todos; tampoco frazadas. Estaban durmiendo de a dos o tres por colchón de una plaza. A algunos los tuvimos que ubicar directamente en el piso, arriba de un trapito y sin ningún abrigo, en pleno invierno. "Tanto insistimos que al final cometimos un error. 'Ya está solucionado el tema de los colchones', nos dijeron un día. '¿Dónde tenemos que ir a buscarlos?', preguntamos nosotros. 'Ustedes no tienen que ir a buscar nada, ahora los vienen a buscar a ellos', nos respondieron. La solución fue eliminar a todos los que para ellos ya sobraban, y nos dejaron a uno por colchón. Después de ese día ya no pedíamos nada más. Así y todo, a los pocos días me mandaron al Colegio Militar a retirar 200 frazadas. '¿Y ahora para qué mierda me sirven si esta gente ya no está?', me pregunté. ¿Acaso esta gente me puede acusar a mí de cometer traición?

Los asesinos por su nombre (1)

"La dirección de El Campito, desde que comenzó a funcionar hasta que fue demolido, siempre estuvo a cargo de un teniente coronel. "Pertenece al Batallón 601, había sido jefe de Policía Militar de Campo de Mayo; un hijo de puta. Su nombre era Jorge Vosso.

"El hombre era de contextura grandota. tenía una voz muy grave. Siempre andaba calzado con botas de montar. Usaba un antiguop sobretodo marrón terroso que le llegaba hasta los tobillos, casquete verde oliva, una escarapela en el pecho y la fusta en la mano, como si fuera del arma de caballería, aunque era infante. Decían que usaba botas por prescripción médica porque tenía las piernas ulceradas de tanto chupar. Le decían 'empresario deshonesto' porque todo lo que tenía lo invertía en ginebra. Pero al final le quedó como sobrenombre 'La Parca'.

"Vosso era el verdugo, el responsable de la mayoría de las muertes en El Campito. Un borracho perdido que le tenía pánico a Riveros y que respondía ciegamente a todo lo que él le ordenaba. Una mala persona por vocación, que era la

herramienta más justa para los intereses de los jefes.

"Martínez Zuviría por ese tiempo era teniente. Ahora debe ser coronel del arma de Caballería. Una noche, en El Campito, habían empezado a matar a un grupo de prisioneros. Vosso siempre estaba al frente de esos trabajos. Entonces Martínez Zuviría, que estaba entre los oficiales del campo, se le acercó y le dijo: '¿Me permite, mi teniente coronel?' La Parca lo miró y le pasó el arma con un nuevo cargador. Este oficial mató esa noche a doce personas de un tiro en la cabeza. Cuando yo le pregunté por qué lo había hecho si no tenía nada que ver, si no estaba obligado a hacerlo, él me respondió: 'Lo hice por solidaridad con mi superior, eso es todo, cabo'. A Martínez Zuviría se lo conoció en El Campito con el apodo de 'Néstor'. Era un hombre de la alta sociedad, que participaba en competencias de salto y tenía caballos de polo. Creo que la familia tenía varios haras.

"Coronel era el apellido de un mayor de la Escuela de Artillería. Era un carnicero. A él le interesaba más quedarse con los bienes de los detenidos que la importancia que pudieran tener para los interrogadores. Buscaba la guita, la cuenta bancaria, el reloj; lo que fuera.

"Martín Rodríguez (2) era del mismo palo que Coronel. Su nombre de guerra era Toro, y pertenecía a uno de los Grupos de Tareas más temidos. Después me contaron que terminó procesado por un asunto de robos de autos. Él era el que, entre sesión y sesión de tortura, les hacía firmar a los prisioneros que eran capturados con su coche el formulario de transferencia para quedarse legalmente con sus vehículos.

"Raúl Capelli era médico. Ahora es el director del Hospital Militar de Campo de Mayo. En esa época era un tierno, teniente primero. Así y todo, formó parte de los Grupos de Tareas y es el responsable de muchas desapariciones. Me acuerdo que una vez le salvé la vida durante un enfrentamiento, porque él no tenía formación de combate. Era uno de los peores obsecuentes de los jefes. Como era psiquiatra, llegó a atenderme durante algunos años cuando empecé a tener mis crisis mentales debido a todo esto que te cuento. Vos le ves la cara de gordo bonachón que tiene y creés que se trata de un tipo inofensivo. Es por eso que yo ya no me guió más por las apariencias. Creo que Capelli en un par de años ya puede ascender a general.

"Carlos Alberto Ferrario en esa época era capitán. Fue uno de los más obsecuentes asistentes que tenía Bussi en Campo de Mayo para que lo asesorara en

temas legales.

La descendencia

"Hay muchos comprometidos con lo que pasó en Campo de Mayo. Entre ellos, gente que hoy sigue en actividad y está al mando de unidades del Ejército. Esto lo sabe muy bien el Jefe de Estado Mayor, Martín Balza. Yo creo que las Madres de Plaza de Mayo no están tan erradas cuando dicen que Balza no es tan inocente. El estaba haciendo un curso en Chile cuando se puso en marcha la Operación Cóndor, en la que los militares de la Argentina, Uruguay y Bolivia se pusieron de acuerdo para combatir la subversión.

"Quiero que quede claro que esto es sólo un pensamiento mío. Que yo no tengo pruebas. Pero me cuesta creer que Balza acepte que lo metan preso a Jorge Rafael Videla mientras él dice que nunca se enteró de lo que pasaba; que no sabe dónde está el cuerpo de Santucho, que no sabe de órdenes escritas, que esté al frente de un generalato cobarde que terminó haciéndole el juego a la subversión."

(1) Víctor Ibañez revela en esta parte de su relato la identidad hasta ahora desconocida de un grupo de jefes militares que participaron en forma directa en el exterminio de miles de personas. En algunos casos no se ha podido determinar el nombre de pila de los involucrados, aunque sí su apellido, el grado que tenían en ese momento y el arma a la que pertenecían. El testimonio fue registrado en el mes de enero de 1999.

(2) Ibañez lo menciona como Rodríguez Martín.

Capítulo XXVI. Solitario y triste final.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

Ultimo día en "El Campito"

"Marito había sido montonero, pero se pasó a las filas de los interrogadores. Incluso él mismo se ocupó de torturar a sus ex compañeros. Estaba con su mujer y los dejaban vivir juntos en una pieza para ellos solos, separados de los demás prisioneros.

"Era un buchón de los interrogadores, este Marito, les contaba si habíamos tomado vino, a qué hora nos acostábamos, si alguien había tenido un 'romance' con alguna de las detenidas. Ese día, cuando me echaron del campo, la cosa empezó por una buchoneada de Marito, que ya ni me acuerdo.

"Hacía unos pocos meses que yo había dejado de ser 'perro', como les dicen a los cabos en el Ejército. Ya tenía las jinetas de cabo primero. Pero las recibí sin alegría. Andaba todo el tiempo nervioso, quería irme, salir de ahí.

"La cosa es yo entré ese día a la oficina de los interrogadores y Marito, que la estaba limpiando, me prepeó como si fuera un jefe; él, que era un prisionero, andaba queriendo tener las facultades de un interrogador. Me calenté y lo saqué cagando, carrera march, como en la colimba. Lo recagué a pedos y le dí flor de baile. Pero apenas llegaron los interrogadores su nene mimado les fue a contar todas las novedades del campo en su ausencia y, por supuesto, el altercado que había tenido conmigo.

"Ahí nomás, el 'Gordo Dos' (1) me fue a buscar al comedor, en el edificio principal, y se me vino al humo como para pelearme. Era un tipo gordo, grandote. Yo me dije: 'Este me mata'. Entonces agarré una silla y se la partí en el lomo. Una de esas sillas fuertes, duras. Fue mi último día en el campo. Me mandaron de regreso a mi antigua compañía en el Comando de Institutos Militares, pero como encargado del detall y furier. Nunca más pude volver a las caballerizas.

Guarnaccia ya se había ido de pase y se había llevado los caballos con él.

"Había otro jefe, una clase de soldados nueva; no conocía a nadie. Pero muchos de ellos sabían dónde yo había estado y me querían tener medio cagando, como para demostrarme que eran más bravos. Pero creo que me tenían miedo. Yo venía más civil y rebelde, ya no era la misma persona; todo me quedaba chico.

El final

"Pocos meses después me dieron de baja en el Ejército por culpa de un gendarme que se quedó con un auto trucho.

"Cuando se armó el despelote, a mediados del 78, yo ya no estaba en 'El Campito'. Como te conté, estaba de regreso en mi vieja compañía. Pero la historia comenzó en el campo.

A 'El Campito' llegaban muchos autos; la patota traía a los detenidos y también al coche en el que viajaban en el momento de ser 'chupados'. Capaz que te lo dejaban al tipo muerto adentro del coche. Ellos se ocupaban de traerlos y se iban. Los autos, digamos 'secuestrados', se iban amontonando por ahí. Si eran viejos los usaban para jugar al tiro al blanco, para desarmarlos si estaban en buen estado, o como autos particulares si eran modernos y no tenían agujeros de bala.

"Este gendarme, Pablo Carballo, sargento primero, de dijo a una revista que yo era el encargado de automotores, cuando era simplemente el encargado de la comida, del racionamiento de los detenidos. Lo que pasó es que como los jefes me llevaban en las salidas para 'hacer' autos, que los de la patota usaban después para los operativos o como autos particulares, autos 'truchos' como se dice ahora, se creyó que yo era medio capo de los coches.

"A 'Napoléon' lo conocí en el campo. Supongo que le decían así por los antecedentes psiquiátricos que ya tenía antes de llegar, aunque ahí se le agravaron. Buena persona, un ser humano excepcional ese tipo.

"Una madrugada en la que yo estaba de turno, llegó hasta el campo una patota que traía uno o dos detenidos, no recuerdo bien. Junto con ellos también trajeron el auto en el que viajaban los tipos cuando los 'chupan'. Era un Fiat 125; un auto lindo, como si hoy te dijera un Ford Escort. "

'Napoléon' veía que todos se quedaban con algún auto, menos él. Tomó el ejemplo de sus jefes: todos tenían auto, hasta yo tenía un auto 'trucho', porque

después de aquella operación frustrada, cuando a Pantera y a mí nos metieron en cana (2), hice lo del viejo Vizcacha: en vez de escarmentar, perfeccioné el sistema.

"Esa misma madrugada, 'Napoléon' se me acercó y me dijo: 'Me quedo con este auto, Petete. ¿Total este auto a quién le importa?' Creo que le dije algo así como 'Qué sé yo, llevátelo'. Y el vago se lo llevó. Lo pintó, lo arregló, le quedó un chiche. 'Eso sí: a mí no me metás en nada, por favor, le dije. Vos sos sargento primero, yo cabo', me acuerdo bien que le aclaré eso. Insistí: 'Tené cuidado, no vas a decir que yo te lo dí, no me metas en líos', le avisé. 'No, quedate tranquilo', me aseguró él.

Preso otra vez

" 'Napoleón' era medio pícaro y borrachín. A veces salía con los otros gendarmes a hacer control de rutas por su cuenta, para hacerse de unos pesos coimeando a la gente.

Un día que pasé por la puerta de la Escuela Lemos, en la ruta 202, se me ocurrió mirar por si había alguien conocido en la guardia y vi un auto igualito al de 'Napoléon'. Estaba todo fajado. Me pregunté si no sería el de él. Bueno, afirmativo, ese era su auto.

"A él ya lo tenían en el calabozo, ahí en la propia Lemos. Resulta que lo había parado la policía por una infracción, o algo así. 'Napoleón' nunca aprendió a manejar, siempre chocaba. Después de pararlo, los policías le pidieron lo de siempre. Registro: nada. Documentos del auto: nada. Estado: borracho. Marche preso. A mí me fueron a buscar con el juez al otro día y también fue preso.

" 'Napoléon' declaró que yo le había entregado el vehículo. En el careo delante del juez, el coronel Ortiz, él dijo que yo se lo había dado, y yo que no, que no tenía nada que ver. 'Quedate tranquilo', me había dicho. Me pasé tres o cuatro meses en el calabozo.

"En mi defensa le dije al juez que yo era un miserable cabo. En todo caso, para pedir el auto se tendría que haber dirigido al que era mi jefe, y no a mí. Es como si yo le dijera: 'Me llevo el auto que está abajo'. 'Llevalo, si no es mío, qué me importa', me diría usted. No hubo caso. Era un juez militar, y de dónde había salido el auto a él no le importaba, ni a quién le había pertenecido antes. No hicieron un juicio por un auto robado a un secuestrado. Me fueron a buscar a mi casa en una camioneta pese a que estaba de licencia por agotamiento psíquico

como si ellos o fueran también unos delincuentes.

Detrás de esto estaba la mano del general Riveros; él pasó mi sumario para que me serrucharan. Me volví loco, lo puteé al juez, que como te dije era un coronel de apellido Ortiz, compinche de Riveros. Resultado: autos de prisión preventiva por participación criminal, eso se dictaminaba en el sumario. En el Ejército hay un dicho que dice que el hilo se corta por lo más delgado y yo en ese momento era lo más delgado; y 'Napoléon' igual en la Gendarmería.

"Por esto yo estuve detenido en la sala de disciplina. Me tenían con centinela a la vista. 'Napoléon' estaba enfrente, en el cuartel de los gendarmes, en las mismas condiciones que yo. Podía haber pedido la baja, pero no quería irme del Ejército, porque pese a todo yo seguía teniendo fe en él.

"Me encerraron en el sector de los soldados desertores, después de venir de allá, del campo. Soldados desertores que sabés qué mal la pasaban en esa época, los pobrecitos. Cuarenta y cinco días, cincuenta, hasta tres meses estaban metidos en un calabozo por una deserción simple. Yo estuve noventa días en la sala de disciplina, que no era un calabozo.

"El día pasaba según quién te tocara en suerte tener de centinela. Si era un tipo bueno, tomábamos mate con él, charlábamos, contábamos chistes. Vos dependés del estado de ánimo de tu carcelero.

"Ahí me empecé a embolar, tenía mucho tiempo para pensar. Perdí a mi novia, mi vieja sufrió mucho. Pensaba si no irían a aprovechar las circunstancias para eliminar a los testigos que podían llegar a contar lo que había pasado en El Campito. Nunca me separé de la pistola, no la entregué, estaba dispuesto a usarla porque no sabía si no vendrían a buscarme a las dos de la mañana, a las tres para llevarme a mí también; eran días muy jodidos. Un infierno. Era jodido adentro, afuera, en el tren, en la calle.

"No sabías quiénes eran más peligrosos: si tus compañeros o los subversivos. '¿Dónde me metí yo, Señor?', me preguntaba. Es por eso que, como te decía, nunca me separé de la pistola mientras estuve preso, ni de los tres cargadores; nunca. Después un vago me alcanzó dos granadas que no descubrieron, y mirá que me revisaban la pieza, ¿eh? ; todos los días venía el jefe de turno y daba vuelta la habitación, la revisaba de punta a punta. Menos el entretecho donde tenía escondidas las granadas junto con la pistola y los cargadores. Cuando se iban los tipos agarraba el arma, las granadas y dormía con todo eso en las manos. Estaba

decidido a jugarme.

"Un día en el que a estaba harto de que me tuvieran preso amenacé con fugarme. A las cuatro de la mañana sentí golpes. Me estaban poniendo rejas en todas las ventanas, rejas que todavía están. Más de una vez pensé, cuando lo veía pasar a Riveros, en hacer un manojo con las granadas y tirárselas al paso. Te lo juro, quería escaparme a sangre y fuego, pero después me acodaba de mi vieja. Hasta que llegó un teniente coronel de la compañía y con la complicidad de otros - sin que lo supiera Riveros, que todavía estaba al mando- me largaron.

"Riveros ya se había olvidado de mí. Tenía cosas más importantes en qué pensar, como en la guita que tenía escondida la guerrilla y que se pusieron a buscar como locos. ¿Qué comunistas? Mirá qué intereses tenía el tipo. Yo creo que hasta se le cruzó hacerme bolsa, pero le faltó tiempo para dar la orden, no se acordó. Ahí estuvo la mano de Dios.

"Algún día, algún día Napoléon..."

" 'Napoléon' sufrió mucho. El tenía el grado de suboficial superior, que es una jerarquía alta. Estuvo preso, sufrió mucho, mi vieja sufrió mucho, su familia sufrió mucho. El adelgazó, era un hombre gordo, grandote. El decía que lo querían matar. 'No te persigás', le decía yo. Dentro de todo siempre fui valiente, venía sufriendo desde chico, enfrentando siempre este tipo de cosas, ya estaba fogueado. Como que mi cuerpo ya era de amianto.

"El, 'Napoléon', creía que lo iban a matar. Que durante la noche le iban a meter adentro de la pieza una manguera conectada a una garrafa. Que a mí también me querían matar. Yo lo consolaba, aunque lo tendría que haber hecho bolsa porque no se la bancó como un hombre, me traicionó; pero nunca tuve en cuenta eso. Le decía: 'Napoleón, alguna vez vamos a tener la oportunidad de contarle, para que el pueblo sepa cómo pasaron todas estas cosas, las injusticias que se cometieron acá adentro', y él me contestaba que nunca íbamos a poder hacerlo, porque antes nos iban a eliminar.

" 'No nos van a matar, Dios va a hacer que vivamos'. Yo ya tenía mi Biblia. Y hoy, 'Napoléon', que es de apellido Carballo, salió a avalar todo lo que yo conté en la nota que me hiciste para el diario La Prensa. A lo mejor quiere hacerme un daño o quiere zafar, o quiere hacerle un juicio a Gendarmería y me quiere de testigo, no sé. A él lo abandonaron como a mí, a él también lo echaron.

"El tipo era maestro titulado de música, un eximio. Tocaba la trompeta, daba clases particulares. Hasta había hecho los trámites para entrar en la orquesta estable del Colón, y pasado las pruebas que ahí son difíciles. Me acuerdo de una vez que lo dejaron tocar un solo de trompeta de dos o tres minutos por la televisión, de lo bien que tocaba; y yo sé que los minutos de televisión son bien caros. Además de músico militar también tenía su banda. Eso son cosas que contaba él.

"Todo esto que vivió en el campo lo arruinó, lo postró. Por lo que escuché, él se atiende con un psiquiatra desde hace diez años, desde la misma fecha que yo. Pero yo sabía que 'Napoléon' iba a hablar, tenía que saltar si le quedaba un poco de dignidad y valentía. El también fue una víctima.

"No es que lo diga ahora. En ese momento ya lo pensaba tal cual te lo digo: 'Algún día voy a contar todo esto'. Le escribía a mi novia y después rompía las cartas, no las llegaba a mandar. No era el momento. No sabía con quién hablar, estaba impotente y enfermo.

Leía mi Biblia y decía: 'Dios tiene que existir'. Dios no es como me lo mostraron las monjas, Dios tiene que ser un espíritu bueno. Yo conversaba mucho conmigo mismo o con algún soldado. Había un cabo primero, que hoy es principal, con el que me entendía mucho. El tipo sabía escuchar, sabía filosofar, era muy preparado. Tenía otros estudios, yo era un nabo. Estaba con bronca, no entendía nada, era muy joven.

"A 'Napoléon' lo rajaron al poco tiempo. Firmó la baja. Yo no. La firmé después. El coronel Ortiz vino a verme un montón de veces presionándome para que lo hiciera. Este amigo, el cabo primero, me dijo que lo mejor era que la firmara. 'Total después te reincorporás'. Fue lo que hice. En la resolución me pusieron: 'Por pérdida de vocación'. Ese fue el fundamento.

"Al año me avisaron que al coronel Ortiz le había dado el pase al Ministerio de Bienestar Social, y que en su lugar venía un teniente coronel de apellido Villalba. Un tipo buenísimo, al que habían rajado durante la Revolución Libertadora. Yo ya había firmado la baja y pedí verlo. Me recibió lo más bien y me dijo que todo esto había sido una calentura del coronel Ortiz, al que Riveros le daba los sumarios más jodidos para sacarse en encima a la gente que no ya quería. Y que en el legajo no figuraba nada en mi contra.

"Los tipos me hicieron comer tres meses en el calabozo por nada, me dejaron

fuera del Ejército por nada. Así me pagaron. "

(1) Se refiere a un agente del Batallón 601, al que distintas fuentes citan como César Ernesto Segal (Ver Anexo 4)

(2) Ver Capítulo 19: "Fuera de control".

Epílogo. Celebración en el Campo Santo.

(Del testimonio del ex sargento Víctor Ibañez)

"A principios de 1980, cuando ya me habían trasladado de ese lugar, llegó la orden de cerrar El Campito. El general Bussi dispuso de inmediato eliminar a los 200 prisioneros perejiles (1) que todavía estaban alojados en pabellones, a los que se tenía pensado dejar con vida, en libertad.

"Una vez desalojado el peridio, después del último vuelo, Bussi envió una compañía de ingenieros que se encargó de demoler las instalaciones. Llevaron topadoras, grúas, piquetes de soldados y camiones que no dejaron ni un solo escombros, ni la menor señal de lo que había sucedido sobre ese terreno.

"Después me contaron que en ese mismo lugar se organizó la fiesta de despedida de los soldados conscriptos que se iban de baja ese año. Hubo empanadas, choricada y jarras de vino. Armaron un escenario sobre la tierra recién removida que tenía como fondo un gran cartel en el que se leía: La misión será cumplida. Llevaron a guitarreros y grupos folclóricos, a orquestas con cantores que por ese entonces solían estar siempre en el programa Grandes Valores del Tango, que se daba por Canal 9. Los llevaron a todos hasta ese páramo aislado, sin que ellos supieran que eran parte de una ceremonia triunfal, campo santo que tenían bajos su pies."

(1) Se denominaban como "perejiles" a aquellos cuya participación en las organizaciones revolucionarias había sido irrelevante, y a aquellos cuya vinculación con la guerrilla no había sido comprobada por los interrogadores después de haberlos sometido a prolongadas sesiones de tortura.

Anexo N° 1.

Autoridades del proceso de Reorganización Nacional.

El siguiente es un listado de los militares y civiles que ocuparon cargos públicos en el denominado Proceso de Reorganización Nacional después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Se consignan los nombres, cargos y fechas de asunción de funciones durante el año 1976, así como los cambios de autoridades que tuvieron lugar en 1977.

Junta Militar

-Comandante en Jefe del Ejército: Teniente General Jorge Rafael Videla

-Comandante en Jefe de la Armada: Almirante Emilio Eduardo Massera

-Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea: Brigadier Orlando Ramón Agosti

1976

Presidente de la Nación: Teniente General Jorge Rafael Videla

Gabinete de ministros

Interior: Gral. de Brigada Albano Harguindeguy

Defensa: Brigadier Mayor (RE) José M. Klik

Relaciones Exteriores y Culto: Contralmirante César A. Guzzetti

Economía: Dr. José A. Martínez de Hoz

Justicia: Brigadier auditor Julio A. Gómez

Cultura y Educación: Profesor Ricardo P. Bruera

Trabajo: Gral de Brigada Horacio Tomás Liendo

Planeamiento: Gral de Brigada Ramón Genaro Díaz Bessone (desde el 25 de

octubre de 1976 hasta el 30 de diciembre de 1977)

Bienestar social: Contralmirante Julio J. Bardi

A partir del 23 de abril de 1976, se crearon las siguientes secretarías dependientes de ese Ministerio:

-Promoción y Asistencia social: Comodoro (RE) Ramón Gatuis

-Seguridad Social: Dr. Santiago de Estrada

-Secretaría del Menor y la Familia: Dr. Florencio M. Varela

Secretario Gral. de la Presidencia: Gral. Alberto Villarreal

Secretaría de Prensa y Difusión (luego Secretaría de Información Pública):
Capitán de Navío Carlos Carpintero

De esa secretaría dependían:

-Subsecretaría de Planeamiento: Coronel Jorge M. Villafañe

-Subsecretaría de Enlace: Comodoro (RE) Ramón Kelly

-Subsecretaría Operativa: Capitán de Navío Carlos Busser

Secretaría de Estado de Hacienda: Juan Alemann

Secretaría de Comercio: Guillermo Bravo

Secretaría de Programación y Coordinación económica: Guillermo W. Klein

Secretaría de Estado de Minería: Fernando V. Puca Prota

Secretaría de Estado de Intereses Marítimos: Capitán de Navío Carlos Noé
Alberto Guevara

Administración General de Telecomunicaciones: Alberto V. Nieto

Procurador General de la Nación: Elías Guastavino

Intendente de la ciudad de Buenos Aires: Brigadier (RE) Osvaldo A.

Caciatore

Jefe del Estado Mayor del Ejército:

Gral. Roberto Viola

Jefes de la Policía Federal Argentina

-31 de marzo de 1976: Cesáreo Angel Cardozo

-23 de junio de 1976: Gral. de Brigada Arturo A. Corbetta

-6 de julio de 1976: Gral. de Brigada Edmundo R. Ojeda

Miembros de la Corte Suprema

(desde el 1° de abril de 1976)

Horacio Heredia Adolfo Gabrielli

Abelardo F. Rossi

Federico Videla Escalada

Alejandro R. Caride (Renunciará el 8 de septiembre de 1977. Lo reemplazará Emilio Miguel Daireaux en ese mismo mes)

Interventor en la Confederación General del Trabajo (CGT):

Coronel Juan Alberto Pita

Embajador argentino en Washington:

Rafael M. Vázquez

Interventores militares en las provincias

-Desde el 7 de abril de 1976: Buenos Aires: Gral. (RE) Ibérico Saint Jean

Santiago del Estero: Gral. (RE) César F. Ochoa

Córdoba: Gral. (RE) Carlos B. Chasseing

Mendoza: Brigadier (RE) Jorge Sixto Fernández

-Desde el 12 de abril de 1976:

Neuquén: Gral. José A. Martínez Waldner

Corrientes: Gral. Luis Carlos Gómez Centurión

-Desde el 13 de abril de 1976:

Entre Ríos: Brigadier Rubén Di Bello

San Luis: Brigadier Cándido Martín Capitán

La Rioja: Comodoro Roberto L. Nanziot

La Pampa: Gral. Carlos Aguirre

Río Negro: Contralmirante Aldo Luis Bachmann

-Desde el 14 de abril de 1976:

Santa Fe: Vicealmirante (RE) Jorge Aníbal Desimone

Misiones: Capitán de Navío (RE) René Gabriel José Buteler

-Desde el 19 de abril de 1976:

Chubut: Coronel (RE) Julio C. Etchegoyen

Santa Cruz: Comodoro (RE) Ulderico Antonio Carnaghi

Chaco: Gral. (RE) Antonio Serrano

Formosa: Coronel (RE) Juan C. Colombo

Salta: Capitán de Navío (RE) Héctor Damián Gadea

Tucumán: General Antonio Domingo Bussi

Jujuy: General de Brigada (RE) Fernando Urdapilleta

San Juan: Capitán de Navío (RE) Alberto V. Lombardi

Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur: Capitán de Navío Luis Jorge Arigotti

-Desde el 27 de abril de 1976:

Catamarca: Coronel Jorge Carlucci

Integrantes de la Comisión de Acción Legislativa (CAL)

(desde el 14 de abril de 1976)

Presidente:

Contralmirante Vañek

Area 1:

Capitán de navío Edgardo N. Acuña

Comodoro Roberto Marconi

Coronel Jorge Harguindeguy

Area 2:

Capitán de navío Leopoldo Suárez del Cerro

Comodoro Carlos Roberto Cavandoli

Coronel Jorge Pozzo

Secretario General: Capitán de Fragata Emilio Nigoal

Coordinación: Coronel José María Tisi Baña

1977

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto: Vicealmirante Oscar A. Montes
(desde el 23 de mayo).

Ministerio de Cultura y Educación: Juan José Catalán (desde el 14 de junio).

Secretaría de Comercio: Alejandro Estrada (desde el 19 de abril).

Secretaría de Agricultura y Ganadería: Mario Cárdenas Madariaga (desde abril)

Secretaría de Cultura: Raúl A. Casal (desde el 23 de junio).

Secretaría de Energía: Daniel Brunella (desde el 1 de julio).

Jefe de la Policía Federal: Coronel Ramón Camps (desde abril de 1977).

Interventores en las provincias

Misiones: Capitán de Navío (RE) Rodolfo Ramón Poletti (desde el 3 de marzo)

La Rioja: Comodoro (RE) Francisco Llerena (desde el 5 de abril)

Salta: Capitán de Navío (RE) Roberto Ulloa (desde el 11 de abril)

Tucumán: Gral de Brigada (RE) Lino D. Montiel Forzano (desde el 23 de noviembre).

Anexo N° 2.

Estructura de la represión.

Entre el 24 de marzo de 1976 y mediados de junio de 1982, el país se dividió en cinco comandos de zona. Cada uno, además, comprendía subzonas.

Comando de Zona 1:

a cargo del I Cuerpo de Ejército, con asiento en el barrio porteño de Palermo, con jurisdicción sobre la casi totalidad de las provincias de Buenos Aires y La Pampa y la ciudad de Buenos Aires.

Comando de Zona 2:

a cargo del II Cuerpo de Ejército, con asiento en Rosario y jurisdicción sobre las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones.

Comando de Zona 3:

a cargo del III Cuerpo de Ejército, con asiento en la ciudad de Córdoba y jurisdicción sobre las provincias de Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy.

Comando de Zona 4:

a cargo del Comando de Institutos Militares, con asiento en Campo de Mayo y jurisdicción sobre los partidos bonaerenses de Escobar, General Sarmiento, General San Martín, Pilar, San Fernando, Tigre, Tres de Febrero y Vicente López. No comprendía subzonas, sino que se desdoblaba en Jefaturas de Area, a cargo de cada uno de los Institutos que lo integraban.

Comando de Zona 5:

a cargo del V Cuerpo de Ejército, con asiento en Bahía Blanca y jurisdicción sobre el sector sur de la provincia de Buenos Aires y las provincias de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego.

Zona 4:

Comando de Institutos Militares

El Comando de Institutos Militares tuvo como comandantes a los siguientes generales:

-Gral. de División Santiago Omar Riveros, desde septiembre de 1975

-Gral. de División José Montes, desde febrero de 1979

-Gral. de División Cristino Nicolaidis, desde diciembre de 1979

-Gral. de Brigada Reynaldo Benito Antonio Bignone, desde diciembre de 1980 A cargo de la subcomandancia se encontraron:

-Gral de Brigada Carlos Alberto Dalla Tea, desde septiembre de 1975

-Gral. de Brigada Fernando Humberto Santiago, desde enero de 1976

-Gral. de Brigada Reynaldo Benito Antonio Bignone, desde diciembre de 1976

-Gral. de Brigada Antonio Domingo Bussi (1), desde diciembre de 1977

-Gral. de Brigada Edmundo René Ojeda, desde enero de 1979

-Gral. de Brigada Reynaldo Benito Antonio Bignone, desde septiembre de 1980

Organos de Inteligencia de la Zona 4

Jefe de Inteligencia: Coronel Fernando Ezequiel Verplaetsen, desde enero de 1976

Escuela de Inteligencia, sus directores fueron:

-Coronel Néstor Ricardo Nellar, desde agosto de 1975

-Coronel Oscar Inocencio Bolasini, desde noviembre de 1976

-Coronel Jorge Otto Koch, desde octubre de 1979

Destacamento de Inteligencia 201, sus jefes fueron:

- Teniente Coronel Nedo Otto Cardarelli, desde septiembre de 1977
- Teniente Coronel Jorge Norberto Apa, desde septiembre de 1980

Sección del Destacamento de Inteligencia 201, de Zárate A cargo de Rodolfo Artemio Dellatorre, desde septiembre de 1980

El Comando de Zona 4 se subdividía en ocho Jefaturas de Area. Sus jurisdicciones y autoridades fueron:

Area 410:

ESCUELA DE INGENIEROS Jurisdicción: Partidos de Escobar y Tigre
Directores:

- Coronel Juan Carlos Camblor, desde octubre de 1974
- Coronel Eduardo Alfredo Espósito, desde noviembre de 1976
- Coronel Ricardo Jorge Jaureguiberry, desde enero de 1979
- Coronel Carlos Bernabé Font, desde octubre de 1979
- Coronel Vicente Rogelio Belli, desde septiembre de 1980

AREA 420:

ESCUELA DE COMUNICACIONES Jurisdicción: Partido de San Isidro
Directores:

- Coronel Eduardo Oscar Corrado, desde octubre de 1974
- Coronel Luis Sadi Pepa, desde junio de 1976
- Coronel Héctor Norberto Iglesias, desde octubre de 1977
- Coronel Juan Carlos Amiano, desde octubre de 1979
- Coronel Jorge Enrique Mansueto Swendsen, desde septiembre de 1980

AREA 430:

ESCUELA DE CABALLERIA Jurisdicción: Partido de San Martín Directores:

- Coronel Rodolfo Emilio Feroglio, desde octubre de 1974
- Coronel Ovidio Pablo Ricchieri, desde noviembre de 1976
- Coronel José María Tisi Baña, desde noviembre de 1977
- Coronel Enrique Pausanías Michelini, desde octubre de 1979
- Coronel Ignacio Aníbal Verdura, desde septiembre de 1981

AREA 440:

ESCUELA DE ARTILLERIA Jurisdicción: Partido de San Fernando
Directores:

- Coronel Alfredo Alberto Larrosa, desde diciembre de 1975
- Coronel Américo Gerónimo Herrera, desde octubre de 1977
- Coronel José Víctor Gutierrez, desde octubre de 1979
- Coronel José Segundo Dante Caridi, desde septiembre de 1981

AREA 450:

ESCUELA DE INFANTERIA Jurisdicción: Partido de Vicente Lopez
Directores:

- Coronel Raúl César Corletti, desde octubre de 1974
- Coronel José Horacio Ruiz, desde noviembre de 1976
- Coronel Lilo Noé Rodríguez, desde noviembre de 1978
- Coronel Federico Antonio Minicucci, desde septiembre de 1980

AREA 460:

ESCUELA DE SUBOFICIALES "SARGENTO CABRAL" Jurisdicción: Partido de Pilar Directores:

- Coronel Norberto Juan Chiapparri, desde febrero de 1976
- Coronel Mario Benjamín Menéndez, desde octubre de 1977
- Coronel José María Villafañe, desde octubre de 1979
- Coronel Enrique Braulio Olea, desde septiembre de 1981

AREA 470:

ESCUELA DE SERVICIOS PARA APOYO DE COMBATE "GENERAL LEMOS" Jurisdicción: Partido de General Sarmiento Directores:

- Coronel Miguel Angel Martelotte, desde diciembre de 1975
- Coronel Eugenio Guañabens Perello, desde diciembre de 1976
- Coronel José Julio Mazzeo, desde octubre de 1977
- Coronel Gerardo Juan Nuñez, desde enero de 1979
- Coronel Alberto Ramón Schollaert, desde octubre de 1979
- Coronel Leopoldo Héctor Flores, desde septiembre de 1981

AREA 480:

COLEGIO MILITAR DE LA NACION Jurisdicción: Partido de Tres de Febrero Directores:

- General Reynaldo Benito Antonio Bignone, desde diciembre de 1975
- General Adán José Alonso, desde enero de 1977
- General Osvaldo Jorge García, desde diciembre de 1977
- General Luis Santiago Martella, desde diciembre de 1978
- General Alberto Carlos Lucena, desde diciembre de 1980

-General Mario Jaime Sánchez, desde diciembre de 1982

Centros Clandestinos de Detención de la Zona 4

Entre marzo de 1976 y 1980, en el Comando de Zona 4 funcionaron no menos de trece centros clandestinos de detención comprobados en forma fehaciente. De ellos, cinco se encontraban en instalaciones del Ejército (cuatro en la propia guarnición de Campo de Mayo); cinco en dependencias policiales y el resto en dependencias de la Marina. Ellos son:

En CAMPO DE MAYO

(desde marzo de 1976 hasta 1980)

"El Campito" o "Los Tordos"

A cargo del teniente coronel Jorge Vosso

"La Casita" o "Las Casitas"

A cargo del coronel Fernando Ezequiel Verplaetsen desde 1975 hasta 1977. Lo reemplazó el coronel Nedo Otto Cardarelli hasta 1980.

Prisión militar de encausados "Campo de Mayo"

A cargo del comandante de Gendarmería Darío Correa.

Hospital Militar de Campo de Mayo

A cargo de Ramón Posse hasta diciembre de 1977.

En el AREA 410

(ESCUELA DE INGENIEROS)

Comisaría de Tigre A cargo del coronel Juan Carlos Cambor durante 1976. Fue reemplazado por el general de Brigada Eduardo Alfredo Espósito.

"El Tolueno" (en la fábrica militar de tolueno sintético)

A cargo del general de División Diego Urricarriet entre enero de 1976 y diciembre de 1979.

Como subdirectores se desempeñaron los generales de Brigada Oscar Bartolomé Gallino (desde febrero hasta abril de 1976) y Joaquín de Las Heras (desde enero de 1977).

Subprefectura de Tigre

En el AREA 430

(ESCUELA DE CABALLERIA)

Comisaría 1° de San Martín, durante 1976 y 1977.

En el AREA 450

(ESCUELA DE INFANTERIA)

Comisaría de Villa Martelli, durante 1976 y 1977

Centro de Operaciones Tácticas o "COTI Martínez", entre 1976 y 1979

En dependencias de la Marina

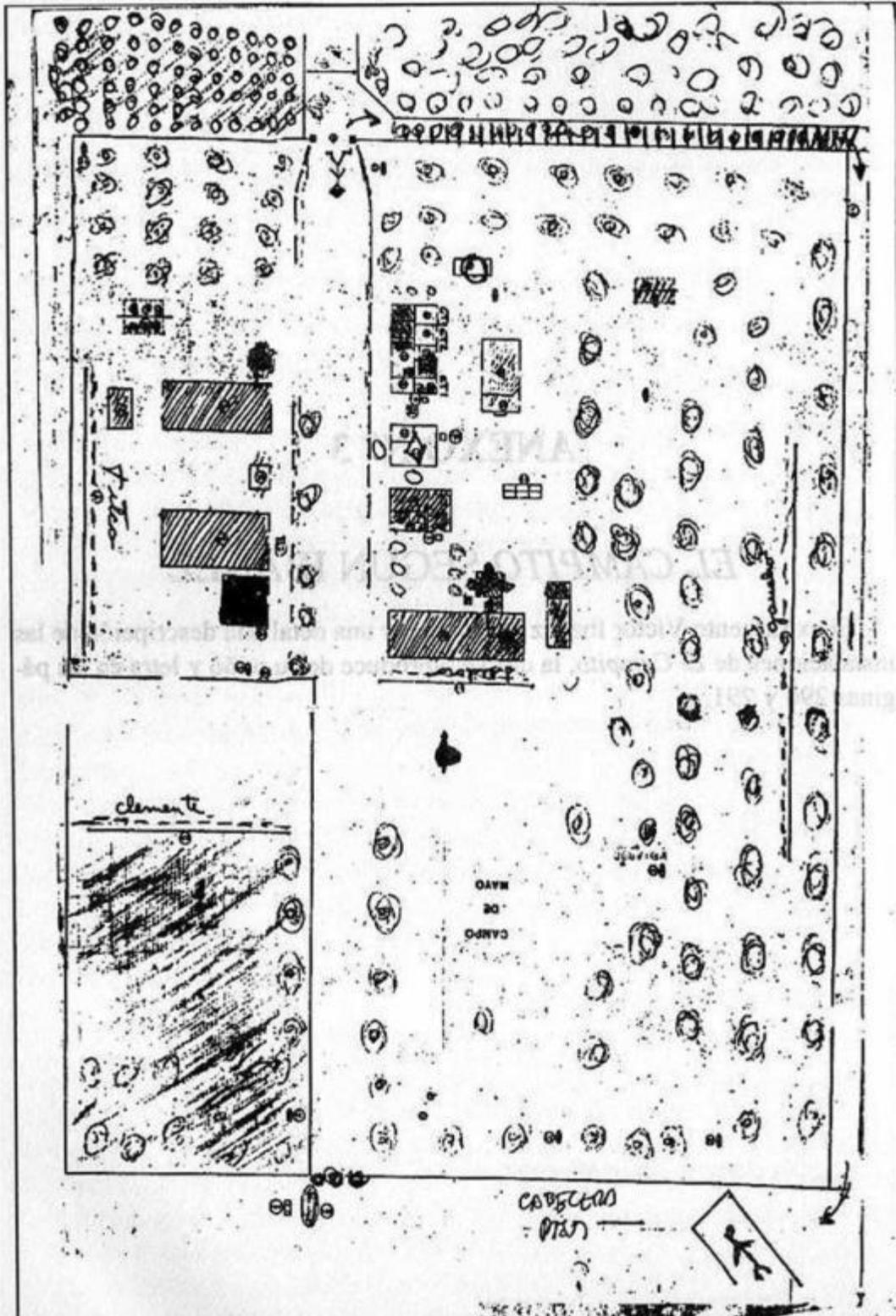
Comisaría de Zárate

Prefectura de Zárate

Arsenal naval de Zárate

(1) Entre septiembre de 1975 y 1978 se había desempeñado como jefe de la subzona 11 y había pasado por otros centros de detención, como El Banco, el Pozo de Quilmes y Puesto Vasco, entre otros.

Anexo N° 3.



Anexo N° 4

Los represeros de "El Campito".

Este es el listado de todos los que participaron en forma directa del exterminio que acabó con la vida de más de cuatro mil personas en el centro de detención clandestino que funcionó entre 1976 y 1980 en Campo de Mayo. Entre ellos hay integrantes del Ejército, de las fuerzas de seguridad, sacerdotes, médicos y civiles.

La reconstrucción de la nómina de represores que desempeñaron su tarea en "El Campito" no resultó sencilla, dado que muchos de ellos mantenían sus nombres bajo estricto secreto. La investigación de este libro logró establecer la identidad de la mayor parte de los represores de este centro, aunque en algunas oportunidades las fuentes no lograban recordar el nombre de pila de los mismos.

Militares

"El Campito" estaba bajo la responsabilidad directa del teniente coronel Jorge Vosso, alias "Víctor" (*).

Ciro Ahumada, capitán (RE) del Ejército

Alcántara, oficial del Ejército

Alvarado, teniente primero del Ejército

"Angel", suboficial del Ejército, responsable de logística

Arana, coronel del Ejército

Barreiro, mayor del Ejército

Andrés Manuel Beltrán, alias Carlés, oficial del Destacamento 201, Sección Política

Bener, teniente coronel del Ejército

Roberto Casares, teniente coronel del Ejército (*).

Coronel, mayor del Ejército (*).

Francisco Obdulio D'Alessandri, coronel, Dto. 201, ascendido a general en 1985 (*).

Del Río, teniente primero del Ejército

Luis del Valle Arce, teniente coronel del Ejército (*).

Dietrich, capitán de Ejército

"El Corto", oficial del Ejército

Falcón, carpintero, sargento de logística del Ejército (*).

Fernández, suboficial mayor del Ejército (*).

Carlos Alberto Ferrario, en ese entonces mayor, actualmente Coronel de justicia y asesor jurídico de la fuerza en actividad (*).

"Galo", oficial del Ejército, instructor de los perros de guerra

Garay, mayor del Ejército

González, mayor del Ejército.

Alejandro Guglielmi, mayor del Ejército

Raúl Harsich, mayor, intendente de Campo de Mayo (*).

Víctor Ibañez, alias "Petete", cabo primero de logística

Irigoyen, oficial del Ejército

Jaime, oficial del Ejército

Julio, alias "Cacho", oficial del Ejército

Daniel Lencinas, oficial del Ejército

Malacalza, mayor del Ejército (*).

Martínez Zuviría, alias "Néstor", teniente de Caballería, hoy coronel (*).

Martinucci, coronel del Ejército (*).

Modernel, sargento primero del Ejército

Nieto, teniente primero del Ejército (*).

Olivera Rovere, general de brigada del Comando de Institutos Militares

"Pantera", oficial del Ejército

Daniel Alejandro Polano, teniente primero del Ejército

Martín Rodríguez, alias "Toro", capitán de la Escuela Lemos (*).

Enrique Rospide, coronel del Ejército

Roberto Roualdés, coronel, jefe de Sección Política del Batallón 601, responsable de la represión ilegal en la ESMA (*).

Orlando Miguel Ruarte, alias "Arcángel", coronel del Ejército (*).

"Rubio", oficial del Ejército

Mohamed Alí Seineldín, teniente coronel del Ejército

Spanhaverro, mayor del Ejército

Ildefonso Marcos Omar Solá, coronel del Ejército

Eduardo Francisco Stigliano, mayor del Ejército

"Tiro Fijo", oficial del Ejército

Trotta, oficial del Ejército

Ernesto Trotz, coronel, subjefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (*).

Alberto Valín, coronel del Batallón 601

José Eduardo Valladares, coronel retirado, actualmente jefe del Archivo General del Ejército.

"Víctor", coronel del Ejército Villanueva, de la Escuela de Comunicaciones Interrogadores

Acosta Aquino, alias "Laucha", cabo primero del Ejército

Rubén Osvaldo Bufano, agente de Inteligencia del Batallón 601.

Bunge, subcomisario, alias "Diamante"

Juan Alberto Bustelo

José María Conde, comodoro auditor de las Fuerzas Armadas

Roberto Vicente Campos

Juan Alberto Etchebarne, presidente de la Comisión de Valores durante la dictadura, colaborador del Destacamento 201

Julio Espinosa, asesor de Etchebarne "Ferreyra", oficial de la Policía Federal, delegado del Grupo de Tareas 2 en Campo de Mayo

René Francisco Garris, asesor de la Comisión de Valores

Raúl Gatica, coronel (*).

"Gordo Uno", Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal, hijo de un oficial superior del Ejército (*).

Celestino Gunther, alias "El Alemán", Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal. También aparece mencionado como "Eklund" y "Block". (*).

María Elida Morales Mi, alias "La Gorda", policía

Juan Carlos Moreno, alias "Moro" o "Lito", integrante del Servicio Penitenciario Federal (*).

Roberto Muñoz, asesor de Etchebarne (*).

Oscar Rodríguez, civil. También aparece citado como Roberto Raúl Rodríguez. (*).

César Ernesto Segal, "Gordo Dos" o "Fito", agente del Batallón 601. (*).

Carlos José Somoza, probablemente policía. (*).

Luis Sorzoli Tarrafo, alias "Starlaf", mayor del Ejército (*).

Valerga, jefe del Grupo de Tareas.

Gendarmería

Besich, oficial, jefe de guardia de "El Campito". (*).

Guillermo Cardozo, alias "Cortez", oficial, jefe de guardia de "El Campito" (*).

Casenave, comandante o segundo comandante (*).

Chávez, comandante o segundo comandante (*).

Jorge Dalioso Homastorfe

Hugo Medina (*).

Mendy, alias "Nelson", alférez 1º, se desempeñó además en otros campos de detención.

Preto o Prieto (*).

"Puma", oficial, uno de los jefes de seguridad de "El Campito" (*).

Víctor Enrique Rey, comandante (*).

Omar Eduardo Torres, alias "Conejo". (*).

Médicos

Di Benedetto, director del Hospital Militar de Campo de Mayo

Raúl Capelli, psiquiatra, actual director del Hospital Militar de Campo de Mayo (*).

Julio César Caserotto, tte. coronel, jefe de Obstetricia y Ginecología del Hospital Militar

Norberto Bianco, militar

Carlos Maggiolo, civil

Otros

Astolfi, sacerdote

Fernández

Roberto Omar Grillo, agente de la policía de la Provincia de Buenos Aires

Raúl Antonio Guglielminetti, alias "Mayor Guastavino", civil, Batallón 601.
(*).

Jorge Medina Montenegro, probablemente miembro de la policía de la Provincia de Buenos Aires (*).

Oswaldo Huertas o Hartes, funcionario del Banco Central, colaborador del Dto. 201

Parra Pulvernacher, oficial de la policía de la Provincia de Buenos Aires

Quiroga, civil

Darío Rojas

Rafael Sarmiento, juez federal, colaborador del Ejército Roberto

Carlos Solá, fiscal, colaborador del Destacamento 201

Venavídez

Christian Federico Von Wernich, sacerdote Christian Zimmerman, funcionario del Banco Central, colaborador del Destacamento 201

(*) Reconocidos por el ex sargento Víctor Ibañez en su testimonio

Anexo N° 5

Personas vistas en "El Campito".

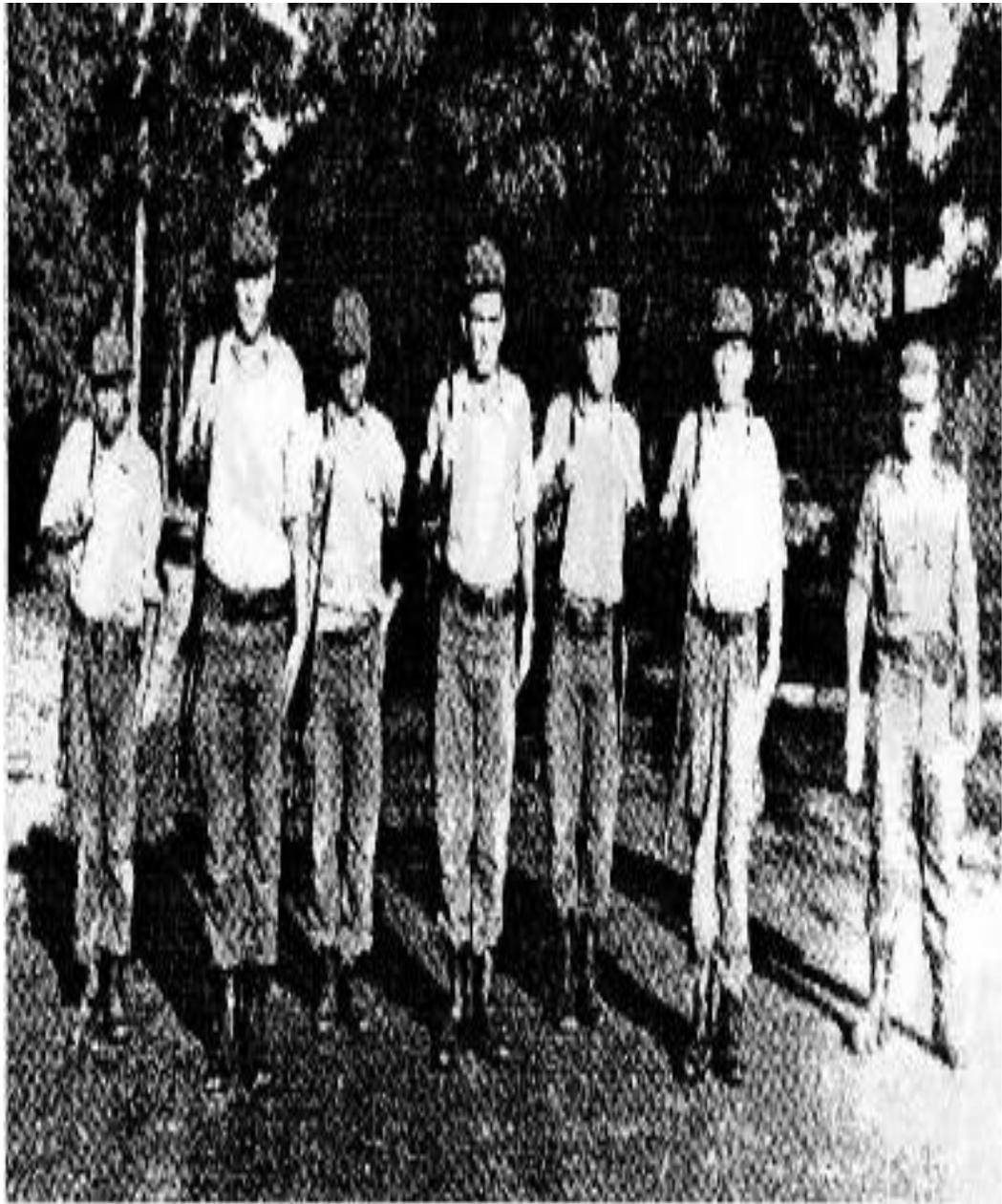
Aranda, Carlos Alberto
Arrue, Horacio Antonio
Avellaneda, Floreal
Barberis de Testa, Elena
Beguan, Emilio Alcides
Beguan, María Dolores de
Carri, Roberto Eugenio Luis
Caruso de Carriana, María
Collarini, Carlos Ernesto
Cristiano, Pablo
"Charro"
Delfino, Liliana
Enríquez Espino, Edgardo
Familia Barciocco
Familia Kennedy
Giorgieff, Jorge
Grande, Carlos Armando
Inama, Daniel Alfredo
Lancilotto de Menna, Ana
Lizaso, Miguel Francisco
López Calvo, María Eugenia

Menna, Domingo
Merbilhaa Cortelezzi, Eduardo
Núñez
Oesterheld, Héctor Germán
Pereyra de Avellaneda, Iris Etelvina
Pernas, Graciela Eugenia
Quieto, Roberto
Quintela, Silvia Mónica (embarazada)
Rey
Rigoni, Roberto Daniel
Santucho, Roberto Mario
Scarpatti, Juan Carlos
Silva Iribarnegaray, Kleber
Vázquez, Jorge
Viñas, María Adelaida
Waisberg, Ricardo
Waisberg, Valeria Belaustegui Herrera de (embarazada)

Anexos mapas y fotos



Víctor Ibáñez con uniforme de fajina en las dependencias de El Campito



Grupo de soldados conscriptos al mando del cabo Ibáñez. Algunos de ellos también fueron destinados al centro clandestino de detención.



Con uniforme de Policía Militar, Ibáñez conoció allí al que después fue jefe del campo, teniente coronel Jorge Vosso.

ORDEN DEL RIPIO

PERTENECIENTE AL

Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 9



Nos, General *Gran Maestro* del Orden del Ripio, fundada aquí, lejos del bullicio urbano, cuando por haberse llevado el viento los antecedentes; bajo la inspiración de Don B... y para que todos los que lean lo presente:

Sepan que, guiados por un deber ineludible, se reconoce su permanencia en la Patagonia Argentina como integrante de la Subunidad más Austral de la Caballería, y en virtud de sus méritos personales, se acepta al

Cabo 1ro V IBAÑEZ

en el Orden del Ripio, en calidad

de **Suboficial** Nro. 36

Debiendo serle guardados todos los honores y consideraciones a tan alta dignidad.

Puerto Deseado, 22 de noviembre de 1980

Doy Fe

Se ven dos firmas manuscritas en tinta negra, una a la izquierda y una a la derecha, que parecen ser las de los oficiales involucrados en el decreto.

REFERENCIAS

CUARTEL A.

- 1 COMANDANCIA
- 2 MUSEO
- 4 DIR EDUCACION
- 6 SALA DE SITUACION
- 7 GUARDIA DE PREVENCIÓN
- 8 COCHERA
- 9 DPTO PER DPTO LOG
- 10 DIV BR DIV CONST
- 11 DIV CONTADURIA
- 12 COCHERAS
- 13 DIV BANDAS
- 14 DEPOSITO INT
- 15 DEPOSITO INT
- 16 DEP SUMINISTRO SAST MIL
- 17 DPTO GUARNICION
- 19 CAS OFICIALES
- 20 ANTENA Y VTC
- 21 MESA DE ENTRADA CORREO MIL
- 22 DPTO OP ICIA
- 30 CIRCULO DE SUJOS
- 31 DEP CONST Y CARPINTERIA
- 32 CENTRO FIJO Y SECRETARIA GRL
- 33 GIMNASIO
- 34 SALA DE MAQUINA P/PILETA
- 44 PARRILA
- 45 QUINCHO COMEDOR
- 46 QUINCHO BAR
- 47 VESTUARIO PILETA NATACION

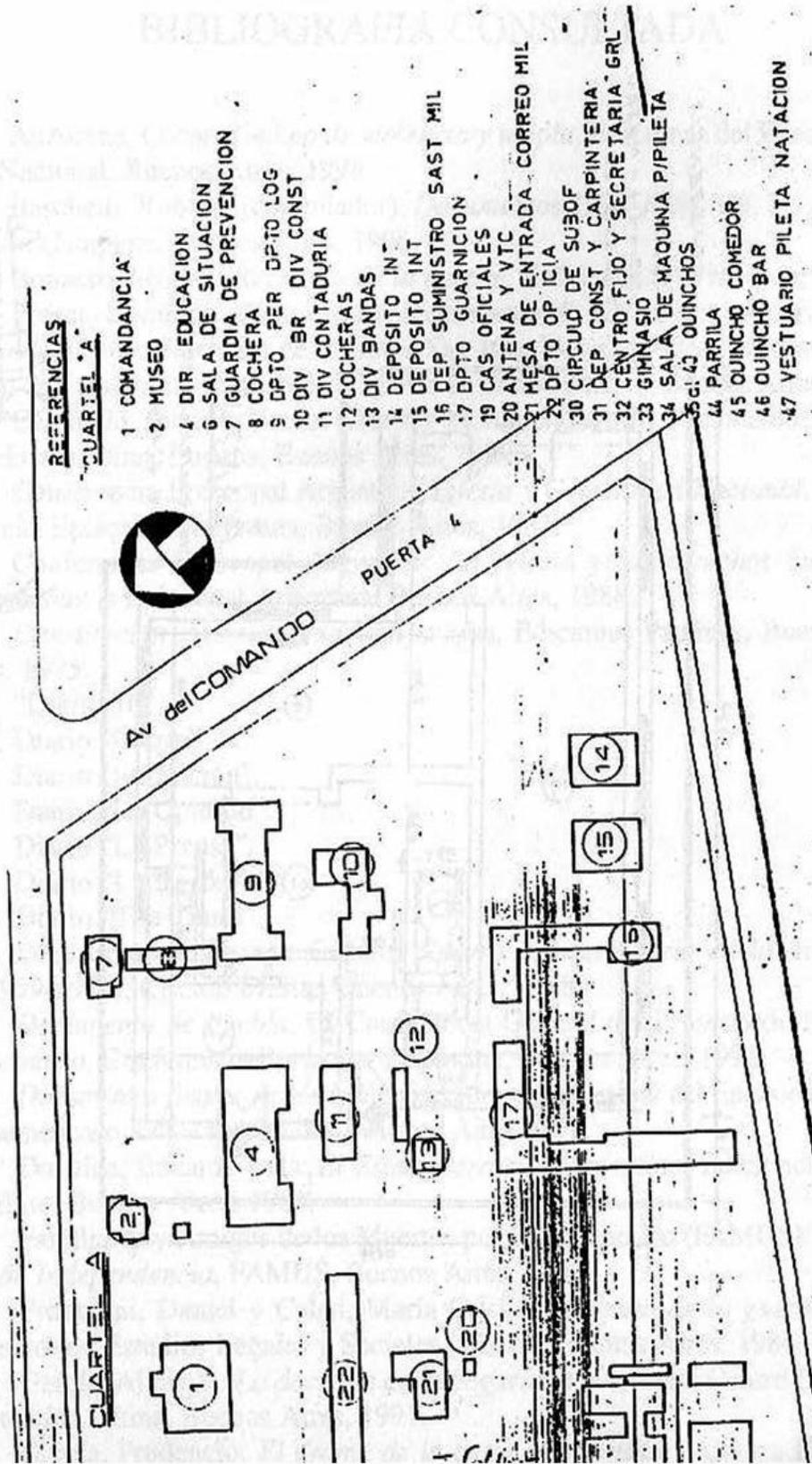


Av del COMANDO

PUERTA

CUARTEL A

FCGU
RUTA NACIONAL Nº 8



BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1998.

Baschetti, Roberto (compilador): *Documentos 1973-1976*, vol. 1, Editorial De la Campana, Buenos Aires, 1996.

Bonasso, Miguel: *Recuerdo de la muerte*, Ediciones Era, México, 1991.

Bresci, Domingo (compilador): *Movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo*, Centro Salesiano de Estudios San Juan Bosco, Centro Nazaret, Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica, Buenos Aires, 1994.

Caraballo, Liliana, Noemí Charlier y Liliana Garulli: *Documentos de historia argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

Conferencia Episcopal Argentina: *Iglesia y Comunidad Nacional*, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, 1981.

Conferencia Episcopal Argentina: *La Iglesia y los derechos humanos*, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, 1988.

Constitución Pastoral Gaudium et spes, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1975.

"Diario 16".

Diario "Clarín".

Diario "La Nación".

Diario "La Opinión".

Diario "La Prensa".

Diario "La Razón".

Diario "The Times".

Díaz Bessone, Ramón Genaro: *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1988.

Documento de Puebla, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, 1992.

Documentos finales de Medellín, II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1972.

Duhalde, Eduardo Luis: *El Estado terrorista argentino*, Ediciones El Caballito, Buenos Aires, 1983.

Familiares y Amigos de los Muertos por la Subversión (FAMUS): *Operación Independencia*, FAMUS, Buenos Aires, 1988.

Frontalini, Daniel y Calati, Mana Cristina: *El mito de la guerra sucia*, Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Buenos Aires, 1984.

García, Alicia S.: *La doctrina de la Seguridad Nacional*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

García, Prudencio: *El drama de la autonomía militar*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

Grieco y Bavio, Alfredo: *Cómo fueron los 60*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1994.

Jas sen, Raúl: *Seineldín: el Ejército traicionado, la Patria vencida*. Editorial Verum et Militia, Buenos Aires, 1989.

Halperín Donghi, Tulio: *Historia contemporánea de América latina*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1992.

Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Argentina 1973-1976*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1996.

Martín, Juan Pablo: *Movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1992.

Mattini, Luis: *Hombres del PRT-ERP*, Ediciones De La Campana, Buenos Aires.

Mignone, Emilio: *La última dictadura militar*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

Mittelbach, Federico: *Informe sobre desaparecidos*, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires.

Nunca Más, Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), Eudeba, Buenos Aires, 1985.

Paoletti, Alipio: Como los nazis, como en Vietnam. Los campos de concentración en la Argentina, Edición Cañón Oxidado, Buenos Aires, 1987.

Poder Ejecutivo Nacional: *El terrorismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1978.

Pontonero, Ezequiel: *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

Revista *Cuestionario*, N° 36, Buenos Aires, abril de 1976.

Rouquié, Alain: Poder militar y sociedad política en la Argentina, Emecé, Buenos Aires, 1982.

Rouquié, Alain (compilador): *Argentina hoy*. Siglo XXI Editores, México, 1982.

Seoane, Mana.- *Todo o nada*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Simeoni, Héctor: *¡Aniquilen al ERP!*, Ediciones Cosmos, Buenos Aires, 1985.

Timerman, Jacobo: *El caso Camps, punto inicial*, El Cid Editor, Buenos Aires, 1981.

Troncoso, Oscar: *El proceso de reorganización nacional*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992.

Vázquez, Enrique: PRN. La última: origen, apogeo y caída de la dictadura militar, Eudeba, Buenos Aires, 1985.

Verbitsky, Horacio; *Ezeiza*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1985.